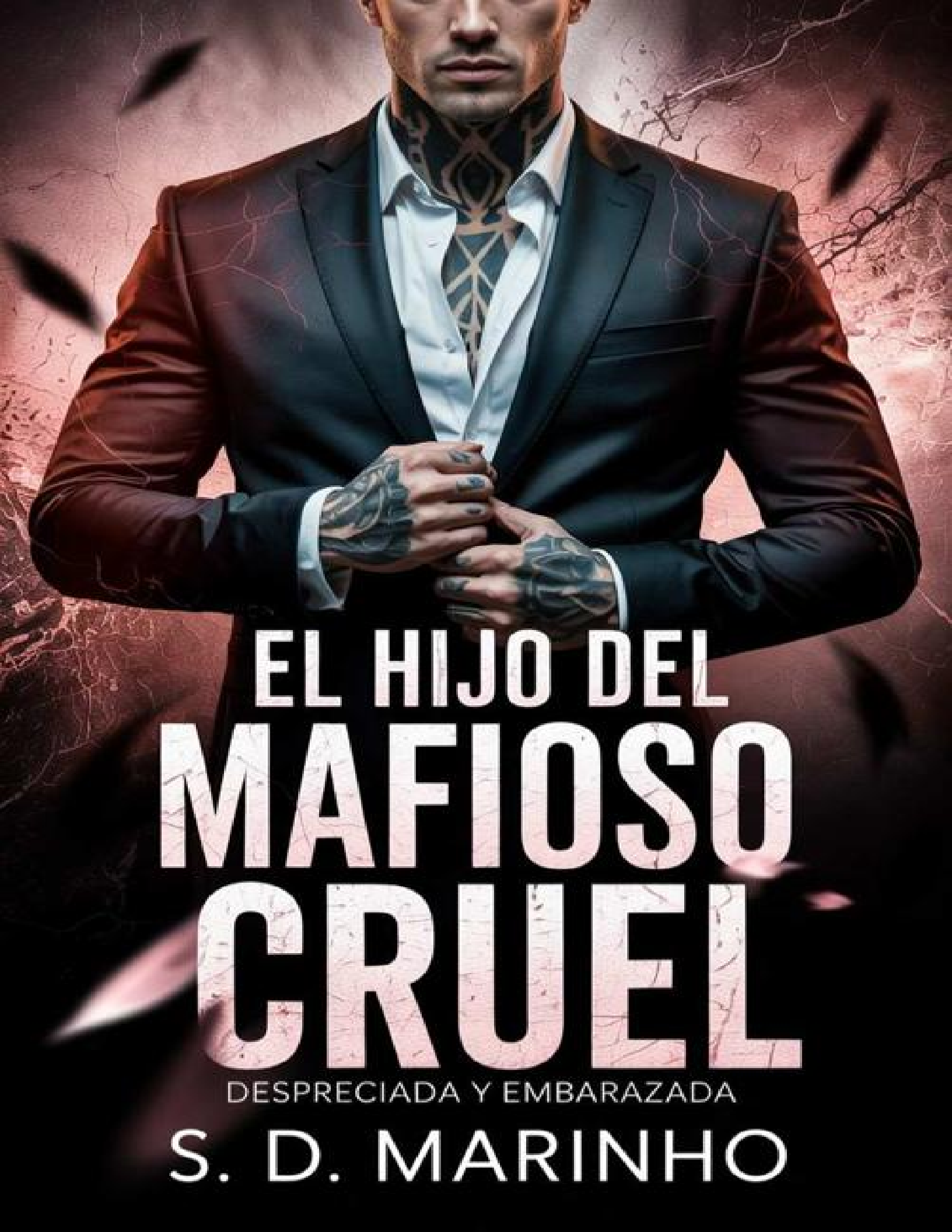

EL HIJO DEL
MAFIOSO
CRUEL
DESPRECIADA Y EMBARAZADA
S. D. MARINHO

EL HIJO DEL MAFIOSO CRUEL DESPRECIADA Y EMBARAZADA

Copyright © 2025
EL HIJO DEL MAFIOSO CRUEL – DESPRECIADA Y EMBARAZADA – S. D. Marinho
Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son productos de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio existente sin autorización previa y por escrito de la autora. Los derechos morales han sido asegurados.

La violación de los derechos de autor constituye un delito según lo establecido en la **Ley de Propiedad Intelectual**
(Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril) y está penado por el **Código Penal español**.

Versión digital — 2025

Advertencia sobre el contenido:
Este libro contiene **temas maduros**, incluyendo situaciones de suspenso, relaciones complejas, cuestiones emocionales intensas, sexo y muerte.
Lectura recomendada para mayores de 18 años.

Autora: S. D. Marinho
Revisión: Willian de Morais
Traducción: Maria Antonia
Maquetación: S. D. Marinho
Portada: S. D. Marinho

Sinopsis

—Tu padre me debe, y tú vas a pagar por él.
—Y... yo no tengo dinero para pagar nada.
—No te hagas la tonta, cariño —posó la mirada en mi boca. Mis ojos temblaban, pero no me atreví a cerrarlos—. Ya estás bastante grandecita y sabes bien cómo se pagan realmente las deudas.

Elena Galli, una joven italiana valiente, decidió honrar el último deseo de su abuela viviendo en un convento y dedicándose a la fe. Pero su vida da un giro oscuro cuando es secuestrada en plena madrugada y llevada a la fuerza a México. Allí, Elena es lanzada al mundo de Alejandro Herrera —*El Diablo*—, el implacable jefe de un cartel, quien la confunde con Chiara Marino, la hija de su mayor enemigo, el temido jefe de la Cosa Nostra.

Alejandro busca venganza por la masacre de su familia, y Elena es la moneda que usará para atraer a su enemigo. Decidido a corromper a la dulce y religiosa joven, Alejandro ve en ella una oportunidad para destruir la pureza y fragilidad que su pasado le negó.

En un juego peligroso de seducción, poder y miedo, Elena se enfrenta al lado más oscuro de su propia alma.

Un secreto.
Una promesa.
Tres noches para pagar la deuda de un hombre que apenas conocía.

—Alejandro, yo...
—Dijiste que yo era el único hombre en tu vida, Elena, pero hasta un hijo con otro tienes.

Sumário

Sinopsis
DEDICATORIA
NOTA DE LA AUTORA
EPÍGRAFE
PRÓLOGO – INFIERNO
CAPÍTULO 1 – SEGUIR ADELANTE
CAPÍTULO 2 – ¡NO SOY CHIARA MARINO!
CAPÍTULO 3 – NO VA A DURAR PARA SIEMPRE
CAPÍTULO 4 – BIENVENIDA AL INFIERNO
CAPÍTULO 5 – FE
CAPÍTULO 6 – VÍSTETE
CAPÍTULO 7 – VAS A DESEARLO
CAPÍTULO 8 – BUENOS DÍAS, CARIÑO
CAPÍTULO 9 – MÉTODOS
CAPÍTULO 10 – BUENA NIÑA
CAPÍTULO 11 – MANOS A LA OBRA
CAPÍTULO 12 – EQUILIBRIO NATURAL
CAPÍTULO 13 – ELLA LO SABÍA
CAPÍTULO 14 – VEN CONMIGO
CAPÍTULO 15 – NUEVOS ALOJAMIENTOS
CAPÍTULO 16 – GENTILEZA
CAPÍTULO 17 – UNA PRINCESA
CAPÍTULO 18 – LLUVIA
CAPÍTULO 19 – NO CONFÍES EN MÍ
CAPÍTULO 20 – UNA EXCEPCIÓN
CAPÍTULO 21 – EMBOSCADA
CAPÍTULO 22 – ENGAÑADO
CAPÍTULO 23 – ELENA

CAPÍTULO 24 – TROFEO
CAPÍTULO 25 – PROPUESTA
CAPÍTULO 26 – ACUERDO CON EL DIABLO
CAPÍTULO 27 – BUENA NIÑA
CAPÍTULO 28 – MORTALMENTE DELICIOSO
CAPÍTULO 29 – TODO MÍO
CAPÍTULO 30 – BUENOS DÍAS
CAPÍTULO 31 – FRESA
CAPÍTULO 32 – INVITACIÓN
CAPÍTULO 33 – UNA MARCA
CAPÍTULO 34 – ROSA ROJA
CAPÍTULO 35 – VOLVIENDO A LA NORMALIDAD
CAPÍTULO 36 – MUNDO DESMORONÁNDOSE
CAPÍTULO 37 – ¡ÉL NO PUEDE SABERLO
CAPÍTULO 38 – EFECTO ESPERADO
CAPÍTULO 39 – VIVIENDO DE LOS RECUERDOS
CAPÍTULO 40 – INVITACIÓN
CAPÍTULO 41 – SENSACIÓN EXTRAÑA
CAPÍTULO 42 – LO MEJOR PARA MI HIJO
CAPÍTULO 43 – SUSTO
CAPÍTULO 44 – NOSTALGIA
CAPÍTULO 45 – VILLANO
CAPÍTULO 46 – IMPREVISTO
CAPÍTULO 47 – SU CUERPO QUIERE
CAPÍTULO 48 – DECISIÓN
CAPÍTULO 49 – PENSIÓN
CAPÍTULO 50 – FLOJO
CAPÍTULO 51 – PAQUETE COMPLETO
CAPÍTULO 52 – CADA DETALLE
CAPÍTULO 53 – PORQUE ERES TÚ

CAPÍTULO 54 – MI NIÑO
CAPÍTULO 55 – CONEXIÓN DE ALMAS
CAPÍTULO 56 – FLORECER
CAPÍTULO 57 – FANTASMA
CAPÍTULO 58 – COBARDE
CAPÍTULO 59 - MI CURA
CAPÍTULO 60 - VENGANZA
CAPÍTULO FINAL
AGRADECIMIENTOS

DEDICATORIA

A ti, que ves belleza en la oscuridad y en las cicatrices de la vida, esta historia es una invitación a enfrentar las sombras con valentía. Aquí, tus demonios internos bailan con tus deseos más profundos. Que cada página refleje tu fuerza, tu sensibilidad, tu pasión y el coraje de abrazar el abismo. Tú, intrépida en la oscuridad, eres la heroína de este mundo...

NOTA DE LA AUTORA

Escribir esta historia fue un desafío, tal como lo dijo mi lectora beta. Al principio, me sentí un poco asustada porque era algo diferente de lo que estoy acostumbrada, pero pronto me sentí más cómoda. Escribir dejó de ser un reto y se convirtió en un placer. Alejandro y Elena se volvieron mi pareja favorita, y espero que también se ganen un lugar especial en tu corazón.

La historia de amor entre ellos comienza de una forma difícil, con la mafia como telón de fondo, donde el enfoque está en la pareja. Él, Alejandro, es duro y busca venganza, lleno de cicatrices de la vida, dispuesto a todo para conseguir lo que quiere. Ella, Elena, es amable e inocente, aún con poca experiencia en la vida. Juntos, demuestran que incluso el corazón más endurecido puede ablandarse con amor, que siempre hay oportunidad para un nuevo comienzo y que el amor puede ser la solución a los problemas más oscuros de la vida.

Advertencia: contiene tortura, violencia, sexo y muerte. Por lo tanto, es una historia para mayores de 18 años.

Con cariño,
S. D. Marinho

EPÍGRAFE

“Recorre mis páginas con cautela, cariño. En ellas descubrirás el dolor que devora, el deseo que incendia y las pérdidas que desgarran el alma. Pero deja tu braga a un lado — El Diablo no reconoce límites…”

PRÓLOGO – INFIERNO

ALEJANDRO HERRERA

Yo estaba en el suelo de la sala, rodeado por mis cochecitos de madera que deslizaban sobre el piso de piedra mientras inventaba historias. Mis padres estaban en la cocina, una pequeña y sencilla, pero era el corazón de nuestro hogar. El olor de las tortillas recién hechas y la carne asada llenaba el aire, mientras el sonido de las risas de mi madre era una suave melodía que impregnaba la casa de vida. Ella era mi todo, el mío y el de mi padre.

—¡Papá! ¡Mira! —grité, mostrando el cochecito de madera que acababa de empujar, feliz de que hubiera hecho la curva perfecta.

—¡Muy bien, hijo! —respondió mi padre, sonriéndome, sus ojos brillando de orgullo. Siempre fue un hombre serio, enfocado, pero en casa, conmigo y con mi madre, era el hombre más amoroso que yo conocía.

Mi madre rió, secándose las manos en el delantal, y caminó hacia la mesa para preparar la cena. Ella era el sol que iluminaba nuestro hogar. Nunca había sentido miedo o preocupación allí. Para mí, ese era mi mundo perfecto.

—¡Vamos a comer! —llamó con su voz dulce, colocando los platos sobre la mesa.

Nos sentamos juntos, como siempre hacíamos. Mi padre, con su voz grave, siempre intentaba enseñarme algo sobre la vida.

—Recuerda, Alejandro... Lo más importante es ser un hombre honrado. Protege a tu familia, siempre.

Lo miré, sin entender completamente sus palabras, pero sonreí. En ese momento, todo lo que quería era seguir jugando. Él despeinó mi

cabello y rió.

Fue el último momento de paz que viviría en esa casa.

Pronto, el silencio de la noche fue interrumpido, la puerta principal fue derribada con un estruendo. El sonido resonó por toda la casa y hombres armados irrumpieron, sus botas pesadas golpeando el suelo. Eran liderados por el desgraciado cuyo nombre solo llegaría a conocer después: Antonio Marino. En ese momento, no sabía quién era, pero la forma en que entró, con una sonrisa cruel en los labios, marcaría mi alma para siempre.

—Ah, mira lo que tenemos aquí... —su voz sonaba suave, mientras caminaba por la sala—. Una feliz familia leal a Augusto reunida.

Mi padre se levantó de inmediato, empujándome detrás de él. Estaba tenso, los ojos fijos en el hombre. Mi madre, de pie junto a la mesa, estaba inmóvil, aterrada.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? No haga esto... —suplicó mi padre, su voz vacilante por primera vez en mi vida.

Antonio rió. Se acercó con pasos lentos, como si disfrutara cada segundo del terror que causaba.

—¿"No haga esto?" —repitió, burlándose—. ¿De verdad crees que me importa tú y tu familia? Serán ejecutados como advertencia para Augusto, solo por eso. No es nada personal.

—¿Augusto? ¿Augusto Herrera? Yo solo soy el asistente, mi familia y yo somos inocentes de cualquier cosa —explicó mi padre, esperando ser comprendido.

—Exactamente. Inocentes y desprotegidos. Augusto les falló... —fingió una expresión triste, sarcásticamente.

—Mi hijo y mi esposa... déjelos fuera de esto —pidió mi padre, ahora con un odio desesperado.

Eso era todo. Si mi héroe se sentía impotente, ¿qué sería de mí y de mi madre? ¿Qué sería de nuestra vida?

—Alégrate de que no me follo a la perra de tu esposa antes de volarle los sesos. Y el niñito... Tal vez me lo lleve para jugar con mi

hijo y lo críe como una mujercita.

Antes de que mi padre pudiera reaccionar, Antonio levantó la mano, y el sonido de un disparo resonó en la sala. Mi madre cayó al suelo con un golpe seco. Sentí el grito formarse en mi garganta, pero no salió. El dolor era asfixiante. Ella estaba inmóvil, sus ojos, que siempre me consolaban, ahora sin vida.

—¡ROSAAAAAA! ¡NO! ¡NO! —Mi padre corrió hacia ella, gritando su nombre, tratando de sostener su cuerpo sin vida. Lágrimas de desesperación y rabia llenaban sus ojos mientras caía de rodillas junto a ella.

—¡MAMÁ! —grité, corriendo hacia ellos, pero mi padre me sostuvo con fuerza.

—Alejandro, quédate detrás de mí —susurró.

Antonio nos observaba como si fuera un juego.

—¿Dónde está Augusto? —preguntó, divirtiéndose con el pánico en nuestras caras—. ¿Dónde está el maldito líder de ustedes ahora? —se carcajeó.

Augusto Herrera, el respetado líder del cuartel La Serpiente de Plata, estaba en una operación. Pero en ese momento, ni mi padre ni yo sabíamos de sus actividades ilegales. Él solo era el jefe poderoso, uno de los hombres más influyentes de México y mi padre se sentía orgulloso de formar parte de su compañía. Solo eso. Mi padre era inocente respecto a todo lo demás.

—Voy a acabar contigo —murmuró mi padre con los ojos oscurecidos.

—Ni siquiera podrás intentarlo. Tú, cuyo nombre ni me interesa saber, pagarás por tu lealtad a Augusto.

—No, no... —dejé escapar un sollozo de mi garganta, y sus ojos fríos se fijaron en mí, y se acercó con pasos lentos, mientras sus hombres rodeaban a mi padre.

—¿Y qué haremos con el bambino? —preguntó, riendo de forma perversa, regocijándose con mis lágrimas—. ¿Qué haremos con él?

Mi padre intentó levantarse para protegerme, pero fue alcanzado antes de dar un solo paso. Otro disparo que le dio justo en la frente. Cayó al lado de mi madre, la sangre de ambos mezclándose en el suelo. Los miré, intentando entender por qué estaba ocurriendo todo eso, pero el dolor era más grande que cualquier cosa que pudiera procesar.

Antonio se acercó más, agachándose hasta quedar a mi altura. Podía sentir su olor, una mezcla de pólvora y sangre. Tomó mi barbilla con fuerza, obligándome a mirarlo.

—¿Qué haremos contigo, piccolo? —murmuró, sus ojos fríos perforando los míos—. Vas a crecer y me vas a odiar, ¿verdad? ¿Vas a querer venganza?

Yo quería matarlo, quería destruir a ese hombre que acababa de arrebatarme todo.

—¡Te voy a matar! —grité, golpeando su pecho con mis pequeños puños.

Antonio rió. Su maldita risa era como mil cuchillos perforando mi alma.

—Miren eso, el pequeño quiere pelear... —se burló, sujetando mi brazo con facilidad y arrancando risas de los otros hombres que estaban con él—. ¿Cómo vas a matarme, eh? ¿Con esos juguetitos de madera?

Seguí intentando soltarme, pero me dio una patada en el pecho, lanzándome contra el suelo. Mi pequeño cuerpo voló y golpeé con fuerza, sintiendo cómo el aire salía de mis pulmones mientras me deslizaba sobre la sangre de mis padres. Quería gritar, pero el dolor y el odio me paralizaban.

Antonio se agachó nuevamente, acercando su rostro al mío.

—No lo olvides —susurró con crueldad—: El infierno siempre llega. Tal vez hoy sea tu día.

Fue en ese momento cuando el sonido de más disparos resonó en la casa. Juan, hermano de Augusto, irrumpió con un equipo. Atacaron

a los hombres de Antonio con furia, intentando abrirse camino hasta mí.

—¡Muchacho! —gritó Juan mientras luchaba—. ¡Ven conmigo, rápido!

Estaba paralizado. Lo que quedaba de mí estaba muerto junto con mis padres. Pero Juan me tomó en brazos, llevándome afuera mientras los disparos aún resonaban. Luchaba, gritaba a sus hombres, tratando de salvarme de ese infierno.

Mientras me arrastraba lejos, el odio era todo lo que podía sentir.

El niño que alguna vez jugaba con cochecitos de madera murió en ese instante, dando lugar a algo infinitamente más oscuro.

Antonio escapó esa noche, pero su sentencia ya estaba dictada. Algún día, pagaría por todo. No sería solo un hombre en busca de venganza. Me convertiría en el mismísimo diablo, y el infierno que Antonio Marino enfrentaría ardería más fuerte que las llamas que él mismo había encendido.

CAPÍTULO 1 – SEGUIR ADELANTE

ELENA GALLI

Años después…

El sol brillaba suavemente sobre Monteriggioni, una pequeña ciudad escondida entre las colinas de la Toscana, donde las calles de piedra serpenteaban entre casas centenarias y flores coloridas en las ventanas. Viejas murallas rodeaban la ciudad, brindando una sensación de seguridad y aislamiento. Para los habitantes, esas murallas eran más que simples piedras: eran guardianas que mantenían al mundo afuera. La iglesia sencilla dominaba la plaza, y sus campanas sonaban en la mañana, recordando a todos la rica historia del lugar. Era un sitio tan encantador como discreto, con el cielo de un azul profundo y los olivos meciéndose al viento. La vida parecía transcurrir lentamente allí, excepto para mí. Todo era un caos.

Me despedía de mi casa, una modesta construcción de piedra con la puerta azul ya desgastada por el tiempo. Mis dedos tocaron la madera, sintiendo la familiaridad y el frío de las paredes que habían albergado mi vida y los últimos días de mi abuela.

Serena y Marco Esposito, el matrimonio vecino que fue como una familia para nosotras, estaban a mi lado. Marco cargaba mi maleta, mientras Serena sostenía una bolsa de tela bordada. El pequeño Lorenzo, con sus ojos azules llenos de lágrimas, caminaba junto a mí, sujetando mi mano con fuerza, como si no quisiera dejarme ir.

—Que Dios te acompañe, pequeña. —Dijo la señora Eleonora, otra vecina, colocando en mis manos una bolsa pesada con dulces caseros. Su sonrisa era triste, pero acogedora.

La abracé con fuerza, sintiendo el olor a pan recién horneado mezclado con el perfume de lavanda que siempre usaba.

—Gracias por todo lo que hicieron por mí y por mi nonna. Jamás los olvidaré. —Mi voz tembló, y sentí las lágrimas arder en mis ojos. Aún no me había ido y ya sentía la nostalgia clavando sus garras en mi corazón.

Nostalgia de la vida que había tenido hasta entonces. Excepto por las últimas semanas.

Lorenzo me miró, con sus ojitos brillando.

—¿Me vas a escribir, Elena?

Sonreí, tragándome el nudo en la garganta. Me arrodillé a su lado y lo abracé con fuerza.

—Claro que sí, pequeñito. Qué bueno que te ayudé a aprender a leer, ¿verdad? Así podrás responderme.

Él sorbió por la nariz y mostró una sonrisa tímida.

—Te voy a mandar muchas cartas.

Besé su frente y me puse de pie, sabiendo que era hora. Después de los últimos abrazos y despedidas, caminé sola hasta el cementerio, que no quedaba lejos, donde la cruz de mármol sencilla de mi abuela brillaba bajo el suave sol de la mañana. La hierba verde y las flores alrededor contrastaban con la tristeza que dominaba mi pecho.

—Nonna, como usted deseaba, partiré hacia el convento. —Una sonrisa amarga escapó de mis labios. —No me convertiré en bailarina. —La risa que vino enseguida fue involuntaria y vacía. —Espero que se sienta orgullosa de mí desde allá arriba.

Sostuve el rosario de plata que pertenecía a mi abuela, colgado en la cruz, sintiendo su peso entre los dedos, antes de besar suavemente el pequeño crucifijo, igual al que llevaba en el cuello. Con una última mirada a la tumba, subí a un taxi y partí rumbo a la estación de Poggibonsi, ya que en Monteriggioni no había una. Pero al estar cerca, no era un problema.

La estación era tan simple como el resto del pueblo: bancos de madera, letreros desgastados por el tiempo, y un silencio que solo era roto por el silbato lejano del tren. Me pasé las manos por el vestido sencillo que llevaba, azul claro con mangas hasta los codos, y acomodé mi cabello castaño, que estaba recogido en una trenza floja. Entré en el vagón y encontré un asiento junto a la ventana. Coloqué la maleta a mi lado y solté un largo suspiro, con el peso de la decisión de convertirme en monja oprimiendo mi pecho.

Mientras el tren comenzaba a moverse, apoyé la cabeza en el vidrio frío de la ventana. El paisaje deslizaba ante mí: colinas verdes, campos de girasoles dorados, aldeas lejanas que parecían cuadros vivos. Era difícil creer que estaba dejando todo eso atrás.

Los pensamientos volvieron a mi abuela, a cómo el cáncer la consumió día tras día. Nunca quiso tratamiento. "Todo ocurre según la voluntad de Dios", solía decir con aquella calma que tanto me irritaba. Nunca lo entendí, y aún no lo entiendo. Parte de mí estaba enfadada con ella por no luchar, por dejar que el cáncer la venciera. Pero ahora, todo lo que siento es gratitud. Me cuidó, me crió y nunca me abandonó, a diferencia de mi padre, que murió lejos de casa, borracho y destrozado por un animal salvaje, mucho antes de que yo entendiera lo que era perder a alguien.

—¿Puedo sentarme a su lado? —La voz amable de un señor mayor me sacó de mis pensamientos.

—Claro, por favor, siéntese. —Sonreí, intentando parecer educada, mientras él se acomodaba en el banco a mi lado, colocando una bolsa gastada entre sus pies. —¿Desea un poco de jugo? —Pregunté, mostrando la pequeña botella que la señora Eleonora me había dado junto con los bocadillos.

—Gracias, señorita. —Aceptó el vaso y tomó un sorbo, suspirando aliviado. —Alguien tan amable como usted merece lo mejor de la vida.

—¿Yo? ¿Amable? —Quedé atónita con el comentario, ya que solo había ofrecido un vaso de jugo.

—Sí. Este mundo es cruel, jovencita, aún más con quienes tienen un buen corazón. Debe saber por dónde pisa. Mi esposa fue asesinada el año pasado, por un vagabundo a quien le ofreció comida, ¿sabe? La crueldad está por todas partes.

Mi corazón se encogió.

—Lamento mucho su pérdida. El mundo sí que sabe ser cruel. Yo también perdí a alguien recientemente, mi nonna. Sé cómo el dolor consume, pero no se preocupe por mí. Estoy camino al convento. Creo que estaré a salvo de las crueldades de este mundo. —Sonreí suavemente, esperando consolarlo.

Él asintió, devolviéndome la sonrisa.

—La bondad siempre encuentra su camino, incluso en tiempos oscuros. Nunca dejes de ser quien eres.

Esas palabras penetraron en mí mientras el señor se quedaba dormido a mi lado. Volví el rostro hacia la ventana nuevamente, donde las bellezas de Italia seguían pasando: montañas lejanas, viñedos y campos de trigo. Mi corazón estaba lleno de miedo, nostalgia y una esperanza que apenas podía nombrar. No sabía lo que me esperaba en el convento, ni si podría soportar la nueva vida. Pero necesitaba cumplir el deseo de mi abuela.

Mi respiración se volvió pesada por un momento, quizá por los nervios. Incluso en otoño, Italia parecía hacerme sudar levemente, quizá por la tensión. Suspiré, cerrando los ojos por un momento.

Todo lo que podía hacer ahora era seguir adelante.

(…)

El viaje hasta Asís fue tranquilo, pero dentro de mí todo parecía una tormenta. A lo largo de los 150 kilómetros entre Monteriggioni y el Monasterio de San Damián, mi mente estaba inquieta, llena de recuerdos de mi abuela y de lo que ese lugar significaba para ella. El Monasterio era sagrado para ambas, especialmente por Santa Clara, cuya vida de entrega y simplicidad siempre inspiró a mi abuela. Solía contarme sobre la fuerza y fe de Clara, sobre cómo abandonó su vida privilegiada para servir a Dios con cuerpo y alma. Cuando mi

abuela falleció, su deseo fue que yo siguiera ese camino. Aunque, en el fondo, mi corazón había soñado con otra vida, una vida con movimiento, vestidos y aplausos. Pero yo creía que debía honrar el deseo de mi abuela; era como una deuda de gratitud.

El Monasterio de San Damián apareció tras una curva en la carretera que tomó el taxi, al que entregué mis últimas monedas. Era pequeño, con paredes de piedra desgastada y ventanas estrechas, abrazado por las colinas verdes de Asís. Era un lugar simple, pero acogedor.

Al acercarme al portón de madera, una monja de hábitos marrones me esperaba. Su sonrisa serena suavizó el nerviosismo que oprimía mi pecho, y respiré hondo.

—Paz, hermana. Soy Elena Galli. Estuve en contacto con la madre abadesa para discernir mi vocación.

La hermana hizo una leve reverencia con la cabeza, y en sus labios brotó una sonrisa que inmediatamente me tranquilizó.

—Paz, Elena. Soy la hermana Beatrice. La madre te está esperando. Por favor, sígueme.

La hermana Beatrice me condujo por el patio del monasterio, donde el viento jugaba entre los árboles y el silencio parecía sagrado. El aroma a tierra húmeda y flores silvestres traía una sensación de paz, a pesar de mi vacío, una nostalgia que no sabía cómo nombrar.

Llegamos a la sala de la madre abadesa, una habitación sencilla con una gran cruz colgada en la pared y una pequeña mesa de madera donde reposaban algunos libros y papeles. La madre se levantó con una sonrisa acogedora. Sus ojos tiernos suavizaban su expresión austera. Podía ver que, a pesar de la formalidad del cargo, había algo cálido en ella. Me recordó a mi abuela.

—Bienvenida, Elena. Siéntate, por favor. —Su voz era calma, como una oración. —Entonces, ¿deseas discernir tu vocación?

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta.

—Sí, madre. —Respiré hondo, intentando organizar mis pensamientos. —Era el sueño de mi abuela para mí. Yo crecí

deseando ser bailarina, ¿sabe? De esas que bailan en los teatros. Pero ni siquiera puedo mantenerme en pie con tacones. —Sonreí, una sonrisa triste. —Así que sí, siento que debo dedicar mi vida al convento. Siento que aquí es donde seguiré adelante.

La madre sonrió con comprensión y asintió lentamente.

—Ser bailarina y ser monja son cosas muy distintas, pero tendrás más que suficiente tiempo antes de tener que tomar una decisión definitiva.

Se levantó y fue hacia una pequeña mesa al lado, tomando un velo sencillo, blanco, que sostuvo con cuidado. Tomé el velo con manos temblorosas, sintiendo la tela ligera y suave contra mi piel. No era el momento de colocarlo, pero el peso simbólico de lo que representaba ya caía sobre mí. El velo significaba una nueva vida, un compromiso que aún estaba por asumir. Lo guardé cuidadosamente, prometiéndome a mí misma que lo usaría en el momento adecuado, cuando estuviera lista.

Aquel velo tuvo un efecto fuerte en mí. Era como si pudiera sentir la presencia de mi abuela a mi lado, como si ella estuviera observándolo todo y aprobando cada elección. Cerré los ojos e imaginé su sonrisa, esa sonrisa suave que siempre me calmaba cuando era niña. Su imagen me trajo un consuelo que no esperaba. Casi podía oír su voz diciéndome que estaba orgullosa, que estaba haciendo lo que ella siempre creyó que era lo mejor, que todo estaría bien, porque ella siempre supo lo que era mejor para mí.

Parte del dolor que aún cargaba comenzó a disiparse. Era como si, en ese momento, tuviera la certeza de que no estaba sola, de que ella me acompañaba de alguna manera, guiándome en esta nueva etapa de mi vida, como prometió que haría.

La madre me hizo una seña para que la siguiera, y caminé a su lado por los pasillos silenciosos del monasterio. El suelo de piedra resonaba suavemente bajo nuestros pasos. Las monjas que pasaban nos saludaban con una leve inclinación de cabeza, y había un aire de tranquilidad y propósito en cada una de ellas. Todas parecían felices, como yo anhelaba estar.

—Durante el postulantado, vivirás entre nosotras, participando en la oración diaria, en los momentos de trabajo y en la vida comunitaria. Será un tiempo de descubrimiento y de escucha. Al final, podrás elegir si deseas continuar o tomar otro camino. Lo importante es que tu elección venga del corazón, con plena certeza. —La madre habló suavemente mientras caminábamos.

Yo escuchaba en silencio. El monasterio parecía una isla de serenidad. Llegamos a la pequeña capilla del monasterio, y la madre se detuvo en la entrada, volviéndose hacia mí con una mirada profunda.

—Este es el corazón de nuestra comunidad. La oración es nuestra fuente de fuerza, y aquí encontrarás muchas respuestas. Recuerda, hija mía, Dios habla en el silencio.

Asentí y me arrodillé ante el altar, mis dedos tocando la piedra fría del suelo. Cerré los ojos y dejé que el silencio me envolviera. Era un silencio distinto a todos los que había experimentado. No era solo ausencia de sonido, sino una presencia casi palpable, como si el alma misma del monasterio estuviera allí, acogiéndome. La calma profunda que sentí en ese momento era nueva para mí.

Después de algunos minutos de contemplación, la madre se inclinó levemente y susurró:

—El camino es largo, pero no estás sola. Bienvenida al Monasterio de San Damián, Elena.

Abrí los ojos y sonreí. Estaba donde debía estar.

—Gracias, madre. Que Dios me guíe en este camino.

Ella hizo la señal de la cruz sobre mí y me devolvió la sonrisa.

—Ya lo está haciendo, hija mía.

Y, en ese momento, supe que, aunque había dudas y miedos en mi corazón, estaba lista para seguir adelante. Apreté el velo blanco que sostenía en mis manos.

Todo iba a salir bien.

CAPÍTULO 2 – ¡NO SOY CHIARA MARINO!

ELENA GALLI

Habían pasado dos días desde que llegué al monasterio. La paz y el silencio de aquel lugar parecían haber calmado las tormentas que llevaba en el pecho. Las noches eran tranquilas, y el único sonido que escuchaba era el de los búhos y el suave viento entre los árboles. Me sentía protegida entre aquellas paredes, envuelta por la rutina de oraciones, meditación y conversaciones ligeras.

Pero esa noche, algo distinto me despertó. Abrí los ojos, jadeante, con la sensación de que algo andaba mal. Mi cuerpo se congeló al sentir una mano áspera y fuerte tirando de mí. La fuerza de aquellas manos era brutal, y mi corazón se desbocó, latiendo como si quisiera escapar del pecho. Intenté gritar, pero los dedos presionaron mi boca, ahogando cualquier sonido.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —mi voz salió sofocada, desesperada. Intenté liberarme del agarre, pero la fuerza de aquel hombre era inmensa.

No podía ver con claridad, la escasa luz en el dormitorio transformaba todo en sombras amenazantes. Sus ojos claros brillaban con frialdad, y su presencia era opresiva, como si el propio mal hubiese entrado en aquel lugar sagrado.

—Quédate callada, si alguien se despierta, morirá, y será tu culpa. —Su voz era despiadada, cargada de un desprecio calculado.— Eres el nuevo trofeo de El Diablo, Chiara Marino. Y estoy siendo muy cuidadoso para no decir cosas inapropiadas en la casa de Dios.

Todo mi cuerpo tembló. No era solo miedo. Era algo más profundo, como si cada parte de mí supiera que no había escapatoria. Aquel hombre parecía el mismo demonio, enviado para atormentarme, y yo estaba indefensa ante él.

—Yo... yo no soy Chiara Marino... —Intenté explicar, mi voz apenas salía del miedo que sentía. Mi cuerpo estaba paralizado, mi corazón latía tan fuerte que parecía que iba a explotar.— Mi nombre es...

Antes de que pudiera terminar la frase, sentí algo húmedo y frío cubriéndome la boca y la nariz. Era una pesadilla, no podía ser otra cosa. ¿Cómo algo así me estaría pasando? Quería desesperadamente escapar, pero no podía. Todo era tan distorsionado, tan surrealista. El pánico parecía una sombra a mi alrededor, sofocante. El olor fuerte y químico me invadió. Mi cuerpo resistió por unos segundos, pero pronto fui vencida. Mi conciencia se fue apagando como una vela al viento, y lo único que me quedaba era el miedo... Mi visión se nubló, mis pensamientos se disolvieron en el aire, y la oscuridad me engulló.

(…)

Cuando abrí los ojos, grité de pavor. El ruido de las hélices del helicóptero antiguo zumbaba en el aire, mezclado con el sonido del viento cortando el espacio a nuestro alrededor. Mi cuerpo estaba atado a un asiento, pero la sensación de estar volando en medio de la nada era aterradora. El día aún no había amanecido del todo, y las sombras de la noche se mezclaban con el primer brillo del sol.

¿Dónde estaba?

Mis brazos y piernas estaban atados con una cuerda. Mi pecho subía y bajaba en una respiración acelerada, como si el aire a mi alrededor estuviera desapareciendo. Agarré los hierros del helicóptero, o al menos lo intenté, deseando aferrarme a algo que pareciera real.

—¿Dónde estoy? ¿Sigo en la pesadilla? —Grité, pero mi voz salió entrecortada, con una mezcla de miedo y desesperación. Quería despertar, quería que todo aquello fuera un sueño. No me sentía

bien. El miedo era inmenso y no, no tenía tanta fe como para mantenerme tranquila.

—Si no quieres caer allá abajo, mejor quédate bien calladita. —El piloto, un hombre de mediana edad con una expresión indiferente, ni siquiera me miró cuando grité. Soltó una carcajada áspera, sin el menor rastro de preocupación.

Eso era. Solo estábamos él y yo, un hombre que parecía no temerle a la muerte. Me encogí en el asiento, tratando de apartar la mirada de los paisajes aterradores allá abajo. Italia, que siempre había sido un lugar de belleza y paz para mí, ahora parecía tan distante como la esperanza de que todo aquello fuera solo un mal sueño. Ahora, todo era caos.

Intenté taparme los oídos para amortiguar el sonido ensordecedor del helicóptero, pero entonces me di cuenta de que ya estaba usando protección auditiva. Grandes auriculares cubrían mis orejas, disminuyendo los ruidos, pero amplificando el sonido de mi propia respiración acelerada y del pánico creciente.

—¿Qué está pasando, Dios mío? —Mi mente corría en círculos. Todo era tan confuso, tan surrealista.

¿Cómo había salido de la paz del monasterio y terminado allí, prisionera en un helicóptero viejo, volando quién sabe hacia dónde junto a un hombre diabólico? ¿Dónde estaban los otros hombres que participaron en el secuestro? ¿Me habrían vendido y ahora me llevaban para ser explotada sexualmente?

No, eso no podía estar pasándome. ¿Por qué a mí?

Y entonces, el recuerdo vino. Chiara Marino. Me confundieron con ella. En la confusión de la noche, mientras era arrastrada brutalmente, uno de ellos me llamó por ese nombre.

—¡Yo no soy Chiara! —Grité con toda la fuerza que pude reunir, intentando hacerme oír por encima del ruido de las hélices y el viento.

El hombre en el asiento del piloto giró levemente la cabeza, pero su sonrisa burlona mostró que no le importaba.

—Poco importa quién seas. Ahora le perteneces a El Diablo. —Su voz estruendosa cortó cualquier esperanza que aún pudiera tener.

Mis manos sudaban de tanto miedo, los hierros del helicóptero estaban fríos contra mis dedos temblorosos. Era como si cada parte de mi cuerpo estuviera en estado de alerta, luchando contra algo invisible, pero muy real. Aquello no era el tipo de pesadilla de la que uno simplemente despierta. Aquello era la vida real.

Cerré los ojos, tratando de alejar el terror que dominaba cada centímetro de mi ser. No sabía hacia dónde me llevaban, ni lo que pasaría conmigo, pero una cosa sí sabía: estaba perdida.

(…)

Después de un largo tiempo de viaje, durante el cual no me atreví a abrir los ojos nuevamente —solo sabía rezar y rezar—, el helicóptero aterrizó en medio de una plantación de uvas. El olor dulce de las frutas maduras llenaba el aire, pero era difícil prestar atención a cualquier otra cosa que no fuera mi situación. El ruido de las hélices disminuyó gradualmente, dejando solo el sonido de los vientos fuertes moviendo las hojas de las vides a nuestro alrededor.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunté con vacilación.

El piloto ignoró mi pregunta. Salió del helicóptero y, antes de que pudiera reaccionar, me tiró bruscamente afuera. Mi cuerpo estaba débil, sin fuerzas para luchar. Mis piernas flaquearon al tocar el suelo seco, mis rodillas casi cedieron bajo el peso del miedo. Apenas podía respirar. Vi cuando sus ojos maliciosos miraron mi pierna, que estaba expuesta por la camisola —por suerte bien modesta, simple y recatada, como debe ser en un convento—, que en ese momento estaba levantada y arrugada. La acomodé lo mejor que pude, pero no me importó el desorden de mi cabello, con la larga trenza completamente deshecha.

A lo lejos, vi tres figuras acercándose. Eran hombres, todos con una presencia fuerte y amenazante. El primer hombre era alto, de cabello claro y un rostro que exhalaba una calma fría y peligrosa. Sus ojos eran claros e intensos, y su cuerpo fuerte y esbelto se

movía con la confianza de quien está acostumbrado a tener el control. Debía tener alrededor de treinta años. A cada paso, sus zapatos de cuero negro se hundían levemente en el suelo, contrastando con el traje oscuro que vestía —alineado e impecable, incluso en medio del viñedo.

Tras él venía un segundo hombre, más joven, quizá de unos veinte y pocos años, con un rostro aún más impasible, sin señales de emoción. Cabello oscuro y cortado al ras. Llevaba una chaqueta de cuero y jeans, lo que lo hacía menos formal, pero no menos peligroso. Parecía listo para actuar en cualquier momento. Nunca había visto a un joven con una mirada tan amenazante.

El tercero era más viejo, probablemente de unos cincuenta y pocos, con arrugas en el rostro y barba por hacer, lo que lo hacía aún más severo. Llevaba una camisa negra de mangas remangadas, revelando tatuajes en los antebrazos. Sus ojos, a pesar de la edad, eran hermosos y estaban llenos de algo oscuro y cruel.

Aunque no sabía lo que estaba pasando, mi instinto me avisaba que aquellos hombres eran peligrosos.

Mi corazón se aceleró y el pánico empezó a apoderarse de mí. Di un paso hacia atrás, mi cuerpo encogido, y me volví hacia el piloto, desesperada.

—No me entregue a ellos, por favor. —Mi voz salió temblorosa, casi un susurro.

Prefería estar en compañía de un hombre repulsivo, que de tres. Pero el piloto ni siquiera me miró. Para él, yo no era más que un objeto a ser entregado.

Los tres hombres se detuvieron a unos metros de nosotros. El más alto, el líder, obviamente, extendió la mano y saludó al piloto con un apretón firme y un toque en el hombro, como viejos conocidos.

—Hice exactamente como lo planeado —dijo el piloto con orgullo.

—Alejandro agradece tu lealtad —respondió el hombre.

El piloto asintió con un toque en el pecho, en señal de respeto. Yo, en cambio, retrocedí un paso. Abrí los ojos de par en par. Ese era el

mismo hombre que me había capturado durante la noche, el que me hizo desmayar. Reconocía su voz, fría y aterradora.

—¡Déjenme en paz! —Grité, sujetando el pequeño crucifijo que colgaba de mi cuello, apretándolo con tanta fuerza que mis manos temblaban.

El líder de los tres hombres no pareció impresionado por mi súplica. Hizo un pequeño gesto con la cabeza, y el más joven dio un paso adelante, acercándose a mí con la clara intención de cargarme. El pavor se apoderó de todo mi cuerpo. Antes de que pudiera alcanzarme, comencé a forcejear, pateando y usando toda la fuerza que mi cuerpo de 19 años podía reunir. Mis piernas se movían frenéticamente y, por un momento, el chico no logró sujetarme.

—¿Esta chica nos dará problemas, Miguel? —Preguntó el hombre mayor, con tono impaciente.

Esa pronunciación… ¡No eran italianos! ¡Dios mío! Realmente estaba perdida.

—Es hija de Antonio Marino, es una plaga —respondió Miguel, el líder, frío como el hielo.

Antes de que pudiera reaccionar nuevamente, todos avanzaron a la vez. El líder me agarró con brutalidad y, a pesar de mis esfuerzos, yo era demasiado débil. Mis manos intentaban apartar las suyas, mis piernas pateaban el aire, pero eran cuatro hombres contra mí. Atada y sin fuerzas, no tenía ninguna oportunidad.

El líder me levantó con facilidad, arrojándome sobre sus hombros como si fuera un saco de papas. Mi cuerpo se balanceaba mientras él caminaba con pasos firmes, cada uno calculado, determinado. Sentí las amarras apretando aún más mis muñecas y tobillos, y la sensación de impotencia me consumió por completo.

—¿Por qué hacen esto? ¡No soy Chiara Marino! ¡No lo soy! —Gritaba, inútilmente.

Ellos estaban convencidos de que yo era quien creían.

—Te llevaré a México, y no hay nada que tu familia pueda hacer para evitarlo —dijo Miguel mientras me cargaba.

Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas y mi visión se nublaba a medida que nos alejábamos del helicóptero, que ya se preparaba para despegar. Mi mente estaba en completo caos. Me metieron en un auto, no me atreví a intentar nada más. No serviría de nada. Solo apoyé la cabeza contra la ventana y cerré los ojos, rezando en silencio. Más tarde estaría frente al mar, sí, me llevarían a otro continente.

—Qué pena lo que Alejandro hará contigo. —dijo Miguel tras arrancarme las amarras y empujarme hacia el barco.

Suspiré aliviada y me froté los brazos. Estaban adoloridos.

—¿No crees que se parece a un ángel, Miguel? —El hombre mayor sonrió burlón mientras caminábamos hacia el interior del barco.

—Un ángel sexy... —El chico también sonrió con malicia al pronunciar esas palabras.

Escalofríos aterradores recorrieron todo mi cuerpo. ¿Cómo podían pensar esas cosas?

—El Diablo por fin tendrá su diversión. —murmuró Miguel y, cuando me di cuenta, estaba siendo encerrada en lo que sería, por muchos días, mi nuevo cautiverio.

¿Quién era, al fin, El Diablo, y por qué odiaba tanto a Chiara Marino?

¡Que Dios me ayudara! En ese momento, presentí que una tormenta mucho mayor me esperaba.

CAPÍTULO 3 – NO VA A DURAR PARA SIEMPRE

ELENA GALLI

Dos semanas después…

Cuando finalmente puse un pie en tierra firme, mis piernas flaquearon como si fuera a derrumbarme en cualquier momento. Mis pies se hundieron en el suelo de madera del muelle, y apenas podía creer que, por fin, había salido de aquel infierno flotante. Había sobrevivido, al menos, a esa interminable etapa. Los días en el barco de carga parecían haber durado una eternidad, como un tormento sin fin. El olor a óxido y sal impregnaba el aire, y las constantes vibraciones del motor del barco se habían convertido en un ruido insoportable, que ya no sabía si venía de fuera o de dentro de mi propia cabeza.

El viaje parecía haber durado años y, en muchas ocasiones, dudé que lograría sobrevivir. Pasé la mayor parte del tiempo encerrada en un contenedor. El ambiente era oscuro, sofocante, y el olor a metal corroído se mezclaba con el hedor de mi propio sudor. No había ventanas, solo el sonido distante de las olas rompiendo contra el casco del barco, que resonaba a mi alrededor como un lamento eterno, y algunas pequeñas rendijas por donde entraba el aire.

"¿Por qué me está pasando esto?", me preguntaba.

Rezar fue lo único que me mantuvo cuerda. Cada vez que los pensamientos me aplastaban, cuando las paredes de acero parecían cerrarse a mi alrededor, rezaba. Las palabras eran pronunciadas en

silencio, repetidas mecánicamente, con la esperanza de que Dios me escuchara y me liberara de aquella pesadilla.

Una vez al día me dejaban salir del contenedor para caminar, y cuando necesitaba usar el baño, debía golpear con una barra de metal en la pared para que vinieran a escoltarme. Mi vista siempre tardaba algunos segundos en adaptarse a la luz de la cubierta, y el aire del mar, aunque salado y áspero, parecía puro en comparación con el aire viciado que respiraba dentro de ese cubículo. En esas breves caminatas y escapadas, miraba al horizonte, pero nunca veía tierra. Solo el vasto e infinito océano, recordándome que no había escapatoria. ¿Baño? Cada tres días, y con agua helada. Me dieron trapos para vestir, pero al menos estaban limpios. Podría haber sido peor. ¿Y si no me hubieran dejado bañarme?

Vomitaba varias veces durante el viaje. El vaivén del barco, la humedad, el olor a aceite y suciedad... mi estómago no lo soportaba. Hubo días en que me sentía tan débil que apenas podía mantenerme en pie, y solo me acurrucaba en un rincón del contenedor, temblando, incapaz de distinguir la realidad de una alucinación. La comida era solo una vez al día, pero la devoraba con tanta ansiedad, que ese era el único momento en que todo lo demás parecía no importar.

Hubo una noche en que vi a mi abuela. Estaba sentada a mi lado, sosteniendo mis manos y diciéndome que tuviera fe. Sus ojos cariñosos me miraban con esa serenidad que tanto admiraba, y su voz suave susurraba en mis oídos:

—Esto no va a durar para siempre, Elena. Eres fuerte. Solo ten fe.

Quise creer que era real, que realmente estaba allí conmigo, consolándome. Pero sabía, en el fondo, que mi mente me estaba jugando una mala pasada.

Ahora, mientras mis pies volvían a tocar tierra firme, sentía una mezcla de alivio y desesperación. El aire era diferente, el olor a pescado fresco y algas invadía mis sentidos, pero mi libertad parecía un concepto lejano. Mis piernas temblaban, mis músculos protestaban con cada paso, como si ya no supieran lo que era

caminar sin restricciones. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estaba en un puerto aislado. No había multitudes, solo el ruido de las gaviotas y el sonido del mar golpeando contra las rocas.

Sentí una leve brisa en el rostro, que debería haber sido reconfortante, pero en lugar de eso, solo amplificó el vacío que sentía dentro de mí. No sabía dónde estaba, no sabía qué me esperaba allí, ni qué sería de mí. El alivio de haber salido de ese barco se veía opacado por el miedo a lo que vendría después.

Los hombres que estaban a mi lado, hablando entre ellos en un español rápido que apenas podía seguir, eran brutales en su presencia, y el simple sonido de sus voces me provocaba escalofríos. Juan, el más viejo y corpulento, se acercó a mí, sujetándome el brazo con firmeza. Sí, a esas alturas, ya sabía los nombres de mis tres carceleros. Miguel, Juan y Pablo.

—Ven, putita italiana —dijo Juan, sin ninguna amabilidad.

Mis piernas aún estaban inestables mientras los seguía, y cada paso parecía alejarme más de la esperanza de un final feliz. Mi mente giraba entre el dolor, el miedo y la duda. ¿Qué sería de mí ahora?

Los hombres me llevaron por un camino estrecho, flanqueado por almacenes y contenedores apilados. El ambiente era sombrío, decadente. El puerto parecía un lugar olvidado por el mundo, un escenario perfecto para transacciones clandestinas, para desapariciones que nadie jamás cuestionaría. Las sombras de los edificios industriales se alargaban con la luz del atardecer, y el silencio era perturbador. El sonido de mi propia respiración entrecortada resonaba en mis oídos, mezclándose con el sonido de los pasos firmes a mi alrededor.

Quería gritar, correr, huir de cualquier manera, pero estaba demasiado exhausta para intentar algo. Mi cuerpo dolía, mis ojos ardían de tanto intentar mantenerse abiertos, y el pavor corría por mis venas como veneno. Cada fibra de mi ser quería luchar, pero ya no tenía fuerzas. Miré al cielo, buscando una señal, una respuesta, pero todo lo que vi fueron nubes grises que prometían una tormenta.

La fe que mi abuela me había pedido que tuviera estaba siendo severamente puesta a prueba. Parecía cada minuto más lejos de cualquier tipo de salvación. No sabía dónde estaba, y la sensación de estar perdida en un lugar tan vasto como el océano del que acababa de salir era abrumadora.

Ahora, caminando al lado de esos hombres, todo lo que me quedaba era rezar en silencio, con la débil esperanza de que, de alguna forma, alguien o algo me salvara de esta vida de pesadilla que parecía no tener fin. Alguien tendría que creerme y darse cuenta de que todo aquello no era más que un terrible error. Ya no me preocupaba por el hecho de estar siendo injustamente tratada, solo pensaba en salir de esa situación y encontrar mi paz…

—Sí, Alejandro, la chica está muy bien. La cuidamos muy bien, como pediste... —dijo Miguel al teléfono—. Sí, sí. Déjamelo a mí.

Estaba mintiendo. Yo no estaba bien, y no me habían cuidado bien. Tal vez, ese tal Alejandro, cuando comprobara que habían cometido un error al capturarme, resolvería todo esto.

CAPÍTULO 4 – BIENVENIDA AL INFIERNO

ELENA GALLI

El helicóptero que nos llevó desde el puerto de Cancún aterrizó en el helipuerto privado de un club nocturno inmenso y lujoso. Mi cabeza aún daba vueltas, y mis piernas apenas podían sostener mi peso mientras los hombres me bajaban. Los seguí con pasos tambaleantes, mis ojos apenas lograban enfocar lo que tenía delante, tanta era la confusión en mi interior.

El club era un edificio magnífico, como nunca había visto, con luces de neón que parpadeaban incluso durante el día, insinuando el espectáculo que ocurría en su interior. En la fachada había paneles espejados y decoraciones extravagantes, demostrando de inmediato que era un lugar destinado a los ricos y poderosos.

Los hombres me llevaron por una puerta lateral discreta, casi invisible entre las sombras. El acceso estaba protegido por un guardia corpulento que nos permitió pasar sin preguntas tras un leve asentimiento de cabeza de Miguel.

Después de muchos pasos, entramos en un pasillo estrecho y mal iluminado, con paredes pintadas de negro y pisos de cemento. El sonido de la música y las conversaciones se volvía más distante con cada paso, reemplazado por el zumbido de las luces fluorescentes. La atmósfera era claustrofóbica, y el aire olía a humedad y productos de limpieza fuertes.

—Por aquí —ordenó Juan, guiándome por una serie de curvas y bifurcaciones que parecían formar un laberinto. Pasamos por puertas

marcadas con códigos y cerraduras electrónicas, lo que indicaba que estábamos en zonas restringidas.

Las paredes estaban decoradas con grafitis antiguos y señales de filtración. El ambiente era opresivo, y me sentía cada vez más perdida y aislada. No había ventanas ni ninguna señal del mundo exterior. Era como si estuviéramos descendiendo a las profundidades de un lugar olvidado.

Subimos una escalera estrecha y empinada, cuyos peldaños de metal resonaban bajo nuestros pies. En la cima, nos detuvimos frente a una puerta de acero reforzado. Miguel introdujo un código en un panel al costado, y la puerta se abrió con un clic pesado.

Me empujaron hacia el interior de una oficina amplia y lujosa, un contraste brutal con el oscuro camino que habíamos recorrido hasta allí. Obviamente, tomamos un camino clandestino, el camino de las ratas. Porque del otro lado de la sala había una puerta grande y hermosa, para las personas que, bueno, diferentes a mí, serían bien recibidas. Las paredes estaban revestidas de madera oscura, y una gran ventana panorámica ofrecía una vista deslumbrante de la ciudad, aunque las pesadas cortinas estaban casi cerradas, dejando entrar solo una luz tenue.

El aire era denso, impregnado por el olor a cigarro, alcohol y un perfume masculino intenso. Una estantería repleta de libros antiguos ocupaba una de las paredes, y una chimenea moderna emanaba un calor sutil. En el centro, una mesa de vidrio impecable albergaba objetos de arte y documentos organizados meticulosamente.

Mis piernas temblaban, y mi corazón latía descontroladamente en el pecho, pero sabía que debía mantenerme firme. Necesitaba intentar mantener la calma.

Mi mirada fue atraída por un movimiento sutil cerca de la ventana. Un hombre estaba de espaldas a mí, alto, con hombros anchos cubiertos por un saco negro perfectamente ajustado. El corte de su cabello era impecable, de un tono muy oscuro. Observaba la vista de la ciudad por el espacio que dejaba la cortina abierta, sosteniendo un vaso de bebida que reflejaba la escasa luz del ambiente. Su

postura exudaba autoridad y, por un momento, me pregunté si no había notado mi presencia o si me ignoraba a propósito para intimidarme.

—D-Disculpe... —murmuré, dando un paso hacia él. Mi respiración estaba agitada, y mis manos temblaban levemente mientras intentaba no tropezar con mis propias palabras—. Creo que hubo un terrible error, señor…

Necesitaba explicarle que todo aquello era un malentendido, esperando que él, a diferencia de sus hombres, pudiera escucharme.

El hombre giró el vaso lentamente, observando el líquido ámbar girar antes de dar un sorbo tranquilo. Luego, colocó el vaso sobre la mesa a su lado y se giró hacia mí. Mi corazón casi se detuvo al ver su rostro. Era deslumbrante, de una forma cruel. Sus ojos, oscuros como la noche, perforaban los míos con una intensidad casi inhumana. Su mandíbula era firme, y la barba cerrada le daba un aire de depredador. Tenía una pequeña cicatriz en forma de línea que cortaba suavemente su ceja derecha y seguía hasta la sien. La cicatriz era discreta, pero lo suficientemente notable como para darle un aire aún más peligroso, como si ya hubiera salido de una batalla y vencido. Era el rasgo que lo presentaba como un hombre que no era común.

Parecía haber sido esculpido por la propia oscuridad, con una belleza que solo aumentaba el terror que yo sentía.

Ese era el rostro del diablo y, en ese momento, parecía personificado frente a mí.

Comenzó a caminar en mi dirección y, yo, instintivamente, retrocedí. Mi cuerpo temblaba, y cada célula de mi ser gritaba que debía huir, pero mis piernas estaban demasiado pesadas, atrapadas por el miedo. ¿Y adónde más podría ir? Estaba rodeada.

—Bueno... es que... —intenté hablar, pero mis palabras se atropellaban.

—Los errores son para los débiles, y los débiles son inútiles. ¿Sabes qué hago con las personas inútiles? —Su voz era fría y controlada, y

sacó una navaja del bolsillo interno del saco, girándola entre los dedos con una destreza aterradora—. ¿Quién cometió tal error? ¿Debería mandar a decapitarlo, o arrancarle un brazo será suficiente?

Hablaba con tanta seriedad que no había duda en mi mente de que haría lo que decía. Mi corazón martillaba en el pecho, y el aire parecía faltar en mis pulmones.

—Yo... yo no... —Mi voz vaciló, y tragué en seco, intentando desesperadamente encontrar una salida.

¿Decir o no decir mi verdadero nombre? ¿Y si él me consideraba inútil si no era Chiara Marino?

—Espero que no tenga que ver con su viaje —continuó, sin importarle mi pavor—. Planeé cada detalle terriblemente para su incomodidad. ¿No sintió miedo en ese helicóptero, sola con un viejo loco? ¿Fue agradable el viaje en ese contenedor sucio? Si en algún momento se sintió bien, avíseme. Le arrancaré los ojos a quien se atrevió a desafiarme.

Se acercó a mí, sus ojos fijos en los míos, mientras deslizaba la hoja de la navaja a lo largo de mi rostro, el metal frío haciendo que mi piel se erizara y mi corazón se congelara. Un ardor repentino surgió donde la hoja cortó mi piel, pero apreté la mandíbula, negándome a mostrar debilidad.

Elevó la navaja, ahora brillando con una fina línea de mi sangre, y pasó el dedo por la hoja. Lentamente, llevó el dedo a sus labios, sus ojos nunca apartándose de los míos mientras lo saboreaba, apreciándolo como si fuera un vino raro.

—Solo un rasguño —murmuró despreocupadamente—. No va a arruinar tu rostro.

—¿Por qué está haciendo esto? —pregunté, sintiendo que el aire me faltaba—. Solo quiero volver al monasterio y seguir mi vida en paz, yo...

—Basta. No abras la boca a menos que yo lo permita. —Me interrumpió, su tono afilado como la hoja que había tocado mi piel.

Sujetó mi rostro con fuerza, sus grandes manos inmovilizándome—. Tu padre me debe mucho, y como es un cobarde que se esconde de mí, tú pagarás por él.

—Yo... yo no tengo dinero para pagar nada —murmuré, confundida.

Él esbozó una sonrisa cruel, de lado.

—No te hagas la tonta, cariño. —Posó su mirada en mi boca. Mis ojos temblaban, pero no me atreví a cerrarlos—. Ya estás grandecita y sabes cómo se pagan realmente las deudas.

—Usted es realmente el demonio —susurré entre dientes, sintiendo la bilis subir por mi garganta.

—Bienvenida al infierno. —Respondió, sujetando mi mentón con más fuerza, sus dedos clavándose en mi piel.

Hizo una seña a Miguel, que hasta entonces había permanecido inmóvil cerca de la puerta. Sin decir una palabra, Miguel se acercó y me agarró del brazo, conduciéndome fuera de la oficina. Me llevaron por otro conjunto de pasillos estrechos y escaleras escondidas, siempre lejos de la vista de cualquier persona.

Descendimos hasta dos niveles por debajo del club, donde el ambiente se volvía aún más sombrío. Las paredes eran de concreto sin terminar, y el único sonido era el eco de nuestros pasos. Finalmente, llegamos a una puerta pesada de metal que Miguel abrió con una llave maestra.

Me empujó dentro de un cuarto pequeño y sin ventanas. El suelo de cemento era frío y sucio, y en la esquina había solo un colchón viejo y un balde. Nada más.

—Quédate aquí hasta que él decida qué hará contigo —dijo Miguel con una expresión neutra, cerrando la puerta tras de sí.

Caí de rodillas al suelo, lágrimas resbalando por mi rostro. La oscuridad me envolvía, y el terror sofocaba cualquier esperanza que pudiera tener.

—Dios mío... ¿por qué me está pasando esto? —susurré entre sollozos, abrazando mis rodillas mientras el llanto me consumía.

Había llegado a mi destino y, al parecer, pronto llegaría mi final.

Toda mi vida hasta ese momento pasó por mi mente como un destello: momentos de infancia, adolescencia, todo.

De repente, como un fuego quemando mi alma y subiendo por mi garganta, me levanté, decidida a no aceptar eso. Al fin y al cabo, ¿qué clase de fe tenía? ¿Qué clase de fe depositaba mi nonna en mí?

Llorar y lamentarme, aceptando mi final, no sería la solución.

—No sé cómo, pero saldré de este lugar y volveré a mis propósitos —dije con una sonrisa esperanzada, sabiendo que solo podía contar con la ayuda de Dios.

¿Quién era yo en la fila del pan para que alguien viniera a salvarme? Si fuera Chiara Marino, quizás tendría alguna oportunidad de ser rescatada por alguien que se preocupara. Pero no. Elena Galli estaba por su cuenta. Solo yo y Dios. Al menos, por ahora.

CAPÍTULO 5 – FE

ALEJANDRO HERRERA

Dos días después...

El coche deslizaba por las carreteras oscuras mientras observaba el paisaje a través de la ventana, pero mis pensamientos estaban lejos. Miguel hablaba a mi lado, su voz baja y grave llenando el silencio del coche.

Miguel Torres, mi subjefe. En quien confío mi vida y la vida de quienes amo y quiero proteger... o matar.

—Ahora ya no tendremos más problemas. Pablo y yo nos encargamos de hacerles entender que es nuestra voluntad la que prevalece —dijo, refiriéndose al problema reciente con las mulas y el tráfico de drogas.

No estaba interesado. Hice un gesto rápido con la mano, cortando el tema. Mi mente estaba en otra cosa, algo mucho más importante que esos detalles operativos.

—Marino no ha dado ninguna pista de que está alterado. ¿Por qué está en silencio? ¡DEBERÍA VENIR HASTA MÍ A RESCATAR A SU HIJA, ¡MIERDA! ¿QUÉ CLASE DE CAPO ES ESE MALNACIDO? —grité, sintiendo el calor de la rabia subir por mi pecho, y cerré los puños. Me era incomprensible que Antonio Marino, con toda su arrogancia y desesperación, no hubiera hecho nada. —Nuestros hombres en Italia dijeron que todo está en silencio, como si absolutamente nada hubiera pasado.

Miguel suspiró a mi lado, más calmado, pero sabía que él también sospechaba algo.

—Dale tiempo al tiempo, quiere atraparnos por sorpresa. Ese hombre es un cobarde. No hará como nosotros, que intentamos incansablemente encontrarlo, cazándolo en un territorio desconocido, comandado por él.

Sus argumentos tenían sentido, pero yo estaba harto de esperar. El odio que sentía por Antonio Marino ardía dentro de mí como un veneno lento y constante. No quería esperar, no más. Tenía el as bajo la manga, y la rabia de no poder usarlo como quería me consumía.

—Voy a interrogar a la chica, va a tener que abrir la boca y contar exactamente dónde está su padre. —Las palabras salieron entre dientes apretados, y era claro que ya no escuchaba nada de lo que Miguel decía. Mi mente estaba enfocada en Chiara, la hija de Antonio. Sabía que ella sería la clave para traer a ese desgraciado hasta mi puerta. Ahora, por primera vez en mi vida, yo tenía la ventaja.

El coche se detuvo frente al club nocturno que servía de fachada para nuestro burdel y otras operaciones ilegales. Las luces de neón parpadeaban, reflejándose en el asfalto mojado, mientras el sonido amortiguado de la música electrónica escapaba por las pesadas puertas. Sergei, mi chofer particular, bajó sin decir una palabra, como siempre. Su silencio era algo que yo apreciaba, especialmente cuando mi cabeza estaba llena de pensamientos oscuros y planes inconclusos.

En cuanto entré, el fuerte olor a perfume barato y alcohol me envolvió. No estaba allí por placer, estaba por control.

Cuando Augusto Herrera puso los ojos en mí, aquella noche en que Antonio Marino asesinó a mis padres, Augusto me ofreció su mano y dijo que él sería mi padre a partir de ese día. Regresó de donde estuviera en cuanto supo que estábamos bajo ataque, pero no llegó a tiempo. Desde entonces, fui criado como su hijo mayor, llevando su nombre y su legado, pero sin olvidar de dónde venía, de quién quiso y trató de protegerme de todo esto: Adolfo y Rosa García. Nunca olvidé ni un solo día mi deber. Proteger siempre a la familia,

fue lo que mi padre me enseñó. El niño de cinco años falló, pero el demonio en que me convertí no descansaría hasta hacer pagar a Antonio.

No perdí tiempo. Caminé directamente al sótano. Mis botas hacían un sonido seco contra el piso de concreto mientras bajaba las escaleras, el eco reverberando por las paredes húmedas. Pasé por salas donde se almacenaban armas y se empaquetaban drogas, el corazón palpitante de nuestras operaciones ilegales. Mi cuerpo estaba tenso, mis pensamientos girando en torno a la chica.

Cuando mis informantes me dijeron que Antonio Marino había enviado a su hija al monasterio de San Damián, en Italia, supe inmediatamente que era un intento desesperado por esconderla de mí. Supe que sería fácil capturarla. Solo había tres hombres protegiéndola desde lejos. Tres. Un descuido imperdonable que Miguel y Juan resolvieron fácilmente. Tres cortes precisos en el cuello, sin emitir siquiera un sonido. Cuando me enteré, no podía creer la audacia de Antonio al dejarla tan desprotegida. No, no podía ser una estrategia. Estaba sin opciones y, ahora, finalmente, el miedo estaba de su lado.

Llegué a la puerta de la celda donde Chiara estaba siendo retenida. Mis manos estaban listas para girar el picaporte y abrir la puerta de hierro, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz suave y vacilante rompió el silencio.

La voz que venía del otro lado de la puerta era suave, casi angelical, y cada palabra pronunciada resonaba en el sótano con una pureza que me hizo dudar por un instante. Era una oración. Una súplica desesperada, pero aún así, llena de fe.

—…líbrame de todo mal, de todo miedo y de toda opresión. Llénname con Tu Espíritu Santo, para que pueda caminar en la luz de Tu verdad y de Tu amor. Protégeme con Tu preciosa sangre y envía a Tus ángeles para que vigilen sobre mí.

La voz de Chiara se volvía más fuerte, como si estuviera ganando valor mientras rezaba. Mi mano, que estaba a punto de girar el picaporte, se congeló en su lugar. Por un breve momento, su oración

me transportó a un pasado que yo me empeñaba en enterrar, un pasado que no tenía cabida en la vida que vivía ahora.

—María, Madre de Dios, intercede por mí ante Tu Hijo, para que pueda encontrar paz y sanación. San Miguel Arcángel, defiéndeme en la batalla contra las fuerzas del mal…

Rezaba como solía hacerlo mi madre. El mismo tono suave, la misma determinación subyacente en la voz, como si creer en algo más grande fuera el único camino para sobrevivir al dolor y al miedo. Mis mandíbulas se apretaron, y una oleada de rabia fría recorrió mi cuerpo. No podía permitir que eso me afectara. No ahora.

Chiara estaba sufriendo y yo me había asegurado de eso desde el primer momento en que fue traída a mi poder. Yo había creado el miedo dentro de ella, como hago con todos. Sin embargo, aún tenía esperanzas. Tenía fe. Creía que, de algún modo, sus oraciones serían escuchadas. Eso me irritaba más de lo que quería admitir.

Pensé que su tiempo en el monasterio era solo parte de una estrategia de Antonio, algo para mantenerla escondida de mí hasta que pudiera reaccionar. Pero ahora, al escuchar sus palabras, comprendí que no fingía. Esa fe era verdadera, la misma que tenía mi madre. El único problema era que esa fe no tenía lugar en mi territorio.

Mi mano aún estaba sobre el picaporte, y podía sentir la duda que me consumía. Una parte de mí quería abrir esa puerta y arrancar esa fe con mis propias manos, quería verla hecha pedazos, ver su mirada perder toda esperanza.

Necesitaba corromperla, necesitaba arrancar cada rastro de pureza de dentro de ella, hasta que fuera solo una pieza más en mi juego contra Antonio. Esto era personal. Y disfrutaría hacerlo.

Respiré hondo, intentando calmar la creciente rabia. No sería ahora. No de la forma en que estaba a punto de hacerlo. Necesitaba ser más inteligente que eso. Chiara era mi as, y no debía ser destruido tan pronto. Si quería usarla contra su padre, tendría que ser

quebrada poco a poco, minuciosamente. Sabía exactamente cómo hacerlo.

Solté el picaporte, dejando que mi mano cayera al lado del cuerpo. Entraría a esa sala, pero no hoy. Hoy, ella rezaría. Hoy, mantendría su fe. Pero mañana, o pasado, comenzaría a arrancársela. Y sabía, de algún modo, que sería más satisfactorio verla perder cada pedazo de esperanza lentamente, hasta que no quedara nada más que el vacío.

Miguel apareció en la parte superior de las escaleras, sus ojos atentos como siempre, observando mis movimientos con cuidado.

—¿Vas a interrogarla ahora? —preguntó, manteniendo la voz baja.

—Todavía no —respondí, sin apartar los ojos de la puerta—. Primero, quiero ver hasta dónde llega esa fe.

Miguel se encogió de hombros, acostumbrado a mi paciencia meticulosa. Sabía que cuando decidía algo, había un plan detrás, y este no sería diferente. La chica iba a hablar, pero no porque yo exigiera respuestas con amenazas inmediatas. Haría que se arrodillara y me contara todo porque no tendría otra opción. Antonio sentiría en carne propia lo que es tener algo valioso en las manos y verlo ser destruido. Me aseguraría de eso.

Con la última oración de Chiara aún resonando en mis oídos, me giré y subí las escaleras, mi mente ya empezando a formar los próximos pasos.

—Vamos, Miguel. Aún tenemos mucho que hacer.

CAPÍTULO 6 – VÍSTETE

ELENA GALLI

Dos días después...

El sótano era oscuro y húmedo. A pesar de saber que se trataba de un club nocturno, el único sonido que rompía el silencio era el de las gotas de agua que caían de algún lugar del techo, formando charcos en el suelo de concreto. Las paredes de piedra sin pulir hacían que el espacio pareciera más claustrofóbico de lo que realmente era. El aire olía a moho y metal, y la oscuridad me envolvía como una prisión. El viejo colchón en la esquina era la única señal de "comodidad", y el balde al lado... bueno, ya había entendido su función. No había privacidad ni dignidad.

En los cuatro días que pasé en aquel sótano, lo único que pude hacer fue rezar. Siempre tenía miedo, pero una pequeña llama de esperanza permanecía encendida dentro de mí. Me dolían las rodillas de tanto arrodillarme en el suelo frío, y tenía la garganta seca de tanto pronunciar palabras de fe, una fe que me vi obligada a adquirir. Pero el miedo era constante. Acechaba en las sombras, en cada ruido del portón, en cada eco de pasos que oía, lejanos. "¿Será él? ¿Alejandro finalmente decidió matarme?" me preguntaba. Al menos, comía mejor que en el barco. La comida que me daban era simple, pero caliente y bien preparada.

Entonces, en el cuarto día, la puerta del sótano se abrió. La luz del pasillo invadió el espacio oscuro y una figura apareció frente a mí. Era una mujer alta, con el cabello recogido en una coleta y un vestido elegante. Sus ojos fríos me observaron por un momento antes de dar la orden, corta y directa:

—Levántate.

Sin darme oportunidad de responder, hizo un gesto brusco para que la siguiera. Subí las escaleras del sótano con el corazón acelerado, sin saber qué esperar. Me condujo por pasillos iluminados por luces de neón, con la música amortiguada resonando en las paredes. Entramos en una habitación que exhalaba lujo y lujuria. Era grande, pero los detalles eran lo más llamativo: espejos cubrían las paredes, reflejando cada ángulo del ambiente, y había objetos esparcidos que sugerían actividades pecaminosas. Sabía que aquella habitación no se usaba con fines inocentes. Estaba en un club que también funcionaba como burdel; era inocente, pero no tanto como para no entender lo que pasaba allí.

—Ve. El baño está allí. —La mujer me empujó en dirección al baño. — Lávate bien, arréglate el cabello, límpiate completamente y luego ponte la ropa que está sobre la cama.

Entré al baño y mi respiración se atascó en la garganta por un momento. Era inmenso, con paredes de mármol negro y detalles dorados. Un candelabro elegante colgaba sobre una bañera de hidromasaje y el suelo de piedra parecía estar calefaccionado, un contraste bienvenido al frío del sótano. El enorme espejo reflejaba mi imagen múltiples veces, imposibilitando escapar de mi propio rostro. Hacía mucho tiempo desde la última vez que había visto mi reflejo, y me asusté. Apenas me reconocía. Estaba sucia, con el cabello enredado y la piel pálida marcada por la suciedad del sótano y del barco. Mis ojos, que antes estaban llenos de vida, ahora parecían opacos, apagados.

Caminé hasta la ducha, abrí el agua caliente y me desnudé. Cuando el agua hirviente cayó sobre mi piel, sentí que los músculos se relajaban por primera vez en días. Me lavé el cabello con los productos caros que estaban disponibles, froté mi piel hasta que quedó rosada y, por algunos minutos, casi me olvidé de dónde estaba. Pero la realidad volvió pronto. Fuera lo que fuera que hubieran planeado para mí, no sería nada bueno. Lo sabía.

Cuando terminé de bañarme, me envolví en una toalla suave y salí del baño, con el vapor aún suspendido en el aire. Caminé hasta la cama, esperando encontrar alguna ropa sencilla, pero en su lugar, vi algo que me hizo llevar la mano a la boca, horrorizada, dejando caer la toalla. Sobre la cama había una falda negra de cuero, tan corta que apenas cubriría la mitad de mis muslos. La tela era fina, casi translúcida, y los laterales tenían cortes provocativos que exponían aún más piel. Al lado, había un top rojo hecho de un material sedoso y ajustado. El escote era profundo, y los tirantes finos casi inexistentes.

Lo que más me impactó fue la ausencia total de ropa interior. No había bragas, ni sostén, nada. Solo unas sandalias plateadas de tacón alto, la falda ridículamente corta y el top vulgar. Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba aquella ropa. Sabía lo que eso significaba. Era una humillación planeada, una forma de deshumanizarme. Para alguien que buscaba una vida diferente, ser forzada a usar algo así era una tortura psicológica tan grande como cualquier herida física. No querían solo romper mi cuerpo; querían destruir mi alma.

La mujer volvió a la habitación, lanzándome una mirada impaciente mientras yo intentaba cubrir mi cuerpo con las manos.

—Vístete. Ahora.

Me temblaban las manos mientras me vestía. La falda apenas subía hasta la mitad de mis muslos, y el top era tan ajustado que respirar parecía un desafío. Me sentía expuesta, vulnerable, y cada parte de mí gritaba que eso estaba mal, pero no tenía elección. Encaré mi reflejo en los espejos alrededor y apenas podía creer lo que veía. La persona que me miraba de vuelta parecía una extraña, una versión distorsionada de mí misma.

Pero no importaba, lo soportaría todo con la cabeza en alto. Podrían pisotearme cuanto quisieran, pero jamás lograrían quebrar mi fortaleza. Podrían humillarme, hacerme vestir ropa que nunca elegiría, podrían tratarme como un objeto, pero mi esencia, quien realmente era, eso no podrían tocarlo. No era la mujer que aquellos

espejos reflejaban, no era lo que aquella ropa sugería. Mi alma seguía intacta, incluso si intentaban destruirla pedazo a pedazo.

Respiré hondo, luchando contra las lágrimas que amenazaban con caer. Sentía un nudo en la garganta, pero tragué en seco. No verían mi debilidad. No me verían llorar. Yo aún era Elena, aquella en quien mi abuela siempre creyó que era fuerte. Y era esa fuerza, nacida del fondo de mi corazón, la que me sostendría, incluso en medio de aquel infierno.

Bajé las manos, que instintivamente intentaban cubrir mi cuerpo, y las dejé caer a los costados. No les daría el gusto de ver que la tortura estaba funcionando.

La mujer dio un paso al frente, observándome de arriba abajo. Sus ojos analizaban mi cuerpo como si fuera un objeto, lo que me hizo sentir aún más expuesta.

—Ahora estás lista —dijo ella, con un tono de satisfacción—. Ven.

Ella se dio la vuelta y yo la seguí, sintiendo cómo la falda subía con cada paso, dejando mis piernas aún más expuestas.

CAPÍTULO 7 – VAS A DESEARLO

ELENA GALLI

Cuando llegamos al final de un largo pasillo, la mujer se detuvo frente a una puerta de madera maciza. Mi corazón empezó a latir tan fuerte que sentí como si fuera a salirse del pecho. Sabía lo que había detrás de esa puerta. Sabía quién estaba allí. Y eso me aterrorizaba.

Abrió la puerta sin siquiera mirarme, solo hizo un gesto con la mano para que entrara, y lo hice, porque no estaba en condiciones de imponerme. Ya había caído la noche, y la habitación estaba mal iluminada por algunas lámparas de pared que proyectaban sombras a través de las pesadas cortinas, bloqueando cualquier rastro de luz natural desde afuera. La cama, enorme y cubierta con sábanas de seda oscura, estaba en el centro del cuarto, y sabía lo que podría suceder allí. Sentía un nudo creciente en el estómago.

El olor a tabaco y a perfume amaderado invadieron mis fosas nasales, pero lo que realmente me congeló fue la figura que se destacaba cerca de la ventana. Alejandro estaba allí, de pie, de espaldas a mí, con un vaso de bebida en la mano, sus hombros anchos enmarcados por el contorno de la ventana. Observaba el exterior con una calma exasperante, el vaso de whisky balanceándose entre sus dedos.

No sabía si había notado mi presencia. No me atrevía a hacer ruido, ni a moverme. El miedo estaba arraigado en lo más profundo de mi ser. Ese silencio denso, la presencia dominante de Alejandro, el ambiente sofocante... todo me hacía creer que ese podría ser el momento en que él destruiría lo último que me quedaba: mi pureza.

La idea de ser violada me hizo estremecer. Cerré los ojos por un instante, intentando controlar mi respiración. "Por favor, que no lo haga... que eso no ocurra", pensé, desesperada. Sabía de lo que era capaz, y el pavor de ser forzada a algo así me dejaba paralizada. El miedo de perder mi dignidad era más fuerte que cualquier otro terror que hubiera sentido antes.

El sonido de un suspiro profundo me hizo abrir los ojos. Alejandro se giró lentamente, el vaso aún en su mano. Sus ojos, oscuros e impenetrables, se encontraron con los míos. Me observó durante unos instantes, como si estuviera midiendo mi reacción, mi postura... como si intentara leer mis pensamientos. El silencio entre nosotros era opresivo y apenas podía moverme.

—Veo que estás lista —dijo, su voz grave penetrando en mí como un trueno. Bebió un sorbo sin prisa, mientras seguía escaneándome de arriba a abajo. Su presencia llenaba la habitación de una manera que me hacía sentir pequeña, indefensa, un insecto.

Mi respiración era demasiado rápida y mi corazón golpeaba con fuerza mi pecho. Sabía que debía decir algo, pero las palabras estaban atrapadas en mi garganta. Esa habitación, mi atuendo, esa cama y la mirada de Alejandro... estaba perdida.

Entonces, él ya había decidido, al fin, qué haría conmigo. Qué uso me daría.

—No... —susurré, sin siquiera darme cuenta de que lo había dicho en voz alta. Di un paso atrás, como si eso pudiera crear algo de distancia entre nosotros, pero solo hizo que su sonrisa fría se ampliara.

—¿No qué, cariño? —preguntó, dando un paso más hacia mí—. ¿No crees que ese vestido te queda bien?

Temblaba. Cada parte de mí estaba invadida por el pavor de lo que pudiera hacer. Se acercaba lentamente, el vaso en una mano y la otra en el bolsillo, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Cuando se detuvo frente a mí, tan cerca que pude sentir el aroma de la

bebida mezclado con su perfume amaderado, todo lo que pude hacer fue mirar al suelo.

—Levanta el rostro. —Su voz era baja, pero rebosaba de mando.

No podía. Mi cuerpo parecía bloqueado, paralizado por el miedo de provocar algo que no podría controlar. Esperó un segundo y, luego, con un movimiento suave, usó el dedo para levantar mi mentón, obligándome a mirarlo.

Sus ojos estaban fijos en los míos y la sonrisa había desaparecido. Todo el cuarto parecía encogerse a nuestro alrededor y apenas podía respirar. Mi cuerpo temblaba tanto que temía desmayarme.

—¿Tienes miedo, Chiara? —preguntó, inclinándose un poco más hacia mí. Su voz sonaba casi suave, pero completamente provocadora, llena de amenazas—. ¿Tienes miedo de lo que puedo hacerte?

Quería gritar que no era Chiara, aunque casi comenzaba a creerlo. Quería correr, pero mis piernas estaban congeladas. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y el terror que sentía… claro que tenía miedo.

—No voy a mentirte, cariño. —Dio un paso más, su boca a escasos centímetros de mi oído, calentando mi piel con su aliento ardiente—. Podría hacer lo que quisiera contigo ahora mismo. —La promesa en su voz hizo que mi estómago se desplomara, y retrocedí de nuevo, tropezando con mis propios pies.

—Por favor... —mi voz salió débil, casi un susurro—. No...

Alejandro retrocedió un paso, levantando la mano que sostenía el vaso y esbozó una leve sonrisa, pero era una sonrisa sin una pizca de bondad.

—No voy a violarte, Chiara —dijo con una frialdad que me hizo temblar aún más—. No es así como rompo a las personas. —Bebió otro sorbo, sus ojos aún clavados en mí—. Pero te diré algo: vas a desear que lo hubiera hecho.

Alejandro sonrió, una sonrisa cruel pero hipnotizante. Había algo en él que no podía negar: era hermoso, peligrosamente sexy. Una sonrisa diseñada para desarmarme, para quitarme cualquier

posibilidad de resistencia. Su mirada era como una promesa de algo prohibido y perverso y, por un momento, sentí el suelo desaparecer bajo mis pies.

—Abre la boca —ordenó, su voz baja y seductora, cargada de una autoridad que hizo que cada parte de mi cuerpo reaccionara antes de que mi mente procesara la orden.

Como si estuviera bajo un hechizo, incapaz de resistirme a la sensación de ser dominada, obedecí. Abrí la boca, incapaz de apartar la mirada de ese hombre que irradiaba poder y peligro. Acercó el vaso a mis labios y, con un movimiento suave sujetando mi rostro, me hizo beber un sorbo.

El líquido quemó mi garganta, descendiendo caliente, pero de inmediato algo dentro de mí se encendió. Era como si mi cuerpo, contra mi voluntad, respondiera a esa bebida, a su toque, al aire cargado de tensión en la habitación. El calor se esparció por mi cuerpo, una corriente eléctrica recorriendo cada nervio, dejándome mareada, jadeante.

Cuando Alejandro retiró el vaso de mi boca, no se alejó. En vez de eso, presionó sus labios contra los míos, pero no me besó. Era una provocación cruel, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo. Su respiración se mezclaba con la mía, cálida e intensa, mientras sentía su aliento sobre mis labios entreabiertos. Estaba tan cerca, pero al mismo tiempo se negaba a darme lo que mi cuerpo, inexplicablemente, parecía querer en ese momento.

Todo mi cuerpo ardía. El calor despertado por la bebida irradiaba de mi piel y cada célula de mi ser clamaba por más. Sentía el deseo apoderarse de mí, una necesidad peligrosa y autodestructiva de rendirme ante esa presencia arrolladora. Mi corazón latía tan fuerte que creí que él podía oírlo.

"¿Qué estoy haciendo?" —pensé.

Entonces, mis ojos se abrieron de golpe cuando recuperé la conciencia y, con un movimiento brusco, retrocedí, tropezando hasta la pared más cercana. Respiraba con dificultad, el pecho subiendo y

bajando demasiado rápido y el corazón casi saliéndome por la boca. Me presioné contra la pared, como si pudiera protegerme de él, como si la distancia pudiera salvar lo que quedaba de mi dignidad.

Alejandro soltó una risa baja, una risa demoníaca, como si se divirtiera con mi confusión, con el caos que había provocado dentro de mí.

—Está bien, cariño, todo a su tiempo. —Su voz era como un veneno dulce, envenenándome lentamente mientras se alejaba de mí con una calma exasperante. Caminó hasta la puerta y, con un movimiento casual, la abrió.

Dos mujeres entraron inmediatamente. Una rubia y una pelirroja, ambas vestidas de forma vulgar, al igual que yo, con escotes apretados que apenas contenían sus pechos enormes. La ropa minúscula parecía a punto de estallar en cualquier momento. Eran la personificación de la lujuria, y de inmediato sus miradas lascivas se dirigieron a Alejandro.

—¡Hola, chicas! —dijo, girándose hacia ellas con la misma sonrisa cruel en el rostro—. ¿Nos divertimos y le mostramos a Chiara lo que se está perdiendo?

Terminó de beber lo que quedaba en el vaso mientras las dos mujeres comenzaban a actuar de forma seductora, acercándose a él como depredadoras. La rubia, con una sonrisa provocadora, deslizó las manos por el pecho de Alejandro, mientras la pelirroja se acercaba por detrás, enredando sus manos en su hombro.

Con un movimiento rápido y sin ceremonia, Alejandro agarró el vestido de la rubia y rasgó la tela, exponiendo sus pechos, que saltaron al descubierto, desnudos y provocativos.

Alejandro empezó a desabotonar su camisa y mi corazón latía desbocado, mi mente dividida entre el pavor y algo que no sabía cómo nombrar. Cada fibra de mi cuerpo me decía que debía irme de allí, pero antes de que pudiera dar un paso hacia la puerta, él alzó la mirada, sus ojos atrapándome en el lugar.

—Siéntate allí —dijo, señalando la butaca en el rincón del cuarto—. La puerta está cerrada. Claro, puedes venir a la cama si quieres — añadió con una sonrisa cínica y, en ese momento, una de las mujeres se arrodilló frente a él y, tras abrirle la cremallera y bajarle los pantalones, empezó a chuparle el… miembro enorme y aterrador, mientras él sujetaba su cabello, guiándola con una calma que me perturbaba aún más. Sin embargo, sus ojos no estaban en ella. Estaban en mí. Y lo que vi allí me hizo flaquear. Las expresiones de placer en su rostro eran tan intensas que sentí mi cuerpo estremecer.

Cerré los ojos con fuerza, intentando bloquear la escena, pero las imágenes no desaparecían. Su presencia, su cuerpo desnudo y definido, estaba grabado en mi mente. Incluso con los ojos cerrados, podía ver el pecho moreno y musculoso de Alejandro, su piel brillando bajo la tenue luz del cuarto, sus ojos mirándome y provocándome. Era como una sombra que me perseguía, incluso en la oscuridad.

Pasaron minutos y yo seguía con los ojos cerrados, pero era imposible no escuchar los sonidos, las risas, los murmullos y los gemidos.

—¿Está rico, eh? ¿Está rico restregar esa concha en mi verga?

—Ohh, sí, Alejandro, es lo más placentero que he experimentado.

Mi cuerpo tembló, abrí los ojos de nuevo, como si necesitara confirmar que eso era real, y lo que vi me dejó aún más hipnotizada: ahora las dos mujeres estaban desnudas, expuestas, y Alejandro... Él no dejaba de mirarme, incluso mientras penetraba a la rubia que estaba en posición de cuatro en la cama. Estaba sin aliento. Él tenía el control total, y se aseguraba de demostrármelo.

—Ohhh, eso, Alejandro, qué delicia…

Le dio una nalgada a la rubia mientras embestía, un golpe que resonó en el cuarto, seguido de un gemido que llenó mis oídos. El sonido me hizo aferrarme a la butaca, mis dedos clavándose en el tapizado, mientras intentaba luchar contra la abrumadora sensación

de estar atrapada en esa... tentación. La otra mujer, la pelirroja, sentada en la cama, también me observaba, exhibiéndose. Se masajeaba los pechos, abriendo las piernas, como si eso pudiera interesarme. No, lo que no podía era apartar la mirada de Alejandro. El maldito Alejandro, a quien ahora odiaba tanto como nunca había odiado a nadie.

El cuerpo de Alejandro, sus manos tocando a las mujeres, los gemidos bajos de ellas... todo era una provocación directa a mi pavor y la confusión que crecía dentro de mí. Estaba aterrorizada, pero no podía dejar de mirar. Era como ver un incendio devastador —aterrador, pero imposible de ignorar.

Él sabía que estaba mirando, y yo sabía que quería que mirara. Eso era parte de su juego. Probar mis límites, romper mis defensas.

La vergüenza me consumía. ¿Por qué no puedo mirar hacia otro lado? —pensé, mi respiración corta y entrecortada. La escena ante mí era una representación clara de lo que él quería que me convirtiera: otra pieza en su juego, otra persona rota entre sus manos.

Alejandro me miró de reojo mientras su mano recorría el cuerpo de la pelirroja. La sonrisa jamás abandonó sus labios. Me estaba mostrando, sin palabras, que yo también podría terminar allí, bajo sus toques pecaminosos. Y, de algún modo, él sabía que una parte de mí, por más pequeña que fuera, ya estaba siendo arrastrada hacia eso.

Y lo peor es que, después de eso, no me sentiría digna de rezar.

CAPÍTULO 8 – BUENOS DÍAS, CARIÑO

ALEJANDRO HERRERA

Después de salir de la ducha, me puse un pantalón y dejé la camiseta de lado, permitiendo que el aire fresco de la madrugada secara mi torso aún húmedo. Arrastré una silla y me senté frente al sillón donde Chiara dormía. El silencio era casi absoluto, interrumpido solo por el suave sonido de su respiración. Las mujeres con las que estuve minutos antes ya se habían ido y, en ese momento, toda mi atención estaba completamente centrada en Chiara.

El sol pronto saldría y yo observaba cada detalle de su sueño. Las sábanas arrugadas en la cama parecían insignificantes comparadas con la visión frente a mí. Chiara dormía con su cuerpo delgado encogido en el sillón, las rodillas dobladas de manera incómoda. Cada centímetro de su piel pálida me atraía. Su respiración lenta y constante era casi hipnotizante, y sentía una extraña satisfacción al velar su sueño, como si tuviera el control, incluso en su vulnerabilidad.

La había manipulado desde el principio, probando sus límites, observando sus reacciones. Había algo fascinante en su inocencia mezclada con la fuerza que intentaba desesperadamente mantener.

Mi celular vibró sobre la mesa de noche, sacándome de mis pensamientos. Tomé el aparato, ya esperando la llamada de Miguel.

—Dime —contesté, manteniendo la voz baja.

—Hubo un intento de ataque en el almacén 9 —informó Miguel directamente—. Juan capturó a uno de los invasores, pero no perdimos a nadie. Lo impedimos.

Apreté la mandíbula, mis ojos aún fijos en Chiara mientras procesaba la noticia. Aunque mantenía la calma en la voz, el odio crecía dentro de mí.

—Estoy seguro de que fue obra del desgraciado de Marino —murmuré con rabia—. Está aquí. Vino por la chica.
—Sí —confirmó Miguel—. ¿Cómo vamos a responder?

Solté un suspiro lento, pasándome la mano por el cabello aún húmedo. Miré el reloj; aún quedaba tiempo antes del amanecer.

—Voy para allá —respondí, colgando el teléfono.

Guardé el celular en el bolsillo y mis ojos volvieron hacia Chiara, que ahora estaba despierta, observándome. Sus ojos estaban llenos de algo que no lograba definir, tal vez miedo, tal vez desconfianza, o incluso... expectativa. Los míos, sin embargo, estaban a punto de explotar de odio y rabia por todo lo que ella simbolizaba.

—Buenos días, cariño —dije con sarcasmo.
—¿Por qué me está pasando esto? —murmuró, su voz temblorosa.

Me acerqué despacio, saboreando su debilidad.

—Lo entenderás, Chiara —dije, una sonrisa sombría y maliciosa surgiendo en mis labios—. Vas a entender lo que es vivir bajo mis reglas y te va a gustar.

Ella respiró hondo, intentando recomponerse.

—Nunca voy a entregarme a ti. Eres el mismo demonio que existe en la Tierra —soltó, su voz temblorosa pero firme.

La miré por un momento, pensando en sus palabras. Era gracioso cómo intentaba aferrarse a algo que ya se le escapaba de las manos. Podía verlo en cada gesto, en cada mirada que lanzaba. Sus ojos desviaron rápidamente hacia la cama, como buscando una salida, pero no había salida para ella.

Me acerqué aún más, mis dedos firmes sujetando su nuca, obligándola a mirarme directamente.

—No te hagas esto a ti misma —murmuré—. Cuanto antes te rindas a mí, más rápido verás que el demonio no siempre es el monstruo

que imaginas.

Ella quedó paralizada, sus grandes ojos mirándome, completamente vulnerable.
Sonreí de lado, satisfecho con su asombro.

—Quédate sentadita ahí, hasta que alguien venga a buscarte —dije con un suave toque en su mejilla.

Ella no reaccionó. Se quedó allí, congelada, observando mientras me alejaba.
Sabía que estaba luchando, pero al final, se rendiría. Todos se rinden, tarde o temprano. Cuanto antes lo entendiera, más fácil sería para ella. Antonio Marino pagaría caro por cada día que me hizo esperar, y su hija sería el trofeo final.

CAPÍTULO 9 – MÉTODOS

ALEJANDRO HERRERA

Al salir de la habitación, me topé con Paulina, la gerente de confianza de las chicas del club. Venía por el pasillo a pasos rápidos. Me detuve frente a ella, bloqueando su paso.

—Paulina, Chiara se quedará en una habitación cómoda a partir de ahora. Tú te encargarás personalmente de ella —mis palabras fueron frías y firmes, y ella sabía que no había espacio para objeciones—. Y la ropa... quiero que sea atrevida, provocativa. Que entienda quién manda aquí.

Asintió de inmediato. Paulina siempre entendía rápido y hacía lo que debía hacerse. Observándola alejarse, bajé las escaleras hacia el sótano del club, donde el verdadero trabajo me esperaba.

El ambiente en el subsuelo era sombrío. Encendí un cigarrillo mientras caminaba por los estrechos pasillos. Ya sentía mi paciencia agotándose antes incluso de ver al gusano.
Cuando entré en la sala subterránea, el olor a metal, humedad y miedo invadió mis sentidos. En el centro, un hombre colgaba boca abajo, atado por cadenas que pendían del techo. Así me gustaba ver a mis enemigos: vulnerables, sin dignidad. La sangre fluía hacia su cabeza y apenas podía moverse, salvo para intentar aliviar el dolor que el peso de su cuerpo le provocaba.

Juan estaba al lado, girando un cuchillo entre los dedos, impaciente. Al verme, sonrió con malicia en los ojos.

—Estaba a punto de empezar la diversión sin ti —dijo.

Levanté una ceja, soltando el humo del cigarro lentamente.

—Con esa cara tuya ya debe haber sido suficiente tortura para él —respondí, provocando una risa ahogada de Miguel, que estaba apoyado en la pared, observando todo en silencio.

Juan se encogió de hombros, fingiendo ofensa.

—Tal vez, pero nada se compara con lo que tú haces.

Me acerqué al prisionero, que me miraba con ojos bien abiertos y atentos.

—Así que tenemos una visita inesperada... —comenté, dando una última calada antes de lanzar el cigarro contra la pared.

Miguel cruzó los brazos, manteniendo su mirada fría sobre el prisionero.

—Antonio Marino está jugando contigo —dijo, pensativo.

Observé al prisionero por un momento, procesando la provocación. Solté el humo en espirales lentas.

—¿Estás seguro de que fue Marino? —pregunté mientras observaba al hombre colgado—. Ese método ya fue usado por los rusos cuando intentaron robar nuestras armas.

Juan dio un paso al frente, guardando el cuchillo en el cinturón.

—No, este es italiano. Habla y actúa como uno de los perros de Marino.

Miguel se acercó un poco más.

—Podemos empezar cuando quieras. Tal vez nos diga algo útil.

Miré nuevamente al prisionero que temblaba mientras permanecía inmóvil, el miedo claramente presente en cada línea de su rostro. Sabía que había llegado su fin.

—Una rata como esta no sabe nada relevante —murmuré, tirando el cigarro al suelo y aplastándolo con el pie—. Si alguien va a decirnos algo sobre Marino, será la chica.

Miguel arqueó una ceja, curioso.

—¿Ya conseguiste algo con ella?
Sonreí levemente, sin prisa.

—Estoy en eso.

Justo en ese momento, la puerta de la sala se abrió, revelando a Pablo entrando con su típica arrogancia. Traía una sonrisa convencida en los labios y era seguido por algunos de nuestros hombres.

—Las mulas ya están en camino a su destino. —Anunció, orgulloso, como si esperara aplausos.

Pablo, mi medio hermano, hijo de Augusto, era todo lo que esperaba de él. Con 24 años, había crecido en el caos del cartel, preparado para ser una máquina de matar. A diferencia de mí, que tenía el cerebro y la responsabilidad de liderar, Pablo vivía por la adrenalina de la violencia. Él y Juan eran la dupla perfecta para lo que llamaban "aventuras sangrientas".

Juan rió, acercándose a Pablo.
—¿La perra cambió de idea? —preguntó, una sonrisa maliciosa en los labios.
Pablo se encogió de hombros, aún sonriendo.
—Solo quería una cogida y unos pesos. —Se jactó, como si acabara de ganar un trofeo.

Negué con la cabeza, sin paciencia para sus juegos.

—Estén atentos. Estamos en un momento demasiado crítico para cometer errores —dije con firmeza, dejando claro que no había espacio para fallas.

Con Luna liderando las mulas, era necesario prestar atención. Competente, pero problemática, Luna tenía el hábito de forzar los límites. Ya había pensado más de una vez en deshacerme de ella, pero las ganancias que traía al cartel siempre me hacían reconsiderarlo.

Volví mi atención al prisionero colgado. Cada vez que miraba una escena como esa, era un recordatorio de que nuestros métodos no eran solo sobre miedo. Era un lenguaje, una forma de enviar mensajes que ningún enemigo podía ignorar.

Antonio Marino lo sabía. Si se atrevía a desafiarme con ese ataque, era porque creía tener alguna ventaja sobre mí. La pregunta era: ¿cuál era la maldita ventaja que creía tener?

Me acerqué lentamente al prisionero y, con un movimiento preciso, le arranqué la mordaza de la boca. Sus ojos me miraron antes de susurrar, con voz ronca y helada:

—Tu infierno está llegando, Alejandro García.

Ese nombre… García. Un nombre que abandoné cuando mis padres fueron brutalmente asesinados. Alejandro García era un niño ingenuo, esperando salvación.
Lo observé, manteniendo una expresión tranquila, pero la rabia ardía por dentro.

—Veo que sabes más de lo que deberías —murmuré.

Él no retrocedió, manteniendo la mirada firme. Admirable... pero estúpido.

—Marino es más osado de lo que imaginé, enviando a un mensajero tan dedicado.

Caminé hacia la mesa de instrumentos y tomé un puñal de hoja fina. Me acerqué nuevamente, con pasos lentos y controlados.

—Vamos a empezar despacio. Quién sabe, quizás me ahorres el trabajo.

Sin aviso, pasé la hoja levemente por su brazo, apenas lo suficiente para abrir un corte superficial. Se estremeció, pero no gritó. Aún.

—¿Quién te envió? ¿Cuáles son los planes de Marino?

Sonrió, una sonrisa torcida de puro desafío.

—No tienes idea de lo que está por venir —murmuró.

Fruncí el ceño, ya impaciente. Giré el puñal entre los dedos y lo clavé levemente en su muslo, solo para causar dolor.

—Última oportunidad de facilitar las cosas.
—Vete al infierno —susurró con una mirada de desprecio.

Solté una risa fría.

—Gracioso... muchos ya dicen que yo estoy ahí.

Sin más demora, tomé un martillo pesado de la mesa de instrumentos y caminé hacia él. Sus ojos siguieron cada movimiento mío, el terror finalmente apoderándose. Levanté el martillo y, con precisión calculada, rompí su rodilla izquierda. El sonido del hueso partiéndose fue seguido por un grito agonizante que resonó por la sala.

—¿Todavía crees que puedes resistir? —pregunté, inclinándome para mirarlo a los ojos.

Respiraba con dificultad, las lágrimas corriendo por su rostro.
—Tú... nunca... vas a ganar —balbuceó.

Negué con la cabeza, decepcionado.
—Sabes, admiro tu determinación. Pero todos tienen un límite.

Dejé el martillo a un lado y tomé un cuchillo curvo, afilado como una navaja. Con movimientos lentos, hice un corte profundo en su costado, la sangre brotando de inmediato. Sus gritos eran casi inaudibles ya, la voz fallando por el dolor extremo.

Miguel dio un paso al frente.
—Alejandro, quizás ya sea suficiente. Si supiera algo, ya lo habría dicho.

Le lancé una mirada dura a Miguel. Solo tenía un defecto, pero ese defecto era, en raras ocasiones, mi conciencia. Algo que no necesitaba en ese momento.

—Todavía no hemos terminado aquí.

Tomé unas tenazas de la mesa, observando al prisionero que temblaba de dolor y miedo. Sus ojos encontraron los míos y, por más que su boca negara, sus ojos imploraban silenciosamente por misericordia. Pero no la obtendría.

—¿Sabes lo que les pasa a los que no cooperan? —pregunté, mi voz fría. Sin esperar respuesta, coloqué las tenazas debajo de la uña de su dedo meñique y, con un movimiento firme, la arranqué por completo.

El grito que salió de su garganta fue agonizante, resonando por las paredes de la sala. No me detuve. Pasé al siguiente dedo, arrancando uña por uña. Sus ojos se pusieron en blanco, su cuerpo se retorcía en convulsiones, pero eso no me afectaba. Cada uña que le quitaba era un intento de quebrar la resistencia que aún insistía en mantener.

Miguel desvió el rostro, incapaz de seguir viendo la escena.
—Alejandro…

Lo miré con frialdad.
—No te atrevas a interrumpirme de nuevo, joder.

Volví mi atención al hombre, ahora al borde de la inconsciencia.
—Última oportunidad. Dime lo que sabes sobre Marino.

Levantó la cabeza con dificultad, los ojos vidriosos, casi sin vida.
—Vete... al infierno... —susurró, en un último acto de desafío.

Suspiré, dándome cuenta de que no obtendría nada más de él. Me giré hacia Juan.
—Acaba con esto.

Juan sonrió sombríamente y sacó su arma, apuntándola a la cabeza del hombre.
—Con gusto.

Torturar era bueno, quitar la vida de quien me fallaba era mejor. Pero ver a Juan apretar el gatillo me daría una visión más clara y sería mucho más satisfactorio.

CAPÍTULO 10 – BUENA NIÑA

ELENA GALLI

Pasé todo el día caminando en círculos dentro de la habitación lujosa e incómodamente ostentosa que ahora era mi prisión.
Cada vez que daba un paso más, intentaba bajar la minifalda diminuta que me obligaron a usar. Era una de las muchas piezas escandalosas en el guardarropa, todas destinadas a humillarme y exponerme. La tela apenas cubría la mitad de mis muslos, dejándome incómodamente expuesta.

Abrí el armario una vez más, como si existiera la posibilidad de encontrar algo más apropiado, algo que no me hiciera sentir tan vulnerable. Pero no. Allí estaban las mismas prendas: colores vivos, vestidos ajustados, faldas cortas, tops escotados. Ropa que jamás usaría por voluntad propia. Cada vez que miraba esas prendas, era como si me obligaran a recordar que la escena que presencié de Alejandro con aquellas mujeres se repetiría muchas veces.

En una esquina de la habitación, sobre una mesita de madera oscura, había un plato con un trozo de pastel y un vaso de leche. Mi estómago rugía fuerte, implorando comida. Pero me negaba a ceder. Aquella hambre era lo único sobre lo que aún tenía control. Resistirme a comer era mi forma pequeña y silenciosa de protesta. Necesitaba algún tipo de control sobre mi vida, por insignificante que fuera. Era una batalla interna entre la necesidad física y mi determinación de no someterme por completo.

Pero la verdadera tortura no venía del hambre, del malestar o de la humillación de la ropa. La tortura venía de los pensamientos que no dejaban de atormentarme. Pensamientos sobre él. Sobre ese hombre.
Todo lo que podía pensar era en la mirada oscura y penetrante de

Alejandro, el hombre más detestable que jamás conocí. Esa mirada que parecía desnudarme, incluso cuando ya estaba vulnerable. Escalofríos recorrían mi piel cada vez que recordaba el momento en que me dio ese sorbo de bebida y fingió que iba a besarme. Su proximidad, el calor que emanaba, el toque sutil que nunca llegaba a ocurrir realmente, pero que prometía mucho más de lo que yo estaba preparada para aceptar. Todo eso me confundía, como si jugara con mis sentidos, arrastrándome hacia un abismo del que luchaba por salir.

Y entonces, vinieron los recuerdos de las expresiones que hacía mientras cometía actos íntimos con aquellas mujeres, siempre mirando en mi dirección. Como si quisiera provocarme, desafiarme. Sentía mi rostro arder de rabia. Pero no era solo rabia. Era algo más, algo que no quería admitir, una emoción que luchaba por reprimir a toda costa.

—¿Por qué estoy pensando en esto? —susurré para mí misma, intentando desesperadamente alejar aquellas imágenes. Me pasé las manos por el cabello, con la esperanza de limpiar mi mente, pero cuanto más lo intentaba, más volvían los recuerdos. Intensos y vívidos, como si Alejandro estuviera allí, observándome, sonriendo con su aire de depredador.

Me senté al borde de la cama, mis pies tocando el suelo, frío e implacable como la realidad en la que vivía. El silencio de la habitación me envolvía, pero no era reconfortante. Era opresivo. Me sentía aislada, no solo físicamente, sino mentalmente. Atrapada en mis propios pensamientos. No había a dónde huir. Todo lo que quedaba eran mis recuerdos.

¿Será que el pequeño Lorenzo ya me habría enviado alguna carta? ¿Será que las hermanas del monasterio estarían bien? El tiempo había pasado de una forma distorsionada desde que fui arrancada de mi vida. El luto por mi abuela aún me pesaba, pero ese dolor estaba mezclado con tantas otras emociones que, a veces, me sentía anestesiada.

Me levanté y fui hacia la ventana, buscando algo de alivio. Corrí un poco la tela y miré afuera. Vi la arquitectura del club abajo, el sonido amortiguado de la música y las risas. Era como si la vida siguiera normalmente, pero yo estaba atrapada en esta pesadilla.

Toqué el vidrio frío, deseando poder atravesarlo y correr lejos de allí. Pero no había a dónde escapar. Alejandro me mantendría bajo su control, sin importar cuánto intentara resistirme. Bueno, mientras yo fuera Chiara para él, o mientras no se cansara de no obtener sus respuestas.

Volví mi mirada al plato de pastel y al vaso de leche. Mi estómago protestó una vez más, pero me mantuve firme.
"No voy a ceder", pensé. "No voy a darle ese gusto."

Pero entonces, una voz grave susurró en el fondo de mi mente:
"¿Hasta cuándo podrás resistir, cariño?"

(…)

El tiempo dentro de aquella habitación parecía extenderse eternamente. Caminaba de un lado a otro, intentando distraerme, pero mis pensamientos siempre volvían a él. A sus miradas, a sus toques y a las palabras que usaba para torturarme.

De repente, el sonido de la cerradura abriéndose me sacó de mis pensamientos. Mi cuerpo se tensó instintivamente y rápidamente corregí mi postura, colocando las manos frente a mi cuerpo. Algo dentro de mí me decía que esta vez no era la mujer que venía a recoger el plato de comida que yo había ignorado.

La puerta se abrió lentamente y, antes siquiera de verlo, ya lo sentía. Su perfume, su respiración controlada y firme parecía dominar la habitación. Alejandro. Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera controlarlo. Un escalofrío recorrió mi espalda y traté de dar un paso atrás, pero ya estaba contra la pared.

Entró con calma, sus pasos firmes sobre el suelo, y miró alrededor de la habitación como si estuviera inspeccionando el ambiente. Todo en él era dominante. Sus ojos, al posarse sobre mí, eran como fuego quemando mi piel.

—Mucho mejor que el sótano, ¿eh? —dijo cruzando los brazos y mirándome de pies a cabeza—. Realmente te ves estupenda con este nuevo estilo, Chiara.

Y entonces, por primera vez, algo dentro de mí se rebeló de verdad. Odiaba que me llamara Chiara, aún más viniendo de él. Eso me llenó de rabia, porque, además de todo, ese ni siquiera era mi nombre.

—¿Hasta cuándo va a durar esto? —pregunté, intentando mantener la voz firme, aunque mis manos temblaban.

Avanzó lentamente hacia mí, sus ojos no se apartaban de los míos, y cada paso que daba aumentaba mi nerviosismo. Mi corazón latía acelerado, pero no podía demostrarlo.

—Fuiste una buena niña anoche —dijo él, una sonrisa de depredador apareciendo en sus labios—. Me miraste de una manera que mejoró mi orgasmo.

Sentí mi rostro arder de vergüenza y rabia. Jugaba con mi cabello ahora, pasando los dedos suavemente, como si eso fuera normal. Cerré los ojos, esperando que simplemente desapareciera. Que todo esto fuera una pesadilla de la que pudiera despertar.

—Pero ya es hora de que hablemos de temas más desagradables — su voz de repente cambió, volviéndose más fría, más seria. Abrí los ojos inmediatamente, asustada por el cambio de tono—. Quiero saber todo lo que puedas decirme sobre tu papito, Chiara, o voy a empezar a ponerme de mal humor.

Se inclinó sobre mí, colocando ambos brazos a los lados de mi cuerpo, atrapándome contra la pared. Mi corazón casi se detuvo. Estaba rodeada, acorralada, el calor de su cuerpo me dejaba sin aire, y el miedo se apoderó de mí. Hablaba en serio. Su mandíbula estaba tensa, la mirada cargada de amenaza. Recordé las palabras que había dicho antes, sobre lo que hacía con personas inútiles. No tenía información útil para él. ¿Qué haría ahora?

—No tengo nada que decir, Alejandro —dije, y noté que reaccionó al escuchar su nombre en mis labios—. Y, aunque lo tuviera, jamás

entregaría a mi padre —completé, sintiendo cada palabra salir con firmeza, porque era verdad.

A pesar de todo, a pesar del abandono de mi padre en mi infancia, jamás lo entregaría a un demonio como Alejandro.

Respiró varias veces, cerrando los ojos brevemente. Cuando los abrió, su expresión era más controlada, pero aún peligrosa. Se acercó más, hasta que sus labios tocaron levemente mi frente, el calor de su piel quemándome.

—Entonces aguanta las consecuencias de tu desobediencia, cariño —susurró, su voz baja y amenazante, dejando claro que pagaría caro por mi resistencia.

CAPÍTULO 11 – MANOS A LA OBRA

ELENA GALLI

Desperté con el sonido de pasos apresurados y un golpe fuerte en la puerta del cuarto. El sol aún no había salido del todo, pero sabía que no podía ignorar el llamado. Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió, revelando a Paulina con su mirada seria de siempre, sosteniendo un plato con un pedazo de pastel.

—Hora de levantarse —dijo sin rodeos, lanzándome una mirada rápida—. Alejandro tiene tareas para ti. Pero antes, come esto —añadió, extendiendo el plato hacia mí.

Me senté en la cama, frotándome los ojos y mirando el pastel. La noche anterior había decidido que, si Alejandro tenía planes para mí, sería mejor enfrentarlos con el estómago lleno. Tomé el plato y comencé a comer rápidamente, sintiendo una presión constante en el pecho, como si algo terrible estuviera al acecho.

Mientras masticaba, otra empleada entró cargando un balde, un trapeador y algunos trapos. Paulina le hizo una seña rápida antes de volver a mirarme.

—Hoy vas a limpiar el depósito de armas —dijo con tono indiferente.

¿Depósito de armas? Un escalofrío recorrió mi espalda al intentar imaginar cómo sería ese lugar. Continué comiendo, tratando de procesar la orden y mantener la calma. No iba a causar problemas, no en ese momento.

—¿Y mi delantal? —pregunté en un intento desesperado por, al menos, cubrirme.

Soltó una risa seca, sin humor.

—No vas a tener delantal. Vas a usar lo que llevas puesto.

Miré hacia abajo y vi lo que tenía puesto: una falda corta y un top ajustado que revelaba mucho más de lo que me gustaría. La humillación aumentó al instante. ¿Cómo podía hacer cualquier tarea con esa ropa tan inapropiada?

—Recógete ese cabello —ordenó, señalando el baño.

Corrí y me até el cabello, me cepillé los dientes y me miré al espejo durante unos segundos antes de volver hacia ella.

—Pero... esta ropa... —intenté argumentar, pero me interrumpió.

—No digas nada más, chica italiana, o Alejandro puede arrancarte un dedo por quejarte —respondió con su acento mexicano marcado.

Tragué saliva, tomando el balde y el trapeador. Mi corazón latía con fuerza, no tanto por miedo a ella, sino por miedo a él. Alejandro era impredecible, y sabía que no toleraría la desobediencia.

Bajé las escaleras en silencio, siguiendo a Paulina hasta el sótano. El depósito de armas estaba oculto, en una zona de difícil acceso, rodeado de fuerte seguridad. Dos hombres armados estaban apostados en la puerta de hierro macizo que daba al lugar. En cuanto nos acercamos, nos observaron con ojos fríos, y uno de ellos introdujo un código para abrir la puerta.

Al entrar, fui golpeada por el olor metálico y fuerte del aceite mezclado con pólvora. El lugar era vasto, con estanterías altas llenas de armas: pistolas, rifles, granadas, cajas de munición. Era una cueva de acero, cuidadosamente organizada e impecablemente segura. El ambiente era oscuro, con luces parpadeantes que daban al lugar un aspecto sombrío, casi apocalíptico. Cámaras monitoreaban cada centímetro del espacio, y sentí el peso de estar bajo vigilancia constante.

Comencé a trabajar, fregando el suelo de concreto frío. Cada movimiento hacía que la tela de la falda se subiera, y la blusa ajustada empezaba a empaparse con el sudor. Me sentía expuesta, vulnerable, como si estuviera siendo observada constantemente —y, de hecho, lo estaba.

El verdadero tormento no era el trabajo, era la exposición. Sabía que en cualquier momento alguien podría aparecer y mirarme como si fuera un objeto, una pieza más en el juego de Alejandro.

"¿Así es como piensa torturarme?", murmuré para mí misma, riendo con amargura. El esfuerzo físico no era el problema. Recordaba las tardes en que ayudaba a mi abuela a limpiar casas en Monteriggioni. Pero esto... esto era diferente. Esto era humillación premeditada.

Mientras limpiaba, escuché pasos firmes acercándose. Levanté la cabeza y vi a uno de los hombres de Alejandro entrando al depósito. Me miró, sus ojos clavados en mí de una manera que hizo que un escalofrío de horror me recorriera la espalda. No dijo nada, pero su mirada... era como si me devorara. Sentí una oleada de incomodidad.

Seguí limpiando, tratando de ignorarlo, pero mi respiración se aceleró. La blusa empapada se pegaba a mi cuerpo, revelando aún más, y sabía que estaba atrayendo miradas no deseadas. El miedo comenzó a apoderarse de mí.

—Protégeme de todo mal... —Rezaba constantemente.

Fue entonces cuando sentí algo distinto. Un escalofrío recorrió mi espalda, más intenso que el anterior. Lo supe antes de darme la vuelta. Era él.

—No sirve de nada rezar. —La voz grave de Alejandro resonó detrás de mí, haciéndome congelar. Su presencia era opresiva, una sombra sofocante que lo dominaba todo.

Antes de que pudiera girarme, sentí sus manos posarse en mi cintura, posesivas y firmes. Su toque ardía, como si tuviera el poder de derretir todas las barreras que intentaba mantener.

Mi respiración se volvió pesada. El calor de su cuerpo me envolvía, y su cercanía hacía que el mundo a mi alrededor desapareciera. Solo estábamos él y yo. Se inclinó, su aliento caliente rozando mi oído, provocándome escalofríos.

—Las oraciones no funcionan aquí, cariño —susurró—. Si quieres pedir algo, pídemelo a mí. —Añadió, deslizando su lengua

provocativamente por mi oído.

Mi corazón se desbocó. El calor subía por mi cuerpo, y mi piel se erizaba con cada toque. Un nudo se formaba en mi estómago... todo esto era una traición a mis propios sentimientos. Debería odiarlo, pero mi cuerpo reaccionaba de una forma que no podía controlar.

"¿Por qué me estoy derritiendo por esto?", pensé, desesperada por mantener la compostura. Esto estaba mal. Debería estar temblando de rabia, de asco. Pero en lugar de eso, parecía que su toque despertaba algo dentro de mí que no quería. Porque, además, también sentía miedo. Mucho miedo…

—D-déjame en paz... —Logré murmurar, aunque mi voz salió débil. Intenté apartar sus manos, pero no pude.

Él rió bajo, una risa que vibró contra mi piel. El sonido de su diversión al verme así me hizo sentir aún más vulnerable, pero también aumentó mi rabia.

ALEJANDRO HERRERA

La observaba desde arriba, intentando mantener la calma. Por fuera, parecía paciente, pero por dentro había una tormenta en ebullición, turbulenta e incontrolable. Rabia por Antonio Marino. Y, sobre todo, rabia por cómo mis propios hombres la miraban con malicia. No la puse a trabajar a la vista de ellos para eso. Quería verla quebrarse poco a poco, humillada, pero ahora me daba cuenta de que mi intención había cambiado.

Joder, sí, la deseaba. Y no solo para completar mi venganza contra Antonio. Quería probar el sabor de esa lengua insolente, quería verla perder el control por completo, rendida a mí.

—¿Ya recordaste algo interesante que contarme sobre tu papi? —pregunté, intentando mantener un tono casual, pero por dentro, mi sangre hervía.

Ella me miró, con esos ojos enormes.

—Ya te dije, nunca entregaría a mi padre. —Respondió con la misma fuerza de antes, algo que despertaba en mí una furia que ni yo sabía de dónde venía.

Esa lealtad patética… "¿Por qué demonios se mantiene tan leal a un hombre que claramente no se preocupa por ella?", pensé, mientras mis puños se cerraban con fuerza.

—Tu padre no se está preocupando mucho por ti —dije, agotando cada gramo de paciencia. En un movimiento rápido, avancé y la tomé del cuello, presionándola contra la pared con fuerza—. Deberías pensar en ti misma y olvidar a ese maldito.

El contacto de mi mano en su cuello hizo que su cuerpo se tensara. Sentía su pulso acelerado bajo mis dedos. Sus ojos abiertos se clavaron en los míos, y la sorpresa, mezclada con miedo, se reflejó en su rostro. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, descendiendo lentamente. Algo dentro de mí se atascó, un nudo inesperado apretando mi pecho. Mi respiración se volvió pesada, la tensión invadiendo cada músculo de mi cuerpo. ¿Por qué esto me estaba afectando? Debería disfrutar verla así, debería alimentarme de esa debilidad.

Pero esas lágrimas…

Apreté con más fuerza por un segundo, intentando obligarme a continuar, pero no pude. Solté su garganta bruscamente y retrocedí un paso, el sonido de mi propia respiración resonando en el cuarto.

—Joder... —murmuré, dándome la vuelta rápidamente, sin saber qué demonios me estaba pasando.

Chiara se quedó inmóvil, y yo intenté ignorar el hecho de que su inocencia me estaba afectando. Ella solo debía ser una pieza en mi juego de venganza. Esto no debía afectarme.

Salí apresurado, mis pasos resonando por los pasillos, intentando alejar la sensación sofocante que me provocaron sus lágrimas. La imagen de Chiara llorando, vulnerable, me perseguía, y lo odiaba. Yo, Alejandro Herrera, no podía ser afectado por algo tan banal.

Cuando la puerta se cerró detrás de mí, respiré hondo, tratando de controlar esa emoción estúpida. Ella solo era parte del plan. Solo una herramienta.

Necesitaba recordarlo.

CAPÍTULO 12 – EQUILIBRIO NATURAL

ELENA GALLI

Después de lo que pareció una eternidad limpiando el suelo de concreto frío del depósito de armas, finalmente terminé. Mis músculos dolían y el cansancio pesaba sobre mí, pero el alivio que sentí al terminar duró poco. Paulina apareció en la puerta, como siempre con esa mirada crítica, pero ahora era de desprecio.
—Ven. —Dijo haciendo una seña para que la siguiera, y lo hice, aliviada por salir de ese lugar.

Durante todo el trayecto, ella estaba tensa, como si se irritara conmigo simplemente por respirar. Parecía que había descubierto algo que detestaba de mí.
—Estás hecha una basura. —Dijo cuando estábamos cerca de mi habitación, su voz cortante y llena de desprecio.
—Date una ducha y hazte la vida más fácil, niña. Deja de hacerte la difícil. Si te acuestas de una vez con Alejandro, todo será mucho más sencillo para ti. Al fin y al cabo, ¿para qué más sirves? —Paulina rió de forma cruel.
—Si no es para ser su perra, ¿qué crees que haces aquí?

La rabia hirvió dentro de mí, quemándome el pecho. ¿Cómo se atrevía esa mujer a hablarme así? Yo, que crecí con principios, que soñaba con una vida de pureza y dedicación, ahora estaba siendo tratada como nada. No pude contenerme.
—Yo no soy una… —repliqué, con la voz temblorosa de indignación —. Yo no soy una prostituta.

La bofetada vino rápido, el golpe resonando en el pasillo vacío. El impacto me dejó sin reacción durante unos segundos. Mi mejilla

ardía, pero el dolor físico era insignificante comparado con lo que sentía por dentro. Paulina me miró con ojos feroces, acercándose hasta quedar a pocos centímetros de mí.
—Si te atreves a responderme de nuevo, le pediré a Alejandro que te regale a algún viejo asqueroso, apestando a alcohol, que estaría encantado de usarte como juguete para su enorme polla. ¿Entendido?

Asentí en silencio. Mis ojos aún estaban rojos por las lágrimas que no pude contener frente a Alejandro. Me había prometido a mí misma no derrumbarme frente a él, pero no me contuve cuando dijo que a mi padre no le importaba. Mi padre estaba muerto. Entre el peligro, las heridas y mi situación actual, eso fue la gota que colmó el vaso. Simplemente dejé que todo saliera por mis ojos. Pero ahora estaba frente a otra humillación más. ¿Hasta cuándo iba a durar esto?

Quería gritar, pero me contuve. No le daría el gusto de verme caer. Respiré hondo y, en silencio, bajé la cabeza, tragando las lágrimas que amenazaban con escapar. Tras asegurarse de que había entrado en mi habitación, Paulina cerró la puerta con una sonrisa de superioridad.

En la ducha, el agua caliente deslizándose por mi cuerpo parecía lo único capaz de ofrecerme consuelo en ese momento. Pero la humillación no salía de mi mente. Al salir, me volví a poner una de las ropas vulgares que me obligaban a usar.

Paulina me esperaba en la puerta para conducirme a la cocina. El camino pasaba por pasillos estrechos, con suelo de azulejos antiguos y paredes húmedas. El sonido amortiguado de la música proveniente del club nocturno de arriba resonaba por los pasillos, mezclado con el constante murmullo de voces y pasos.

La cocina era grande. En el centro, una enorme pila de platos y ollas sucias me esperaba. Era como un segundo mundo, en el subsuelo.
—Vamos, niña. Todo eso es tuyo. —Paulina dijo, cruzando los brazos mientras me miraba con desprecio.
—Y lo vas a lavar todo tú sola. —Agregó, mirando a las demás

lavaplatos que estaban allí.
—Ustedes, todas afuera. La novata se encargará de todo.

Ellas se marcharon sin decir una palabra. Quería decir algo, pero el miedo a Paulina y a la reacción de Alejandro me mantuvo en silencio.

—Y si veo algún plato mal lavado, vas a desear no haber nacido nunca.

Me acerqué al fregadero, tragando la frustración y el cansancio. La pila de loza parecía interminable. Cada plato que tomaba estaba más sucio que el anterior. Agua caliente y jabón resbalaban por mis manos mientras luchaba por no dejar caer las lágrimas. Mi mente vagaba, tratando de entender cómo había llegado a este punto.

El ruido de voces, gemidos y risas se filtraba desde el piso de arriba. Sabía que mientras yo estaba allí, escondida en la cocina, otras mujeres estaban desempeñando su "papel" arriba. El pensamiento me causaba un nudo en el estómago. ¿Era ese el destino que Alejandro tenía planeado para mí?

El olor de comida y detergente se mezclaba con el hedor a cigarro que parecía impregnado en cada rincón de esa cocina. El vapor que subía del agua caliente hacía que el ambiente se sintiera sofocante. Paulina estaba parada en la puerta, observándome todo el tiempo, esperando cualquier error para castigarme.

Cuando terminé la última olla, mis manos estaban arrugadas y adoloridas por el contacto constante con el agua. Estaba exhausta, física y emocionalmente.

—¿Terminaste? —Paulina preguntó sin ni siquiera mirar el trabajo que había hecho—. Perfecto. Ahora sube a la habitación. Y prepárate, porque nunca se sabe cuándo Alejandro va a querer usarte. Luego te llevo un plato de comida.

Hice lo que me dijo, sin protestar. Subí las escaleras otra vez, con los pies pesados y la cabeza llena de pensamientos. Cuando cerré la puerta de la habitación detrás de mí, sentí la soledad golpearme con fuerza. Cerré la puerta con llave y me tiré en la cama.

Allí, en esa habitación sofocante, estaba sola. Y sabía que, por más que resistiera, por más que intentara mantener mi dignidad, Alejandro volvería. Siempre volvía. Y cada vez era peor.

Pasé mis manos por el cuello, en el lugar exacto donde él había presionado con fuerza más temprano, asustándome. Estaba empezando a creer que le pertenecía.

ALEJANDRO HERRERA

Me senté detrás de mi escritorio, observando la ciudad de Cancún a través de los amplios ventanales de la oficina. Herrera Global S.A. era una fachada perfecta para mis negocios ilícitos. En la superficie, éramos una de las mayores empresas de México, moviendo miles de millones en infraestructura y energía. Pero, detrás de las puertas, el cartel "La Serpiente de Plata" era el verdadero poder que movía al país. Controlábamos mucho más de lo que la gente imaginaba.

Frente a mí, un contrato esperaba mi firma. Eché un último vistazo al documento antes de firmarlo con firmeza. Pero mi mente estaba en otro lugar, irritada con Antonio Marino. El cobarde seguía huyendo, usando hombres suicidas para atacar, sin exponerse jamás directamente. Era una rata, escondiéndose en las sombras, haciéndome perseguirlo durante años. Cuando obtuve información sobre su hija, Chiara Marino, no perdí tiempo. Marino sabía que al matar a mis padres, firmaba su sentencia de muerte, y ahora escondía a su hija, creyendo que podía mantenerla lejos de mí. Pero falló. El hecho de que estuviera tan mal protegida fue una ofensa.

El sonido de los golpes en la puerta me devolvió al presente.
—Adelante —murmuré, sin apartar los ojos del documento.

Diego, mi asistente, entró en la oficina. Alto, de porte impecable, era el ejemplo perfecto de eficiencia y discreción. Con el cabello oscuro siempre bien cortado y una barba fina perfectamente arreglada, Diego vestía un traje caro que reflejaba nuestra imagen corporativa.

Pero, a diferencia de mi padre y de muchos otros, él sabía exactamente en qué estaba metido. Sabía que nuestro poder venía de la sangre y del miedo.
—La reunión con el gobernador está confirmada en treinta minutos —dijo con su voz controlada—. Todo está preparado.

Me levanté de la silla, ajustando el saco.
—Perfecto, vamos —dije, y salimos de la oficina rumbo al edificio gubernamental.

(…)

Llegamos sin llamar la atención. El gobernador ya estaba sentado, pero el nerviosismo era evidente. Estaba tenso —justo como me gustaba. Un hombre bajo y regordete, cabello canoso perfectamente peinado, el traje caro intentaba, en vano, disimular el sudor que le corría por la frente.
—Alejandro, qué gusto volver a verlo —dijo, poniéndose de pie con esfuerzo para estrechar mi mano. La sonrisa débil en su rostro no ocultaba el miedo.
—Gobernador, ¿vamos directo al grano? —Repliqué, ignorando su mano extendida y acomodándome en la silla de cuero frente a él. Dudó un momento y luego se volvió a sentar.

Intentaba mantener la compostura, pero la verdad era obvia. Sabía quién tenía el control aquí, y no era él.
—Hay... alguien en mi círculo que no está... cooperando como debería —empezó, con la voz baja y vacilante—. Está creando obstáculos. Podría resolverlo políticamente, pero sé que ustedes prefieren métodos más... rápidos.

Suspiré, casi aburrido. Siempre era la misma historia. Hombres débiles en posiciones de poder, dependiendo de mí para hacer el trabajo sucio. Me incliné hacia adelante, fijando mi mirada en él, disfrutando del miedo que emanaba de cada poro.
—Gobernador, parece que ha olvidado algo —empecé, con una sonrisa fría—. Fui yo quien lo puso en esa silla. No fue su habilidad política ni su labia lo que lo trajo hasta aquí. Fui yo. Y es mejor que

lo recuerde, porque si no hace su parte... puedo borrarlo del mapa, como si nunca hubiera existido.

El silencio que siguió fue absoluto. El sudor en su frente pareció duplicarse y bajó los ojos por un momento, como si procesara cuán frágil era realmente su posición. Podía sentir el pánico creciendo en él. Exactamente lo que quería.
—¿Entendido? —Agregué, como si le estuviera dando un consejo amistoso.
—Entendido... perfectamente —murmuró, con la voz temblorosa.

—Excelente —continué, recostándome en la silla—. Ahora, deme el nombre. ¿Quién está creando los obstáculos?

Respiró hondo, claramente consciente de que al hablar estaría condenando a alguien. Lo que no sabía era que el destino de esa persona ya estaba sellado en el momento en que me llamó.
—Solo necesito que se haga con discreción —susurró, las manos temblorosas mientras pasaba el nombre rápidamente.

Diego, a mi lado, ya lo estaba anotando todo, sin perder ni un segundo. Su eficiencia me daba la confianza de que esto se resolvería en cuestión de horas.
—Yo me encargo —dije, levantándome de la silla con tranquilidad. Me acerqué al gobernador, que estaba cada vez más tenso. No se movía, casi sin respirar. Saqué mi navaja del bolsillo.
—Pero escuche bien, gobernador —dije, deslizando la navaja suavemente a lo largo del cuello de su traje—. Esta vez quiero resultados rápidos. Ya he perdido demasiado tiempo con este juego. Si no resuelve su parte, bueno... ya sabe lo que les pasa a quienes me decepcionan.

Tragó saliva y la palidez en su rostro me divirtió.
—Por supuesto, Alejandro... se hará como lo acordado... —balbuceó, apenas pudiendo controlar el temblor en las manos.

Sonreí con sarcasmo y le arreglé la corbata, como si fuera un gesto casual entre amigos.
—Espero que así sea. Y recuerde: si falla, borraré su nombre de la historia y pondré a alguien más... eficiente en su lugar —continué,

retirando la navaja lentamente—. Y no necesito recordarle que soy muy bueno haciendo eso.

Asintió varias veces, el sudor bajándole por la frente en gotas grandes.
—Lo entiendo... —murmuró.

Guardé la navaja en el bolsillo y le di unas palmaditas en el hombro.
—Perfecto. Ahora deja el resto en mis manos. Esta vez, el problema será resuelto. —Mi sonrisa se amplió—. Recuerde: un equilibrio... natural.

CAPÍTULO 13 – ELLA LO SABÍA

ALEJANDRO HERRERA

Estaba recostado en uno de los sillones de cuero negro del salón de mi casa, con las cartas en las manos, observando a Miguel y Pablo frente a mí. Ambos estaban concentrados, pero claramente irritados tras haber sido derrotados por mí en el juego de cartas.

—No tiene sentido —dijo Miguel, dejando sus cartas sobre la mesa con una mirada de frustración.

Levanté los ojos lentamente, soplando el humo del puro.

—¿Qué no tiene sentido? —pregunté, acomodando las cartas en mi mano.

Miguel se pasó la mano por el cabello, claramente intentando ordenar sus pensamientos.

—Marino atacó, sabiendo que su hija está en tus manos. Después de años escondiéndola, protegiendo su existencia de todos, incluso de nosotros, ¿por qué la dejaría tan desprotegida ahora?

Solté una risa corta, amarga.

—Es un hijo de puta. El mes pasado, casi lo atrapamos en Nápoles, cuando estaba tratando con la mafia local. Fue una emboscada perfecta y se escapó por poco. Eso lo dejó desesperado. Simplemente creyó que no la encontraría en ese convento precisamente por estar tan a la vista. —Llevé el puro a la boca, inhalando lentamente, saboreando la ironía de la situación—. Pero ahora que la tengo, está acorralado. Voy a enviarle un dedo de ella como regalito.

Pablo, que estaba tirado en el sofá con una sonrisa irritante en el rostro, levantó una ceja.

—¿Ya se acostó contigo? —preguntó, con el típico sarcasmo de quien no se toma nada en serio.

Guardé silencio por unos segundos, observando las brasas incandescentes de mi puro. No era una pregunta que me gustara escuchar, y mucho menos responder.

—Sólo piensas en coger y coger —dijo Miguel, lanzándole una mirada irritada a Pablo.

Pablo se encogió de hombros, riendo.

—Ustedes también piensan en eso. Sólo tengo curiosidad por la putita italiana. Parece tan santita... dicen que las santitas siempre son las mejores.

Volví a inhalar, sin responder de inmediato. Pablo tenía el don de irritarme, pero no era sólo eso. Estaba tocando justo donde dolía, pero no quería admitirlo.

—Estoy cerca —murmuré, intentando mantener la voz calma.

Pablo rió fuerte, sin pudor alguno.

—¿Cerca? —repitió, claramente sorprendido—. ¿Desde cuándo Alejandro Herrera tarda tanto en cogerse a una perra?

—Debe ser porque nunca se había cogido a la hija de un enemigo antes —dijo Miguel, riendo—. Nuestro Alejandro, aunque no lo parezca, tiene corazón.

El chiste de Miguel me afectó más de lo que esperaba. La sangre me hirvió en las venas y tiré las cartas sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¡Cierren la puta boca los dos! —gruñí, con los ojos fijos en ellos.

Pablo levantó las manos en señal de rendición, pero la sonrisa irritante no desapareció. Miguel, más controlado, me observaba con la mirada de quien sabe que tocó algo profundo.

—Ella realmente tiene fe —continué, sin querer exponer lo que pasaba dentro de mí—. Y, de alguna manera, protege a su padre, aun sabiendo que no vale nada. —Mi voz era más baja ahora, casi introspectiva—. Ella... parece inocente.

Pablo comenzó a reír fuerte, dándose palmadas en el muslo, y Miguel lo acompañó, pero con más sutileza.

—Parece inocente porque lo es —se burló Pablo—. Pero apuesto a que te va a sorprender.

Antes de que pudiera responder, la puerta del salón se abrió y mi madre, Julieta, entró. Como siempre, estaba impecablemente vestida, su cabello rubio perfectamente peinado, las joyas brillando bajo la luz del candelabro. Julieta tenía una presencia dominante y, incluso ahora, con la edad, exudaba poder y elegancia. No era mi madre biológica, pero siempre se había asegurado de mantener el control sobre la familia, especialmente sobre Pablo, su hijo de sangre.

—¿Vamos, queridos? La cena benéfica nos espera —dijo, lanzándome una mirada a mí y a Pablo, como si nuestra conversación fuera irrelevante. Su tono siempre llevaba una superioridad que me irritaba, aunque nunca lo demostraba. No después de Augusto.

Sabía que ella no me veía como su verdadero hijo, nunca me había tratado como tal, incluso cuando Augusto me nombró su sucesor. Pero Julieta sabía lo suficiente como para no desafiar al hombre que comandaba la mafia, aunque ese hombre fuera su hijo adoptivo.

Antes de levantarme, me acerqué a Miguel, bajando la voz para que Julieta no escuchara.

—Da inicio a nuestro mensaje. Prepara a los hombres —susurré—. Se acabó el tiempo de actuar con cautela. Ahora el fuego va a empezar a arder.

Miguel asintió con seriedad, sus ojos oscuros. Sabía lo que eso significaba. La guerra estaba a punto de comenzar de verdad.

Sabía que Antonio Marino tendría que aparecer, tarde o temprano. La noticia de que su preciosa hija, la princesa escondida de la Cosa Nostra, estaba en mis manos, se esparciría como fuego. Y cuando eso ocurriera, no tendría otra opción que intentar enfrentarse a mí.

Y yo estaría esperando.

(…)

Dos días después…

Siempre me había gustado el sexo. Me gustaba la sensación de control absoluto, de perderme en los placeres más perversos y depravados que pudiera imaginar. Frente a mí, tres mujeres desnudas exhibiendo sus cuerpos, se ofrecían de todas las formas posibles. Era un espectáculo, una coreografía ensayada, cada una intentando ganarse mi atención a su manera.

La primera, una mujer de piel bronceada y pechos firmes por el silicón, abrió las piernas frente a mí, tocándose de forma lasciva, los dedos deslizándose por su coño delicado y casi virgen.

Siempre exigía las más raras.

—Papito, mira qué rico esto —dijo ella, la voz cargada de lujuria, como si eso bastara para hacerme ceder.

A mi lado, otra mujer levantaba el trasero, los ojos brillando con expectativa.

—Dame una nalgada aquí —pidió, dándose vuelta y ofreciendo su cuerpo como si fuera un regalo.

Mi respiración estaba pesada, pero no por excitación. Era irritación. El calor del cuarto, el olor demasiado dulce de sus perfumes, sus voces... todo me molestaba. Eran hermosas, perfectas incluso, con sus cuerpos diseñados para el placer, profesionales en hacer gozar a un hombre. Pero nada de eso estaba funcionando.

Me levanté de golpe, tomé a una de las mujeres por el cuello y la obligué a colocarse en cuatro, levantando aún más el trasero para mí. La palma de mi mano encontró su piel con una sonora bofetada, y el sonido mezclado con su gemido resonó por la habitación. Eso normalmente me animaría. El control, la fuerza, la sumisión. Era lo que me gustaba.

Pero hoy, nada de eso me satisfacía.

Las empujé a todas lejos, la frustración creciendo como una tormenta a punto de explotar. Caminé hasta la estantería y tomé una

botella de licor. Llené el vaso hasta el borde y lo bebí de un trago, intentando aliviar la tensión acumulada en mi cuerpo. Pero la irritación no desaparecía. Sentía la polla dura, palpitando, pero no era por esas mujeres.

—¡Fuera! ¡Todas ustedes! —ordené, sin siquiera mirarlas. Mi voz era una orden fría, implacable. Y ellas, sabiendo que no era sensato desafiar mi autoridad, se levantaron y salieron rápidamente, las puertas cerrándose tras ellas.

Me quedé solo en la habitación. La frustración que me dominaba era casi insoportable. Necesitaba liberar la tensión que crecía en mi entrepierna, sentía el cuerpo caliente, la sangre corriendo rápido, pero nada de lo que intenté hacer con esas mujeres sirvió.

Pasé la mano por encima de mi ropa interior, intentando aliviar la presión que palpitaba dentro de mí. Mi cabeza giraba de rabia y frustración.

—Chiara… —susurré, cargado de odio y deseo reprimido.

Era ella. La perra italiana. Era su cuerpo el que yo quería. Su resistencia me estaba enloqueciendo, llevándome al límite de la cordura. Cada vez que se negaba a ceder, el deseo por ella aumentaba. Me estaba afectando de una forma que nadie más lograba.

Minutos después, la puerta del cuarto se abrió, interrumpiendo mis pensamientos. Paulina entró, vestida con un abrigo que apenas ocultaba sus intenciones.

Levanté una ceja, irritado.

—¿Qué mierda haces aquí?

Paulina se detuvo por un segundo, dudando, pero pronto avanzó nerviosa, intentando disimular el miedo.

—¿Mis chicas no están logrando complacerte? —preguntó con una sonrisa tensa, acercándose más y más.

La observé, percibiendo la duda en cada movimiento. Estaba asustada, pero aun así lo suficientemente osada como para intentar

lo imposible.

—Quiero a Chiara. Es su coño el que quiero follarme —mi voz salió más baja, pero cargada de rabia—. Su resistencia me está irritando.

Paulina, ya a pocos pasos de mí, abrió parte del abrigo, revelando más de lo que quería ver. Estaba a punto de ofrecerme su cuerpo.

—Tal vez alguien que realmente entienda del asunto podría aliviarte —dijo con voz suave, intentando sonar seductora. Pero yo no estaba interesado.

Con un movimiento rápido, la empujé hacia atrás y saqué mi arma, apuntando directamente a su frente.

—¿Sabes lo que acabas de hacer, joder? —pregunté, mirándola a los ojos con una mirada diabólica, el dedo en el gatillo.

Paulina comenzó a temblar, el sudor corriendo por su frente.

—Sólo quería... ayudar, Alejandro. Por favor, ten misericordia.

—¿Crees que me interesa tu coño apestoso? —repliqué, presionando el cañón del arma contra su frente con fuerza.

Ella tragó en seco, sin poder responder. Podía sentir el miedo irradiando de cada parte de su cuerpo.

—Ve al sótano. Te atreviste a imaginar que me acostaría contigo. —Mi tono era helado, sin espacio para negociación.

Paulina, desesperada, se quitó el abrigo, quedando completamente desnuda.

—Puedo... puedo parecerte atractiva, si me das una oportunidad.

Reí fuerte, una carcajada fría que llenó la habitación.

—¿Quieres intentarlo? Si no me haces correrme, pierdes una mano —dije, desafiándola, la sonrisa helada aún en los labios.

Ella dudó, temblando, pero sabía que no tenía elección. Comenzó a arrodillarse, sus ojos llenos de lágrimas y miedo.

—¿Crees que puedes lograr lo que otras no pudieron? —pregunté, la rabia creciendo. Puse la mano en la cremallera de mis pantalones,

listo para sacar la polla desinteresada, pero entonces un sonido vino del armario detrás de mí. Di un paso atrás, alerta.

—¿Quién está ahí?

—D-debe ser una rata… —balbuceó Paulina, intentando disimular su nerviosismo.

No le creí ni por un segundo. Caminé hasta el armario y, al abrirlo, mis ojos encontraron algo que me hizo congelarme. Chiara. Estaba acurrucada, con el cuerpo temblando, cubriéndose los oídos con las manos. Sus ojos, grandes y aterrados, se fijaron en los míos, y pude ver el pavor estampado en su rostro.

Mi rabia explotó.

—i¿Pero qué mierda es esto?! —pregunté, girándome hacia Paulina, aún con el arma en la mano.

—¡Yo... yo no sé qué hace esa perra aquí! —balbuceó Paulina, el pánico apoderándose de ella—. Debe haberse escapado del cuarto... yo... debí dejar la puerta abierta...

Mi mano temblaba de odio. Sabía que Chiara era especial. Ella también debía saberlo ahora. Joder, al menos su coño era especial para mí. Quería follármela, no a esas perras que intentaban complacerme. La forma en que se resistía, cómo se negaba a quebrarse... eso me volvía loco. Loco de deseo y de rabia.

—Fallaste en muchas cosas hoy, Paulina —gruñí, girándome hacia ella—. Y una mano no será suficiente.

Antes de que pudiera protestar, apreté el gatillo silenciador y su cuerpo cayó hacia atrás, muerta antes siquiera de tocar el suelo.

El grito de pavor de Chiara resonó en mis oídos. Su sonido, su miedo, sólo alimentaba más mi furia. Ella lo sabía. Tenía que saberlo ahora. La deseaba. Y sería mía. De cualquier manera.

CAPÍTULO 14 – VEN CONMIGO

ELENA GALLI

Minutos antes…

El fuerte olor a sexo impregnaba el aire. Nunca había tenido relaciones, pero ya conocía ese olor; Paulina me lo había enseñado. Estaba de rodillas, fregando el suelo de una de las muchas habitaciones del burdel. La tela de la falda corta que me obligaban a usar subía con cada movimiento, pero ya no me importaba. Había cosas peores sucediendo a mi alrededor.

La puerta crujió y, antes de que pudiera girarme, sentí una mano fría y firme agarrarme del brazo.
—Tengo nuevas órdenes para ti —dijo Paulina con malicia.

No necesitaba preguntar para saber que no sería nada bueno.
—Pero... todavía no he terminado de limpiar esta habitación —mi voz salió baja, casi un susurro.

Paulina se rió. Una risa alta, cruel, que hizo que mi estómago se revolviera.
—Alejandro quiere correrse y siente un placer mayor sabiendo que estás siendo torturada viendo la escena —se carcajeó—. Hoy, solo vas a mirar.

Paulina me arrastró por los pasillos como una muñeca de trapo, intentando mantener la discreción. Sus dedos apretaban mi brazo con fuerza, dejando marcas. Sabía que eso era un juego sádico para ella. Le gustaba verme vulnerable, humillada, sin esperanza. Las paredes del burdel eran opresivas, los pasillos largos, revestidos con espejos y luces rojas. La música retumbaba apagada, pero constante

y, en otra parte de esa estructura, había fiestas y más fiestas, como si la vida fuera solo eso: fiesta y sexo. A cada paso, mi corazón se aceleraba.

Entramos en una de las habitaciones más lujosas, diferente de las otras que había limpiado antes. El olor a cigarro y perfume caro flotaba en el aire. No había duda de que la habitación tenía el mismo propósito que las demás: placer, lujuria y tortura. Antes de que pudiera reaccionar, Paulina me empujó hacia el armario, abriéndolo con un gesto brusco.
—Aquí. Quédate ahí dentro. —Sacó del mueble un par de protectores auditivos y me los entregó.
—Yo... —Las palabras se atascaron en mi garganta. Sabía lo que estaba a punto de suceder, pero mi mente aún intentaba procesarlo.
—¿Ves esa abertura? —Paulina señaló una pequeña rendija en el armario, por donde podía espiar—. Vas a mirar por aquí y tienes que ver todo. Porque después él te hará preguntas. Y por cada respuesta equivocada sobre lo que sucedió, te arrancará una uña con su navaja. ¿Entendido?

Asentí, sin poder mirarla directamente. El miedo paralizaba mis movimientos.
—Ponte los protectores. Esta vez no quiere ser escuchado, solo observado —continuó, su voz cargada de veneno.
—¿Por qué quiere eso? —La pregunta escapó antes de que pudiera controlarla.

Paulina me tiró del cabello con fuerza, obligándome a levantar la mirada.
—¿Por qué no te callas simplemente y haces lo que te digo? —dijo, con los ojos oscurecidos de rabia.

Me encogí, sintiendo el dolor irradiar en el cuero cabelludo.
—Lo siento... —murmuré, intentando no temblar, pero sin bajar la mirada. No le daría el placer de ver mi debilidad.

Paulina bajó la vista hacia mi escote con malicia, lamiéndose los labios de forma asquerosa.

—Sabes, debes tener un par de tetas hermosas —comentó casi salivando, con los ojos fijos en mí.

Abrí los ojos de par en par, el pavor creciendo dentro de mí.
—Baja el escote, quiero ver tus tetas —ordenó, como si fuera algo común.
—¿Por qué? —mi voz salió temblorosa, antes de poder evitarlo.

La bofetada llegó antes de que pudiera prepararme. Mi mejilla ardió y, por un segundo, sentí el impulso de devolverla. Pero sabía que no era el momento. Paulina tenía el poder allí, y cualquier reacción mía podría costarme la vida, y yo no quería morir.
—Después resolveremos eso —murmuró con una sonrisa fría—. Ahora ponte los protectores y haz lo que te digo.

Me empujó dentro del armario y cerró la puerta, dejándome sola en aquella oscuridad claustrofóbica.

El llanto llegó antes de que pudiera contenerlo. Las lágrimas corrían silenciosas mientras apretaba los protectores auditivos en mis manos. Miré por la pequeña rendija del armario y vi que Paulina había salido de la habitación. El silencio a mi alrededor era aplastante.

Me senté allí, en el suelo, intentando no hacer ruido. Mi corazón martillaba en el pecho, mis pensamientos eran confusos y desesperados. Pensé en una fuga imposible. Miré alrededor con los ojos, buscando cualquier cosa, cualquier medio de escape. Pero, obviamente, no había nada.

Y entonces, la puerta de la habitación se abrió.

Alejandro entró, su expresión cargada de irritación. Comenzó a desabotonarse la camisa blanca que llevaba puesta y sentí el aire escapar de mis pulmones. Era como si supiera que yo estaba allí, escondida, observando cada uno de sus movimientos. Mi corazón casi se detuvo cuando miró directamente al armario, con sus ojos intensos, como si pudiera verme.

Su celular sonó. Se detuvo por un momento, dejando la camisa entreabierta, revelando su pecho musculoso y bronceado, con su

collar colgando.
—¿Es una emergencia o puede resolverse dentro de unas horas? — preguntó, con expresión sombría.

Todo mi cuerpo temblaba y, rápidamente, me coloqué los protectores de oído, rezando para que no notara que no había seguido sus instrucciones desde el principio.

Entonces, la puerta se abrió nuevamente y tres mujeres entraron en la habitación. Todas vestían de rojo, cada una más hermosa que la otra. La primera, una morena clara de piel bronceada, tenía curvas generosas y una mirada seductora que capturaba la atención. Su largo cabello caía en cascada sobre sus hombros desnudos. La segunda, una rubia de piernas largas y sonrisa provocadora, caminaba con confianza, como si supiera exactamente el efecto que causaba en los hombres. La tercera, una pelirroja de ojos azules, llevaba un vestido tan ajustado que parecía una segunda piel.

(…)

Estaba encogida dentro del armario, las piernas temblando tanto que apenas podía sostenerme. Las manos sudaban mientras apretaba los protectores. Necesitaba ver, necesitaba entender lo que estaba pasando. El fuerte olor a perfume dulce y sudor parecía sofocarme, pero lo que más me atormentaba eran las escenas que se desarrollaban ante mis ojos, por la pequeña abertura de la puerta del armario.

Las tres mujeres estaban ahora desnudas, exhibiéndose para Alejandro, y mi estómago se revolvía con cada uno de sus movimientos. Estaban desprovistas de pudor, moviéndose de forma calculada y provocativa. Una de ellas abrió las piernas y apoyó una sobre la butaca donde él estaba sentado, y comenzó a tocarse de una forma que casi me hizo vomitar. Quería apartar la mirada, pero obedecía la orden ciegamente.

“¿Por qué tengo que ver esto? ¿Por qué me odia tanto?” pensé, con el corazón golpeando fuerte en el pecho.

Una parte de mí se preguntaba cómo alguien podía someterse a eso, entregarse tan fácilmente. Pero la otra parte... esa otra parte que yo odiaba, sentía algo que no quería admitir. Celos. Por más absurdo que pareciera, estaba celosa de ver a Alejandro con esas mujeres. Era una sensación que me consumía por dentro, que me repugnaba de mí misma.

"¿Por qué está con ellas? ¿Por qué necesita tantas mujeres?", gritaba mi mente. No lograba entender por qué me importaba tanto.

Alejandro estaba sentado, observándolas con una mirada de irritación que casi se podía tocar. No parecía satisfecho y, incluso a través de la puerta, podía sentir la tensión emanando de él. ¿Acaso quería aún más mujeres? Se levantó de repente y agarró a una por el cuello, obligándola a colocarse en cuatro patas. La bofetada que le dio en el trasero me hizo estremecer. Eso debería haberme causado repulsión, pero, en lugar de eso, la rabia y los celos solo crecían dentro de mí. ¿Cómo podía sentir eso por alguien que me mantenía prisionera?

Que Dios me ayudara, después de tanto tiempo, finalmente estaba perdiendo la razón en ese lugar.

Las empujó, frustrado, y observé cómo caminaba hasta la estantería, tomando una botella de licor. Las mujeres, al ver su irritación, se levantaron rápidamente y salieron de la habitación, dejándolo solo. Mi corazón se aceleró aún más.

"Quiere estar solo", pensé. "Tal vez tenga una oportunidad de salir sin que lo note."

Pero entonces, la puerta se abrió de nuevo y Paulina entró. Mi estómago se hundió al verla. Siempre me causaba miedo y, ahora, viendo la forma en que se acercaba a Alejandro, con ese maldito abrigo, una sensación de incomodidad se apoderó de mí.

"¿Qué está haciendo?"

Se acercó más y todo en mí gritaba que algo estaba mal. ¿Paulina estaba intentando... seducirlo? Mi pecho se apretó y me sentí completamente impotente, escondida en ese armario, sin poder

hacer nada. Mi miedo se mezclaba con una confusión insoportable. La idea de que Alejandro estuviera con Paulina me enfurecía y odiaba sentirme así. Él era un monstruo. Y, aun así, parte de mí no soportaba la idea de que quisiera a otra. El pensamiento era asfixiante. Debía estar drogada.

Paulina comenzó a abrirse el abrigo, revelando el cuerpo desnudo debajo. Mi garganta se cerró y tuve que contener un sollozo que amenazaba con escapar. "No va a... no puede...", gritaba mi mente, pero la escena se desarrollaba ante mis ojos y no podía apartar la vista. Era como ver un accidente inevitable.

Pero, para mi terror, Alejandro sacó un arma y la apuntó a la cabeza de Paulina. Mi corazón casi se detuvo. La habitación pareció congelarse en ese instante. Paulina, tan confiada un segundo antes, ahora estaba aterrorizada. El miedo le escurría por el rostro como sudor, y yo estaba paralizada.

¿Era una obra montada especialmente para torturarme? Si lo era, estaba funcionando.

No podía escuchar lo que decían, pero Paulina estaba en apuros, y eso no me traía alivio, sino pánico. "Va a matarla", pensé, y la idea me aterrorizó. Sabía que Alejandro era peligroso, pero verlo tan de cerca, saber que no dudaría en quitar una vida... era demasiado para mí. ¿Cómo podía amenazar la vida de alguien que trabajaba para él?

Pero pronto entendí todo: ahora ella se arrodilló ante él y él abrió el cierre del pantalón. Obviamente, sabía lo que iba a pasar. Quería que ella se lo chupara y, por eso, la amenazó.

Mi corazón se desesperó, me faltó el aire, el pánico subió y no quería verla haciéndolo. Sería una escena demasiado asquerosa; en ese momento no lo soportaría. Retrocedí y cerré los ojos. Me tapé los oídos y no me importó perderme la escena ni reprobar después en la tarea, donde él haría preguntas y yo fallaría y me arrancaría una uña. No me importaba. Solo quería evitar ver esa escena, dejar de presenciar aquello.

La puerta del armario se abrió y mis ojos se alzaron de inmediato hacia Alejandro, que me miró sorprendido por unos segundos, su rostro tomado por una furia descomunal. Intercambiaron algunas palabras que no pude entender, estaba demasiado nerviosa, el miedo había alcanzado su límite.

Y, entonces, sucedió. El disparo fue rápido, silencioso, pero el impacto fue devastador. El cuerpo de Paulina cayó al suelo, mi grito finalmente escapó de la garganta y me encogí aún más, intentando volverme invisible dentro de ese armario.

La sensación de pavor era asfixiante. Alejandro acababa de matar a una persona frente a mí y, ahora, estaba mirando directamente al armario. A mí. La sangre en mis venas se congeló.

Guardó su arma, sin importarle el cuerpo tirado en el suelo.

Alejandro dio un paso al frente. Todo mi cuerpo tembló cuando se acercó y, de repente, dijo algo. No lo escuché, pero pude leer el movimiento de sus labios, suave y casi demasiado tranquilo para lo que acababa de ocurrir:
—Ven conmigo. —Extendió la mano hacia mí, esperando que la tomara.

Mi mente giraba, el miedo mezclado con el pánico, y lo único que pude hacer fue negar con la cabeza, sin creer lo que me estaba pidiendo. ¿Cómo podía acercarme a él después de lo que acababa de ver?

CAPÍTULO 15 – NUEVOS ALOJAMIENTOS

ALEJANDRO HERRERA

—Ven aquí, ahora —repetí, al darme cuenta de que parecía no escucharme.

Chiara estaba acurrucada dentro del armario, los ojos muy abiertos fijos en mí, pero sin verme realmente. Había algo extraño en ella. Me acerqué y la sujeté firmemente del brazo, sacándola de allí y poniéndola de pie frente a mí. Sus movimientos eran lentos, casi mecánicos, y noté que llevaba puestos unos protectores auditivos. Fruncí el ceño, confundido. Con la otra mano, le quité los protectores, dejándolos caer sobre la alfombra mullida.

—¿Fue Paulina quien te hizo ponerte esto? ¿Ella te trajo aquí? —pregunté, tratando de controlar la irritación en mi voz.

Sus ojos se desviaron del cuerpo inerte de Paulina, tendido en el suelo con un charco de sangre formándose alrededor. Chiara me miró, con la mirada perdida y asustada. Asintió lentamente, parecía anestesiada, como si estuviera en un trance del que no podía escapar.

—Entonces debería haberle arrancado las tripas antes de matarla —murmuré entre dientes, casi escupiendo las palabras.

Chiara tembló bajo mi contacto y noté que su piel estaba fría. Sus delicados brazos parecían tan frágiles bajo mis manos. Por alguna razón que se me escapaba, no sentí el placer habitual al verla así, dominada por el miedo. Quería que temblara por mí, pero de otra forma. Deseaba verla estremecer de placer, no de pavor. Pero ¿cómo

lograrlo? Con ella, todo era distinto y no sabía cómo lidiar con esa sensación incómoda.

Sin decir nada más, la tomé del brazo y la conduje fuera de la habitación. El pasillo del club estaba silencioso en ese piso exclusivo. Mientras caminábamos, saqué mi celular del bolsillo interno del saco negro.

—Limpien la habitación 23. Hay sangre ensuciando la alfombra —dije secamente, colgando de inmediato.

Chiara tropezaba de vez en cuando, pero yo la mantenía firme, no permitiendo que cayera. Su cuerpo estaba demasiado expuesto para mi gusto, de repente odiaba verla vestida de esa forma. Su cabello castaño estaba recogido en un moño deshecho, con algunos mechones cayendo alrededor de su rostro pálido. Parecía una muñeca de porcelana a punto de romperse.

Bajamos por una escalera lateral, utilizada solo por mi personal y por mí. Era un camino secreto que evitaba las miradas curiosas de los clientes del club. Las paredes eran estrechas y el sonido amortiguado de la música se volvía cada vez más lejano. Llegamos al estacionamiento subterráneo, donde mi coche esperaba en una plaza reservada.

Abrí la puerta del pasajero y la empujé suavemente hacia dentro. Chiara me miró, los ojos llenos de preguntas. Rodeé el auto y entré por el lado del conductor, cerrando la puerta con fuerza.

Metí la llave en el contacto, pero antes de encender el motor, escuché su voz baja y vacilante:

—¿A dónde me va a llevar?

La miré, notando cómo sus labios temblaban ligeramente.

—A donde yo quiera —respondí, girando la llave.

El motor rugió suavemente y salimos del estacionamiento hacia la salida secreta que daba a una calle poco transitada. El sol aún brillaba sobre Cancún mientras conducía por las amplias avenidas. El día estaba caluroso, típico del clima tropical, y las palmeras se mecían suavemente con la brisa marina.

Chiara mantuvo la mirada fija en la ventana, observando el paisaje urbano pasar. Pronto tomé caminos más aislados, rodeados de vegetación densa, alejándonos del bullicio de la ciudad.

—¿De verdad no vas a contarme nada sobre tu padre, verdad? —pregunté, rompiendo el silencio.

Ella me lanzó una mirada rápida, pero no respondió. Solo apretó las manos sobre su regazo, los dedos entrelazados con fuerza.

Seguí conduciendo, entrando en una carretera privada flanqueada por altos muros de piedra cubiertos de enredaderas. Puertas de hierro forjado aparecieron al frente y los guardias las abrieron de inmediato al reconocer el coche. La mansión de la familia Herrera surgió majestuosa, iluminada por reflectores que destacaban su arquitectura colonial española.

La casa estaba en la familia desde hacía tres generaciones. Sus paredes blancas contrastaban con el tejado de tejas rojas, y balcones con arcadas se extendían a lo largo de la fachada. Jardines impecables rodeaban la propiedad, con fuentes y estatuas clásicas distribuidas estratégicamente. Antiguos árboles proporcionaban sombra y un aire de tranquilidad al ambiente.

Aparqué el coche frente a la entrada principal. Dos empleados uniformados aparecieron de inmediato, pero hice un gesto para que no se acercaran. Salí del coche y caminé hasta el lado de Chiara, abriéndole la puerta.

—Baja —ordené.

Ella obedeció, saliendo del coche con movimientos gráciles, a pesar del nerviosismo evidente. Sus ojos recorrían la mansión.

En ese momento, Guadalupe, mi ama de llaves, apareció en la puerta. Una mujer de mediana edad, con el cabello canoso recogido en un moño apretado y ojos atentos. Llevaba un uniforme impecable y sus manos estaban cruzadas frente al cuerpo.

—Guadalupe, llévala a una habitación de huéspedes y no le quites los ojos de encima —instruí, encontrando su mirada firme.

—Sí, señor Alejandro —respondió ella, haciendo una leve inclinación de cabeza.

Chiara me miró una vez más, como si esperara algo, pero yo solo aparté la mirada.

—Ve con ella —ordené.

Guadalupe se acercó y tocó suavemente el brazo de Chiara, conduciéndola al interior de la mansión. Las observé desaparecer por el vestíbulo de entrada y un extraño peso se instaló en mi pecho. Algo que no sabía identificar.

Respiré hondo, intentando alejar esos pensamientos. Había mucho por hacer. Paulina había traicionado mi confianza, y ahora Chiara no podía quedarse en el club. Allí, con mi madre y protegida por mis guardias, estaría mejor, por ahora.

Saqué el celular del bolsillo y llamé a Miguel:

—¿Se envió el mensaje? —pregunté cuando respondió.

—Sí, todos ya saben que la princesita italiana está en tus manos —dijo él, haciéndome colgar el teléfono con una sonrisa de victoria.

ELENA GALLI

Caminaba por los pasillos de la mansión con pasos inseguros, siguiendo a la anciana que, a pesar de su semblante hosco, parecía mucho más amable de lo que Paulina jamás fue. Mis pies apenas lograban seguir el ritmo, y tropezaba con mis propios pensamientos, perdida en la confusión que me dominaba desde que Alejandro me trajo hasta aquí.

¿Qué quería conmigo? ¿Por qué estaba ahora en su casa y no en el club?

Mis ojos vagaban por las lujosas paredes, donde antiguos cuadros adornaban el ambiente. Uno de ellos llamó brevemente mi atención. Era una imagen de Alejandro, aún joven, pero ya sombrío, junto a

un niño más pequeño, que reconocí como Pablo. Estaban al lado de una pareja imponente, bien vestidos, parecían una familia común, aunque Alejandro tenía rasgos distintos a los demás. Algo en esa escena me paralizó por un instante. Aun con el terror reciente que viví, aquella pintura mostraba una faceta diferente de Alejandro. No era solo el monstruo que yo conocía, el hombre cruel que me secuestró. Él era... un ser humano. Un ser humano roto, defectuoso, asesino, quizás incluso psicópata, pero aún así, una persona que alguna vez tuvo una vida lejos de toda la oscuridad del club. ¿Qué lo llevó a esta vida? ¿Su familia lo sabía todo? ¿O eran...? Sí. Por supuesto que todos lo sabían. Estaba frente a una sociedad criminal, eso ya no era una incógnita para mí.

Apenas tuve tiempo de absorber ese pensamiento antes de que el ama de llaves se detuviera frente a una puerta y la abriera para mí.

—Aquí, querida —dijo ella—. Acomódate aquí. Lo que necesites, házmelo saber. ¿Ropa limpia, tal vez?

Guardé silencio un segundo, asimilando la propuesta. Miré la ropa sucia y vulgar que llevaba puesta y el recuerdo de la sangre de Paulina, aún fresco en mi mente, me revolvió el estómago.

—Yo... necesito ropa —respondí, sin miedo.

El miedo era algo con lo que ya no podía preocuparme. No después de haber presenciado la muerte de una persona ante mis ojos. A pesar de que Paulina fue horrible conmigo, nunca desearía su muerte. Vivir con ella fue difícil, pero verla ser ejecutada por Alejandro... eso era algo que nunca olvidaría.

El ama de llaves me miró por un momento antes de asentir.

—Hablaré con la señora Julieta y lo arreglaré —dijo ella.

"¿Julieta?" Quise preguntar quién era, pero mi voz no salió. Solo asentí, aún procesando todo. En cuanto la puerta se cerró, respiré hondo, como si me hubiera liberado.

La habitación era amplia, elegante, luminosa. La cama con sábanas de seda parecía invitadora, pero sabía que acostarme allí no me traería consuelo inmediato. Mi corazón seguía latiendo acelerado,

ansioso por lo que vendría después. ¿Qué haría Alejandro conmigo ahora? No quería matarme, pero ¿qué esperaba exactamente de mí? ¿Respuestas de mi supuesto padre?

Me levanté en silencio y caminé hasta el baño anexo. Tomé una toalla y la envolví alrededor de mi cuerpo como si fuera una protección. Volví a la habitación y me arrodillé al lado de la cama.

Junté las manos y cerré los ojos.

—Por favor, Dios —comencé a susurrar— protégeme. Ayúdame a salir de aquí. No permitas que me pierda de quien soy...

Las palabras salían temblorosas, casi inaudibles, mientras lágrimas silenciosas corrían por mi rostro. Estaba tan agotada, ya ni siquiera sabía qué decir.

CAPÍTULO 16 – GENTILEZA

ELENA GALLI

Sentada al borde de la cama, permanecí inmóvil, dejando que mis pensamientos me llevaran de regreso a los momentos que torturaron mi vida desde el fallecimiento de mi nonna. Desde entonces, he buscado desesperadamente mi lugar en el mundo, mi felicidad, mi paz. Pero parecía que cuanto más lo intentaba, más me hundía en un abismo sin fin.

La suavidad de las sábanas casi hacía que olvidara los recuerdos del barco y del club nocturno, que me atormentaban. La casa de Alejandro era lujosa, elegante, una representación de poder y riqueza, algo que ni siquiera en las películas había visto con tanta magnitud. Pero, para mí, no era más que una prisión. Aun así, era mejor que el sótano, el cuarto del burdel y el barco. Se podía oír el canto de los pájaros sobrevolando la ventana. Por unos instantes, recordé Italia y la nostalgia me apretó con fuerza.

Un toque sutil en la puerta me despertó de mis pensamientos. Fruncí el ceño, sorprendida. Desde que fui secuestrada, nadie esperaba mi permiso para entrar. Siempre invadían mi espacio sin previo aviso, reforzando la sensación de que no tenía control sobre nada.

Me levanté lentamente y caminé hacia la puerta, vacilante. Al abrirla, me encontré con la ama de llaves, Guadalupe, y ella tenía una mirada amable.

—Querida, aquí tienes unas prendas de ropa para ti —dijo, extendiendo lo que parecía un conjunto de vestidos cuidadosamente doblados.

—Muchas... gracias —respondí algo conmovida por la inesperada gentileza. Tomé la ropa y pude sentir la suavidad de la tela bajo mis

dedos. No necesitaba desdoblarla para saber que eran vestidos cómodos y, sobre todo, decentes. Algo que no veía desde hacía mucho tiempo.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Lávate y pronto traeré algo de comer para ti. Tal vez un poco de mole poblano para alegrarte el día.

—Muchas gracias, señora —le devolví la sonrisa, sintiendo mis mejillas calentarse por estar siendo tratada con amabilidad.

Necesitaba tanto un gesto de gentileza que casi olvidé dónde estaba. Cuando la puerta se cerró, dejé escapar un suspiro profundo y de inmediato mi instinto de defensa comenzó a susurrarme al oído.

¿Y si todo esto era una nueva forma de Alejandro de manipularme? ¿Un nuevo plan para desestabilizarme aún más?

Sacudí la cabeza, tratando de alejar esos pensamientos. Dejé la ropa sobre la cama, caminé hasta el baño y cerré la puerta con llave. Por un momento, contemplé mi reflejo en el espejo. Los ojos cansados, la palidez de la piel, el cabello desordenado. Casi no me reconocía. Con un movimiento decidido, me quité la ropa y la dejé caer al suelo.

Abrí la ducha y dejé que el agua caliente corriera por mi cuerpo, llevándose consigo la suciedad y, con suerte, parte de las angustias que me consumían. Cerré los ojos, permitiéndome solo sentir el calor reconfortante del agua. Pero, inevitablemente, mi mente volvió a los eventos recientes.

Las escenas con Alejandro aparecían como destellos. Su mirada intensa, cómo comandaba cada situación, el aura de peligro que lo envolvía. De repente, sentí como si unas manos invisibles tocaran mis hombros. Un escalofrío recorrió mi espalda. En mi mente, imaginé a Alejandro detrás de mí, su presencia dominando el pequeño espacio del baño.

—Déjame que te lave yo, cariño —escuché su voz resonando en mi cabeza.

Abrí los ojos bruscamente, asustada. El baño estaba vacío, pero mi corazón latía descontrolado. La respiración entrecortada. Llevé las manos al rostro, tratando de calmarme.

—No... —susurré para mí misma, abrazando mis propios hombros—. ¿Por qué ese maldito hombre, causante de mi desgracia, no abandona mis pensamientos?

Cerré la ducha y salí rápidamente, envolviéndome en la toalla. Me sentía vulnerable, expuesta, aunque estuviera sola. La idea de que Alejandro pudiera invadir mi mente de esa manera era perturbadora.

Me puse uno de los vestidos que Guadalupe había traído. Era sencillo, de una tela suave que acariciaba mi piel. Sentarme en la cama otra vez parecía la única opción. Necesitaba recomponerme, pensar en una forma de salir de esa situación.

Me levanté y miré por la ventana, observando los jardines bien cuidados de la mansión. Las flores de colores se mecían con el viento. ¿Cómo alguien capaz de tanta crueldad podía vivir en un lugar tan hermoso?

Mis manos apretaron el tejido del vestido.

Un leve ruido del otro lado me alertó. Tal vez era Guadalupe regresando. Me sequé los ojos rápidamente, no quería parecer aún más frágil.

La puerta se abrió lentamente y ella entró con una bandeja en las manos.

—Espero que te guste —dijo, colocando la bandeja sobre la mesita al lado—. Lo hice con mucho cariño.

—Eres muy amable —respondí, sinceramente agradecida.

Ella me observó por un momento, como si quisiera decir algo más.

—Sé que las cosas no han sido fáciles para ti —comenzó, eligiendo las palabras con cuidado—. Pero quiero que sepas que estoy aquí si necesitas hablar.

Asentí, sorprendida por la oferta.

—Gracias... de verdad.

Ella sonrió levemente antes de salir de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Miré la comida frente a mí. El aroma delicioso despertó mi hambre y me di cuenta de que no había comido en horas. No, me di cuenta de que ahora el hambre estaba dispuesta a alimentarse.

Un pensamiento invadió mi mente: ¿están intentando ganarse mi confianza? Si ese era el plan, parecía que lo estaba facilitando, derrochando sonrisas para esa señora.

Aparté el plato y me levanté, inquieta. Caminé por la habitación, tratando de organizar mis pensamientos. Necesitaba encontrar una salida, una forma de cambiar el rumbo que estaba tomando.

Pero ¿cómo escapar de alguien como él? Alguien que parecía estar siempre un paso adelante, que conocía mis miedos e inseguridades... que sabía cómo hacerme sentir agradecida.

Me senté nuevamente, dejando que el cansancio se apoderara de mí. Tal vez, por ahora, lo único que podía hacer era tener paciencia y esperar el momento adecuado. Tomé el plato y comencé a comer. ¡Maldita sea, estaba tan bueno!

(…)

Desperté con el corazón acelerado, como si acabara de salir de una pesadilla. Mis manos fueron instintivamente al pecho, tratando de calmar la pulsación acelerada. Intenté enfocar mi respiración, pero el silencio a mi alrededor parecía extrañamente pesado, como si algo estuviera mal.

Me levanté con cuidado de la cama, los pies descalzos tocando el suelo frío. Un leve sonido proveniente del exterior llamó mi atención. Caminé hasta la ventana, vacilante, sintiendo una extraña ansiedad crecer dentro de mí. Con cuidado, aparté la punta de la cortina, lo suficiente para espiar hacia afuera sin ser vista.

La noche estaba clara, iluminada por la luna llena. Y fue entonces cuando lo vi. Alejandro caminaba con pasos firmes y apresurados, no muy lejos de la ventana donde yo estaba, acompañado de otro

hombre que pronto reconocí como Pablo. Mi cuerpo se tensó al verlo.

Alejandro vestía una camisa social de manga larga, de una tela brillante que relucía bajo la suave luz de la luna. La prenda se ajustaba perfectamente a su cuerpo fuerte, delineando sus músculos definidos. Su rostro, de rasgos marcados, era una mezcla peligrosa de belleza oscura y control implacable. Su cabello oscuro estaba ligeramente despeinado, como si acabara de pasar los dedos por él con impaciencia. La expresión fría y dura que Alejandro llevaba mostraba que estaba listo para enfrentar cualquier cosa.

Observé cada detalle, mi corazón aún más acelerado al verlo tan de cerca, aunque sin que notara mi presencia. Su andar era autoritario, como el de alguien que sabía exactamente hacia dónde iba y qué haría al llegar. Pablo, a su lado, mantenía una postura más relajada, pero era evidente que algo grave se avecinaba.

Desaparecieron rápidamente detrás de unos arbustos altos que decoraban el jardín, y los perdí de vista. Me quedé allí por un momento, tratando de imaginar hacia dónde se dirigían.

¿Por qué Alejandro estaría fuera de la casa a esa hora?

Mi mente comenzó a trabajar frenéticamente, cada pensamiento llevando a una posibilidad peor que la anterior.

Volví a la cama, pero el sueño me había abandonado. Las imágenes de Alejandro y Pablo caminando por el jardín me atormentaban, y no podía evitar que la pregunta se repitiera en mi cabeza: ¿qué estaba planeando hacer Alejandro?

Miré el reloj colgado en la pared y vi que ya eran las tres de la mañana. Era demasiado tarde para estar despierta y demasiado tarde para que Alejandro y Pablo estuvieran merodeando por la propiedad. ¿Qué podría estar haciendo a esa hora? No era difícil de imaginar. No era solo el hombre que me tenía cautiva, era el líder de algo peligroso. Un criminal con sangre en las manos y poder en las sombras. ¿Estaría yendo a asesinar a alguien?

¡Por Dios! Esperaba que no.

No sabía qué era peor: si estar encerrada en el sótano o en el cuarto del burdel, o estar allí, en la seguridad de una casa agradable, presenciando acontecimientos y dudas como esa. Allí era peor, porque podía verlo desde la ventana, como acaba de suceder.

CAPÍTULO 17 – UNA PRINCESA

ELENA GALLI

Unos minutos después de despertar de una noche mal dormida, me quedé boquiabierta al ver los hermosos vestidos que Guadalupe había dejado sobre mi cama junto con unas sandalias cómodas. Las telas finas, los colores suaves y los detalles delicados me dejaron sin palabras. Pasé la mano por uno de los vestidos, sintiendo la suavidad bajo mis dedos. No recordaba la última vez que me había puesto algo tan bonito. No, en realidad, creo que nunca había usado un vestido tan sofisticado como aquellos.

—¿Son para mí? —pregunté, insegura, girándome hacia Guadalupe, que observaba mi reacción con una pequeña sonrisa.

Esperaba que no fuera una víbora como Paulina, pero una parte de mí seguía en alerta.

—Claro, querida. Como no tienes ninguna ropa aquí, creo que esto será suficiente, hasta que… bueno, se consigan otras —respondió ella, acomodando los vestidos, como si le encantara tocarlos.

Mi corazón se aceleró. No esperaba ese tipo de gentileza, no después de todo por lo que había pasado. Tragué en seco, intentando procesar la situación.

—Pero ¿por qué? —cuestioné, vacilante. Quería agradecer, pero no podía bajar la guardia—. Si soy una prisionera, ¿por qué hacerme sentir cómoda?

Guadalupe soltó una risita suave, como si mi pregunta tuviera un tono inocente.

—Bueno, querida. Eres una princesa, independientemente de que tu padre sea del reino enemigo, mereces respeto y ser tratada como tal

—dijo en tono de broma, pero había sinceridad en sus ojos.

Sentí que mi rostro se calentaba.

—Señora, yo… —comencé, pero las palabras murieron en mi garganta.

Estuve a punto de decir que todo aquello era un error, que no era quien Alejandro pensaba. Pero algo me lo impidió. Tal vez era el cansancio de luchar contra una realidad que no comprendía del todo, o quizás la sensación de que, por un momento, podía permitirme una tregua.

Guadalupe pareció notar mi vacilación y cambió de tema con delicadeza.

—Mira, arréglate y baja para el desayuno. La señora Julieta está ansiosa por conocerte.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al oír ese nombre.

—¿Julieta? ¿Quién es Julieta? —pregunté, intentando no mostrar el repentino nerviosismo que me invadía ante la idea de conocer a más personas.

—La madre de Alejandro y Pablo, la señora de esta casa —explicó ella, acomodando los vestidos sobre la cama.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Conocer a la madre de Alejandro? ¿Qué significaba eso para mí?

—¿Dónde… dónde está Alejandro? —dejé escapar, antes de poder contenerme.

Sabía que estaba preguntando demasiado y que eso podía ser peligroso. Pero había momentos en los que no podía controlar mi lengua.

Guadalupe me miró con una expresión neutra, pero sus ojos parecían analizar cada una de mis reacciones.

—Alejandro está de viaje por negocios. Es un hombre muy ocupado; este es el lugar donde menos se lo encuentra —contó con una sonrisa sutil, como si supiera que esa información me tranquilizaría.

Solté el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. La idea de no cruzarme con él en esa casa me dio alivio, aunque una pequeña voz dentro de mí cuestionaba por qué eso importaba tanto. Mi corazón latía un poco más lento ahora.

—Voy a dejarte para que puedas arreglarte con calma. Te esperaré abajo para acompañarte al salón de comidas —dijo Guadalupe, dirigiéndose a la puerta.

—Muchas gracias… por todo —murmuré, sinceramente agradecida.

Ella asintió con la cabeza y salió, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Me quedé allí por unos instantes, observando los vestidos sobre la cama. De prisionera maltratada a huésped en una mansión lujosa, con derecho a vestidos y desayunos con la matriarca de la familia. Me sentía dentro de un juego cuyas reglas desconocía por completo.

Elegí un vestido de tono azul claro, sencillo pero elegante. Me lo puse con cuidado, apreciando la sensación de la tela suave contra mi piel. Mis dedos se deslizaron por los detalles de encaje en las mangas, y por un momento, me permití sentirme bonita de nuevo.

El vestido parecía resaltar el color de mi rostro, o quizás era la luz suave que entraba por la ventana.

Decidí soltarme el cabello, dejando que cayera en ondas naturales sobre mis hombros. Pasé los dedos entre los mechones, intentando arreglarlos lo mejor posible.

Una vez lista, respiré hondo y me dirigí a la puerta. Sin embargo, antes de salir, dudé. ¿Qué me esperaba allá abajo? ¿Quién era realmente Julieta? Y ¿por qué quería conocerme?

Bajé las escaleras lentamente, escuchando el sonido de mis propios pasos. El silencio de la casa me envolvía, salvo por el eco suave de mis tacones tocando el mármol frío.

Guadalupe me esperaba al final de la escalera, con las manos delicadamente cruzadas frente al cuerpo.

—Estás preciosa, querida. Ven, por favor —dijo, señalando el camino con un gesto suave.

La seguí por amplios pasillos hasta que llegamos a un salón iluminado por grandes ventanas que daban vista a jardines exuberantes. La mesa estaba puesta con esmero, cada detalle cuidadosamente organizado.

En el centro de la sala, Julieta aguardaba. Se giró al oír nuestros pasos, y sus ojos se encontraron con los míos. Era una mujer de porte altivo, cabello rubio recogido en un moño elegante, y vestía un conjunto sofisticado que realzaba su figura esbelta. Se parecía a Pablo. En realidad, Pablo y Alejandro no compartían ningún rasgo físico, y si Guadalupe no me lo hubiera dicho, jamás imaginaría que eran hermanos.

—Así que tú eres Chiara —dijo ella, acercándose con una seriedad que me intimidó.

—Sí, señora —respondí, intentando mantener la compostura—. Es un placer conocerla.

Ella me evaluó por un momento, sus ojos recorriéndome de pies a cabeza.

—El placer es mío. Estaba curiosa por conocer a la joven que le ha dado dolores de cabeza a mi hijo —comentó, con un tono enigmático.

Sentí que me sonrojaba.

—No sé exactamente de qué habla, señora. Soy solo… —dudé, buscando las palabras—. Una prisionera, y no hago más que… estar a merced.

Julieta arqueó una ceja, una leve sonrisa asomando en sus labios.

—Alejandro sabe ser grosero —dijo, negando con la cabeza y señalando los lugares en la mesa.

Me senté conforme a sus indicaciones, intentando ocultar el nerviosismo. Guadalupe nos sirvió té y jugos, y una variedad de panes y frutas estaba dispuesta frente a nosotras.

—¿Cómo ha sido tu estancia aquí? —preguntó Julieta, tomando una taza de té.

Actuaba como si todo fuera normal. Como si yo fuera simplemente otra prisionera en su casa y todo estuviera bien.

—Ha sido… tranquila, gracias —respondí, tomando un sorbo de jugo para humedecer mi garganta seca.

—Me alegra escuchar eso. Espero que encuentres consuelo en nuestra casa.

—Es muy amable —murmuré, eligiendo las palabras con cuidado.

Ella me observaba mientras comía. Su mirada, aunque serena, tenía peso, una sensación de que quería compartir algo importante. Parecía tan o más intimidante que su hijo.

La comida continuó en un silencio incómodo. Con cada bocado me sentía como si me estuvieran analizando, como si cada gesto mío fuera medido y juzgado. Julieta se mantenía elegante, como si nada pudiera sorprenderla ni alterar su postura.

El sonido suave de los cubiertos contra la porcelana y el susurro de las cortinas, que se movían levemente con la brisa matinal, eran los únicos ruidos en el salón. Mi estómago se revolvía y, por más que la comida estuviera deliciosa, apenas podía tragar.

—¿Qué opinas de Alejandro? —preguntó de repente, rompiendo el silencio.

Mi corazón casi se detuvo con la pregunta. La taza en mi mano tembló levemente, pero logré colocarla de nuevo en el platillo antes de que Julieta notara mi nerviosismo. ¿Por qué diablos quería saber eso? Obviamente lo odiaba. Era el demonio que aparecía en mis peores pesadillas.

—Yo… no sé qué decir —respondí con cautela—. Es… impredecible.

Julieta inclinó la cabeza, como si estuviera considerando mi respuesta.

—Sí, impredecible es una palabra justa —coincidió ella, sonriendo levemente—. Pero también es un hombre extremadamente

determinado. Cuando se le mete algo en la cabeza, es difícil hacer que cambie de opinión.

Esas palabras sonaron como una advertencia. Estaba claro.

—Y está decidido a… usarme contra Antonio Marino… —dije el nombre del sujeto con énfasis.

—Lamento lo que estás pasando, pero si quieres un consejo: no lo hagas esperar mucho. Ya ha matado por mucho menos.

—¿Debo entregar a mi padre para salvar mi propia vida? —pregunté tragando saliva.

¿Acaso eso era lo que todos esperaban de mí? En caso de que realmente fuera Chiara.

Ella suspiró.

—Sí, estás en una posición complicada. Pero me agradaste, puedes contar conmigo. Haré lo que pueda para aliviar tu vida.

—¿Le agradé? —pregunté sin comprender.

Guadalupe, de pie junto a ella, no ocultó su sonrisa de aprobación. ¿Estaban todos locos?

—Sí, me recuerdas a mí cuando era joven —dijo Julieta, llevando el vaso de jugo a los labios—. Confusa, inocente, decidida y… valiente.

CAPÍTULO 18 – LLUVIA

ALEJANDRO HERRERA

Tras doce horas de vuelo, mi jet privado aterrizó suavemente en la pista improvisada a las afueras de la Toscana, donde yo, Pablo y algunos hombres más desembarcamos. El reloj marcaba poco más de las diez de la noche. El aire italiano tenía un aroma diferente, una mezcla de uvas maduras y tierra húmeda, distinto al clima tropical de Cancún, de donde había partido en las primeras horas de la madrugada. Mis músculos estaban tensos, pero no por el cansancio del viaje; era la anticipación de lo que estaba por venir lo que encendía mi sangre.

Miguel nos esperaba al pie de la escalera del avión, su expresión seria iluminada por las luces discretas de la pista. Sin perder tiempo, entramos en una SUV negra, lujosa y espaciosa, que combinaba perfectamente con mi necesidad de comodidad y discreción.

Miguel estaba al teléfono.

—Ok, ya vamos —dijo antes de colgar y volverse hacia mí—. Juan dijo que hubo movimiento en la finca. Llegaron tres coches. Están fuertemente armados.

Una sonrisa satisfecha surgió en las comisuras de mis labios. Habíamos recibido información de que Antonio Marino estaba en la región desde hacía aproximadamente dos semanas.

—Perfecto.

La Serpiente de Plata tenía tentáculos en todo el mundo, e Italia no era la excepción. Mi empresa legítima podía ser global, pero era en las sombras donde mi verdadero imperio se erguía. Hoy, un pequeño ejército estaba reunido en esta parte del mapa, y podía sentir la

adrenalina corriendo por mis venas. La idea de finalmente confrontar al cobarde de Antonio Marino me llenaba de una satisfacción oscura.

Las carreteras de la Toscana pasaban como una mancha borrosa mientras nos acercábamos a nuestro destino. Los viñedos se extendían bajo la pálida luz de la luna, las vides alineadas como soldados en formación. Pronto llegamos al punto de encuentro, donde mis hombres aguardaban en silencio. El plan era simple: reducirlo todo a cenizas.

Salí del coche y me acerqué a Juan, que estaba ajustando el equipo.

—La gasolina está preparada, los tiradores también. No tendrán escapatoria más que luchar —informó, sujetando su arma con firmeza.

Miré alrededor. Mis hombres estaban listos, cada uno consciente del papel que desempeñaría. Pablo y Miguel estaban a mi lado. La noche estaba oscura, y nubes cargadas cubrían el cielo, anunciando una tormenta.

—Parece que va a llover —observó Pablo, activando el seguro de su arma.

—Que se joda, no va a llover lo suficiente como para detenernos —masculló Miguel, ajustando el chaleco táctico.

Inspiré profundamente, sintiendo el aire frío llenar mis pulmones.

—Diviértanse, chicos. Solo no olviden que la cereza del pastel es mía —advertí con voz firme.

Todos asintieron. Era un entendimiento tácito: Antonio Marino era mi objetivo. Los demás solo eran obstáculos a remover.

Avanzamos entre las filas de vides, usando la oscuridad y el terreno a nuestro favor. El suelo húmedo amortiguaba nuestros pasos. Los coches estaban escondidos en un punto ciego del cultivo, y la ausencia de luz en la propiedad de Marino nos daba ventaja.

Señales manuales bastaban para coordinar nuestros movimientos. Algunos de los guardias repartidos por la finca fueron eliminados silenciosamente por nuestros hombres más hábiles: Pablo y Juan.

Cuchillos afilados encontraban sus blancos con precisión letal y los cuerpos caían sin emitir sonido alguno.

La propiedad surgía frente a nosotros, una construcción rústica rodeada de barriles de vino y equipos agrícolas. Las luces interiores indicaban que no sospechaban nada. Toqué el comunicador en mi oído.

—¿Equipos posicionados?

—Sí, señor —respondió una voz masculina—. En cualquier momento.

Hice una señal para avanzar. Los tiradores se colocaron estratégicamente, mientras otros preparaban los bidones de gasolina alrededor de las estructuras principales.

Un trueno retumbó a lo lejos, y sentí las primeras gotas de lluvia tocar mi rostro. Miré al cielo, permitiéndome un breve momento de contemplación. La tormenta que se aproximaba llegaría tarde y no podría ayudar antes de la destrucción.

—Hora del espectáculo —murmuré, más para mí que para los demás.

En cuestión de segundos, las llamas comenzaron a elevarse, lamiendo vorazmente la vieja madera de los galpones e instalaciones. El crepitar del fuego se mezclaba con el sonido de la lluvia que caía suavemente, creando una sinfonía macabra.

Gritos de sorpresa y pánico resonaron desde el interior de la casa principal. Hombres corrían desordenados, algunos intentando combatir el fuego, otros buscando a un enemigo que no podían ver.

Mis hombres abrieron fuego, y el sonido de los disparos rompió la tranquilidad de la noche. La batalla había comenzado.

Avancé en medio del caos, mi arma firme en las manos. Cada movimiento era estratégico, cada disparo preciso. Miguel y Pablo me cubrían, eliminando cualquier amenaza que surgiera.

Vi a uno de los matones de Marino aparecer detrás de un barril, apuntando en mi dirección. Antes de que pudiera reaccionar, apreté el gatillo y él cayó pesadamente.

El fuego iluminaba la escena con un resplandor anaranjado, proyectando sombras en las paredes en llamas. El humo espeso dificultaba la visión, pero yo avanzaba con determinación inquebrantable. Nada iba a detenerme. Había esperado demasiado por esa oportunidad de estar cara a cara con Marino.

Finalmente, alcancé la entrada de la casa principal. Pateé la puerta, que cedió con facilidad. El interior estaba tomado por la confusión. Muebles volcados, papeles esparcidos, el olor a pólvora y madera quemada.

—¡Marino! —grité, mi voz resonando por el salón vacío.

Ninguna respuesta.

Subí las escaleras rápidamente, atento a cualquier movimiento. Abrí puertas, revolví habitaciones, pero él no estaba allí.

El ruido detrás de mí fue casi imperceptible, pero suficiente para alertarme. Me giré en el momento exacto en que una figura se acercaba. Mi mano fue instintiva, sacando el arma, pero antes de que pudiera disparar, el movimiento de la persona me sorprendió. No era un hombre armado, como esperaba, sino una joven.

Tropenzó frente a mí, el cabello oscuro cubriendo parte de su rostro. El vestido que usaba parecía caro y sus ojos estaban muy abiertos, llenos de pánico. Debía haberse escondido entre los escombros, intentando evitar la furia de las llamas y los disparos.

—¿Dónde está Marino? —pregunté con voz dura, apuntándole con el arma.

Sacudió la cabeza frenéticamente, lágrimas corriendo por su rostro. Su respiración era entrecortada, como si estuviera al borde de un colapso.

—¡Yo... yo no lo sé! —Su voz salió rabiosa, como la de un perro—. Solo soy una prostituta tratando de ganarse la vida. —La forma en que lo dijo parecía sincera, y una puta no sabría nada que me interesara.

Pablo apareció detrás de mí.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó con el desdén típico que siempre mostraba hacia quienes no representaban una amenaza inmediata.

Ella, percibiendo el peso de mi indecisión, retrocedió unos pasos, temblando. Sus labios se movían en palabras inaudibles, como si rogara por misericordia. Su cuerpo temblaba de miedo, completamente a merced de mi decisión.

Pablo dio un paso al frente, impaciente.

—Nos va a retrasar. —Levantó el arma, listo para acabar con la vida de la joven allí mismo.

—Él... él tiene una casa en... en Monferrato. Es una aldea pequeña, en medio de las montañas. Mencionó que... que iría allí si las cosas se salían de control. Por favor, no sabía lo que hacía, no quería estar aquí —la joven empezó a balbucear y arqueé la ceja.

—¿Cómo? —pregunté, apretando su cuello con furia.

El grito de la joven resonó en el galpón cuando apreté su cuello, mis dedos clavándose en su piel delicada.

Antes de poder arrancarle más información, oí pasos pesados viniendo por detrás. Me giré a tiempo para ver a dos hombres avanzando, armados con cuchillos. No había tiempo para pensar. Estaban encima de mí y de Pablo.

Pablo reaccionó primero, esquivando el ataque de uno de ellos y girando el cuerpo para asestar un brutal puñetazo en el estómago del enemigo, obligándolo a retroceder. El otro vino directamente hacia mí, la hoja reluciendo bajo la luz trémula de las llamas que comenzaban a lamer las paredes del galpón.

Esquivé por poco el golpe, sintiendo el cuchillo pasar demasiado cerca. Con un movimiento rápido, agarré su muñeca, torciéndola con fuerza. El grito de dolor que soltó fue ahogado por el sonido de carne y hueso quebrándose. No le di tiempo de reaccionar; lo atraje hacia mí y, con la rodilla, le golpeé el estómago. Tropezó hacia atrás, tosiendo y tratando de recuperar el aliento y, aun herido, intentó otro ataque, agitando el cuchillo desesperadamente. Me agaché,

esquivando la hoja y, con un movimiento rápido y preciso, le clavé mi cuchillo en el ojo, empujando hasta el mango. El gruñido que escapó de sus labios fue corto, y cayó de rodillas antes de desplomarse completamente en el suelo.

Del otro lado, Pablo dio el golpe final, clavando su cuchillo en la garganta del segundo hombre, cortando con un movimiento rápido. La sangre brotó, manchando el suelo de concreto y salpicando su rostro. El cuerpo cayó a sus pies, sin vida.

Cuando me giré hacia la joven, ya listo para continuar el interrogatorio, noté que ya no estaba allí.

—¡Mierda! —solté, con la sangre hirviendo en las venas—. Esa maldita aprovechó la confusión y huyó.

—¡Tenemos que salir, el fuego lo está consumiendo todo! —gritó Pablo, el rostro sucio de sangre y hollín. Dio un paso, pero antes de que pudiera moverse, una parte del techo en llamas se desplomó, golpeándolo en el rostro.

—¡Ay, joder! —gritó de dolor, sujetándose el lado quemado de su cara.

—Vamos —gruñí, sin paciencia, agarrándolo del brazo y tirando de él.

El fuego se había extendido rápidamente por el galpón, el calor era sofocante, y el humo volvía el aire pesado. Los trozos en llamas caían a nuestro alrededor. Pablo cojeaba a mi lado, la mano cubriéndose la quemadura en el rostro, pero seguía, sabiendo que cualquier vacilación significaría la muerte.

Salimos por el lateral del galpón, pasando por cuerpos y escombros, esquivando los restos que colapsaban a nuestro alrededor. Cuando por fin alcanzamos el aire fresco de la noche, respiré hondo, sintiendo el aire helado en la piel sudorosa. A lo lejos, las llamas iluminaban el cielo oscuro, y la lluvia que empezaba a caer parecía insuficiente para contener el fuego que devoraba el lugar.

—Juan y los demás están vigilando el perímetro. Ya deben haber atrapado a cualquiera que intentara escapar —dijo Miguel

acercándose, su voz ronca por algún golpe o disparo que recibió, pero mantuvo el tono firme.

Asentí, sin apartar los ojos de la dirección hacia donde la joven debía haber huido. No quería decir nada. Estaba demasiado irritado por no haber encontrado a Marino.

—Tiene una casa en Monferrato —murmuró Pablo, el rostro contraído por el dolor. Miguel y yo lo miramos—. Es una aldea pequeña, en medio de las montañas —concluyó, repitiendo lo que la chica había dicho.

—Vamos para allá ahora —dije entre dientes.

CAPÍTULO 19 – NO CONFÍES EN MÍ

ELENA GALLI

—¿Acompañante de paseo? —pregunté, frunciendo el ceño.

Julieta sonrió, una sonrisa suave.

—Bueno, Sophie es joven, como tú. Creo que podrían llevarse bien —respondió con un tono delicado, como quien siempre tiene el control de la situación.

Tocó el hombro de la joven a mi lado, una rubia de cabellos brillantes y rizados, que enmarcaban su rostro blanco y suave de una manera casi perfecta.

Sophie era bellísima. No se parecía a otras chicas que solía ver, no. Ella parecía la personificación de la delicadeza y la gracia, como si cada uno de sus rasgos hubiera sido esculpido cuidadosamente por algún artista divino.

—Un placer, Chiara. Espero que podamos ser amigas —dijo Sophie, extendiéndome la mano con un gesto educado y espontáneo. Su voz era gentil, con una dulzura imposible de ignorar.

Dudé, mirando esa mano extendida. Sophie me trataba como si yo fuera como ella, como si perteneciera a su misma clase, a su mismo mundo. Claro, porque en ese momento no era Elena. Era Chiara.

La confusión giraba en mi mente, pero me obligué a sonreír. Aunque fuera falso. Aunque solo fuera para mantener las apariencias. Sentí mi carencia, mi deseo de algún tipo de conexión humana, manifestarse al tomar la mano de Sophie.

—Gracias —respondí, dejando a un lado mi desconfianza por un momento.

—¿Vamos a dar un paseo por el jardín? —propuso Sophie, señalando la vista detrás de ella. El jardín se extendía en una vasta zona verde, con caminos de piedra perfectamente alineados, rodeados de flores vibrantes y árboles antiguos.

No estaba acostumbrada a ese tipo de vida. Los jardines, la sofisticación, todo parecía una ilusión, una farsa que me veía obligada a vivir. Pero la idea de salir, respirar aire fresco y escapar, aunque fuera por un instante, de esa prisión, era tentadora.

Miré a Julieta, buscando una señal de permiso. A pesar de su sonrisa acogedora, sabía que estaba lejos de ser libre. No olvidaba ni por un segundo que, por más cómodo que pareciera, era una prisionera en esa mansión.

Julieta me lanzó una mirada casi maternal, como si estuviera orgullosa de la sugerencia de Sophie.

—Claro, querida. Disfruten del jardín. El aire fresco hace bien —dijo, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación.

Sophie sonrió y tiró suavemente de mi mano, guiándome hacia fuera del salón. Sus dedos eran suaves, fríos al tacto, casi como porcelana. Era difícil creer que alguien como ella pudiera existir en ese mundo oscuro, tan lleno de secretos y violencia.

Mientras caminábamos, observaba el camino de piedra bajo mis pies. El viento ligero mecía las ramas de los árboles a nuestro alrededor, y el perfume de las flores era embriagador.

—Chiara, pareces un poco tensa —comentó Sophie, mirándome con una expresión preocupada—. ¿Todo bien?

La miré, intentando decidir cómo responder. No podía revelar nada sobre mí, no allí.

—Yo solo...

—No confíes en mí, no confíes en nadie aquí —dijo Sophie con una intensidad que me dejó sin palabras.

Estábamos escondidas entre arbustos altos, fuera de la vista de los guardias que rodeaban la propiedad. Mi corazón dio un vuelco y abrí y cerré la boca varias veces, sin saber cómo reaccionar.

—¿Cómo así? —pregunté, mi voz apenas un susurro, mientras intentaba procesar lo que estaba ocurriendo.

—No soy tu amiga, no soy amiga de nadie. No me cuentes nada, no quiero saber —continuó con una ferocidad que rebosaba en cada palabra.

Había algo en su negativa tan cruda, tan sincera, que me conmovió de una manera que no esperaba.

Aquello solo podía ser un truco. Claro que sí.

—¿Esto es un truco para que confíe en ti? —pregunté, entrecerrando los ojos, intentando ver más allá de lo que decía.

Sophie soltó una risa amarga.

—Sí, confía lo suficiente en mí como para contarme todo sobre ti. Sobre tu padre. Desahógate conmigo, dime todo lo que no le contaste a Alejandro. Luego corro directo hacia él y le cuento cada detalle, para que consiga lo que quiere de ti. —El sarcasmo en su voz era tan cortante como una cuchilla.

Esas palabras me golpearon. Sentí que el corazón se me encogía con tanta fuerza que parecía que alguien intentaba aplastarlo con las propias manos. ¿Entonces eso era todo? ¿Cómo pude pensar lo contrario? Yo no era nadie allí. Solo una pieza más que todos querían manipular.

La miré, sintiendo la rabia burbujear dentro de mí.

—No sé por qué me está pasando esto... —murmuré, con los labios temblando de frustración y una expresión de furia que intentaba, en vano, controlar.

Sophie me miró con una mezcla de cansancio y compasión forzada.

—Maldición... Espero que esto no funcione como psicología inversa —murmuró, como si estuviera luchando contra algo dentro de sí.

—¿Qué? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Nada, olvídalo —respondió, sacudiendo la cabeza—. Solo vamos a fingir que somos amigas y todo está bien, ¿ok?

La miré, intentando entender si había algún indicio de sinceridad en sus palabras. Pero ¿cómo podría? Ya había aprendido que nadie allí era digno de confianza. No después de todo.

—¿Eres una criminal también? ¿Formas parte de todo esto? —pregunté, sintiendo mi respiración volverse más pesada mientras intentaba que no se me escaparan las lágrimas.

Sophie me miró por un segundo, su expresión se endureció un poco antes de encogerse de hombros.

—De cierta forma, soy una prisionera, como tú. Sabes cómo es la vida de una mujer en la mafia.

Mafia. Esa palabra sonó extraña en mis oídos. ¿De eso se trataba todo? Yo era ignorante sobre el tema, no sabía lo que significaba vivir en ese mundo. Claro que había oído hablar de organizaciones criminales así, pero jamás imaginé que terminaría arrastrada al centro de todo esto.

—Mafia... —susurré, casi sin creerlo.

Era como si estuviera viviendo una pesadilla de la que no podía despertar. Y se ponía cada vez peor.

—Tu padre es el líder de la Cosa Nostra, sabes cómo funciona. Yo simplemente... no me adapto, pero ¿qué elección tengo? —Sophie parecía tan resignada al destino que le habían impuesto. Me miró de reojo, como si me evaluara.

—¿Eres hermana de Alejandro? —pregunté, sin saber por qué eso importaba, pero necesitaba entender quién era ella en ese tablero distorsionado.

—Prima —respondió con un suspiro—. Soy hermana de Miguel.

Sentí el estómago dar un vuelco al oír ese nombre. Miguel. El odio que sentía por él era casi tanto como el que sentía por Alejandro. Miguel había sido quien me arrastró personalmente fuera del convento, ese lugar donde pensé que podría haber encontrado algo

de paz. Pero era Alejandro quien me mantenía cautiva, quien me trataba como un juguete para sus juegos enfermizos. Ellos ocupaban el mayor espacio de mi odio, un espacio que no sabía si algún día podría llenar con otra cosa.

Sophie guardó silencio durante un tiempo, solo observando mis reacciones. Me sentía expuesta, vulnerable, como si pudiera ver cada parte de mi sufrimiento, de mi dolor, y estuviera evaluando cuánto podía aprovecharse de ello.

—Sabes —comenzó—, nadie aquí es realmente libre. Ni siquiera Alejandro, aunque le gusta creer que lo es. —Su voz tenía una amargura velada.

La miré, sorprendida por esa admisión. La idea de que Alejandro no fuera completamente libre parecía imposible. Era el hombre que lo controlaba todo, que dictaba las reglas, que mantenía a todos bajo su dominio. ¿Cómo podría no ser libre?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Sophie esbozó una sonrisa triste.

—Digo que, en el fondo, todos estamos atados a algo. A una persona, a un pasado, a una responsabilidad... No importa cuánto poder parezca tener alguien, siempre hay algo que lo encadena. —Se encogió de hombros, como si eso fuera una verdad obvia e ineludible.

Me quedé callada. Tal vez, de alguna forma, tenía razón. Quizá incluso Alejandro, con todo su poder y crueldad, estaba atado a algo que lo mantenía en ese ciclo de violencia y control. Pero eso no cambiaba el hecho de que yo estaba allí, atrapada por él, sin saber cómo escapar.

—¿Y tú? —pregunté, sin poder evitarlo—. ¿A qué estás atada?

Sophie me miró durante un largo momento antes de responder.

—A mi hermano —dijo con voz baja—. Miguel. Siempre he sido "la hermana de Miguel", y eso nunca va a cambiar. No importa lo que haga, quién sea, siempre seré definida por él. —Había una tristeza profunda en sus palabras.

Lo entendí.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunté, sintiéndome perdida.

Sophie volvió a encogerse de hombros.

—Sobrevivimos. Fingimos. Y esperamos nuestra oportunidad para escapar —respondió con una frialdad calculada.

No sabía si realmente no podía confiar en ella, pero en ese momento, sus palabras tenían sentido.

CAPÍTULO 20 – UNA EXCEPCIÓN

ALEJANDRO HERRERA

Llevaba ya tres días en suelo italiano cuando bajé del lujoso coche negro que me había traído a la filial de Herrera Global S.A. en Milán. Ajusté el saco oscuro, un Armani hecho a medida que se adaptaba perfectamente a mi cuerpo. Las gafas de sol cubrían mis ojos, pero aun así podía sentir las miradas curiosas de los transeúntes, de los empleados que se apresuraban para presenciar mi llegada y de los conductores que se detenían, quizá impresionados por aquel espectáculo silencioso de poder.

En Monferrato no había nada. La chica había mentido, lo que la convertía en sospechosa, y yo la encontraría. Mis hombres estaban trabajando en ello. Aunque las frustraciones con Antonio Marino me mantenían en un estado constante de alerta y furia, había una cierta satisfacción en saber que, estando en Italia, al menos podría aprovechar para visitar mi filial. Al fin y al cabo, los negocios debían continuar y la apariencia de hombre de negocios debía mantenerse.

Caminé hacia la entrada principal, donde ya se había formado una fila de empleados. Bajaban la cabeza con respeto a medida que pasaba, demostrando la lealtad que esperaba de ellos. Los susurros se detenían en cuanto los observaba. Sabía el efecto que causaba, y me gustaba esa sensación de control, de poder absoluto.

El CEO de la filial italiana, Marco Bianchi, se apresuró a acercarse a mí, esbozando una sonrisa nerviosa y ansiosa.

—Señor Herrera, es un honor tenerlo aquí —dijo, extendiendo la mano con deferencia.

Apreté su mano, firme y directo, observándolo detrás de las oscuras lentes de mis gafas. Marco era un hombre de negocios competente,

pero como todos los que trabajaban para mí, sabía que debía entregar resultados constantemente.

—¿Cómo van las operaciones, Marco? —pregunté, manteniendo un tono frío y profesional.

Asintió rápidamente, como si ya estuviera preparado para entregarme un informe completo.

—Todo va según lo planeado, señor. La expansión en Europa sigue fuerte y los contratos con los gobiernos locales se están consolidando. Hay algunas negociaciones en curso en el sector de energías renovables que pueden generar un excelente retorno en los próximos meses.

—Bien… —respondí, sin mostrar gran entusiasmo—. Espero que esas negociaciones se concreten rápidamente. El mercado no espera a nadie.

Marco sonrió con nerviosismo, pasando la mano por su corto cabello.

—Claro, señor Herrera. Estamos presionando para cerrar los acuerdos cuanto antes.

Miré alrededor, observando los rostros curiosos de los empleados que aún me miraban a la distancia. La presencia de un líder como yo siempre generaba un cierto clima de reverencia y miedo. Así era como me gustaba mantener las cosas.

—¿Y mi agenda aquí en Italia? ¿Hay algún punto que requiera mi atención directa? —pregunté, quitándome las gafas de sol por un momento para mirarlo a los ojos.

Marco dudó un segundo, pero enseguida sacudió la cabeza.

—Todo está bajo control, señor. Usted solo necesita… disfrutar la visita, si así lo desea.

Sonreí levemente, satisfecho con la respuesta. Sabía que Marco nunca me daría motivos para desconfiar. Quería mantener su empleo, y eso era suficiente para garantizar su obediencia incondicional.

—Excelente. Manténgame informado sobre cualquier cambio significativo. Quiero informes diarios, como de costumbre —ordené, colocándome de nuevo las gafas.

—Sí, señor. No fallaré —dijo, con una rápida reverencia antes de alejarse.

Continué mi caminata por la empresa, cruzando miradas rápidas con algunos otros gerentes y empleados. La energía en el ambiente cambiaba completamente con mi presencia. El poder que emanaba de mí era claro y nadie se atrevía a cuestionarlo.

Cuando salí por la puerta principal de Herrera Global S.A., una escena inesperada me aguardaba. Una pequeña multitud de reporteros se había reunido afuera. Los flashes disparaban mientras caminaba hacia el coche que ya me esperaba. Antes de que pudiera entrar, uno de ellos se acercó, con el micrófono extendido, hablando rápidamente para llamar mi atención.

—Señor Herrera, hay especulaciones de que lleva más de dos días en Italia, pero solo ahora apareció en Herrera Global S.A. ¿Acaso tiene usted, finalmente, una amante? Sus admiradores desean saberlo.

Mi primer instinto fue ignorar la pregunta ridícula, pero algo dentro de mí decidió que tal vez sería interesante jugar un poco con las suposiciones de la prensa. Me giré lentamente, la sonrisa fría que tantas veces había usado para intimidar a los adversarios tomando forma en mis labios.

—Soy un hombre discreto y no me gusta comentar sobre mi vida personal… —comencé, observando a los reporteros con la misma calma de siempre—. Pero hoy tienen suerte, porque estoy dispuesto a hacer una excepción.

Los reporteros se miraron entre sí con una mezcla de sorpresa y emoción. Sabía que cualquier cosa que dijera ahora se convertiría en titular en cuestión de minutos.

—Sí, hay una joven italiana en mi vida —continué, dirigiendo la mirada hacia la cámara más cercana—. Y no pienso renunciar a ella.

Las palabras fueron cuidadosamente escogidas, pero llevaban un peso que solo yo comprendía plenamente. Mientras los flashes aumentaban y los murmullos de los reporteros estallaban en entusiasmo, entré en el coche con la tranquilidad de quien sabía que tenía el control de la situación. Había plantado una semilla, un rumor que serviría a mis propósitos de mantener a Chiara exactamente donde yo quería: bajo mi dominio, consciente o no.

Acababa de encender un puro cuando el celular vibró en el bolsillo del saco. Tomé el aparato sin mucha prisa, viendo el nombre de Pablo en la pantalla.

—Alejandro, encontré a la puta italiana que nos engañó —la voz de Pablo llevaba una satisfacción que solo sentía en momentos como ese.

Mi sonrisa fue inevitable. Ese desgraciado había cumplido su promesa.

—Excelente. Voy a encontrarme con ustedes. Asegúrate de no quitarle los ojos de encima.

Colgué el celular y di otra calada al puro. El humo llenó el aire dentro del coche y, por un segundo, me permití saborear el momento.

Por alguna razón, sentía que aquella joven era la clave para algo mayor. Tal vez la puta más interesante que Antonio Marino había logrado esconder y que le importaba más que su hija, o tal vez alguna empleada que sabía demasiado. El hecho de que hubiera mentido, de que intentara engañarme, me daba la certeza de que esa chica debía ser capturada.

Me enfurecí cuando me di cuenta de la mentira, pero Pablo fue quien más se alteró. Cuando descubrimos el engaño, él prometió que la encontraría, que no descansaría hasta tenerla bajo su control y traerla para mí. Y era un excelente cazador. No importaba lo lejos que intentara huir, Pablo la cazaría y la traería de vuelta. Y ahora, estaba en mis manos. Literalmente.

Sabía que estaba rodeado por los mejores. Si Marino aún respiraba, era porque el cobarde pasaba los días huyendo, escondiéndose en las sombras como una rata. Eso era decepcionante.

El conductor me lanzó una mirada por el retrovisor, esperando instrucciones.

—Al almacén. Ahora —dije, con la calma aún presente en mi voz, pero con el fuego ardiendo por dentro.

Más tarde me pondría en contacto con Julieta, mi madre adoptiva, para tener noticias de nuestra ilustre invitada. Quería saber si mis planes estaban saliendo bien, y si Sophie ya había entrado en acción.

CAPÍTULO 21 – EMBOSCADA

ALEJANDRO HERRERA

El sonido de los disparos cortaba el aire mientras acelerábamos por la carretera sinuosa. Pablo iba al volante, Miguel y yo nos inclinábamos por la ventana, disparando contra el coche que nos seguía de cerca. El tiroteo había comenzado hacía unos minutos, cuando fuimos emboscados. Pablo se había olvidado de mencionar que la chica que capturaron estaba acompañada de más guardias. Él y sus hombres los mataron, pero dejaron rastros, y ahora estábamos en medio de una cacería. Estaban desesperados por recuperarla.

—La chica debe ser realmente importante —comentó Miguel, soltando una risa seca mientras recargaba su arma—. Ni por la hija hubo tanto alboroto. —Disparó de nuevo, acertando el vidrio del coche blindado que nos seguía.

Yo estaba impaciente. El maletero, donde la chica estaba encerrada, parecía latir junto con el ruido de los disparos. No podíamos detener el coche y enfrentar directamente a los perseguidores, no había espacio para maniobras ni posibilidad de sobrevivir a un enfrentamiento en campo abierto. Necesitábamos una estrategia, y sabía que el momento adecuado para el enfrentamiento directo se acercaba.

—Un enfermo como Marino no valoraría tanto a su propia hija. Esa chica debe ser la clave para algo más grande —respondí, apretando con fuerza el cañón de mi arma.

La adrenalina corría por mi cuerpo. El coche detrás de nosotros aceleró, obligándonos a actuar rápido. El ruido de los disparos y el sonido de los neumáticos deslizándose sobre el asfalto mojado creaban una sinfonía caótica.

La carretera estrecha y las curvas peligrosas dificultaban cualquier posibilidad de una huida tranquila. Nos seguían como depredadores implacables. Pero eso estaba a punto de cambiar.

—¡Dispara al neumático! —grité a Miguel, señalando el coche que se acercaba cada vez más.

Apunté con precisión y fue mi disparo el que dio en el blanco. La bala alcanzó el neumático delantero del coche, y sonreí al ver el vehículo tambalearse violentamente antes de volcarse y rodar por la carretera.

—Regresa —ordené a Pablo—. Quiero dispararles en la cabeza a todos.

Pablo giró bruscamente el volante y, en segundos, estábamos de regreso en el lugar del accidente. Salí del coche con calma, acomodando mi saco mientras caminaba hacia el coche volcado. Se oían los quejidos de los hombres heridos.

Me acerqué al conductor, que se movía lentamente intentando escapar. Sus ojos estaban vidriosos, pero luchaba contra la muerte que ya estaba prácticamente sellada. Sin pensarlo dos veces, apunté mi arma a su cabeza y disparé. El sonido seco del disparo resonó en el ambiente y el cuerpo del hombre cayó, inerte.

Mis ojos entonces se dirigieron al segundo hombre, que con dificultad intentaba alcanzar algo en su cintura. Una sonrisa sádica se dibujó en mis labios. Su esfuerzo por luchar contra lo inevitable era patético.

—¿Quieres morir con dignidad? —pregunté, apuntando el arma a su entrepierna—. Hoy no.

El disparo le dio directo en los huevos y el grito que salió de sus labios fue desesperante. El sonido de su agonía fue música para mis oídos. Se retorcía en el suelo, la sangre brotando, pero aún respiraba. Disparé de nuevo, esta vez en el ojo, silenciándolo para siempre.

Mientras me alejaba, vi al tercer hombre, tirado en el suelo, extendiendo la mano hacia un arma caída. Antes de que pudiera

alcanzarla, pisé con fuerza su mano, escuchando el crujido de los huesos bajo mi pie. Pero, para mi sorpresa, no gritó. Sus ojos estaban clavados en los míos, llenos de odio.

—Entrégame a la chica... —murmuró con voz débil, pero cargada de desesperación.

—Entonces tengo a dos putitas italianas interesantes, pero la hija no es tan importante como la amante, ¿es eso? —pregunté, presionando aún más mi pie sobre su mano.

El hombre gimió de dolor, su rostro retorcido en agonía. Finalmente, mostraba cuánto lo estaba destruyendo eso.

—Voy a acabar contigo... —murmuró, el sufrimiento resonando en cada palabra.

—¿Quién es esa chica? ¿Qué importancia tiene para Marino? —pregunté, inclinándome sobre él.

—¡No la toques! —gruñó el hombre, su mirada desesperada.

Mi sonrisa se amplió. La idea de joderle la mente antes de matarlo era demasiado tentadora como para resistirme.

—Ya me tiré a la hija de Marino y no parece importarle mucho. ¿Será que si me tiro a su putita y la hago chupar cada gota de mi leche, él finalmente saldrá de las sombras a enfrentarme? —provoqué, observando la rabia explotar en su rostro.

—¡Maldito! —gritó, y su dolor y furia solo me daban más placer.

—¿Es tu hermana? ¿Tu mujer? Tal vez debería follármela delante de ti, hacerte escuchar cada gemido mientras la destrozo... —continué, viendo el odio hervir en sus ojos.

No tenía ningún interés en esa perra del maletero. Mi deseo era por Chiara y ella aún no se había rendido a mi control. Pero, por ahora, ver la desesperación de ese infeliz bastaba para satisfacerme.

—Mátalo de una vez y vámonos —dijo Miguel, acercándose con prisa, mirando hacia algo a lo lejos.

Me agaché hasta el hombre herido, agarrándolo del cabello y obligándolo a mirarme.

—Hoy es tu día de suerte. Te dejaré vivir para que le cuentes a Marino sobre tu incompetencia para proteger a su puta. Cuéntale cómo ella me hará venirme, igual que su hija —murmuré con una sonrisa fría.

Lo solté en el suelo, como si fuera un pedazo de basura. Miguel y yo regresamos al coche y rápidamente volvimos a la carretera. Mientras el coche aceleraba, mis pensamientos regresaban a Chiara. Algo no estaba bien. Me irritaba el hecho de que Antonio no hubiese hecho ningún esfuerzo por recuperarla como sí lo hacía por la otra. Algo estaba mal y lo descubriría a través de la chica en el maletero.

(…)

El coche finalmente entró al almacén, habíamos despistado a cualquier posible perseguidor. El almacén era una de las propiedades que adquirí recientemente, un lugar discreto y aislado, perfecto para acomodarnos durante nuestra estadía prolongada por estos lados.

Salí del coche y caminé hasta el fondo del almacén, donde una silla simple me esperaba. Me senté con tranquilidad, cruzando los brazos mientras mis ojos recorrían el ambiente. Podía sentir el miedo de la chica, incluso sin verla aún.

—Trae a la chica —ordené.

Miguel permaneció de pie, observando con una expresión impasible mientras Pablo se dirigía al maletero del coche.

Él abrió el maletero y sacó a la chica amordazada. Ella resistía, sus movimientos bruscos y desesperados me divertían. Pablo, con cierta dificultad, logró arrastrarla hasta donde yo estaba. El sonido de sus pies arrastrándose por el suelo del almacén resonaba, un sonido patético ante su intento inútil de soltarse.

Cuando finalmente la puso frente a mí, estaba sentada en el suelo, con los ojos fijos en el piso sucio, claramente intentando evitar mi mirada.

—Parece que no todas son tan fáciles para ti, ¿eh, Pablo? —solté una carcajada, lanzándole una mirada sarcástica.

—Esa perra no me atrae en lo más mínimo —respondió él con brusquedad, mientras la empujaba más cerca de mí—. Prefiero mujeres que saben cuál es su lugar.

Reí de nuevo, cruzando las piernas mientras la observaba con una sonrisa lenta formándose en mis labios. Estaba visiblemente aterrada, su respiración rápida e irregular. Incluso con la mordaza impidiéndole hablar, el miedo en sus ojos lo decía todo.

—Mírame —ordené, manteniendo la voz firme y controlada.

Ella dudó unos segundos antes de levantar el rostro lentamente, sus ojos encontrando los míos. Allí estaba el terror que esperaba.

—Sabes por qué estás aquí, ¿no? —pregunté con una sonrisa maliciosa jugueteando en los labios—. Te fuiste sin despedirte, Pablo se molestó. —Me burlé sin esperar respuesta, la mordaza impedía cualquier palabra—. Seamos sinceros, mentiste. Y eso me irrita.

Me incliné un poco más cerca de ella y, con un movimiento rápido, le quité la mordaza de la boca, permitiéndole respirar hondo, casi jadeante.

—¿Quién eres en realidad? ¿Y qué sabes sobre Marino? —pregunté con voz amenazante.

Ella permaneció en silencio, la mirada fija en algún punto indefinido frente a sí. El silencio era insoportable, pero me gustaba prolongar esos momentos, ver hasta dónde alguien podía resistir antes de romperse.

—¡Vamos! —provoqué—. ¿Crees que vale la pena morir por ese desgraciado?

Finalmente habló, su voz temblorosa y vacilante.

—Yo... yo no sé nada —murmuró.

Miguel, que había estado observando en silencio hasta entonces, soltó una risa corta y burlona. Siempre sabía cuándo alguien mentía, y esa chica claramente lo hacía.

—¿No sabes nada, eh? —repetí, inclinándome más cerca—. Odio a los mentirosos. Y odio aún más cuando intentan hacerme pasar por

idiota.

Mi mano alcanzó su rostro, sujetándolo con fuerza, obligándola a mirarme directamente a los ojos.

—Si realmente no sabes nada, entonces estás en el lugar equivocado y vas a salir más lastimada de lo que deberías. —Apreté aún más mi agarre, y ella soltó un pequeño gemido de dolor.

Lágrimas cayeron de sus ojos y supe que cedería, allí, en ese momento.

—Todo lo que sé es que soy una prisionera de mi padre, él me protege tanto que nunca tuve amigos ni fui a la universidad, realmente soy inútil para cualquier enemigo suyo. —Lo dijo como un desahogo antes de morir, haciendo que yo y los demás frunciéramos el ceño.

—¿Quién es tu padre y qué tiene que ver eso con la mierda que quiero saber?

No estaba seguro de lo que había dicho, tal vez estaba tan frustrado que empezaba a enloquecer con toda esta mierda.

CAPÍTULO 22 – ENGAÑADO

ALEJANDRO HERRERA

La sala estaba envuelta en un silencio denso, roto únicamente por la respiración temblorosa de la chica en el suelo. Caminaba a su alrededor con pasos lentos, calculados, sintiendo el peso del cuchillo en una mano y el arma en la otra.

Me detuve frente a ella, observándola. Sus ojos estaban desorbitados, hinchados por el llanto. De repente, comenzó a parecerse demasiado al dueño de mi odio mortal.

—¿Cómo prefieres morir, eh? —pregunté—. ¿Destripada como un cerdo, gritando mientras ves tu sangre brotar entre tus manos, o prefieres un disparo en la frente? Rápido, indoloro. Ni siquiera tendrás tiempo de arrepentirte de nada.

Mi pregunta parecía una broma cruel, pero había rabia en cada palabra. Rabia por la situación. Rabia por el hecho de que esta chica había soltado una bomba que no estaba dispuesto a ignorar. Y ahora callaba, después de una revelación como esa. No tenía paciencia para eso.

Mis dedos apretaron con fuerza el cuchillo y, por un momento, consideré poner fin a aquella escena ahí mismo. Fin para ella, fin para la confusión que comenzaba a formarse en mi cabeza.

—¿Quién coño es tu padre? —intervino Miguel, estaba tan furioso como yo, quizá incluso más.

Con un movimiento rápido, empujé a Miguel hacia atrás, alejándolo. Mi paciencia se estaba agotando rápidamente, y la participación de más personas no ayudaba en nada.

—¡Déjame resolver esto, carajo! —grité, mi voz retumbando en el galpón.

Miguel me miró con los ojos abiertos, pero dio un paso atrás, reconociendo la furia que intentaba controlar.

—M-m-mi nombre es... es Chiara —balbuceó ella, su voz casi inaudible, entrecortada por los sollozos que intentaba contener—. Mi padre es Antonio Marino...

Escuchar esa confirmación me hizo apretar el cuchillo con tanta fuerza que sentí la hoja cortarme la propia piel. La sangre comenzó a escurrir por mi mano, caliente y espesa, pero el dolor físico no significaba nada.

—Yo no tengo la culpa de nada de lo que él hace, ni siquiera lo conozco bien —lloriqueó entre lágrimas, como si intentara salvar su vida con palabras que ya no me importaban—. Por favor, no me hagas nada, déjame ir.

Me giré hacia Miguel con el ceño fruncido, sintiendo la sangre latir más rápido en mis venas. Su revelación era una cosa, pero lo que eso significaba para lo que habíamos hecho hasta ahora... era algo completamente distinto.

—Pero revisé los documentos, la madre superiora garantizó que... las fotos, todo... —dijo Miguel, su voz ahora llena de duda.

Me reí, una risa amarga y furiosa.

—¡Claramente te engañaron, joder! —grité.

¿Cómo coño pudo ser tan estúpido? ¿Tan fácilmente manipulado? Pero, al mismo tiempo, eso significaba que yo también fui engañado.

Miguel parecía perturbado, y no era para menos. Había fallado. Y fallar conmigo no era algo que uno hiciera dos veces. Yo nunca lo permitiría.

—De todas formas, ahora tenemos a la verdadera hija de Marino justo aquí —Pablo se acercó con esa sonrisa sádica que tan bien conocía. Para él, todo esto era solo otro juego. Pero para mí, esta mierda era personal.

Todavía sostenía el cuchillo ensangrentado. Quería quemar este galpón con todos dentro, quizá el calor del fuego me hiciera olvidar el odio.

—Voy a destripar a esa mujer —bramó Miguel, refiriéndose a la madre superiora que nos había engañado—. ¡Voy a arrancarle los ojos y hacer que se trague cada pedazo!

—Primero haz que te la chupe —Pablo señaló con el dedo, dando la idea—. No, tiene que chuparnos a todos.

Pablo y Miguel seguían maldiciendo y discutiendo planes sobre cómo lidiar con la madre o con la verdadera Chiara, la chica frente a nosotros. Yo, sin embargo, estaba atrapado en otro pensamiento. La chica prisionera en mi casa... ¿quién demonios era? ¿Por qué me hizo creer que era la hija de Marino?

De todo lo que estaba pasando, lo más irritante era lo mucho que ella se había convertido en el centro de algo que no lograba explicar. La deseé desde el momento en que puse los ojos sobre ella, y eso me perturbaba. ¿Por qué me afectaba de una forma que ninguna otra mujer conseguía?

Sabía que, ahora, la situación era aún más confusa. Chiara, la verdadera hija de Marino, estaba justo frente a mí, y no tenía ni la mitad del impacto que esa chica en mi casa tenía sobre mí.

Quería saber su nombre. Quería saber por qué, carajo, todavía ocupaba tanto espacio en mis pensamientos.

Pero mataría todos esos deseos redoblando las torturas, poniendo presión en cada movimiento que la hiciera sufrir, hasta verla suplicar y confesarme que me estaba engañando.

Fui engañado dos veces y necesitaba desquitarme con algo.

Otra pesadilla me despertó, pero esta vez había algo más. Una sensación sofocante y angustiante oprimía mi pecho como si alguien me estuviera apretando desde dentro. Salté de la cama, el cuerpo aún tembloroso, y corrí hasta la ventana, pero todo estaba en silencio. Todo estaba quieto.

Cómo deseaba tener mi crucifijo ahora, para sostenerlo entre los dedos y encontrar algún consuelo. Pero ni siquiera sabía dónde lo había perdido. Tal vez se quedó en el sótano de aquel maldito club.

Respiré hondo, intentando alejar la memoria del sueño que aún flotaba en mi mente. Alejandro. Él estaba allí, como siempre. Esta vez, con un cuchillo en la mano, perforando mi vientre, desgarrando mis entrañas lentamente, con los ojos fijos en los míos. Decía, con la voz fría e implacable:

—Vas a morir porque mentiste, cariño.

¿Pero cómo podía decir la verdad? La verdad parecía perturbarlo aún más que las mentiras.

Yo no elegí estar aquí. No pedí caer en manos de estos hombres, ser llevada a México como prisionera, ser vista como la hija de un hombre que ni siquiera conocía.

Sentí una lágrima deslizarse por mi rostro, seguida de otra. ¿Por qué todavía lloraba? Después de todo lo que pasó, ¿cómo aún me quedaban lágrimas? Con el corazón pesado, me apoyé en la pared fría del cuarto y dejé que mi cuerpo se deslizara hasta el suelo. Abracé con fuerza mis piernas, escondiendo la cabeza entre las rodillas y sollozando bajito. Estaba tan cansada de todo esto. El terror que me rodeaba, las amenazas, las pesadillas... No había escapatoria. Parecía que el mundo entero se cerraba a mi alrededor, asfixiándome lentamente.

Pero lo que realmente me atormentaba no era solo el terror constante. Lo que más me aterraba era el hecho de que, incluso con todo esto, no conseguía olvidarme de él. De las miradas de Alejandro, de esos ojos que parecían desnudarme, penetrarme, consumirme. Sus miradas oscuras y llenas de promesas peligrosas

que me arrastraban al abismo, como si él fuera el mismo diablo, seductor y cruel, y yo estuviera destinada a caer en sus garras.

Era perturbador admitirlo, pero de alguna manera, en medio de todo este caos, sentía que le pertenecía. No porque lo quisiera, sino porque había manipulado mi mente de una forma de la que no podía escapar. Quería que cambiara, que se convirtiera en otra persona, alguien que me protegiera de este mundo que él mismo había creado a mi alrededor. Pero ¿cómo puede alguien ser protegido de un monstruo cuando el propio monstruo es quien te mantiene prisionera?

—Libérame de estos pensamientos —susurré al vacío, repitiendo la frase varias veces como si fuera un mantra. Pero el silencio solo me devolvió el eco de mi propia voz.

CAPÍTULO 23 – ELENA

ALEJANDRO HERRERA

Me persigné, como de costumbre, antes de entrar a cualquier lugar sagrado, pero al cruzar la reja de hierro del monasterio, el significado de aquel gesto parecía más irónico que reverente.

Pablo, Miguel y Juan venían justo detrás de mí, sus expresiones frías y calculadoras en contraste con el ambiente silencioso y solemne. Otros hombres estaban posicionados fuera, estratégicamente listos para impedir que cualquier intruso se acercara. Sabía que nuestra presencia allí causaría un impacto, pero no me importaba. Mi objetivo era claro, y nada podía detenerme.

En cuanto entramos, el terror fue inmediato. Las monjas corrían de un lado a otro, completamente desesperadas al vernos. Algunas juntaban las manos, murmurando oraciones apresuradas mientras pasaban cerca. Otras intentaban desaparecer en las sombras de los pasillos, los ojos desorbitados por el pánico. No tenían razones para temer, pero no tenía tiempo de explicarlo.

Una de ellas, más anciana, se detuvo en el pasillo. Sus ojos se fijaron en mí, incapaces de apartarse, y sus labios temblaban como si intentara recordar cómo rezar.

—¿Dónde está la madre superiora, hermana? —pregunté con una calma escalofriante, casi educada, lo que solo parecía aumentar su pánico.

No logró hablar, solo levantó el brazo tembloroso y señaló al final del pasillo, aún incapaz de pronunciar una palabra.

—Gracias —dije, ofreciéndole una sonrisa.

Seguí por el pasillo, seguido por mis hombres. Abrimos varias puertas, una tras otra, sin prisa. Las monjas, escondidas en sus

celdas o tras puertas entreabiertas, apenas podían respirar al vernos pasar, los ojos agrandados por la incertidumbre de lo que sucedería. Era fascinante cómo el miedo a perder la vida lograba silenciar a las personas. Ninguna se atrevió a interponerse.

Finalmente, llegamos a una sala que parecía ser la de la madre superiora. La puerta estaba entreabierta, y la empujé con calma. Allí estaba ella, arrodillada detrás del escritorio, sujetando un rosario con tanta fuerza que los nudillos de sus dedos estaban blancos. Arrodillada, intentando, sin éxito, esconderse en sus plegarias.

Miguel entró justo después de mí, soltando una risa baja y oscura.

—¿Cómo una persona tan mentirosa como tú se atreve a rezar? —preguntó, su voz goteando desprecio.

Levanté la mano, indicándole que guardara silencio.

—Déjala pedir perdón por sus pecados —dije con tranquilidad—. Va a necesitar mucha misericordia cuando llegue a las puertas del paraíso y no la dejen entrar.

La madre superiora alzó la mirada hacia mí, lágrimas ya formándose en sus ojos. Parecía más pequeña que antes, como si el peso del miedo la estuviera aplastando. Se deslizó fuera del escritorio y cayó de rodillas frente a mí y a los demás, las lágrimas cayendo ahora sin control.

—Me obligaron —sollozó, aferrándose al rosario como si su vida dependiera de esas cuentas de madera—. Me matarían si no cambiaba los documentos de Elena por los de Chiara... ¡No tuve elección! —Su voz fallaba de tanto desespero—. No me sentí bien al involucrar a una chica inocente, al entregarla a hombres crueles, pero ¿qué elección tenía?

Mi mirada se endureció, y una oleada de ira helada recorrió mi cuerpo. Caminé hacia ella, deteniéndome a centímetros. Mi mirada se posó en la cruz colgada en la pared detrás de ella, un símbolo de sacrificio y redención que, en ese momento, no tenía significado alguno.

—¿Qué ejemplo recibiste de tu Maestro? —murmuré, mirando la cruz antes de volver a clavar mis ojos en los de ella—. No sigues a Él, sigues a Judas. Además de mentir, condenaste a una inocente a la muerte.

—¿Elena realmente está muerta? —preguntó la madre superiora, con la voz temblorosa y desesperada, los ojos desorbitados de horror.

—Lo está —respondí fríamente, sin una pizca de emoción—. Tuve que matarla al saber la verdad, así como haré contigo.

La madre superiora sollozó con más fuerza, sus hombros sacudiéndose violentamente mientras se inclinaba aún más ante nosotros.

—Pobre chica, acababa de perder a su abuela, buscaba paz, felicidad, y yo la entregué así —lloriqueaba la madre.

Era evidente su arrepentimiento.

—¿Cuál era el plan? ¿Realmente creíste que nos engañarías por mucho tiempo? —preguntó Miguel con una sonrisa burlona.

—Él quería que la mataras y dejaras a su hija en paz, creyendo que ya estaba muerta —reveló, haciéndome hervir por dentro.

—¿Entonces sabías que la chica inocente iba a morir? —pregunté mirando fijamente a sus ojos, sintiendo odio al saber que esa mujer frente a mí, en quien mi chica había confiado, tuvo el coraje de condenarla a muerte en total acuerdo con Antonio Marino.

—Entrégame todo lo que tengas sobre la chica que me diste, quiero saber su nombre, dirección, su familia... —dije, pero ella negó con la cabeza.

—Todo fue quemado, no hay registros de ella aquí —contó, inconforme consigo misma.

Juan, impaciente como siempre, chasqueó la lengua, su mano ya en el arma.

—Mata ya a esta mujer que nos hizo perder tanto tiempo —dijo con desdén.

Negué lentamente con la cabeza, con calma.

—No aquí —ordené, dándole la espalda a la mujer arrodillada y derrotada—. Llévensela.

—¡Ten piedad, te lo ruego! —gritó, intentando agarrarse a mis piernas mientras me alejaba, pero fue arrastrada de vuelta por Pablo. Se debatía, llorando e implorando mientras la sacaban de la sala.

No me importaba.

Elena. Así que ese era el nombre que se burlaba de mí.

—Elena —pronuncié para escuchar el sonido de mi propia voz.

ELENA GALLI

Dos días después…

Estaba sentada en uno de los bancos de madera del jardín, el olor de las flores mezclándose con el calor del sol que calentaba mi rostro. Sophie estaba a mi lado, sus rizos rubios brillando bajo la luz. En las tres tardes que pasamos juntas, se había ganado una parte de mi carente corazón.

—Dime, Chiara: ¿te has enamorado alguna vez? —preguntó ella, con esa sonrisa esperanzada.

La pregunta me tomó por sorpresa. Apreté los dedos contra el banco de madera, desviando la mirada hacia los árboles a nuestro alrededor.

—Sophie, creo que nunca me he enamorado —respondí, sintiendo que mis mejillas se sonrojaban por el tema—. Pero hubo un chico que gustaba de mí.

Sophie soltó una risita, sacudiendo la cabeza.

—No seas modesta. Seguramente muchos chicos gustan de ti, Chiara. Mírate, es imposible no notarte.

Sentí un nudo en el pecho. Cada vez que ella me llamaba Chiara, era como un recordatorio cruel de que estaba viviendo una mentira, una vida que no era mía.

—Sophie, hay algo que quisiera compartir contigo —dije, con la voz casi en un susurro. Había algo en su presencia que me hacía querer desahogarme. Tal vez era su dulzura, o la forma en que me miraba, como si realmente quisiera ser mi amiga.

Sin embargo, en cuanto las palabras salieron de mi boca, vi la expresión de Sophie cambiar. Su rostro se cerró por un momento, como si supiera que estaba a punto de decir algo peligroso.

—No necesitas decirme nada —murmuró, tomando mi mano y apretándola suavemente—. No quería ser tu amiga, Chiara. No quería porque sabía que eso era lo que ellos querían, pero ahora que lo somos... no quiero comprometer tu seguridad. No digas nada que pueda ponerte en más peligro.

Sabía que intentaba protegerme, pero necesitaba hablar. Necesitaba que alguien supiera, que alguien me viera como realmente soy.

—Ya no puedo más, Sophie. Necesito desahogarme con alguien real, de carne y hueso. Estoy cansada de susurrar solo en oraciones —mi voz se quebró al final y las lágrimas amenazaron con caer.

Sophie suspiró, a regañadientes.

—Está bien... Dime lo que necesites decir —respondió, visiblemente incómoda, pero dispuesta a escucharme.

Respiré hondo, sabiendo que lo que estaba a punto de confesar podría cambiarlo todo.

—Mi nombre es Elena y no soy hija de ningún mafioso italiano. Solo soy una joven común que quería ser monja... fui secuestrada por error —confesé. Sophie se quedó boquiabierta, los ojos agrandados por el impacto—. Intenté decir la verdad, pero nadie me creyó. Y ahora, temo que, cuando Alejandro lo descubra, me matará.

Hubo un largo silencio. La mirada de Sophie estaba fija en mí, como si intentara procesar cada palabra.

—De todas las cosas que esperaba oír, lo que dijiste es lo más cruel de todo —murmuró finalmente, abrazándome con fuerza. Era como si intentara protegerme del mundo a nuestro alrededor, pero sabíamos que eso no era posible.

Sentí el alivio recorrer mi cuerpo. Alguien finalmente sabía la verdad.

—¿Me entiendes? —pregunté, cerrando los ojos mientras me dejaba hundir en ese abrazo.

—Tenemos que encontrar la forma de sacarte de aquí —dijo Sophie en voz baja, aún sosteniéndome—. Alejandro está en Italia, aún no ha encontrado a Marino, pero cuando descubra la verdad, tu secreto saldrá a la luz.

La idea de escapar nunca había parecido real antes. Estaba rodeada de muros altos, guardias armados, y Alejandro... ¿Cómo podría escapar?

—¿Huir? ¿Tú ves una salida? —pregunté, mi voz sonando derrotada mientras miraba alrededor del jardín, observando a los guardias que caminaban como sombras, vigilantes. Siempre estaban allí, listos para capturarme si intentaba escapar.

—Encontraremos la manera —susurró Sophie de vuelta—. Eres la primera amiga de verdad que tengo, Elena. Y no quiero verte hundirte.

CAPÍTULO 24 – TROFEO

ALEJANDRO HERRERA

Miguel siempre tenía una forma de minimizar las cosas, de convertir el caos en algo controlable con palabras simples. Pero, en ese momento, el recuerdo de sus palabras me irritaba profundamente. "La chica dijo que no era Chiara, que todo era un error, pero sabes que una persona desesperada diría cualquier cosa para sobrevivir", había dicho cuando lo confronté sobre la captura de Elena. Esa frase martillaba en mi cabeza. Con el codo apoyado en la puerta del auto, me mordí la punta del pulgar, pensativo.

No era un hombre que admitiera errores, mucho menos en voz alta, pero recordaba perfectamente la primera vez que vi a Elena. Intentó decir algo, hablar de un terrible error, pero no quise escuchar. No le di importancia. Y ahora, aquí estaba yo, sintiéndome un imbécil por no haberle prestado atención.

¿Cómo podía culparla por mi propia incompetencia? Yo la empujé hacia mis tinieblas, sin importarme en lo más mínimo. Si la joven no era Chiara Marino, si ni siquiera pertenecía a este mundo, entonces lo que hice fue arrastrar a una inocente a mi infierno personal.

Miguel, sentado a mi lado en el auto, seguía hablando, ajeno a mis pensamientos.

—Uno de nuestros contactos informó que los hombres de Marino hicieron una gran compra de armas —contó, como si fuera una información trivial.

—Se está preparando para atacar —murmuré, casi sin oír mi propia voz—. Que compre diez arsenales enteros, porque no le será suficiente para salvarse.

—¿Y qué hay de la verdadera Chiara? ¿Realmente la dejarás bajo el cuidado de Pablo? Sabes que él…

—Pablo, Juan, tú y los demás. Ya he perdido demasiado tiempo con la supuesta hija como para preocuparme por la verdadera. Asegúrense de que no escape. ¿Es tan difícil controlar a una joven de veinte años? —pregunté, irritado, con el ceño fruncido mientras lo miraba—. Es tu oportunidad de no fallar otra vez.

—Pablo se siente con poder. Ya sabes cómo se pone cuando hay una mujer involucrada.

Solté una carcajada.

—Déjalo divertirse, además, sabemos que yo soy mucho peor. ¿Estás preocupado por la seguridad de la joven?

Miguel negó con la cabeza, riendo.

—En realidad, me preocupas tú.

—¿Te volviste loco? ¿Por qué demonios estarías preocupado por mí?

—No sé… pareces perturbado desde que descubrimos que la joven que… que capturamos era la chica equivocada.

—A la mierda, tuvimos la suerte de conseguir a la verdadera y eso es lo que importa. ¿Sabes lo imbécil que es Marino? —Solté una carcajada—. El problema es que también me hizo quedar como un imbécil.

—¿Vas a liberar a la chica? —preguntó cuando ya podíamos ver mi propiedad.

—Por ahora no. Me divierte el juego que estoy haciendo con ella —afirmé con una sonrisa ladeada, esperando no estar dejando entrever que, por primera vez en mucho tiempo, me sentía indeciso sobre qué hacer, porque había dos voces en mi cabeza.

El coche estaba a punto de pasar por los portones. Después de tantos días fuera, estaba desesperado por intentar sacarle algo a la "Chiara", pero la joven novicia...

El vehículo rodó suavemente hasta detenerse frente a la casa y, en cuanto bajamos, hice una llamada rápida antes de entrar.

—Pietro, ¿cómo están los soldados? —pregunté a uno de mis tenientes, quien había sido encargado de duplicar nuestras fuerzas alquilando hombres de bandas menores.

—Estamos listos, señor —respondió Pietro del otro lado.

—Perfecto. Manténganse atentos a cualquier llamado —dije, colgando enseguida.

Mis ojos fueron inmediatamente atraídos hacia el jardín, donde vi a Elena sentada en uno de los bancos, junto a Sophie. Un apretón inesperado me oprimió el pecho al darme cuenta de que Elena estaba llorando, consolada por la hermana de Miguel. ¿Por qué demonios me molestaba tanto aquello?

—Sophie ya debe saber el secreto de Elena —murmuró Miguel a mi lado, con los ojos entrecerrados, observando la escena.

Mi mandíbula se tensó. Me irritaba saber que Elena había sido traicionada desde el principio, manipulada por la madre superiora y lanzada a mis manos sin oportunidad de defensa. Había sido arrastrada a un juego del cual ni siquiera conocía las reglas.

—Vamos a probarla y ver si podemos confiar en ella.

—Sophie es una joven preparada para servir en los negocios —dijo Miguel con orgullo, como si hubiera criado a su hermana para eso desde la cuna—. Sabe desempeñar su papel.

Pero en ese momento, yo deseaba que Sophie fuera más que solo una pieza útil en el tablero. Quería creer que Elena podría, al menos, contar con Sophie como una amiga, alguien que estuviera de su lado. Un deseo que no entendía por qué sentía y que me negaba a analizar.

No miré en esa dirección. Aún no sabía cómo actuar ante esta nueva realidad. ¿Qué debía hacer con Elena ahora que la verdad había salido a la luz? ¿Castigarla? ¿Dispararle en la frente? ¿Dejarla ir y disculparme? La idea de que no era quien yo pensaba me perturbaba de una manera a la que no estaba acostumbrado.

Avancé con pasos firmes y no pude evitar notar que atraíamos la atención de las dos jóvenes. Sus miradas fijas nos seguían mientras

cuchicheaban. Pasé por los empleados que se apresuraban a abrir las puertas de la mansión para mí.

Miguel me siguió hasta mi despacho, acabábamos de llegar de Italia y ya había mucho por hacer. Caminé hasta la botella de licor en la estantería y serví dos vasos, entregándole uno.

Mi celular vibró con un mensaje antes de que pudiera dar el primer sorbo, pero decidí probar la bebida antes de ver de qué se trataba. "Está hecho."
Leí el mensaje mientras sentía el líquido arderme la garganta. Nada importante. Solo la confirmación de que el obstáculo del gobernador había sido eliminado.

Tomé el último trago y caminé hasta el cuadro colgado en la pared, al lado del estante. Grande, con colores vibrantes, retratando una escena del "Día de los Muertos". Calaveras decoradas bailaban alrededor de una figura femenina vestida de negro, sosteniendo un ramo de flores rojas. Quité el cuadro, revelando mi caja fuerte, y digitando la clave, ignoré las joyas y billetes, buscando entre varios documentos de una de las carpetas lo que necesitaba.

—Lleva esto al general, ya está firmado —le entregué la carpeta a Miguel, que estaba distraído viendo la imagen en el cuadro de mi estantería.

Yo, con cinco años, sonriendo forzadamente, posando para una foto junto a Augusto, sosteniendo el documento que me convertía en su hijo.

Para el resto del mundo, ser adoptado por Augusto Herrera significaba suerte, una oportunidad de tener poder y estatus, de crecer como heredero de un imperio implacable. Pero para mí, significaba otra cosa. No había espacio para la debilidad, la tristeza ni el arrepentimiento. Desde el momento en que sostuve ese documento, entendí que mi vida sería moldeada por un único propósito: la venganza.

Él lo dejó claro desde el principio: mi dolor no valía nada. Que el sufrimiento por la pérdida de mis padres no traería justicia. Solo la

muerte lenta y agonizante de Antonio Marino podría llenar ese vacío. Crecer bajo la tutela de Augusto era como ser forjado en fuego: entrenar día tras día para convertirme en un arma, un hombre capaz de destruir sin dudar. No había espacio para emociones, excepto el odio.

"No pierdas tu tiempo poniéndote triste, eso no los traerá de vuelta. Gasta tu tiempo entrenando y preparándote para convertirte en un hombre fuerte y poderoso. Vas a crecer y matar a Antonio Marino, pero hazlo lentamente, disfruta cada segundo mientras agoniza. Eso te hará sentir mejor."

Por eso esa foto estaba ahí.

—Intervendrá si es necesario —dijo Miguel casualmente, sosteniendo la carpeta con los documentos que prueban el acuerdo secreto entre el general mexicano y yo.

Asentí, perdido en mis pensamientos, esperando que se fuera pronto.

Ese documento era solo una formalidad, una precaución, en caso de que las cosas se salieran de control. Cosa que dudaba que ocurriera.

(…)

El día se arrastraba, y yo seguía encerrado en mi despacho, con los pensamientos zumbando en mi cabeza. El problema era que no había una maldita cosa que hacer allí, solo esperar. Y odio esperar. Tenía hombres para todo.

Chiara Marino no sabía nada sobre su padre y era más convincente al respecto que Elena, quizás porque realmente decía la verdad, a diferencia de la otra. Solo servía de carnada.

Miré el cielo oscureciéndose afuera, el sol desapareciendo lentamente. Odio fijarme en el atardecer, me trae una nostalgia de hace muchos años, cuando todo ocurrió.

La puerta se abrió, sacándome de mis pensamientos, y mi madre, Julieta, entró en el despacho. Hacía tiempo que no aparecía por allí. Su mirada recorrió todo el ambiente, analizando cada rincón antes de posarse en mí.

—No has salido de este despacho desde que llegaste. ¿No vas a saludar a tu madre? —dijo, acercándose con sus pasos gráciles.

Me recosté en la silla, un suspiro de irritación atrapado en la garganta. ¿Qué quería ahora? Nunca me gustó cuando Julieta fingía que realmente le importaba o que quería actuar como mi madre. Yo no necesitaba una madre, mi madre había muerto y yo debía reemplazarla. Nada más.

—Estoy resolviendo unos asuntos —respondí fríamente, fingiendo revisar unos papeles que no significaban nada.

—¿Cómo fue en Italia? —preguntó, intentando mantener una conversación ligera.

—Productivo —afirmé, sin entrar en detalles. No era asunto suyo—. ¿Y la chica? ¿La están tratando bien, como indiqué?

—Claro, sabes que soy una excelente anfitriona.

—Perfecto.

Su expresión cambió y sus ojos, que siempre fueron difíciles de leer, ahora parecían estar pesando cada palabra antes de hablar.

—Parece inocente, Alejandro. No está ocultando nada. Por favor, no la lastimes más —pidió, tragando en seco, como si esas palabras le costaran.

Eso me tomó por sorpresa y, por un segundo, sentí algo incómodo revolverse dentro de mí. Pero lo enterré rápidamente.

—¿Te gustó, mamá? ¿Quieres adoptarla también? —me burlé, soltando una risa amarga—. Parece que no tiene padre, ni madre, ni abuela. Perfecta para ti.

Julieta frunció el ceño, pero no se dejó afectar o no notó mi sarcasmo.

—No sirvo para eso. Prefiero no involucrarme, solo muevo una pieza aquí y otra allá, para ayudar a la distancia. Pero involucrarme… eso no es lo mío —admitió, mirando al suelo como si estuviera perdida en sus propios pensamientos—. No sé cómo hacer eso.

—Yo tampoco. —Respondí, alzando una ceja y soltando una sonrisa. De repente, estábamos teniendo una conversación más realista de lo normal, y eso me intrigaba.

Ella caminó hasta la estantería y tomó la misma foto que yo miraba horas antes.

—Esta imagen también era importante para él —dijo, sosteniendo el cuadro por un segundo más de lo que me hubiera gustado.

¿Qué le pasaba? Estaba demasiado sentimental.

—¿Estás emotiva hoy, Julieta? —comenté con ironía.

Ella suspiró profundamente.

—La próxima semana es el aniversario de muerte de Augusto. ¿Cómo esperas que me sienta?

Me acerqué, tomando el cuadro de sus manos con suavidad, pero firmeza.

—Sabes que no le gustaban las lamentaciones —dije, devolviendo el cuadro a su lugar—. La tristeza no lo traerá de vuelta.

Julieta me miró, su expresión suavizándose por un segundo. Sonrió, pero esa sonrisa estaba llena de dolor.

—¿Y cómo me vengaré de una enfermedad? —preguntó, encogiéndose de hombros como si fuera una broma.

—Estando sana —respondí con una media sonrisa, recordando las palabras de Augusto. Odiaba las debilidades.

Ella asintió, pero su mirada seguía distante. Su luto nunca desaparecería, lo sabía. Pero lo importante era que había aprendido a vivir con él.

—¿Y Pablo? ¿Por qué nadie viene a verme cuando regresa de un viaje? —preguntó Julieta, volviendo de repente a su tono dramático habitual—. ¿Ya no soy importante?

Puse los ojos en blanco. Sabía que se estaba victimizando a propósito.

—Estamos demasiado ocupados, Julieta. Estate preparada por si necesitas entrar en el cuarto del pánico —advertí, cambiando de tema rápidamente.

—¿Seremos atacados? —preguntó, alzando una ceja.

—Eso espero —respondí con una sonrisa soñadora.

El caos siempre fue más atractivo que cualquier calma.

La verdad era que, en ese momento, el ataque de Marino o cualquier otra amenaza parecía más fácil de manejar que el desastre que yo había creado con Elena.

Ella, sentada en el jardín, llorando. Podía ver su imagen cada vez que parpadeaba. Y por más que intentara sacarla de mis pensamientos, seguía ahí, perturbándome.

Julieta observó mi silencio por un momento, sin decir nada, luego se alejó y salió, sabiendo que no conseguiría arrancar más de mí en ese instante. Respiré hondo, volviendo a concentrarme en cualquier cosa que me sacara de esa maldita confusión.

¿Por qué demonios, estando tan cerca de mi objetivo, lo que más me perturbaba era lo que haría con Elena?

Deslicé la mano en el bolsillo del pantalón y sentí el tacto frío del objeto pequeño y metálico. Era el crucifijo que encontré en el suelo del cuarto del sótano del club horas antes.

La luz tenue de las lámparas titilaba mientras arrastraba a la madre corrupta hacia la celda donde Elena había sido mantenida y, ahora, la traidora pagaría por sus crímenes. Cuando estaba a punto de salir, dejándola sola, vi el crucifijo brillando débilmente en la esquina del cuarto. Sabía que pertenecía a Elena, por eso lo tomé.

Levanté el crucifijo a la altura de mis ojos, observando su brillo frágil. Caminé hasta la caja fuerte, moví el cuadro, digitando la contraseña en el panel. Y ahora, un ítem más para la colección. Coloqué el objeto allí dentro.

Por un momento, observé la luz suave que se reflejaba en el metal pulido del crucifijo. ¿Un trofeo, tal vez?

CAPÍTULO 25 – PROPUESTA

ELENA GALLI

No sabía describir la sensación exacta que me invadió cuando vi que Alejandro había llegado después de varios días sin aparecer. Fue como si me arrancaran el aire de los pulmones. Mi corazón simplemente dejó de latir, una ansiedad asfixiante se apoderó de mí. Sophie estaba a mi lado, susurrando con urgencia:

—Mantén la cabeza agachada, estás en posición de sumisión. No puedes llamar su atención ahora, necesitas tiempo.

Eran palabras sensatas, ella entendía cómo funcionaban las cosas y se preocupaba por mí...

Pero yo simplemente no podía. Mis ojos estaban fijos en él, cada paso que daba parecía estremecerme. Alejandro finalmente había llegado. Lo quería lejos, muy lejos. Pero al mismo tiempo... por más que odiara admitirlo, aún no podía dejar de pensar en él, ni cuando estaba despierta, ni cuando dormía.

«Ese hombre me destruye», pensé. Arrastra mi cordura con él.

Necesitaba huir, lo sabía. Sophie había sembrado esa esperanza en mí, en los pocos momentos que teníamos juntas. Huir. Pero ¿huir a dónde? Él parecía estar en todas partes, en todos mis pensamientos, mis pesadillas... e incluso en mis deseos más profundos.

Pero ahora, allí, caminando de un lado al otro en esa habitación asfixiante, tenía que esperar. Alejandro podría entrar en cualquier momento y hacer lo que siempre hacía: torturarme, hacerme perder el control sobre mí misma, preguntarme si sería en ese momento cuando cedería a sus deseos. Sin embargo, la noche cayó, y él no

apareció. Por el contrario, fue Guadalupe quien golpeó la puerta, interrumpiendo mi ansiosa espera.

—La cena está servida, Elena —dijo con la misma calma y cuidado de siempre.

—¿Estás segura, Guadalupe? Ahora que ha vuelto, creo que... —mi voz vaciló. Parte de mí quería evitar la cena a toda costa, otra parte ansiaba verlo de cerca, por más enfermizo que eso fuera.

—La señora Julieta la espera —dijo la ama de llaves, con una mirada que indicaba que cuestionarlo no era una opción—. Y sabes que no le gusta esperar.

Mi corazón amenazaba con salirse del pecho mientras la seguía por los pasillos de la casa. A cada paso, me preguntaba si Alejandro estaría allí, sentado a la mesa, observándome como un depredador observa a su presa. Y si estaba, ¿qué haría? ¿Me ignoraría? ¿O la tortura comenzaría allí mismo, frente a todos? ¿Y Pablo? ¿Serían los dos quienes me torturarían a partir de ahora? Todo mi cuerpo temblaba con la idea.

Sin embargo, al llegar al comedor, sentí una decepción, un alivio mezclado con frustración: solo Julieta estaba allí, sentada tranquilamente, como si el mundo no se estuviera derrumbando a mi alrededor.

—Siéntate, querida —dijo ella, con una leve sonrisa—. No te preocupes, solo nosotras dos esta noche.

Parecía leer mis pensamientos. No sabía si eso era mejor o peor. Me senté lentamente, el silencio me asfixiaba. Cada minuto sin la presencia de Alejandro era un cuchillo afilado en mi pecho, una espera torturante por algo que sabía que vendría.

Julieta me observó atentamente, como siempre lo hacía. Era casi imposible saber qué pasaba por su mente.

—Pareces más malhumorada que de costumbre, querida —comentó, cortando un pedazo de carne y llevándoselo a la boca con delicadeza.

Me quedé paralizada. ¿Se estaba haciendo la tonta o solo fingía no notar el caos que me consumía?

—Es que... extraño mi casa —murmuré, revolviendo el plato. La comida no me atraía en lo más mínimo, pero fingí interés para no parecer tan fuera de lugar.

Julieta asintió lentamente, sus ojos fijos en los míos, como si me estuviera estudiando.

—Y yo te voy a extrañar cuando... cuando regreses a tu casa —dijo, con una sonrisa amable.

Le devolví una sonrisa débil, sin creer por un segundo en sus palabras. ¿Volver a mi casa? Parecía una promesa vacía, como si solo quisiera alimentar mis esperanzas.

Terminamos la comida en un silencio incómodo y, aun así, Alejandro no apareció. Cada segundo de su ausencia era una tortura diferente. Lo esperaba, le temía y, al mismo tiempo... lo deseaba.

Cuando regresé a mi habitación, la angustia solo aumentó. Me preparé para dormir, pero la ausencia de Alejandro pesaba más que cualquier amenaza que pudiera hacerme. Su silencio, desde que había regresado, era asfixiante. Estaba aquí, en algún lugar de la casa, pero no hacía nada. No me buscaba, no me enfrentaba, no me hacía preguntas... no me miraba con esa mirada oscura y penetrante... y eso me estaba matando poco a poco.

Sentada en el borde de la cama, miré al techo, mi mente era un torbellino de pensamientos confusos. ¿Por qué no vino? ¿Qué está esperando? ¿Será que ya no le soy útil y finalmente llegará mi fin?

Quería verlo... y, al mismo tiempo, le temía más que a nada.

ALEJANDRO HERRERA

Dos días después...

Estaba en una reunión con los principales ejecutivos de Herrera Global S.A., discutiendo las nuevas proyecciones de crecimiento de las acciones. La empresa prosperaba, y los números recientes del mercado indicaban que nuestro valor de mercado aumentaría considerablemente en los próximos meses. Mis ojos pasaban por los informes y escuchaba atentamente a los gerentes hablar sobre cómo las estrategias globales estaban funcionando perfectamente. Era una buena distracción de todo lo demás a lo que tendría que volver después de esa reunión.

Fue entonces cuando la puerta de la sala se abrió de repente y Diego entró apresurado. Se acercó a mí sin perder tiempo, inclinándose para susurrarme algo al oído.

—Hay un hombre sospechoso que quiere hablar con usted. Dice que quiere tratar un asunto de interés del jefe de La Serpiente de Plata... Dice que va a entregar a Antonio Marino.

Inmediatamente sentí mi mandíbula tensarse, pero mantuve una sonrisa breve y disimulada para los empleados a mi alrededor, fingiendo una normalidad que no sentía.

—Reprogramemos esta reunión. Surgió algo importante —anuncié con calma, mientras me levantaba y pasaba la mano por el cabello, ajustando mi saco. Salí de la sala con prisa, seguido por Diego.

En cuanto nos alejamos lo suficiente, mi máscara de cordialidad se desvaneció.

—¿Quién es el desgraciado que se atreve a venir hasta mí sin agendar una cita? ¿Cómo pasó por la seguridad? —pregunté con voz firme, el tono de irritación evidente.

—Parece... convincente, señor. Tiene una sonrisa atractiva, y los guardias... Bueno, los convenció de que era inofensivo. No sé exactamente cómo.

Rodé los ojos, la sangre me hervía de impaciencia. ¿Inofensivo? No en mi territorio. Antes de entrar a mi oficina, bajé a la sala de

archivos, donde solo Diego y yo teníamos acceso. Abrí un compartimento secreto y saqué una pistola de bolsillo. Nunca se sabe. Coloqué el arma discretamente en el pantalón y me dirigí a la oficina.

Al entrar, vi a un hombre alto, casi de mi estatura, de espaldas a mí, mirando por la ventana. Su postura tranquila mientras observaba Cancún me irritó al instante. Deslicé la mano hacia el bolsillo, sujetando el arma y apuntándole, aunque él aún no se había girado.

—Dicen que un hombre de éxito nunca se intimida ante la vista de un imperio —comenzó él, aún de espaldas, como si ya supiera de mi presencia—. Pero tú, Alejandro Herrera, estás muy por encima de eso.

Mi dedo rozó el gatillo, mi paciencia ya al límite.

—Dame un motivo para no volarte los sesos aquí y ahora.

Él rió suavemente antes de girarse, una sonrisa maliciosa en los labios.

—Además de ensuciar tu alfombra y tu pared, perderías una excelente oportunidad de atrapar a mi padre. Por no decir, la única.

Lo reconocí de inmediato. Era uno de los hombres que estaba en el coche que derribé, en Italia, el único que dejé vivo para enviar un mensaje a Antonio Marino.

—¿Eres hijo de Antonio? —pregunté, entornando los ojos, examinándolo de pies a cabeza, tratando de encontrar alguna semejanza. Más allá de la altura y la postura arrogante, no había nada en él que recordara al miserable de Marino.

Él se encogió de hombros.

—Me llamo Leonardo. Y, a diferencia de mi padre, no huyo de los problemas. Los enfrento de frente. Fue idea mía engañarte, entregándote a la chica equivocada, todo para proteger a mi hermana. Sabía que estabas cerca y que ella sería capturada.

Apreté los dientes, sintiendo el sabor amargo de la rabia subir por mi garganta.

—Entonces admites que me engañaste una vez y ahora quieres intentar engañarme de nuevo —una sonrisa sarcástica se formó en mis labios—. No va a pasar, Leonardo.

Él me miró con calma, pero había algo en sus ojos, algo familiar, un tipo de odio que reconocía.

—Fui yo quien planeó el ataque que sufriste recientemente —hizo una pausa—. Un ataque fallido, lo admito. Pero necesitaba responder a tu insulto por creer que estabas con mi hermana.

Reí, un sonido frío y cortante.

—Resulta que ahora sí estoy con tu hermana. Y la chupa muy bien.

La sonrisa burlona en mi rostro era una provocación directa, aunque fuera una mentira. Quería ver hasta dónde llegaría. Estaba preparado para disparar al primer signo de amenaza.

Leonardo dio un paso adelante, los dientes apretados por la rabia.

—No la toques —dijo, su voz cargada de odio—. Si quieres tu oportunidad de atrapar a mi padre, entrégamela tan sana como la recibiste.

—¿Y por qué demonios confiaría en un traidor dispuesto a entregar a su propio padre?

—Porque soy un bastardo para él. No sirvo para nada más que para arriesgar mi vida en la primera línea, cumpliendo sus deseos. Soy fruto de una violación y lo odio tanto como tú. No lo he matado aún porque sabía que en algún momento podría obtener algo más con su muerte además de venganza. Y resulta que mi hermana vale ese precio.

Lo miré con más atención. Había algo en Leonardo que respetaba. Conocía la oscuridad, sentía el mismo dolor que yo. Alguien forjado por el sufrimiento. Pero ¿confiar en él? Eso era otra historia.

—Primero, quiero a Antonio. Cuando esté en mis manos, te entrego a tu hermana.

Leonardo asintió lentamente, como si ya esperara esa respuesta.

—No sugeriría nada diferente, tenemos un trato. Suelo cumplir mi palabra.

—¿Cómo entraste aquí? —pregunté, irritado—. No suelo recibir a nadie que no esté en mi agenda.

Él sonrió.

—Digamos que tengo mis métodos. Soborné al hombre correcto y pasé la seguridad como si fuera un empresario común, interesado en negocios. Tus empleados pueden ser comprados, Herrera. Cuidado.

Apreté los dientes, odiando el hecho de que tenía razón.

—Mis guardias te acompañarán hasta la salida.

—No será necesario.

—Hasta la salida de la ciudad —corregí, con una sonrisa fría—. No quiero volver a verte a menos que sea para entregarme a tu padre.

Leonardo me lanzó una última mirada antes de caminar hacia la puerta, donde mis hombres ya lo esperaban. Lo observé irse, el fuego de la venganza ardiendo dentro de mí. Sabía que Chiara sería útil.

Antonio Marino sería mío. Y si para eso tenía que tratar con su hijo, así sería.

—Despide a todos los involucrados en el ingreso de Leonardo a mis instalaciones y contrata personas más competentes en su lugar — instruí a Diego antes de salir de la oficina esa tarde.

Eran personas comunes, empleados que hacían su trabajo, sin tener idea del tipo de juegos de poder y muerte que ocurrían en las sombras de Herrera Global S.A. Pero su incompetencia costó caro. La humillación de un hombre como Leonardo Marino pisando mi territorio, fingiendo ser un simple empresario, era algo que no podía dejar pasar.

Pero ahora, era hora de volver a casa, y no podía mantener a una joven inútil para los negocios viviendo bajo el mismo techo sin una razón válida. La había mantenido alejada porque no sabía qué

decisión tomar... pero era hora. Tenía que decidir qué hacer... No, ya sabía lo que debía hacer. Era frustrante, mucho, pero tenía mi honor.

CAPÍTULO 26 – ACUERDO CON EL DIABLO

ELENA GALLI

Sentía mi cuerpo retorcerse mientras dormía, como si estuviera atrapada en algún tipo de pesadilla, pero al mismo tiempo… era diferente. Había una sensación extraña recorriéndome, algo cálido, como si me estuvieran tocando de una manera… placentera. Mi mente estaba confusa, y traté de obligarme a despertar. Jadeé, abriendo los ojos de repente, y lo que vi me dejó paralizada por unos segundos. Él estaba allí.

Sentado al lado de la cama, Alejandro me observaba en la penumbra. No podía ver su rostro con claridad, pero sabía que era él. Además del perfume inconfundible, estaba toda la electricidad. Mi corazón se aceleró y sentí el miedo encenderse dentro de mí, mezclado con algo que no podía controlar.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz sonando como un maullido de gato. Me senté en la cama, retrocediendo instintivamente hacia la esquina, mientras tiraba de la sábana para cubrir mis piernas.

Alejandro, con un movimiento lento, encendió la lámpara junto a la cama. La luz suave iluminó su rostro, revelando aquella mirada fría y penetrante. Cruzó las piernas, sus ojos fijos en los míos, y mi boca se secó. ¿Qué hacía él allí? Después de ignorarme y dejarme en paz, ¿simplemente aparecería en medio de la noche?

—Elena… —Susurró mi nombre con aquella voz grave, que parecía traer consigo todas mis condenas.

Mi estómago se revolvió.

Era eso, lo había descubierto. Mi secreto estaba revelado y el final estaba más cerca de lo que jamás podría haber imaginado. Sophie debía haber contado todo. Ya no había salida para mí. Toda mi vida pasó frente a mis ojos en un parpadeo. Quería vivir, y quería vivir lejos del convento, quería tener sexo, bailar, besar, quería trabajar, alcanzar el éxito, tener hijos… ir a la iglesia los domingos. Quería ser Elena Galli. Lo acababa de comprender con mucha fuerza.

—Yo… yo… —empecé a tartamudear, la desesperación apoderándose de mí. Mi cuerpo temblaba, y sentí el sudor frío en mi espalda. La verdad estaba atrapada en mi garganta, y yo estaba aterrada.

—Te diré lo que va a pasar ahora —me interrumpió, su voz grave como una sentencia de muerte. Sus ojos se fijaron en los míos, y supe que mi destino estaba sellado, pero no podía morir sin intentar algo.

—Si me perdonas y me dejas ir, dejaré que hagas lo que quieras conmigo —las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlo. Estaba desesperada, encogida contra el cabecero de la cama, pero mantuve la mirada firme, tratando de mostrar que hablaba en serio.

No podía creer lo que acababa de decir, pero no me arrepentía. Necesitaba salvar mi vida a cualquier costo. Y, por más que odiara admitirlo, había algo dentro de mí que sentía una curiosidad oscura por saber a dónde nos llevaría eso.

Él arqueó una ceja, la diversión mezclada con la crueldad que siempre llevaba consigo. Una sonrisa amenazante se formó en sus labios.

—¿Qué? —preguntó, inclinándose hacia adelante, como un depredador acorralando a su presa.

—No me mates, por favor. Déjame irme y vivir mi vida normal. Solo intentaba sobrevivir… —mi voz fallaba mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Estaba completamente vulnerable.

—Repite lo que dijiste sobre dejarme hacer lo que quiera contigo. —Se levantó, poniendo las manos en la cintura y mirándome con

intensidad.

Tragué en seco, mi corazón latiendo tan rápido que apenas podía respirar. No sabía hasta qué punto él tenía interés en mi cuerpo, pero sabía que lo tenía. Y el hecho de que no lo hubiera hecho por la fuerza me tranquilizaba. Sin embargo, podía estar equivocada. Tal vez no tuviera ningún interés en mí y…

—Me entrego a ti… y dejo que me uses, si me perdonas por… no haber insistido más en decir la verdad sobre mi nombre. Intenté decirlo, pero… llegó un punto en que sentí miedo y…

—Acepto —me interrumpió, con voz firme.

Me quedé boquiabierta.

—¿Aceptas?

—Es un precio justo. Durante tres días, estarás en mi cama y me satisfarás. Cada uno de mis deseos. Después de eso, podrás irte y vivir tu vida.

—¿De verdad podré irme?

Se acercó lentamente, su cuerpo esbelto y musculoso moviéndose con una confianza depredadora. Se inclinó, deslizándose hasta mí, sus ojos brillando con un deseo oscuro. Sus manos sujetaron mi barbilla con fuerza.

—Repítelo para mí —murmuró, su boca a pocos centímetros de la mía—: seré toda tuya.

Mi respiración estaba entrecortada, mi cuerpo temblaba con su cercanía. Pero algo me impulsó a decir las palabras que él quería escuchar.

—Seré toda tuya —susurré, sin creer lo que estaba saliendo de mi boca.

Antes de que pudiera siquiera procesar lo que eso significaba, él pegó sus labios a los míos. El beso fue brutal, como si estuviera tomando posesión de mí. Su lengua invadió mi boca, profunda y feroz, haciendo que mi cuerpo respondiera con un calor que me dejó

mareada. Solté un gemido contra sus labios, y mis manos se aferraron a sus brazos fuertes.

Alejandro se metía en mi boca con su lengua como si quisiera marcar cada parte de mí. Su calor era sofocante, y sentía todo mi cuerpo vibrar bajo su control. Se alejó, dejando mi boca dolorida y hambrienta, una sonrisa maliciosa curvando sus labios.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunté, mientras sus dedos acariciaban la línea de mi mandíbula.

Era irónico que yo preguntara eso, pero me sentí con derecho, de una forma extraña.

—Vas a tener que arriesgarte, cariño. —Dijo, el tono de su voz peligroso, antes de alejarse y levantarse de la cama.— A partir de mañana, comenzaremos nuestro acuerdo, Elena. Despiértate temprano y toma un baño largo y perfumado.

—Lo haré —respondí con el hilo de voz que me quedaba.

Salió de la habitación, y todo lo que quedó fue su perfume en el aire, y mi corazón aún acelerado, latiendo desacompasado contra mi pecho. Mi mente intentaba ajustarse a la realidad de lo que acababa de suceder.

Me había entregado al diablo. Pero, por algún motivo, él parecía diferente, más intenso, más suave, algo más, no lograba identificarlo. Tal vez todo eso hubiera sido solo un sueño, o una pesadilla. No lo sabía con certeza.

ALEJANDRO HERRERA

Al pasar por los portones de mi propiedad, sentí que todo mi cuerpo se estremecía. Mi corazón latía acelerado y mi polla se endureció automáticamente, sabiendo que ahora era el momento de tomar posesión de lo que me había sido prometido. Pasé todo el día ocupándome de asuntos confidenciales y de la empresa, pero la expectativa de este momento mantuvo mis sentidos agudos.

No era para asesinarla o torturarla que entré en su habitación esa noche. Fui solo para observarla, tratar de entender qué tenía ella que me retenía tanto. No voy a negar que, al escuchar sus gemidos durante el sueño, obviamente eróticos, sentí curiosidad por lo que estaría soñando. Se movía y suspiraba, como si estuviera al borde del éxtasis. Entonces, la novicia tenía deseos, fantasías… no era un robot, yo lo sabía.

En ese momento, mi sangre hirvió de celos. Era yo quien debería estar dándole placer, pero ella se negaba a ser mía, a ceder. Ante la decisión que había tomado días antes, ya no la quería. Al menos eso era lo que mi mente insistía en afirmar, parte de ella, al menos. Estaba allí para verla por última vez y, por la mañana, mis hombres la devolverían a Italia para que siguiera con su vida mediocre.

Grande fue mi sorpresa cuando se me ofreció en bandeja. Fui un canalla, lo confieso, al no explicarle que eso no sería necesario. Pero merecía deleitarme con ese cuerpo y saciar mis frustraciones en cada centímetro de su piel deliciosa.

Los empleados abrieron las puertas de la mansión cuando entré.

—¿Está lista? —pregunté a Guadalupe, que vino a mi encuentro.

—Sí, señor, lo espera —respondió, con la cabeza ligeramente inclinada.

Subí las escaleras hacia mi habitación y me di una ducha rápida, pero cuidadosa, queriendo estar en mi mejor versión. El agua caliente relajó mis músculos tensos, pero la anticipación solo aumentaba. Diego ya me había afeitado más temprano, durante un momento libre del día.

Después de secarme, elegí mi ropa con atención. Me puse una camisa negra de lino, que realzaba mis hombros anchos, dejando los dos primeros botones abiertos, revelando parte del pecho. Opté por unos pantalones de vestir gris oscuro, ajustados en la medida justa, y zapatos de cuero negro. Me puse un poco de mi perfume favorito, una fragancia amaderada y penetrante.

Salí de la habitación y encontré a Guadalupe esperando fuera.

—Dile que la espero en el coche —ordené.

—Sí, señor. —Respondió rápidamente, apresurándose a cumplir mi orden.

Bajé las escaleras con pasos firmes y decididos. Sergei ya me esperaba con la puerta del coche abierta. Entré y me acomodé en el asiento trasero, ajustando el puño de la camisa mientras miraba hacia la puerta de la mansión. Esperaba el momento en que Elena apareciera y subiera al coche. A partir de ahora, ella sería mía.

Mientras esperaba, recordé su expresión la noche anterior. Los ojos abiertos de par en par, la vulnerabilidad marcada en su rostro. Había fuego dentro de ella, una llama que estaba a punto de dominar.

La puerta de la mansión se abrió, y mi mirada se fijó en Elena. Quería saber qué pasaba por su mente cuando me miró. Sé que su inocencia no le permite darse cuenta de lo peligrosamente atractiva que está vestida así: llevaba un vestido largo color vino, ajustado al cuerpo en un estilo sirena que resaltaba sus curvas, con tirantes finos. Sus piernas eran visibles desde las rodillas hacia abajo, equilibrándose sobre unos stilettos dorados que le daban el aspecto de una mujer poderosa, pero era su mirada dulce, inocente y curiosa, a través del maquillaje perfecto y el cabello suelto, lo que hacía que mi polla palpitara dentro del pantalón. Estaba a punto de corromper a un ángel… y me encantaba la idea.

CAPÍTULO 27 – BUENA NIÑA

ELENA GALLI

Necesité mucha fuerza de voluntad para continuar el trayecto desde la puerta hasta el coche. Todo mi cuerpo hormigueaba por la locura de lo que estaba ocurriendo. Había pasado todo el día ansiosa, nerviosa, decidiendo cómo actuar. Por más que me avergonzara, no estaba arrepentida ni tenía miedo. Solo estaba ansiosa y curiosa. Un poco de inseguridad me invadía, pero la ansiedad la superaba. Sophie no apareció ese día y no pude preguntarle nada, pero era obvio que había dicho algo: me había pedido que no confiara en ella y debí haberla escuchado. De todas formas, eso estaba a punto de llegar a su fin. Confiaba en eso.

Cuando llegué frente al coche, con las puertas abiertas, Alejandro dio tres golpecitos en el asiento a su lado con una sonrisa ladeada, seductora, demoníaca e irresistible.

—Siéntate aquí —dijo con cierta dulzura que hizo que mi corazón se tambaleara.

No sabía cómo se comportaría, si sería delicado o intenso; deseaba que fuera delicado, al fin y al cabo, yo era virgen y él, bueno… muy experimentado.

Entré y me senté a su lado, embriagada por su perfume fuerte que casi me intoxicaba de placer. Aquello era una locura. Me puse el cinturón al notar que él también lo llevaba. Alejandro hizo una señal al conductor para avanzar y yo apoyé las manos sobre mis piernas, apretadas contra el vestido ajustado que Guadalupe me había sugerido usar.

—Estás muy buena, Elena —dijo, haciendo que girara el rostro para mirarlo.

Él era la personificación del peligro y la seducción. Con su cabello negro levemente ondulado que caía sobre la frente, ojos oscuros y penetrantes que parecían desnudar mi alma. La cicatriz en la ceja parecía estratégicamente colocada, la barba bien cuidada resaltaba su mandíbula marcada, dándole un aire aún más masculino. Los labios bien delineados mostraban una sonrisa ladeada que mezclaba picardía y encanto. Aún sentía el sabor de su lengua en mi boca.

Era muy guapo, lamentablemente hermoso.

—Nunca he hecho esto antes, espero que no sea un problema —confesé, mordiéndome los labios.

—En realidad, eso lo mejora todo —respondió, girando el rostro mientras el coche salía de la propiedad.

—¿De verdad vas a dejarme ir? —pregunté, intentando decir algo o iba a enloquecer.

—Hablaremos de esa parte aburrida después. Por ahora, pon tu mano aquí —dijo, señalando su entrepierna hinchada a través del pantalón gris.

Lo miré con los ojos muy abiertos, sintiendo cómo mi rostro se encendía.

—Vamos, tócame —me animó.

Necesitaba obedecerlo. Era el trato. Y solo por eso haría eso. Bueno… eso esperaba. Humedecí los labios y, lentamente, posé mi mano sobre el bulto. Estaba duro. Duro como una piedra, caliente y… grande. Ya lo había visto, pero nada se comparaba con tocarlo, aunque fuera por encima de la tela.

—Urrrg, ¡qué mano mágica! —gimió, echando la cabeza hacia atrás.

Retiré la mano rápidamente y él se giró hacia mí con una sonrisa divertida. Era una sonrisa hermosa, genuina, diferente a cuando se divertía con malicia. Estaba disfrutando aquello.

Mi corazón latía descompasado, una mezcla de vergüenza y excitación me consumía. No sabía cómo actuar, todo era nuevo e intenso. El silencio en el coche solo era interrumpido por nuestra

respiración entrecortada y el suave sonido de los neumáticos contra el asfalto.

—No necesitas estar nerviosa, Elena —susurró, acercándose. Su aliento cálido rozó mi cuello, provocando un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo.

¿Entonces sería así, ya no sería el depredador sin corazón que me insultaba y humillaba?

Bueno, aunque esto ya era una humillación. Estaba ofreciendo mi cuerpo a cambio de mi vida… no podía olvidarlo.

—No estoy nerviosa —mentí, intentando sonar confiada.

Soltó una risa baja.

—Me gusta ese valor fingido tuyo.

Su mano se deslizó suavemente por mi muslo, subiendo lentamente, haciendo que mi cuerpo reaccionara de una manera que nunca imaginé. Por más que no quisiera, cerré los ojos, entregándome a esa sensación.

—¿Confías en mí?

—¿Debería? —repliqué, abriendo los ojos y encontrando los suyos fijos en los míos.

—Tal vez no. —Sonrió enigmáticamente.

El coche se detuvo. Miré por la ventana y noté que estábamos en una casa enorme e aislada, rodeada por árboles altos que bloqueaban la luz de la luna.

—¿Dónde estamos? —pregunté, sintiendo un escalofrío.

—En un lugar donde nadie nos va a molestar —respondió, saliendo del coche y extendiendo la mano para ayudarme a bajar.

Dudé por un momento, pero necesitaba jugar su juego y cumplir sus deseos, así que acepté su mano. Al tocarlo, sentí un escalofrío cálido y placentero recorrer mi cuerpo y ya no podía negarlo más: estaba estúpidamente ansiosa por ser suya.

¡Qué vergüenza de mí misma!

ALEJANDRO HERRERA

La casa aislada, mi refugio, siempre fue el lugar donde podía recordar quién soy realmente, sin distracciones. Desde que asesinaron a mis padres, aprendí a vivir en la soledad, a aceptar el vacío dentro de mí mismo. Esta casa siempre estuvo lista para recibirme solo, eran raras las visitas, salvo por los empleados que cuidaban de la limpieza y lo necesario. Pero hoy, esa soledad iba a romperse de una manera muy distinta. Sostuve su mano, guiándola hasta la habitación principal, un espacio amplio y cómodo, sin los excesos de la mansión Herrera, consciente de su mirada en cada detalle a nuestro alrededor.

En cuanto entramos en el cuarto, me miró con incertidumbre.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, casi en un susurro, llevando las manos hacia atrás.

Me senté al borde de la cama, sonriendo al verla sin saber qué hacer. Yo iba a enseñárselo todo.

—No te preocupes por eso, sabrás qué hacer —dije, pasándome la lengua por los labios y dando unos golpecitos suaves en mi regazo, invitándola a sentarse allí, mientras desabrochaba otro botón de mi camisa, no porque tuviera intención de quitármela, sino para liberar un poco más de mi cuerpo.

Dudó unos segundos, pero pronto movió las piernas en mi dirección, algo insegura y temblorosa. Sentí que mi cuerpo entraba en erupción en el momento en que se giró de lado, colocándose frente a mí, preparándose para sentarse en mi regazo como un pequeño animal obediente, dándome una vista privilegiada de su trasero delicado y levantado. Cuando finalmente se acomodó, empecé a acariciar su espalda a través de la tela sedosa del vestido, y sabía que sentía mi erección. Con una mano, toqué su cabello suave y, con la otra, apoyada en su pierna, sentí el calor que emanaba de ella.

—¿Qué hay en esas bandejas? —preguntó, mirando hacia el balcón por la puerta abierta que daba al fondo de la casa.

—Pronto lo sabrás —respondí, acercando mis labios a su nuca, dejando que mi voz ronca acariciara su piel.

Giró el rostro hacia mí y nuestras miradas se encontraron. La conexión que sentí en ese momento era algo que aún no conocía. Mi cuerpo reaccionó al instante; el deseo latía dentro de mí, pero antes de dejarme llevar por completo, quise disfrutar esa sensación nueva y distinta que ella me provocaba. Cada fibra de mi ser estaba alerta.

Entonces, la besé. A diferencia de la noche anterior, ese beso fue más lento, profundo. Dejé que el placer actuara lentamente, sintiendo como si una llama suave subiera desde mi entrepierna hasta la garganta, embriagando mis sentidos. Me levanté, llevándola conmigo, quedando frente a ella. Incliné la cabeza para continuar el beso, saboreando la forma en que correspondía con sus labios suaves y dulces.

Sostuve su mano y la guié hasta el balcón, donde nos esperaba una mesa con bandejas cubiertas. Levanté las tapas, revelando uvas y fresas frescas que había mandado preparar especialmente para este momento. En otra bandeja, chocolate derretido, listo para ser disfrutado.

Tomé una uva, la sumergí en el chocolate y, lentamente, bajo la mirada atenta de Elena, la llevé hasta su boca. Me mordí los labios al sentir su boca envolver mis dedos, la humedad de su lengua enviando ondas de calor por todo mi cuerpo. Saboreó la uva con el chocolate sin apartar los ojos de los míos.

—¿Está rico, cariño? —pregunté, sin reconocer mi propia voz, tomada por el deseo.

Ella asintió tímidamente, un poco avergonzada, mientras sus mejillas se teñían levemente de rojo. Verla así, tan cerca y vulnerable, hacía que mi autocontrol vacilara. Pero quería prolongar ese momento, disfrutar cada instante y mantenerla cómoda. Solo le estaba dando un poco de atención, considerando su condición virginal. Ya había

estado con vírgenes antes, pero ellas llegaban prácticamente abriendo las piernas y suplicando que las penetrara. Pero Elena… fue un camino difícil hasta aquí, yo estaba en control y, aun así, no la tenía. Había sido el monstruo de sus pesadillas durante mucho tiempo y sin motivos, le debía una recompensa. Una redención. Pero… me di cuenta de que, a pesar de querer con todas mis fuerzas arrancarle el vestido e ir directo a su coño, estaba disfrutando cada segundo de esa espera.

CAPÍTULO 28 – MORTALMENTE DELICIOSO

ELENA GALLI

—Él realmente es el demonio, ahora estoy segura —pensé, mientras sentía su mirada sobre mí, atenta a cada uno de mis movimientos. Estaba sentada en su regazo, en el balcón frente a la mesa, saboreando fresas bañadas en chocolate que él acercaba a mi boca con una delicadeza inesperada, en contraste con la crueldad que conocía de él. Cada gesto era casi afectuoso, una parte de Alejandro que jamás imaginé que existía. A pesar de conocer su monstruosidad, ahí, en ese momento, era como si estuviera frente a una nueva faceta, un rostro que me envolvía y atraía sin compasión.

Más que el sabor de las fresas, lo que me hipnotizaba era la manera en que parecía absorber cada una de mis reacciones. El toque de sus manos en mi espalda, la firmeza con la que me mantenía cerca, el calor intenso de su cuerpo bajo el mío… Cada pequeño detalle hacía imposible para mí apartar la mirada, alejarme o resistirme.

Mientras acercaba otra fresa a mis labios, mis pensamientos se volvieron hacia Chiara, hacia su obsesión con el padre de ella, hacia el odio que parecía guardar como un cuchillo afilado, listo para cortar. ¿Será que, si yo fuera realmente Chiara, él estaría así? Quería preguntarle, quería entender qué escondía bajo esa capa de control y misterio. Quería saber por qué había elegido ser amable ahora, cuando todo lo que siempre demostró fue una frialdad glacial, un desprecio que aún me marcaba. ¿Sería ese su verdadero yo, el que estaba frente a mí, o el otro?

Pero tal vez esa gentileza era su arma más afilada, la última pieza de un juego cruel para mantenerme atrapada. Sabía que usaba la dulzura como un elixir venenoso, algo que bebería con gusto hasta que no quedara nada de mí.

Aun así, mientras me miraba con esos ojos penetrantes, cada vez que su toque me encontraba, sentía que me derretía como el chocolate que cubría las fresas. Mi voluntad de luchar se escapaba como arena entre los dedos y, por más que supiera quién era él, ahí estaba yo, hipnotizada por él.

Al depositar una uva en mi boca, comenzó a besar mi hombro. Lo confieso, el toque de su dedo en mi lengua me hizo pensar en algo nada decente. Lentamente, bajó el fino tirante de mi vestido, continuando los besos por mi hombro, mientras sostenía mi cuello con la otra mano y descendía el otro tirante. Mi cuerpo se estremeció con la delicadeza de sus besos que descendían hasta mis pechos, aún cubiertos por la tela.

Eché la cabeza hacia atrás, el placer recorriendo mi columna. Besó cada curva con una suavidad que encendía mi piel. Levanté la cabeza para observarlo; sus ojos brillaban con deseo mientras sacaba uno de mis pechos del vestido.

—Qué par de tetas tan deliciosas —susurró, sus dedos jugando con mi pezón, dejándome paralizada, pero no de miedo, sino de un placer prohibido.

Guardé silencio, mi respiración profunda era la única voz que emitía. Tomó un poco de chocolate y lo derramó sobre mis pechos, el líquido frío contrastando con el calor de mi cuerpo. La ansiedad crecía; conocía las historias, había visto esas escenas antes, pero ahora era mi turno de vivir esa experiencia.

Me miró a los ojos mientras su lengua recorría mis pechos, lamiendo el chocolate con una lascivia que hizo que un gemido escapara de mis labios entreabiertos. Mi cuerpo palpitaba de deseo, cada toque suyo me consumía como una llama. Continuó, saboreando, haciendo que mis pechos ardieran bajo sus caricias.

Tras esas torturas deliciosas, me besó, la piel caliente de su camisa entreabierta contra mis pechos, haciendo que deseara fundirme con él. Me levantó sin despegar nuestros labios y me llevó hasta el dormitorio. Solo me di cuenta cuando me colocó de pie junto a la cama. Instintivamente, llevé las manos a mis pechos, un reflejo de protección. Él sonrió levemente, me giró de espaldas y bajó el cierre de mi vestido, sus dedos acariciando mi piel expuesta. El vestido cayó al suelo y ahora solo quedaba mi braga, el último velo entre mí y la completa vulnerabilidad.

Al ver mi cuerpo desnudo, un torbellino de emociones me atravesaba: una parte de mí quería esconderse, huir de ahí, era la cordura que aún me quedaba. Pero al mismo tiempo, había un deseo ardiente, una necesidad de ser descubierta. Me giró para mirarme de frente, sus ojos recorriendo cada centímetro de mi cuerpo con la intensidad de un depredador que se contiene para no atacar.

—Bella, quisiera hacer tantas cosas contigo ahora —dijo, desabrochándose la camisa lentamente, cada botón una promesa de placer—. Pero hoy, mi placer será verte gemir, verte disfrutar —continuó, quitándose el cinturón con un movimiento ágil.

No podía apartar los ojos de él. Su cuerpo era una escultura de músculos definidos, la piel bronceada brillando bajo la luz de la lámpara. Mis dedos hormigueaban con el deseo de recorrer su abdomen. Saber que me deseaba me llenaba de una ansiedad deliciosa.

Pronto estuvo desnudo y dio los pasos que nos separaban. Mi corazón se aceleró cuando tomó mi cintura, uniendo nuestros cuerpos en un abrazo que parecía fundir nuestras pieles. Besó mi boca con un hambre que yo correspondía, sintiendo su miembro duro presionar mi vientre. Besaba y apretaba mis pechos, haciéndome suspirar. Tras muchos besos, su mano encontró mi intimidad, acariciando mi clítoris con una precisión cruel, llevándome al borde del éxtasis.

Me recostó en la cama, y me sentí una libertina cuando abrió mis piernas, exponiéndome completamente. ¿Qué iba a hacer?

—Estás tan mojada, Elena, parece que tu concha me está llamando —dijo, su voz un murmullo ronco. Apreté las sábanas cuando sostuvo su miembro y lo posicionó en mi entrada.

¿Iba a penetrarme? ¿Dolería?

—Ohhh... —Un gemido escapó de mis labios cuando deslizó su miembro caliente y duro sobre mi clítoris, masajeándome con movimientos circulares. Mi cuerpo se arqueaba hacia el suyo, rogando por más.

Me encantaba eso, pero deseaba aún más sentirlo dentro de mí. Sin embargo, permanecí en silencio, solo murmurando y soltando pequeños gemidos, dejándolo hacer conmigo lo que quisiera, sometiéndome al placer que él decidiera darme. Porque sí, eso era mortalmente delicioso y yo quería más.

Ya estaba masajeando mis propios pechos, apretándolos entre los dedos con una necesidad desconocida, porque lo que se acumulaba ahí, donde Alejandro masajeaba con su miembro, parecía a punto de explotar.

—Goza, mi ángel, goza sintiendo mi verga loca por comerse tu concha —dijo sin interrumpir sus movimientos, mientras yo me retorcía buscando el clímax que nunca antes había experimentado.

Nunca había tenido un orgasmo, pero Alejandro parecía saber enseñarme el camino perfectamente. Solo mirarlo ya era un estímulo, pero verlo contemplar mi sexo y mi rostro, con sus expresiones de lujuria, era insoportablemente delicioso. Y eso, grueso y caliente, duro y suave, tocando mi intimidad, era como un imán de placer que absorbía todas las células de mi cuerpo.

—Ahhh, ¡qué delicia! —Cuando me di cuenta, ya lo había dicho, y no me importaba la vergüenza que se había evaporado de mí, solo quería sentir ese placer que hacía que todo mi cuerpo se estremeciera y abriera más las piernas, buscando más y más.

Fue entonces cuando Alejandro retiró su miembro y se inclinó, colocando ahora su lengua para succionar y llevarme al borde del abismo del placer. Su lengua era una serpiente de fuego que se

entrelazaba con mi clítoris, enviando oleadas de placer que me consumían. Cada lamida era un choque eléctrico, haciendo que mi cuerpo se arqueara y mis dedos se hundieran en su cabello, tirando de él hacia mí, rogando por más.

—Alejandro... —Mi gemido fue un susurro, mientras él continuaba su trabajo con una precisión que me dejaba sin aliento.

Levantó la mirada, sus ojos encontraron los míos, y había algo depredador ahí, algo que me hizo sentir como si yo fuera su presa, pero de una manera que me hacía querer ser capturada. No necesitaba palabras; su expresión era suficiente para decirme que estaba a punto de llevarme a un lugar donde nunca antes había estado.

Y entonces, con un movimiento final de su lengua, lo sentí. El placer acumulado explotó en un millón de estrellas, mi cuerpo convulsionando con un orgasmo que me dejó sin aliento, mis dedos aún aferrados a su cabello mientras mi mundo se deshacía en placer.

CAPÍTULO 29 – TODO MÍO

ALEJANDRO HERRERA

Mis ojos se llenaban con la visión de Elena corriéndose, su conchita traviesa palpitando y chorreando mientras su cuerpo entero se estremecía con el orgasmo que yo le había provocado. Contemplaba aquello y me llenaba de orgullo, además, claro está, de sentir mi polla enloquecida por entrar en esa florecita rosada, lisita, perfecta, hinchadita. Una invitación al paraíso, sin duda alguna. No sabía si restregar mi polla en sus deliciosos y erguidos pechos, si follarme esa conchita, o si entrar en ese culito. Mis instintos no paraban de gritarme que fuera a cualquiera de esos lugares, pero la necesidad de verla correrse y gemir mi nombre como lo había hecho minutos antes, era mucho mayor. Parecía mi martirio, y si lo era, yo era feliz cumpliéndolo.

Parecía una ofrenda en mis manos, su cuerpo aún temblando con las olas del placer que acababa de experimentar. No estaba acostumbrado a ser gentil, a contenerme, pero con ella, sentía una necesidad de prolongar ese momento, de ver cada una de sus reacciones como si fueran flores abriéndose bajo el sol de mi atención.

—Elena —susurré—. Eres mi creación, mi pecado más dulce.
Y con eso, la besé, un beso que era tanto una recompensa como una marca de posesión.

Mi mano se movía con una delicadeza que no sabía que poseía, acariciando su piel suave, mientras mis dedos jugaban con sus pezones erectos, haciéndola estremecer de nuevo.

—Quiero sentirte, Elena —murmuré contra su oído, sintiendo su respiración acelerarse—. Pero voy a darte placer de una forma que

nunca imaginaste.

La acosté boca abajo, dejando que mi boca recorriera la curva de su cuello, mis dedos encontrando su clítoris de nuevo, pero ahora con una lentitud torturante. Mi otra mano levantaba y sostenía su cadera, manteniéndola inmóvil mientras me posicionaba detrás y, tras contemplar por unos segundos esa visión maravillosa, comencé otra vez a chupar su conchita, llevándola al límite del placer nuevamente. Mi cuerpo estaba duro, deseoso, pero la visión de ella rendida al placer era suficiente para contenerme.

—Eso es, cariño, déjame oír esos gemidos. —Mi tono era tranquilo, pero con un subtexto de autoridad.

—Ohhhh… —Se retorcía, sus gemidos transformándose en suaves gritos mientras la conducía al clímax otra vez.

—Mi nombre, Elena, di mi nombre —exigí, mi voz era un susurro contra su piel.

—Ohh, sí, Alejandro… —obedeció, su cuerpo rindiéndose completamente al deseo que había despertado en ella.

Y cuando se corrió otra vez, restregó su conchita en mi boca, dándome la confirmación de que todo ahí era mío.

El momento de penetrarla finalmente llegó, la recompensa deseada por cada fibra de mi ser, especialmente por mi polla. La giré, su vientre hacia el techo, y avancé sobre ella, mis labios encontrando los suyos, haciéndola probar el sabor de su propio placer. Mi mano encontró su conchita, ahora saciada, pero lista para correrse de nuevo, preparándola con caricias suaves para ser invadida.

—Ahora voy a entrar, Elena —advertí, mi polla palpitando con expectativa contra su entrada—. Quiero que sientas cada centímetro de mí apoderándose de ti.

Ella asintió, su cuerpo relajándose bajo mi toque. Su conchita estaba más que lubricada, casi llorando por mí. Lentamente, comencé a penetrarla, sintiendo la resistencia inicial que pronto cedió a mi avance. Ella gimió, sus dedos clavándose en mis hombros, un sonido

que mezclaba dolor con placer, y me detuve, dándole tiempo para ajustarse, aunque mi propio deseo casi me hiciera perder el control.

—Tranquila, mi angelito travieso, tu conchita es apretadita, pero voy a entrar todo —susurré, manteniendo un ritmo suave y constante, permitiéndole adaptarse a mi tamaño dentro de ella.

—Ahh, Alejandro… —sollozó.

La observé, sus ojos cerrados, rostro marcado por el éxtasis y el dolor, sabiendo que estaba marcando su alma tanto como su cuerpo. Este momento sería eterno para ella.

—Eres mía, Elena. Todo esto es mío —declaré, acelerando ligeramente, viéndola abrir más las piernas, aceptándome por completo.

—Todo mío —repetí con una voz más grave, aumentando el ritmo, moviéndome con más fuerza, saboreando tanto la sensación de su carne envolviéndome como la expresión dulce y salvaje en su rostro que me dejaba en delirio. Sus pechos se sacudían con cada embestida, el sonido de nuestros cuerpos chocando, sus gemidos deliciosos, su conchita apretando mi polla... nunca había sentido tanto placer.

Nuestros labios se encontraron en un beso ardiente, su respiración caliente contra mi boca me enloquecía. Cada movimiento causaba más placer. La estaba haciendo mía de una forma que ella jamás olvidaría y yo, por mi parte, estaba siendo consumido por una pasión que nunca pensé ser capaz de sentir.

—Ohhhh, qué deliciaaa, Alejandro… —susurró contra mis labios, su cuerpo temblando en un clímax que la dejó completamente entorpecida, su sexo contrayéndose contra el mío, provocando un gemido gutural en mí por el sonido maravilloso que hacía. No podía creer con qué facilidad alcanzaba el éxtasis, solo con la penetración.

—Joder, Elena, ¡qué rica estás! —gruñí, perdiendo el control sobre mí mismo. Impulsado por un deseo casi animal, comencé a follarla con más fuerza.

—Ahhhh… —sus gemidos se convirtieron en un canto de sirena, llamándome hacia un abismo de placer del que no sabía si saldría vivo.

—También me estoy corriendo en tu conchita, deliciosa —gruñí en su oído, sintiendo el clímax acumularse antes de explotar dentro de ella, derramando mi semen con gratitud.

Por unos segundos, la frustración me consumió, porque sabía que tendría que dejarla ir, y esa idea era como un cuchillo en mi pecho. Pero mientras estaba dentro de ella, mientras la sentía contraerse alrededor de mi polla, corriéndose con la misma intensidad que yo, me permití creer que, al menos por ahora, ella era completamente mía.

ELENA GALLI

Desperté con el leve movimiento del pecho de Alejandro bajo mi rostro, su ritmo respiratorio elevando y bajando mi cabeza con una suavidad hipnótica. Estaba recostada sobre él, también dormido, nuestras formas entrelazadas en un abrazo que parecía hecho a medida. Mi corazón comenzó a latir con una intensidad que no podía controlar, y apresuré el cierre de mis ojos, como si eso pudiera protegerme de la realidad de lo que habíamos hecho.

¿Qué había pasado allí? ¿Por qué lo había disfrutado tanto? La gentileza inesperada de Alejandro era aterradora. Ahora, envuelta por sus brazos fuertes, los mismos que horas antes me habían dado placer, solo deseaba permanecer allí, acurrucada a él, deseando que ese momento se prolongara indefinidamente. Pero sabía, con una certeza dolorosa, que todo eso era una ilusión.

¿Por qué estaba tan absorta en pensamientos tan absurdos?

Para él, no era más que una más. Una chica diferente en su cama, una conquista, tal vez. Por más gentil que estuviera siendo, se estaba divirtiendo con esto y yo estaba comprando esa ilusión de

placer. ¿Y para mí? Estaba tan desesperada por atención, por afecto, que me estaba entregando, amando cada segundo de ser dominada por un hombre que debería temer, quizá incluso odiar.

Consciente de este tormento interno, me acurruqué aún más a él, sintiendo el calor de su cuerpo como una manta que me envolvía en seguridad. Lágrimas comenzaron a rodar por mi rostro, calientes y silenciosas. Era lamentable, perdida en un deseo que no podía ser saciado, enamorada de un momento que no estaba destinado a durar. Me dormí en esos brazos peligrosos, consciente de que no era más que una tonta.

CAPÍTULO 30 – BUENOS DÍAS

ALEJANDRO HERRERA

La oscuridad de la noche se desvanecía lentamente, pero los ecos de mi sueño aún resonaban en mi mente. Estaba de vuelta en aquel momento, el niño cubierto de sangre, con suficiente armamento como para ser el propio terror. Mi madre, con lágrimas en los ojos, extendía las manos hacia mí:

—No llores, mamá, estoy bien... —decía, aun sabiendo que ese "bien" era una ilusión.

—No, Alejandro, no olvides quién eres, no lo olvides, eres mi niño. —Su voz era un lamento, una súplica que sabía que nunca podría cumplir.

Y entonces apareció mi padre, con una sonrisa esperanzadora:

—Alejandro, en la vida no siempre se gana, a veces perder es una forma de victoria. —decía, enigmático. Así como no lo entendía de niño, tampoco lo entendía ahora.

Estaba a punto de alcanzarlos, pero el sonido de los disparos retumbó antes de que pudiera tocarlos. Cayeron, la sangre brotando de sus frentes, y desperté de golpe, con el arma ya en la mano, listo para atacar a un enemigo invisible.

—¡NO! —grité, incorporándome en la cama, con el corazón latiendo como un tambor de guerra.

Elena estaba allí, sentada a mi lado en la cama, sus ojos abiertos de par en par por el miedo, presenciando mi debilidad nocturna. Guardé el arma y respiré hondo, intentando recuperar la compostura.

—¿Te desperté?

—No, fui yo quien te despertó. Parecía que estabas teniendo una pesadilla muy fea —respondió, con la voz temblorosa.

Elena me miraba, sus ojos llenos de preguntas que sabía que no debía hacer.

—No fue nada —dije, encogiéndome de hombros, devolviendo el arma a su escondite bajo la almohada—. ¡Buenos días, Elena! —murmuré, tocando su barbilla con delicadeza.

Su piel bajo mis dedos me calentó de inmediato y me recordó lo que ocurrió la noche anterior. Solo pensar en ello bastaba para eclipsar cualquier pesadilla, cualquier recuerdo. Ella era mi refugio, al menos por ahora.

La atraje hacia mí, mi boca encontró la suya, y supe que tal vez estaba débil, adolorida. Por eso no hice nada más que besarla por todo el cuerpo. No sé por qué carajo su placer era más importante para mí que el mío propio.

(…)

Le entregué la pastilla, observando cómo la tomaba con dedos temblorosos.

—Aquí tienes, toma esto —dije, entregándole también un vaso de agua.

Estaba preciosa con mi camiseta blanca, que había dejado cuidadosamente al borde de la cama para ella. El aroma dulce del champú en su cabello llegaba hasta mí.

—Eres muy hermosa, Elena. Deberíamos haber empezado a follar antes —dije, quitándole el vaso de las manos y colocándolo sobre el mueble. Ella desvió la mirada, pero pude ver el rubor en sus mejillas.

—Me alegra servirte —respondió cuando pensé que no diría nada, evitando mi mirada.

—¿Te alegra haber terminado también?

—Me alegra que hayamos llegado a un acuerdo y que tú...

—No menciones el acuerdo, si no quieres que cambie de opinión —gruñí, sintiendo un escalofrío de irritación. Ella retrocedió

ligeramente y me arrepentí de inmediato del tono—. Es solo que... me gustó tanto tu coño que quizá quiera tenerlo por más tiempo —intenté suavizar, acariciando su rostro con cuidado.

—Está bien, lo entiendo.

—¿Vamos a desayunar? Mientras te bañabas, preparé la mesa con algunas cosas que encargué a mi chófer —dije, sintiendo un orgullo ridículo. Ella aceptó mi mano, que la sostuvo con una posesividad que ni yo mismo sabía que tenía.

Ya había hecho algunas llamadas, pospuesto compromisos. Me avergonzaría admitirlo, pero en ese momento, ella me tenía por completo. Yo, el líder de La Serpiente de Plata, estaba en manos de una joven italiana que ni siquiera lo sabía. Por suerte, esa payasada ya tenía fecha de caducidad.

ELENA GALLI

—Elena Galli... —susurró mi nombre con un tono que parecía una caricia, mientras sus dedos largos y elegantes tomaban una tortilla con una gracia casi felina.

¿Sabía incluso mi apellido? Mi corazón no solo palpitó, parecía querer salirse del pecho. No le había mencionado mi apellido a Sophie, y el hecho de que él lo supiera me llenaba de una mezcla de miedo y fascinación.

—¿Cómo sabes mi nombre completo? —pregunté, aún con el chocolate en las manos, sintiendo el calor del dulce derretirse entre mis dedos, un reflejo del calor que sentía por dentro.

En la mesa del desayuno, una verdadera cornucopia de delicias mexicanas se extendía ante nosotros. Y yo, hambrienta, no sabía por dónde empezar, más aún después de la noche ardiente que pasé con Alejandro, un hombre cuya presencia dominaba cualquier ambiente con su grandeza y un encanto hipnótico.

—Después de perder la esperanza de que te salvarías solo por ser la madre superiora, conseguí sacarle esa información. Esa hermana está loca —rió, y su risa hacía que mi corazón vacilara.

—¿La madre superiora? —pregunté, la compasión por la pobre hermana se mezclaba con el miedo por lo que Alejandro podría haberle hecho—. ¿Qué le hiciste? —Mi voz salió amarga, casi un susurro.

—Solo la hice sangrar lo suficiente como para que entendiera que no hay salvación para ella, y así me entregara todo lo que yo quisiera. Pero no quería tanto de ella como quiero de ti. Relájate —dijo con una risita, mordiendo la tortilla lentamente, con sensualidad.

—¿Por qué haces esas cosas? ¿Qué te hizo la hermana? —pregunté, con lágrimas empezando a nublar mi vista, sintiéndome vulnerable bajo su mirada penetrante.

Me miró con una intensidad que casi me hizo retroceder, pero en lugar de eso, sostuvo mi cuello con una posesividad que, de algún modo, resultaba reconfortante y aterradora al mismo tiempo.

—Elena, ella te entregó sabiendo que no eras Chiara, sabiendo que eras una persona inocente que no merecía lo que te hice pasar. No soy injusto, y por eso, ella debía pagar por todo.

—¿Cómo así? ¿La mataste? —Mis ojos se abrieron de par en par.

—Aún no, tal vez te la regale y te deje hacerlo tú. ¿No sería satisfactorio? —Guardé silencio, la cabeza girando, incapaz de creer o comprender lo que estaba ocurriendo—. Perdóname por ensuciar tus oídos con esto, eres un ángel, no debería asustarte —dijo, besando mi mano con ternura, volviendo a esconder su naturaleza cruel, dejándome aún más confundida sobre mis sentimientos hacia él.

Después de todo, ¿qué estaba pasando?

"... Sabiendo que eras una persona inocente que no merecía lo que te hice pasar. No soy injusto…" sus palabras martilleaban en mi cabeza mientras comíamos.

¿Me consideraba inocente? ¿Estaba arrepentido de lo que me hizo ahora que sabía que no era la hija de su enemigo?

Me preguntaba qué había hecho Antonio Marino para merecer tanto odio de Alejandro. Bueno, una parte de mí se sintió aliviada al saber que él no tenía nada contra mí. Me tomaba por un "ángel".

Pero la verdad es que empezaba a sentirme corrompida, a disfrutar de esa oscuridad que lo rodeaba.

Necesitaba salir de eso cuanto antes.

CAPÍTULO 31 – FRESA

ALEJANDRO HERRERA

—En una semana ocurrirá. ¿Mi hermana está siendo bien tratada? Quiero hablar con ella. —La voz de Leonardo salía del teléfono con un tono de urgencia, mientras yo observaba a Elena acariciar con sus dedos delicados las hojas de una planta de hibisco, su toque tan suave que me daba envidia de la planta.

A nuestro alrededor, los varios árboles en la parte trasera de mi casa ofrecían un refugio verde, combinando perfectamente con el lago que se extendía justo enfrente.

—En tres días organizo para que hables con ella, hasta entonces, piénsalo bien si solo estás jugando conmigo —respondí con frialdad y colgué el teléfono con un movimiento decidido.

Leonardo me había sorprendido, lo confieso. Pero no le daría más espacio para que volviera a hacerlo. Sin embargo, en ese momento, solo me preocupaba una de las mejores negociaciones de mi vida —y en la cual había sido injusto. Por eso, necesitaba hacerla sentir bien.

—Elena. —La llamé, ella se giró lentamente, el viento jugando con su cabello. Sus ojos encontraron los míos, haciendo que mi estómago se revolviera por tanta belleza.

Caminó hacia mí, su vestido azul ondeando, casi como si bailara con la brisa. Era un vestido de tela ligera, con detalles en encaje blanco. Sí, el chófer había traído su ropa, meticulosamente arreglada por Guadalupe, que tenía el don de seguir mis órdenes al pie de la letra.

—¿Qué pasa? —preguntó, ahora ya muy cerca.

—Ven conmigo —dije, tomando su mano con firmeza. Caminamos juntos hasta el garaje de la casa, donde el brillo de un coche

deportivo rojo metálico y una moto grande negra nos esperaban.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Quieres... hacerlo en el coche? —Sus palabras fueron dichas con cierta timidez, lo que casi me hizo sonreír, pero la imagen que ella sugería era demasiado tentadora para ser ignorada.

—Ponte el casco —respondí, entregándole un casco de diseño moderno, y monté la moto con la facilidad que me daba la práctica.

Ella obedeció, ajustando el casco mientras yo encendía la moto, sintiendo la vibración familiar bajo mis piernas. Con un giro de llave, salí rumbo a la salida, ganando velocidad en la carretera, el viento golpeándonos, y su mano en mi cintura. Me sentía una persona diferente. No sabía explicarlo, pero quería aprovechar cada segundo.

Mientras nos alejábamos de Cancún, las colinas verdes ondulaban y los campos de flores silvestres se mecían al viento bajo un cielo azul casi sin nubes y, a lo lejos, las montañas completaban el paisaje. Nunca había conducido con la intención de relajarme. Y me estaba gustando la sensación. Quería disfrutar al máximo la compañía de esa joven, y esa idea se me vino a la cabeza.

Al llegar a una villa, me detuve en una heladería local, con sus paredes pintadas a mano, llenas de colores.

—Fresa para mí y... —miré a Elena con expectativa, arqueando una ceja, pero encontré su sonrisa divertida—. ¿De qué vas a querer?

—Fresa también —respondió ella, ampliando su sonrisa.

—Enseguida —dijo la dependienta con una inclinación de cabeza.

—¿Qué es lo gracioso? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Nada —dijo ella, mordiéndose los labios, un gesto que revelaba su inseguridad.

—Dime, ¿por qué te reíste? —insistí, curioso.

—Es solo que... no imaginé que tu sabor favorito fuera fresa —dijo con una risita.

—¿Y por qué no? Me gustan las cosas dulces y rosadas, como tu coño —susurré la última parte en su oído, sintiendo cómo su cuerpo

temblaba ligeramente, el suspiro que escapó de ella casi inaudible, pero lo suficiente para acelerar mi corazón un poco más.

(...)

ELENA GALLI

No era eso lo que esperaba cuando ofrecí mi cuerpo a cambio de mi vida. Anticipaba un acto frío, una transacción en la que sería usada como un objeto, vaciada de cualquier cariño o consideración, solo para ser liberada después del acto. Habría sido más vergonzoso, me habría sentido una basura, pero al menos habría sido simple. Sin embargo, lo que estaba ocurriendo era completamente diferente. ¿Qué había pasado con ese hombre? ¿Por qué se estaba comportando como un príncipe encantado en medio de un cuento de terror?

Bajé de la moto al volver a entrar en el garaje de la casa, un espacio amplio con piso de ladrillos y paredes adornadas con murales coloridos que retrataban escenas de la cultura local. Cuando estaba a punto de alejarme, él bajó de la moto con una agilidad felina, sus ojos fijos en mí con una intensidad que hizo que el aire pareciera más denso. Me agarró por la cintura con una posesividad que mezclaba ternura con cierta brutalidad, haciendo que mi estómago diera piruetas de placer.

Giró mi cuerpo con facilidad y solté un gritito de sorpresa, apoyando mis codos en el capó del coche rojo, cuya pintura brillaba bajo las luces del garaje, reflejando la luz como un espejo.

—Me diste una buena idea, cariño —dijo él, levantando mi vestido con una mano, mientras la otra apretaba mi trasero, arrancándome un gemido involuntario—. Quiero follarte aquí y ahora.

Todavía estaba adolorida por haber perdido mi virginidad, pero ese pequeño dolor era solo un leve escozor comparado con el deseo que

sus manos y su cuerpo presionando contra el mío me estaban provocando. Y sus palabras indecentes... me encantaban.

—Abre las piernas —ordenó, colocando su rodilla entre ellas, separándolas—. Sácame bien el culo —su voz era una orden, y obedecí, sintiendo las llamas del deseo recorrerme por completo.

Con el trasero en alto, miré hacia atrás, viéndolo sacar su miembro. Levantó completamente mi vestido, apartó mi tanga de encaje, acarició mi clítoris con los dedos, haciéndome gemir bajito. Pronto sentí su miembro caliente en mi entrada y me empiné más para facilitar.

—Eso, mi angelito sucio —dijo él, entrando de una sola vez, sorprendiéndome con el impacto.

Era un poco incómodo, pero al mismo tiempo, la sensación era de pura lujuria.

—¡Ohhhh! —Gemía mientras él me penetraba, cada movimiento hacía que mi cuerpo se balanceara contra el coche.

—Joder, me vuelves loco —dijo él, apretando aún más mi trasero.

Interrumpió los movimientos, me giró de frente y me levantó, sentándome en el capó del coche. Colocó mis piernas sobre sus hombros y empezó a lamerme, con su mirada ardiente clavada en la mía.

—Estoy enganchado a esto, Elena, eres irresistible —dijo él, su lengua trabajando con una habilidad que me dejaba sin aliento.

—Me gusta... —solté con la voz casi inaudible, el placer haciéndome olvidar todo.

No quería haberlo dicho, no debía olvidarme de cómo y en qué circunstancias estaba ocurriendo aquello, pero era más fuerte que yo, el placer que Alejandro me causaba era arrollador.

—¿Te gusta, putita?

—Oh, sí, me gusta, ohhh, ¡Alejandro! —Gemí alto, sintiendo otra vez el orgasmo delicioso acercarse, una adicción de la que sabía que estaba presa.

Después de que tuve un orgasmo intenso, me bajó de nuevo y me dio la vuelta, para enterrarse dentro de mí. Levantó completamente mi vestido ahora, y me penetraba por detrás con una intensidad animal, sus manos apretando mi carne, gruñidos de placer escapaban de él mientras me hacía gemir cada vez más fuerte.

—¡Mía! —Agarró mi cuello y giró mi rostro hacia un lado, besándome con posesividad.

Parecía un animal hambriento que estaba lejos de saciarse. Me sentía orgullosa de su interés por mí. Estaba perdida, ya ni recordaba quién era, completamente absorbida por su oscuridad.

CAPÍTULO 32 – INVITACIÓN

ALEJANDRO HERRERA

Al día siguiente…

—¿Qué ganarías con esto? —pregunté fríamente, jugando con el machete en mi mano, la hoja reflejando la tenue luz del cuarto subterráneo. Con un movimiento hábil, corté lentamente la oreja del hombre atado frente a mí, su cabeza colgando hacia abajo, la sangre goteando sobre el suelo de cemento.
—Dinero, solo eso, por favor, mátame ya. —Suplicó, con lágrimas mezcladas con la sangre que le corría por el rostro, su voz ahogada por el dolor y el miedo.
—Por supuesto que no voy a perder mi valioso tiempo con un insecto como tú —dije, y con un movimiento rápido, deslicé la hoja por su cuello con una fuerza y precisión que solo la práctica implacable podía proporcionar, separando su cabeza del cuerpo con una facilidad casi quirúrgica.
—Limpien esto —ordené a los hombres a mi lado y rápidamente me dirigí hacia la salida.

Sin embargo, Miguel me siguió hasta divisar a Elena en el coche justo al frente.
—¿Qué mierda quieres? —pregunté, irritado.
—Alejandro, dime, ¿esa chica estuvo dentro del coche todo el tiempo? ¿Haciendo qué? ¿Esperándote? —preguntó Miguel mientras yo caminaba apurado, limpiando la sangre de mis manos con un pañuelo de seda, intentando quitar las últimas manchas rojas.

Acababa de descargar mis frustraciones en una tarea sangrienta, arrancando la cabeza de un hombre que intentó sabotear mi negocio, filtrando información sobre el sistema de drogas. A pesar de todos mis cuidados, tenía policías corruptos en mi bolsillo, listos para desviar la mirada o ayudarme a borrar mis huellas.

Detuve mis pasos y me giré hacia Miguel, mi mirada helada encontrando la suya.
—¿Desde cuándo te debo explicaciones sobre mi vida personal? —pregunté, la rabia burbujeando dentro de mí.
Él abrió los ojos, sorprendido por la intensidad de mi respuesta.
—¿Vida personal? ¿Estás seguro de que eres adoptado y no hermano de sangre de Pablo? —dijo, intentando usar el sarcasmo para aliviar la tensión, pero fallando miserablemente.

Ignoré el comentario, girándome de nuevo hacia el coche, donde Elena estaba sentada, con los ojos bien abiertos observando la escena, probablemente imaginando lo que había hecho y por qué estaba tan furioso. Entré al coche, haciendo una señal discreta al conductor, quien rápidamente encendió el motor y arrancó, dejando a Miguel riendo detrás, como una ofensa.

Miguel sabía que Elena era inofensiva, un alma pura en un mundo de corrupción y violencia. Solo le parecía graciosa la forma en que yo, conocido por mi frialdad, estaba invirtiendo tanto tiempo en una mujer. Pero, en ese momento, con el sol poniéndose, no era hora de tocar ese tema. El día estaba por terminar y yo sabía que, después de ese día, debía dejarla ir. Claro que honraría mi palabra, pero la idea de dejarla me llenaba de una ira posesiva, un volcán interno a punto de estallar.

—¿Qué pasó? —preguntó ella, su voz suave me hizo volver en mí.
—Nada de qué preocuparse —respondí, forzando una sonrisa, sintiendo cómo mi rostro se endurecía, la máscara de impasibilidad que tan bien usaba comenzando a fallar.

ELENA GALLI

El tercer día había llegado, el último día que debía pasar con él. Parecía que el tiempo había volado, dejándome con un nudo en la garganta, sintiéndome débil, tonta y... no, no podía permitirme debilidad ni vacilaciones ahora. Él no iba a destruir mi mente ni mi corazón. Alejandro se esforzaba por ser amable, era evidente que hacía un esfuerzo por verme bien, aunque de una forma posesiva y oscura. Él era quien me hacía bien, pero ¿sería que al final terminaría ganándose mi corazón?

—Bien, mantenme informado. —Dijo, terminando la llamada, mientras se acercaba a la mesa del comedor con pasos seguros. Guardó el celular en el bolsillo con un movimiento rápido antes de sentarse con la gracia de un depredador.

Siempre era una visión impresionante, con su altura y piel bronceada, exudaba misterio y poder. Sus ojos profundos y desafiantes, capaces de desentrañar los secretos más ocultos. Su rostro, con una mandíbula esculpida como si fuera de granito. Cabello negro que siempre parecía un poco despeinado, caía sobre su frente, un toque de salvajismo en su elegancia natural. La camisa de manga tres cuartos que llevaba abrazaba su torso musculoso, destacando cada curva y músculo con una precisión que parecía arte. Le quedaba muy bien el negro, como si el color fuera una extensión de su alma sombría, quizá por eso lo usaba tanto. Pero esa noche, eligió una camisa blanca; parecía el pecado disfrazado de ángel. Un ángel maligno, sí, eso era lo que él era, el dueño de todo el placer que yo había experimentado.

—¿Te sientes cómoda, cariño? —preguntó, su voz exhalaba seducción, mientras cruzaba las piernas con una elegancia que pocos hombres podrían igualar.

Miré a mi alrededor, absorbiendo el ambiente del restaurante lujoso. La luz de las velas y las mesas vacías parecían un escenario preparado exclusivamente para nosotros.
—Eres amable cuando quieres, pero no era necesario reservar todo

el restaurante —comenté, intentando ignorar la sensación de ser el centro de un universo donde solo existíamos él y yo.

No sabía cómo comportarme en ese escenario y, al final, mi personalidad se imponía.
—No quería a nadie más mirándote. —Dijo con una mirada que parecía querer devorar mi alma. —Además, solo seremos atendidos por mujeres.

Mis labios formaron una "O" de sorpresa, y sentí una mezcla de curiosidad e incomodidad. Era capaz de sorprender con cada movimiento, cada gesto, y no sabía si estaba bromeando o si era otra de sus formas de controlar el ambiente a nuestro alrededor.

Sonrió ante mi silencio.
—Vamos, relájate y disfruta la noche. Al fin y al cabo, eres mi invitada de honor. —Dijo, extendiendo la mano sobre la mesa, como una invitación para que me entregara al momento, a él, aunque fuera solo por esta última noche.

Estaba a punto de responder, pero elegí una sonrisa en lugar de palabras. La camarera se acercaba, trayendo una botella de vino en una bandeja plateada. Dos copas de cristal ya brillaban sobre la mesa de madera oscura, capturando la luz de las velas.

Nos sirvió con una sonrisa ensayada.
—Dime, Elena Galli, ¿quién eres realmente? No me vengas con esa historia de monja, porque no te queda. —Dijo Alejandro y, luego, llevó la copa a la boca, bajo mi mirada admirada.

Estaba realmente curioso, su tono era amistoso, como si fuéramos solo dos extraños compartiendo secretos en una cita casual.
—Bueno, mi abuela soñaba con verme en el convento, diciendo que el mundo allá fuera es duro, ¿sabes...
—¿Tú crees eso? —completó él, al ver mi mirada incierta. —Especialmente después de conocerme... —Parecía haber amargura en su voz.
—Si pudiera elegir, creo que sería bailarina o actriz —comenté, finalmente probando el vino. Bajó suave, pero ya calentando mi cuerpo que aún no estaba acostumbrado al alcohol.

—Puedes ser lo que quieras, Elena. Estás libre para explorar el mundo. —Dijo, sus ojos fijos en los míos, como si pudiera ver el futuro desplegándose ante él.
—¿Y tú?
—¿Yo?
—Si no fueras quien eres, ¿qué serías?
—Ya soy quien quiero ser, pensar en lo que sería si fuera otro sería una pérdida de tiempo. —Sonrió, pero era una sonrisa sin brillo, y bebió todo el vino de su copa de una vez.

Sentí dolor con sus palabras, como si un puño me apretara el corazón.
—¿Qué ves en tus pesadillas, Alejandro? —pregunté, venciendo mi vacilación.

Lo observaba, un hombre de capas profundas, quizá buscando un poco de paz en nuestra conversación. En las dos noches que dormimos juntos, se despertó asustado en la oscuridad, intentando ocultarlo, pero yo sabía que las pesadillas lo atormentaban.
—Mi pesadilla es Antonio Marino muriendo sin que haya sido yo quien acabó con él. —Dijo, los ojos perdidos en algún lugar distante.
—¿Por qué tanto odio?
—Porque el odio es lo que me hace funcionar, Elena.

Fue vago, pero sabía que no revelaría más, y lo respeté, al fin y al cabo, teníamos papeles que cumplir. Pero esos días y noches juntos me dieron una visión diferente de él, y si no tuviera que irme, estaría al borde de enamorarme de su oscuridad.

Pronto, comenzaron a llegar platos mexicanos de lujo: tacos de langosta con una delicada salsa de aguacate, mole poblano denso y sabroso sobre pechuga de pato, y un ceviche de camarón con trufa negra que explotaba en la boca. Comimos en un silencio extrañamente cómodo.
—Si deseas algo más, no dudes en pedirlo, estás conmigo. —Dijo después de terminar su comida y pasar la servilleta por sus labios.
—Estoy satisfecha, gracias. —Sonreí y tomé un largo sorbo de agua.

Alejandro susurró algo a la camarera que estaba de pie en la esquina de la mesa y, poco después, comenzó a sonar una canción lenta —*Dejaría todo*. Conmovida por el sonido sentimental de la música, tomé un poco más de la bebida.
—Dijiste que querías ser bailarina o actriz... —dijo, levantándose con una gracia que me sorprendió—. Hoy serás ambas.
—¿Cómo así? —pregunté, sintiendo la bebida burbujear suavemente en mi boca y el sonido de la música consumiéndome.
—Baila conmigo, bailarina, y muéstrame cómo sería estar perdidamente enamorada. —Me invitó extendiendo la mano, un gesto que sabía que no podría —y no quería— rechazar.

ALEJANDRO HERRERA

Todo a mi alrededor desapareció. Mis ojos estaban fijos en ella, aceptando mi mano al levantarse. Elena me miraba con una mezcla de devoción y miedo, un miedo que no era de mí, sino de lo que podríamos ser juntos. Yo, el responsable del caos que entró en su vida desde que la saqué del convento, ahora la hacía sentir cosas que iban más allá de lo común. Así como ella hacía conmigo.
—No sé bailar. —Dijo bajito, con un temblor en la voz.
—Déjame guiarte.

Tomé su cintura, atrayéndola hacia mí. La música parecía haber sido compuesta para nosotros. Ella, con su vestido rojo que dejaba poco a la imaginación, mostraba cada curva. Elena Galli podría ser mi perdición y, en ese momento, no me importaba nada más que la sensación de su cuerpo contra el mío. Sus pechos subían y bajaban con cada respiración profunda, atrayendo mis ojos como un imán.

Nuestros pasos eran lentos. Yo la guiaba, nuestros cuerpos casi pegados, pero aún con ese espacio tentador de tensión sexual. Tropezó, su pie se enganchó con el mío, y sonreí, una sonrisa genuina. Ella se sonrojó, y ver el rubor en sus mejillas, acompañado

por el movimiento sutil de sus pechos, solo me excitó más.
—No tienes que ser perfecta, Elena. El baile es para sentir. —Dije, mi mano subiendo para acariciar su rostro, sintiendo los escalofríos que la recorrían.

La enseñé, ajustando nuestros pasos. Con cada error suyo, mi sonrisa crecía, y con cada acierto, mi corazón latía más fuerte. Su calor, el olor de su piel, todo eso me embriagaba.
Cuando tomó el ritmo, la acerqué más a mí. Ahora, no existía espacio entre nosotros. Podía sentir su corazón latiendo rápido, y el mundo exterior simplemente dejaba de existir. Mi polla palpitaba con su deseo, la necesidad de follarla otra vez creciendo a cada segundo.

Me incliné lentamente, nuestros labios encontrándose a medio camino, y el beso fue como una confesión de culpa y deseo. Era ardiente, explorador, lleno de una necesidad que parecía venir de lo más profundo de nosotros. Mi mano bajó, moldeándose a la curva de su trasero, presionándola contra mí, sintiéndola encajar perfectamente. Sentía la energía emanando de su coño contra mí, incluso a través de las capas de tela, era una despedida anticipada de lo que deseaba, de todo lo que quería.

Esa noche, no quería pensar. Sabiendo que sería la última con ella, quería ser verdadero. Quería hacer lo que realmente deseaba, sentir el placer como yo quería.
La música continuaba, pero ahora era solo un murmullo bajo nuestros suspiros y latidos.

CAPÍTULO 33 – UNA MARCA

ALEJANDRO HERRERA

—¿A dónde vamos? ¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Elena, y noté que apretaba la tela del vestido entre sus manos, tensa.
—Vinimos a rehacer tus recuerdos de este lugar —dije con la voz ronca, mientras el coche entraba en el estacionamiento del club nocturno, las luces de neón parpadeando contra la llovizna que empezaba a caer—. Es aquí donde te verás en tu memoria cuando pienses en mí.

Bajamos del coche y llevé mi mano hasta su espalda, deslizándola hacia su cintura, guiándola por el camino VIP. El aire estaba cargado de música electrónica, los beats palpitaban en el suelo, haciendo vibrar el cuerpo. A cada paso que dábamos, el brillo de los reflectores de la entrada del club iluminaba su rostro, revelando su nerviosismo y expectativa. El olor a perfume caro y alcohol se mezclaba en el aire, creando una atmósfera de lujuria. Para los ojos comunes, solo era Alejandro Herrera con otra chica, nada fuera de lo normal. Pero para mí, era diferente. Yo estaba allí para tener lo mejor hasta entonces, para dar lo mejor de mí, para dejar una marca indeleble en Elena. Quería que cada detalle de esa noche quedara grabado en su memoria. Quería que, dondequiera que estuviera en el futuro, fuera de mí de quien se acordara. Quería que sintiera que, sin importar el tiempo o el lugar, ella pertenecía a Alejandro Herrera.

ELENA GALLI

Estaba tensa, pero de una forma que hacía que mi cuerpo anhelara lo que estaba por venir. Hasta entonces, Alejandro había sido el príncipe encantado, pero al llegar al club, era evidente que dejaría de usar su máscara. Volvería a su papel de mafioso cruel y demoníaco.

Caminamos por un pasillo largo y mal iluminado, al final, la puerta se abrió hacia una habitación amplia, impregnada con el embriagador aroma de sándalo y vainilla, una mezcla que, junto con la mirada ardiente de Alejandro, parecía un portal a otra dimensión. Aquella no era una habitación común para encuentros; era un santuario del deseo, con barra de pole dance, látigos de cuero, ataduras de seda y una gama de juguetes eróticos, y mi corazón se aceleró por la anticipación.

—No te asustes, cariño, serás bien tratada dentro de esta habitación —murmuró, cerrando la puerta con un giro firme de la llave—. Quiero que desabroches mi camisa —ordenó, colocándose frente a un gran espejo, su mirada atrapándome a través del reflejo.

Caminé hasta él, nuestras miradas se encontraron y no pude evitar pensar en cómo formábamos una pareja interesante, a pesar de las sombras que nos rodeaban.

—Desabróchala —repitió.

Toqué su pecho firme, la timidez ahora mezclada con la excitación de tomar la iniciativa, diferente de las veces en que él me dominaba, proporcionándome placer, y yo solo respondía con besos y gemidos.

La sensación de su piel contra mis dedos al desabrochar su camisa era como un vino fuerte, embriagándome con poder. Cuando la camisa estuvo completamente abierta, revelando su pecho definido, mis ojos se demoraron allí, devorando cada detalle.

Estaba a punto de deslizar mi mano por debajo de la camisa, puro deseo, pero él sujetó mis manos, sus ojos serios.

—Ahora, vamos a hacer que te sientas más cómoda —dijo, mientras sus hábiles dedos tiraban de mi vestido hacia abajo, dejándolo caer a mis pies.

Entonces, se dirigió a su propio pantalón, desabrochándolo con una lentitud deliberada. Lo observé, fascinada, mientras lo deslizaba por sus piernas, revelando cada músculo, cada línea de su cuerpo. Mis ojos no podían apartarse de él mientras se deshacía completamente de la ropa, su miembro ya erecto. Se sentó en el sillón, suspiró y me miró como un depredador antes del ataque, pasando un líquido blanco sobre sí mismo, que estaba en la mesa a su lado.

—Te gustó cuando te di los chocolates en la boca. Hoy te daré leche condensada, pero tendrás que tomarla tú sola —dijo con una sonrisa, colocando las manos sobre los apoyabrazos del sillón, todo su cuerpo una ofrenda para mí.

Era algo nuevo, pero mi cuerpo ya estaba complaciente, curioso. Aún no había explorado su miembro como deseaba y allí estaba mi oportunidad.

Me arrodillé frente a él, la cercanía hacía que el aire se cargara de electricidad. Cuando estaba a punto de tocarlo, él levantó un dedo.

—Tócate. Eres hermosa y mereces sentirlo —dijo, mientras su mano esparcía la leche condensada sobre mis senos.

Sentía la mirada penetrante de Alejandro sobre mí, y eso me daba un extraño coraje. Con manos temblorosas comencé a tocar mis propios senos. Mis dedos rozaban la piel suave, pegajosa por la leche condensada que Alejandro había extendido. Cerré los ojos por un momento, sintiendo la textura, el calor, la sensación de mis senos respondiendo al tacto. Era como si descubriera mi cuerpo otra vez, pero ahora, bajo su mirada, cada sensación parecía amplificada.

Con movimientos lentos, comencé a masajear. Mis senos se sentían llenos, pesados en las palmas de mis manos, y la leche condensada se esparcía de manera más uniforme. Los pezones se endurecieron bajo mis dedos, enviando ondas de placer que reverberaban por todo mi ser.

Abrí los ojos, encontrando la mirada ardiente de Alejandro. Había algo tan poderoso en ello, en el acto de tocarme mientras él me

observaba. Aumenté la presión, tirando suavemente de la carne sensible, sintiendo mis senos rebotar con el movimiento.

—Ahora, Elena, quiero que tomes toda la leche condensada con tu boca —señaló su erección casi pulsante.

Con un suspiro ronco de Alejandro, me incliné hacia adelante. Mi lengua, curiosa y un poco tímida, encontró el dulce líquido y, de inmediato, un sabor se expandió por mi boca: lo dulce de la leche condensada se mezclaba con su masculinidad. Lamí, succionando el líquido dulce, sintiéndolo deslizarse dentro de mi boca, mientras él me observaba, sus ojos oscuros llenos de deseo.

—Eso, Elena, estás deliciosa... —murmuró, su mano moviéndose para acariciar mi cabello, los dedos enredándose en los mechones.

Guiaba mi cabeza suavemente, sin forzar, pero sugiriendo, enseñándome el ritmo que le gustaba.

—Tómalo todo, cariño, déjame sentir esa boca dulce devorándome...

Sentí un escalofrío de placer al oír sus palabras, la forma en que me hablaba, mezclando ternura con mando.

—Eres tan buena en esto... —continuó mientras me observaba, sus ojos casi cerrados de placer, pero aún fijos en mí, apreciándome—. Me haces querer poseerte de todas las formas posibles.

Alejandro suspiraba, gemía, y cada sonido suyo era un incentivo, haciéndome querer complacer más, entregarme completamente a esta nueva experiencia, sabiendo que cada movimiento mío lo acercaba más al éxtasis.

—Muy bien, cariño... —dijo, su voz ronca de placer—. Ahora, ven a mi regazo.

Me levanté, aún con el sabor dulce en la boca, y me acerqué. Me ayudó a sentarme sobre él, mis senos ahora cerca de su rostro y mis piernas sintiendo la dureza de su miembro presionándome.

—Quiero chupar la leche condensada de ti —susurró, el aire caliente de su aliento haciendo que mis pezones se endurecieran aún más.

Comenzó a lamer y succionar la leche condensada de mis senos, su lengua caliente y ávida explorando cada curva y cada gota del dulce líquido. Sentía cada lamida como una descarga de placer, mis sentidos ahogándose en la sensación.

—¿Te gusta esto, Elena? —preguntó entre besos y chupadas, mirando hacia arriba, buscando mi reacción.

Gemí una respuesta afirmativa, mis manos hundiéndose en su cabello, tirando de él más cerca, incentivándolo a continuar. Cada movimiento de su boca me hacía estremecer, era casi demasiado para soportar.

—Eres tan dulce... —murmuró contra mi piel, sus manos agarrando mi cintura para moverme ligeramente contra él, aumentando la fricción entre nosotros.

Alejandro seguía deleitándose con mis senos mientras yo, perdida en mi propio deseo, me movía en su regazo, buscando más contacto, más placer, más de él. Quería sentir mucho más de eso.

—Ahora, quiero que te levantes y te des la vuelta.

Me levanté, girándome hacia él. Tomó un par de esposas de terciopelo de la mesita al lado y, con una habilidad natural, sujetó mis muñecas delicadamente detrás de mi espalda. La sensación de estar atada de esa manera era paradójicamente liberadora, intensificando cada sensación.

—Ven aquí, mi amor —llamó.

Con las manos esposadas, caminé hacia él. Me ayudó a montar sobre él, guiándome para que me posicionara sobre su miembro erecto.

—Ahora, móntame —ordenó, su voz como un látigo de deseo—. Quiero ver esos pechos rebotar para mí.

El sudor ya corría entre mis senos, mezclándose con la leche condensada mientras comenzaba a moverme, ajustándome a su tamaño, las esposas dejándome a su merced. Cada descenso hacía que mis senos saltaran, la leche condensada brillando sobre ellos

como una invitación al pecado, y veía el deseo animal en los ojos de Alejandro.

—Ohhh, Alejandro... —gemí, sintiendo cada movimiento profundizarse dentro de mí, el sudor corriendo por mi cuerpo.

—Eso es, mi potrilla —gruñó, sus manos marcando mis caderas, guiándome en un ritmo que me hacía sentir como si me estuviera domando—. Me encanta verte así, tan libre, tan salvaje.

El término "potrilla" resonó dentro de mí, enviando una ola de calor y sumisión a lo largo de mi cuerpo. Sus dedos jugaban con la sensibilidad de mis senos, mezclando la leche condensada con nuestro sudor, creando una mezcla que me hacía perder el control.

—Ieeh, eso... —jadeé, mi cuerpo respondiendo con un fervor que me sorprendía, el sudor uniéndonos como una segunda piel. Ya no era yo.

—Más rápido —ordenó, dando una palmada firme en mi trasero, el sonido resonando como una orden que obedecí de inmediato, mi cuerpo respondiendo con fervor.

—Ahh, Alejandro, quiero... Ohhh... —seguía gimiendo.

—Eres perfecta así, esposada y, aun así, mía —suspiró, atrayéndome para un beso que era tanto posesión como pasión, obligándome a inclinarme más hacia él debido a las esposas.

Con el beso aún ardiendo en mis labios, Alejandro se alejó, un brillo de maldad en los ojos.

—Ahora, vamos a hacerlo más intenso, mi deliciosa.

Se incorporó, ayudándome a ponerme de pie. Con un movimiento ágil, tomó una venda de satén rojo de la mesa, el color evocando el vestido que llevaba en la danza, recordándome nuestra conexión.

—Cierra esos ojos, Elena —colocó la venda, apagando mi visión, y mis otros sentidos se agudizaron, el tacto del satén suave, el calor de su presencia envolviéndome.

Temblé cuando se alejó, el sudor enfriándose en mi piel, pero el sonido del látigo de cuero me hizo contener la respiración, miedo y

excitación llenándome.

Alejandro me guió para inclinarme sobre el sillón, deshaciendo las esposas para que pudiera apoyarme mejor, pero la venda aún mantenía mi mundo en oscuridad.

De repente, sentí la punta del látigo rozar la parte interna de mi muslo, subiendo en una caricia lenta, hasta que...

—¡Ohhhhhh! —una lamida en mi entrada trasera me hizo arquearme, un gemido escapando sin poder controlarlo.

—¿Sorpresa, verdad? —rió en voz baja.

Usó el látigo de nuevo, esta vez con una intensidad que mezclaba dolor con un placer devastador, cada chasquido del cuero contra mi piel me empujaba más al abismo del deseo. Equilibraba cada golpe con caricias suaves, manteniéndome en un estado de éxtasis continuo.

Alejandro se posicionó detrás de mí, sus manos firmes en mis caderas, el sudor corriendo por mi cuerpo, haciendo que cada toque se sintiera como electricidad. Con una lentitud que era casi tortura, me penetró, cada movimiento dentro de mí aumentando la intensidad de las sensaciones, la venda y el recuerdo de las esposas aún dominando mi mente.

—Ieeh, Alejandro, eso...

—Goza para mí, Elena. Siente mi polla dentro de ti... —susurró, aumentando el ritmo.

El ritmo creció y yo estaba perdida en una tormenta de sensaciones, mis rodillas temblando, cada chasquido del látigo, cada embestida suya llevándome más cerca del clímax.

—Ahora, cariño, vamos juntos —dijo, su voz una mezcla de orden y deseo crudo.

Aceleró el movimiento y con un último golpe suave del látigo y una última estocada profunda, ambos alcanzamos el clímax. Apretó mis senos, la sensación intensificando el orgasmo. Me miró por el reflejo del espejo, mis facciones todas desbordando el placer que sentía.

—Te he marcado, Elena. Ahora, nadie más te poseerá como yo te poseo —su voz era un rugido de posesión mientras se venía dentro de mí, el calor de su semen llenándome, marcándome como suya.

Y yo temía que realmente así fuera.

CAPÍTULO 34 – ROSA ROJA

ALEJANDRO HERRERA

El sol brillaba con fuerza, borrando cualquier vestigio de que había llovido la noche anterior. Ajusté mis gafas de sol sobre los ojos mientras salía de la empresa. Mi cuerpo estaba en pura adrenalina. Fue un fastidio esa mañana en la oficina porque no quería estar allí, pero no podía estar en otro lugar. Yo era un hombre de palabra y cumpliría con la promesa que le hice a Elena. En treinta minutos, mis hombres se encargarían de su regreso a Italia y yo volvería a mi vida. El problema era que aún no estaba satisfecho. Intenté dejar una marca en ella, pero fui yo quien quedó marcado.

—Señor, la reunión con los accionistas será a las 15:00. —Informó Diego, pero apenas lo escuché.

Simplemente respondí con un leve gesto de la mano y entré en el coche, dejándolo atrás. Miguel me esperaba en el auto.

—¿No quiere llevarla usted mismo? —preguntó, y yo sabía a qué se refería.

—Tengo cosas más importantes que hacer —dije con la voz vacilante.

Esperaba que Elena, al ver mi mensaje de despedida, decidiera quedarse.

ELENA GALLI

Sostenía el crucifijo entre mis manos, mis dedos temblando mientras lo apretaba con una fuerza desesperada, lágrimas calientes

brotando, empapando mi rostro. Estaba siendo descartada, arrojada como una prostituta que ya había cumplido su papel, sin más valor, sin más utilidad. El coche avanzaba por las calles de Cancún, pero mis ojos no se apartaban del crucifijo. Mi alma estaba atada a ese pedazo de plata, intentando desesperadamente recordar quién era antes de ser tragada por esta espiral de oscuridad.

En la cómoda del cuarto donde había despertado sola, el crucifijo estaba junto a un sobre y una rosa roja. Mis ojos brillaron como diamantes al reconocer el crucifijo perdido. Alejandro lo había devuelto. Ese gesto me hizo creer, por un momento, que no tendría que irme. Tomé la rosa, su perfume envolviéndome, mi corazón se calentó por un breve instante de ilusión, creyendo que él podría significar algo bueno. Pero, al abrir el sobre con dedos temblorosos, esperando palabras de amor o redención, encontré solamente billetes, un pago frío y calculado. Ese choque de realidad me golpeó como un rayo, más doloroso que cualquier tortura física que hubiera soportado desde que puse un pie en ese infierno.

—Llegamos, señorita. —Dijo Juan, su voz ahora respetuosa, diferente del trato duro que me había dado antes. Señaló hacia un jet privado, como si fuera mi salvación o mi nueva prisión.

—¿No puedo ir en una compañía normal? Esto no es necesa...

—No, eso no es negociable. —Me interrumpió, cortando mis esperanzas con la misma frialdad con la que se cortaba el aire.

Asentí y caminé hacia el jet, mis manos vacías, tan vacías como mi corazón. Había una maleta con ropa para llevar, pero no quería nada que me recordara ese lugar. No sabía si estaba triste por vergüenza o aliviada. Al menos, finalmente me estaba yendo. Esperaba que mi abuela, dondequiera que estuviera, me perdonara por todo lo que había hecho —y disfrutado— con Alejandro.

Doce horas después…

—Mis instrucciones fueron que debía dejarla con conocidos, por eso, entre. Ya tengo la dirección. —Dijo el guardaespaldas que me acompañó en el viaje de regreso a Italia.

Tras un viaje que pareció durar días, el jet había aterrizado en una pista privada, rodeada por un campo verde que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Al lado de la pista, un coche negro lujoso, con vidrios oscuros y cromados brillantes, aguardaba pacientemente. El chofer, con un traje impecable, abrió la puerta trasera al vernos.

Finalmente estaba en mi tierra, pero no sabía a dónde ir. ¿Al convento? Ese ya no era mi lugar. ¿A Monteriggioni? No sabía si seguía siendo la misma Elena que pertenecía a ese lugar. Me sentía diferente, algo había cambiado, y no era solo en mi corazón o en mis experiencias, era algo en mi vida. Solo que no sabía qué era.

—Entonces, lléveme. —Dije sin esperanzas, simplemente aceptando y esperando poder liberarme pronto, ser dueña de mí misma en breve.

Incluso desde lejos, allá en México, Alejandro aún me controlaba. Esperaba que eso pasara pronto. Él fue todo lo malo: tortura, decepción, vergüenza... Me llevó del infierno al cielo solo para luego reírse de mí.

ALEJANDRO HERRERA

Apretaba la rosa en mi mano, las espinas desgarrando cruelmente mi carne, pero no me importaba. La sangre goteaba al suelo mientras me arrastraba hacia la botella de licor, el rechazo de ella martillando en mi mente. Había elegido esa rosa con un cuidado casi obsesivo, cada espina, cada pétalo, todo para expresar lo que mi boca no podría decir: como una rosa que lleva su belleza entre espinas, Elena es el color que rompe la oscuridad de mi vida. Ella es el encanto que suaviza los bordes afilados del odio y trae un toque de paz donde antes solo había dolor.

Tomé la botella de whisky y bebí directamente del cuello, el líquido quemando al bajar por mi garganta, un intento de apagar el dolor del rechazo. Lancé la botella lejos, el vidrio estallando contra la

pared, esparciendo fragmentos y gotas de alcohol como estrellas caídas.

Ella tenía dos opciones: irse o quedarse. Irse o ser mía. Y ella decidió irse. Decidió dejarme.

Con un rugido de frustración, golpeé la pared, el impacto haciéndola temblar. Mi puño quedó marcado de rojo, pero el dolor físico era un alivio bienvenido ante la angustia del corazón roto. Ella hizo lo correcto —un ángel como ella debería mantenerse lejos de un demonio destruido como yo.

La dejaría en paz. Necesitaba concentrarme en la venganza que me movía, porque la belleza de la rosa no era para mí. Para mí solo quedaban las espinas.

El alcohol no tenía el menor efecto en mí; solo agitaba mis venas con una especie de electricidad nerviosa. Tras unos minutos perdido en mis propios pensamientos, rodeado por los fragmentos esparcidos en el suelo y con la sangre fresca escurriendo entre mis dedos, sonó mi celular. Era Miguel.

—¿Qué pasa? —pregunté, con un tono de irritación que no me molesté en disimular.

—Voy a tener que darle una lección a esa chica, intentó escapar. —La voz de Miguel estaba cargada de rabia.

—¿Quién? —Indagué. La única chica que rondaba mi mente era Elena.

—Chiara Marino, por supuesto.

Apreté el celular contra mi oído con fuerza y resoplé, intentando controlar la irritación.

—Voy a hablar con ella personalmente.

Salí de la habitación con pasos pesados. No podía, de ninguna manera, permitir que otra mujer me hiciera quedar como un tonto.

Al atravesar la sala, vi a mi madre y a Pablo acomodados en el sofá, cada uno con una taza de té en las manos.

—Pablo, ¿cómo es posible que una chica que aún no debe tener veinte años intente escapar? ¿Tuvo alguna oportunidad para hacerlo? —pregunté, con la frustración evidente en mi voz.

Él se acomodó en el sofá, colocando la taza cuidadosamente sobre la mesa de centro.

—Alejandro, siéntate y toma un té con tu madre —dijo Julieta, como si no hubiera notado mi agitación.

Pasé la mano por el cabello, tratando de calmarme y, después, con un encogimiento de hombros, me senté.

—¿De qué es? —pregunté más por cortesía que por interés.

Sería bueno relajarme un poco. Mi madre tenía esa extraña costumbre de ofrecer té en los momentos más inapropiados.

—Ella estaba bajo el cuidado de Miguel, él piensa que las mujeres son santas, inocentes —Pablo soltó una risa burlona—. Cuando está bajo mi mira, no le quito los ojos de encima, no después de todo el trabajo que tuve para cazarla.

—Es de manzanilla, ¿qué te pasó en la mano? —preguntó mi madre, antes de que pudiera responder, pasándome una taza con té caliente.

—Estaba estresado —dije, tomando la taza con cuidado para no empeorar las heridas.

Pablo volvió a reír, una risa que parecía reflejar mi propia frustración.

Lo ignoré, concentrándome en el calor de la taza entre mis manos. Di unos sorbos al té, sintiendo el aroma suave invadir mis sentidos y, entonces, me levanté, sin dar oportunidad para que mi madre dijera algo más.

—Tengo que irme, estoy perdiendo el tiempo aquí. —Y, con eso, salí de la sala.

La irritación que sentía era incontrolable, pero necesitaba calmarme y encontrar el equilibrio.

CAPÍTULO 35 – VOLVIENDO A LA NORMALIDAD

ELENA GALLI

La señora Eleonora me envolvía en un abrazo apretado, las lágrimas corrían por sus ojos, pero solo me permití sumergirme por completo en ese abrazo cuando el coche que me había traído desapareció de mi vista. Solo entonces la miré verdaderamente a los ojos. No había pasado tanto tiempo, ¿dos o tres meses, tal vez? No estaba segura si realmente había sido ese tiempo, pero para mí, parecía que un siglo entero nos separaba.

—¡Querida, qué saudades! —repetía ella, apretándome aún más contra sí.

—Señora Eleonora, yo también... —respondí entre lágrimas, devolviéndole el abrazo. Estar allí, en mi tierra, después de tanto tiempo, era como encontrar consuelo en los brazos de una madre tras una caída dolorosa, pero yo no tenía madre, ni abuela; sin embargo, los queridos vecinos eran el refugio para mi dolor.

—¡Elena! —Serena Esposito abrió la verja de su casa rápidamente, casi corriendo hacia nosotras, alborotada y emocionada; me reí, encontrando graciosa la escena.

Pronto, varios niños y curiosos, incluyendo a Lorenzo, vinieron a verme, como si yo fuera una celebridad visitando nuestra pequeña aldea.

—Elena, ¿por qué no respondiste a mi carta? —preguntó Lorenzo, con una mirada curiosa.

Me agaché para estar a su altura.

—Quise darte una sorpresa, ¿qué te parece? —dije, extendiendo los brazos para un abrazo que él correspondió con gusto.

—¿No te adaptaste en el convento? —indagó Serena, con un tono de preocupación.

—Yo... ni siquiera sé por dónde empezar —respondí, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Quién era ese hombre que te trajo? No parece ser un chofer común —comentó la señora Eleonora, con una mirada perspicaz.

Suspiré, secando las lágrimas que aún caían. Tal vez pensaran que mis lágrimas eran de alegría por el reencuentro o por la añoranza de mi abuela, pero yo misma no sabía, con certeza, por qué lloraba.

—Ven adentro, querida, este fresquito ya me está incomodando —dijo Serena, con una voz suave y acogedora.— Señora Eleonora, ¿qué le parece si tomamos un café en mi casa? —sugirió Serena, colocando su mano gentilmente sobre mi hombro, recibiendo una mirada significativa de Eleonora, una mirada que parecía cargar una mezcla de preocupación y comprensión.

Obviamente se dieron cuenta de que, si yo estaba allí, sin equipaje, sin planes, y con solo lo que llevaba puesto, necesitaba ayuda. No era solo la ausencia de pertenencias; era la ausencia de rumbo, de seguridad, lo que gritaba más fuerte.

Antes de seguirlas hacia la casa de Serena, miré la casita donde crecí, una casa tan llena de recuerdos y ahora tan vacía sin la presencia de mi nonna. Suspiré, sintiendo el pecho oprimido, una sensación de pérdida que parecía no querer dejarme. Qué saudades de mi nonna. “Ni parece que esta es mi vida”, pensé, mientras mis ojos recorrían cada rincón familiar de ese hogar que me vio crecer.

Entramos en la casa de Serena, una atmósfera cálida y acogedora nos recibió. Me senté a la mesa, Lorenzo y Eleonora también se acomodaron, y ambos me miraban, ansiosos, como si esperaran que derramara mis historias y sentimientos allí mismo. Serena, con una sonrisa gentil, colocó sobre la mesa una deliciosa tarta casera, cuyo aroma se esparció llenando el ambiente, acompañada de una jarra

de jugo de naranja recién exprimido, y finalmente se sentó con nosotros.

—¿Y Marco? —pregunté, intentando desviar la atención de mí por un momento, para romper el silencio denso.

—Está trabajando... pero dime, Elena, ¿estás bien? —preguntó Serena, con una mirada que decía que sabía que no lo estaba, pero estaba dispuesta a escuchar y ayudar.

Miré a Lorenzo, lo que tenía para decir era pesado, no para los oídos de un niño.

—Solo necesito un tiempo, para poner la cabeza en su lugar y encontrarme. Serena, necesito volver a limpiar casas, necesito dinero para recomenzar —dije con determinación.

—No te preocupes, querida. Sabes que estoy sola y puedes quedarte conmigo el tiempo que necesites. Mi casa es tu casa —dijo la señora Eleonora con cariño.

—Y en cuanto al dinero, sí, voy a encontrarte trabajo, no te preocupes. Tenemos lazos aquí, y siempre hay algo para hacer —aseguró Serena, con una sonrisa reconfortante.

—Son increíbles, no me canso de llegar a esa conclusión —dije, pasándome las manos por el rostro, un poco aliviada.

—¡Ahora podemos divertirnos juntos otra vez! —dijo Lorenzo, con su inocencia, trayendo un poco de luz a la conversación.

—Sí, claro, pero solo después de practicar la lectura —advertí con una sonrisa, intentando mantener un poco de normalidad.

—Claro, las obligaciones primero. —Él asintió, con un entusiasmo contagioso que hizo que mi corazón se calentara.

Percibí las miradas gentiles y dulces de Eleonora y Serena. Si me concentraba bien, enfocando mis pensamientos, podría volver a ser la Elena de antes.

Cinco días después…

Cinco días habían pasado desde que llegué, y ya había compartido toda mi historia con Serena y Eleonora. Me escucharon sin ningún

juicio, agradecen a Dios que saliera ilesa de todo aquello. No ahorré detalles, ni siquiera los más sórdidos; conté sobre mi ilusión con Alejandro, sobre Sophie, la amiga que resultó ser falsa, y sobre cada miedo, cada vergüenza que cargaba. Me dieron el apoyo que tanto necesitaba para seguir adelante. Ya estaba de vuelta en mi propia casa, donde viví con mi abuela, Serena había mantenido el lugar ventilado y limpio mientras estuvo desocupado, un gesto cariñoso debido a su consideración.

—Tienes una fuerza que muchas no tienen, querida mía —dijo Eleonora, colocando la mano sobre la mía mientras estábamos sentadas a la mesa.

—Sí, y no dejaremos que enfrentes esto sola. —Agregó Serena, con una sonrisa alentadora.

Ya había hecho una limpieza en la casa de un vecino y conseguido una pequeña cantidad, suficiente para sobrevivir unos días, pero sabía que seguiría trabajando. Ayudé a la señora Eleonora con los quehaceres del hogar, a pesar de sus protestas.

—No, no, necesitas descansar, querida, ve a tu casa y duerme. — Insistía, pero no podía quedarme quieta.

—Señora Eleonora, trabajar me hace bien, me mantiene cuerda — respondí, mientras pasaba el trapo por el suelo.

Ya había visitado la tumba de mi abuela tres veces. Cada visita era una mezcla de dolor y paz. Todo en la superficie parecía seguir un camino normal, pero había una sensación inquietante dentro de mí.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó Serena, notando mi mirada perdida mientras estábamos en el jardín de su casa.

Sabía que estaba lejos de estar bien, mi corazón aún ansiaba por aquel hombre perturbador.

—Aún siento... —dudé, buscando las palabras correctas.— Aún siento su olor, su mirada observándome en cada rincón que miro. Alejandro dejó una marca en mí de la cual me avergüenzo.

—Las marcas pueden curarse con el tiempo, ya lo verás —respondió Serena.— Y, mientras tanto, nos tienes a nosotras —añadió,

ofreciendo un abrazo cálido.

—Algún día espero poder retribuir toda la ayuda que me están dando —dije con sinceridad.

—No digas tonterías, sé que harías lo mismo por nosotras.

Sonreí, asintiendo. Claro que lo haría. Pero en ese momento no pude concentrarme más en la conversación, volví a aquella noche en que bailamos en el restaurante, nuestra última noche juntos. Pareció tan real, lo peor es que sabía que no lo era, ¿cómo podía tener ese efecto en mí?

CAPÍTULO 36 – MUNDO DESMORONÁNDOSE

ALEJANDRO HERRERA

Cinco semanas después…

—¡Leonardo, Leonardo! —la hija de Marino habló con una voz agitada, casi desesperada, al contestar el teléfono.

Estaba en un lugar infinitamente más acogedor que el sótano del inicio. Respetando el acuerdo que hice con Leonardo, Chiara estaba instalada en una habitación de hotel lujosa —una de tantas que poseo.

—¿Estás bien? —preguntó Leonardo, su preocupación era evidente. La llamada estaba en altavoz para que todos en la habitación pudieran escuchar.

—Claro que no estoy bien, ¡sácame de aquí! Estoy harta de estos gorilas rodeándome por todos lados —dijo Chiara, frustrada.

—Ya intentaste escapar tres veces. Te dije que tengo un acuerdo con ellos, necesitas tener paciencia y dejarme trabajar —respondió Leonardo, intentando mantener la calma.

Y era verdad. La chica había crecido encerrada, rodeada por un batallón de hombres grotescos, y no se dejaba intimidar con facilidad; aprovechaba cualquier descuido, cualquier distracción para intentar escapar. Ingenua… ¿a dónde iría?

No sabía que Leonardo era su hermano. Para ella, él era solo uno de los guardaespaldas de su padre, el de mayor confianza.

El día señalado para tener a Marino en bandeja de plata se acercaba, y la tensión aumentaba.

Chiara nos miró, a Miguel y a mí, con una petulancia que no hacía justicia a la situación. Ya no era la niña asustada que suplicaba por su vida. Sabía que había algo en juego, algo grande, y que no la lastimaríamos.

—¿Quién no intentaría huir de estos bárbaros? —murmuró, y Miguel y yo intercambiamos una mirada de agotamiento, revirando los ojos.

—¿Te están maltratando? Si es así, dímelo, yo voy a… —empezó Leonardo, pero lo interrumpí, tomando el celular.

—¡Ya basta! —dije, cortando la conversación—. La chica está bien, Leonardo. Ahora pásame las coordenadas, el día y la hora —hablé, alejándome de la habitación, dejando a Chiara bajo la supervisión de Miguel.

—Te lo enviaré por mensaje en unos minutos, no falles —dijo antes de colgar.

Guardé el celular en el bolsillo y me reuní con Juan, que me esperaba en el pasillo, su expresión era seria.

—Ya llegaron, necesitas revisar la mercancía —susurró, y yo asentí, esbozando una sonrisa cordial al gerente del hotel que se acercaba para saludarme.

—Señor Herrera, un placer tenerlo aquí por séptima vez en un mes. ¿Debo preocuparme por algo? —preguntó el gerente, y sentí un leve crujido en los dientes.

—Puedo venir a mi hotel cuantas veces al día quiera, ni hablar del mes. ¿Usted administra el hotel o mi vida? —pregunté con una ironía velada, arqueando una ceja.

Estaba harto de todo y de todos. Me encontraba insoportable, la frustración acumulándose como una bomba a punto de explotar.

—Bueno, solo me preocupa que esté satisfecho con mi gestión —dijo él, aflojándose el cuello de la camisa, su voz temblorosa mientras miraba a Juan con inseguridad y luego a mí.

—No se interponga en mi camino y no tendrá problemas. Solo tome el dinero que le pago y haga su trabajo fingiendo que no me ve —hablé con autoridad y seguí mi camino.

—El hombre casi se hizo encima. —Juan dijo siguiéndome, en tono burlón—. ¿Se le olvidó que aquí en el hotel, para ese hombre, tú eres solo el gran magnate Alejandro Herrera y no El Diablo?

Me giré hacia Juan, mi expresión era seria.

—¿Qué está pasando con mis hombres últimamente? Uno más blando que el otro. —Solté una maldición incomprensible y seguí adelante, el día caluroso me recibió, lo que me irritó aún más. Odiaba el calor, porque no era ese el que necesitaba.

ELENA GALLI

—Gracias, señora Lucia, me alegra que le guste mi trabajo —agradecí a la señora Lucia, que me entregó el pago del día con una sonrisa de aprobación.

—¡Juicio, niña! No vayas a gastar todo de una vez, ¿eh? —dijo con su costumbre de meter las narices donde no la llaman.

No era un secreto para mí que algunas personas de Monteriggioni hablaban mal de mí a mis espaldas. Para los chismosos, yo era la nieta rebelde de la señora Caterina, la que escapó del convento en busca de libertad. Incluso oí rumores de que me escapé con un hombre. ¡Dios! Hasta me reí. Después de todo lo que había vivido, esos chismes eran solo ruido, no me molestaban.

—No se preocupe —sonreí, intentando disimular un gesto de incomodidad, pero la sonrisa no llegó a mis ojos.

—¿Ya te hiciste una prueba de embarazo? —preguntó, dejándome pálida con su pregunta tan directa.

—¿Qué? ¿Cómo así? —mi voz salió más aguda de lo que pretendía, el desespero infiltrándose.

—Pasaste mal todo el día mientras trabajabas, vomitaste, no comiste, tus senos están más grandes, tienes cara de embarazada, niña. No lo digo por decir, sabes que me preocupo —explicó, con una mirada que intentaba ser reconfortante, pero que solo aumentaba mi inquietud.

¡Dios mío! Aquello era demasiado para mí. No por el tono de juicio que sentí en la señora Lucia, sino por la posibilidad aterradora que había puesto ante mí. La idea de estar embarazada, cargando una nueva vida dentro de mí, sin saber muy bien qué hacer con la mía, era un pensamiento que me mareaba.

—No se preocupe, estoy muy bien —dije deprisa, con un hilo de voz, intentando convencerme tanto a mí como a ella, y me alejé tambaleando.

Caminando por las calles, mis pensamientos giraban como un carrusel desbocado. La insinuación de la señora Lucia me había afectado más de lo que quería admitir. La idea de estar embarazada era un peso que no sabía si estaba preparada para cargar.

Mientras caminaba, mi mente se quedaba atrapada en esa pregunta. ¿Cómo podría ser verdad? La vida ya había sido implacable conmigo, ¿y ahora esto?

Llegué a la plaza y me senté en el banco, sintiendo el frío de la piedra traspasar mi ropa.

—Estoy siendo paranoica —murmuré para mí misma, intentando calmar mi corazón acelerado—. No puedo entrar en pánico por un simple comentario.

Pero la semilla de la duda ya había sido plantada. Necesitaba saber. Necesitaba hacer la prueba. La farmacia no quedaba lejos y, a pesar del miedo, algo dentro de mí me impulsaba a descubrir la verdad.

Entre los estantes de la farmacia, tomé la prueba de embarazo con manos temblorosas. La sensación era como si estuviera comprando un billete para un futuro desconocido.

Esperaba que nadie más que el farmacéutico me viera comprando aquello. Y esperaba que él no dijera nada a nadie.

Volví a casa, deslizándome por la acera, encerrada en el baño, seguí las instrucciones de la prueba. Los minutos de espera parecían una eternidad.

Y entonces…

La respuesta llegó clara e innegable.

Dos rayitas bien visibles. Había dado positivo. Estaba embarazada. ¡Embarazada!

Me senté en el suelo frío, las lágrimas corriendo. No sabía si lloraba de miedo, tristeza o algo más profundo que no sabía cómo nombrar. La vida me desafiaba de nuevo, y yo estaba sola.

—Nonna, si me estás escuchando, necesito tu fuerza ahora — susurré, mirando al cielo a través de la ventana, sintiendo que mi mundo se desmoronaba bajo mis pies.

Ya no bastaba con todo lo demás, no. Aquello no podía ser verdad, no podía.

CAPÍTULO 37 – ¡ÉL NO PUEDE SABERLO

ELENA GALLI

Dos semanas después...

Había decidido guardar el secreto, por ahora. Primero, porque no aceptaba esa realidad; segundo, porque no estaba preparada para enfrentar las consecuencias, aún no. Habían pasado dos semanas y sabía que se acercaba el momento en que tendría que compartirlo con Serena y Eleonora, quienes ahora eran como parte de mi familia.

—¡Elena, te encontré! —dijo Lorenzo, señalándome detrás del coche, y pronto los demás niños comenzaron a gritar también. Me adoraban, y yo los adoraba a ellos.

Estábamos en la calle, jugando al escondite, y yo era la última que aún no había sido descubierta.

—Ahora voy a entrar, necesito preparar la cena. Quedé con la señora Eleonora que cenaríamos juntas hoy —dije, pasando la mano por el cabello de los niños.

Corrí hacia la casa de doña Eleonora, aún con el bolso en la mano, ya que venía de hacer otra limpieza cuando los niños me abordaron. La televisión estaba encendida, lo que daba un fondo sonoro animado a la escena. Había ocurrido una explosión criminal unos días antes, y la señora Eleonora adoraba estar al tanto de las noticias, por más explosivas que fueran.

—Elena, tengo una novedad. —La señora Eleonora dijo cuando puse un pie dentro.

Metí la mano en el bolso y saqué el dinero que había recibido, separé una parte y se la extendí a la señora Eleonora.

—Sé que es poco, pero quiero ayudar de alguna forma con la cena de hoy —dije, colocando el dinero en su mano.

—¿Otra vez con esa tontería? Guárdalo para tu curso. ¿No quieres hacer un curso de teatro? Pues bien, guárdalo. ¿Para qué voy a querer esto? Ya tengo todo lo que necesito —dijo, devolviendo el dinero con una sonrisa amable.

—Pero, señora Eleonora, insisto, por favor —insistí.

Ella me miró a los ojos, con una expresión que mezclaba orgullo y cariño.

—Elena, la ayuda que nos das no se puede medir en monedas. Ya haces mucho por aquí, con tu corazón y tus manos. Guarda ese dinero para tu futuro, para hacer lo que realmente deseas.

Con un suspiro, guardé el dinero de nuevo en el bolso, prometiéndome a mí misma que lo usaría en algo que realmente me importara. Aunque no era mucho, cada moneda contaba.

—Gracias, señora Eleonora —dije, sintiendo un nudo en la garganta, no solo por el rechazo, sino por el apoyo incondicional que recibía.

—Ahora, vamos a lo que importa: ¡la novedad! —dijo, cambiando el tono por uno más animado—. Recibí una carta de mi sobrino que vive en Brasil. ¡Quiere venir a visitarnos y vas a poder conocerlo!

—¿Sobrino? ¿Giovanni?

Ella ocasionalmente mencionaba a su sobrino que vivía fuera del país, siempre con un tono de nostalgia y orgullo.

—Sí, está regresando a Italia y tengo la sensación de que le encantará conocerte —dijo entusiasmada, con los ojos brillando por la expectativa.

—Por favor, señora Eleonora, no empiece a hacer planes en su mente —dije, al ver cómo su rostro decaía ante mi incredulidad—.

No soy alguien que él querría conocer.

Ya había visto fotos de él, porque ella se enorgullecía mucho de su sobrino. Aproximadamente 35 años, maduro, exitoso, guapo... siempre se jactaba de que era el orgullo de la familia. Era arquitecto, trabajaba en los rascacielos más grandes de Río de Janeiro. Según ella, un hombre de éxito que parecía vivir en un mundo completamente distinto al mío.

—Fue mi hermana quien tuvo la idea... —dijo encogiéndose de hombros, como si se quitara la culpa de encima, pero aún quedaba un brillo de esperanza en sus ojos.

—Pues tengo que contarte algo, algo muy serio, pero primero necesito pedirte que guardes el secreto, porque... —Señalé la televisión, donde aparecía la imagen de Alejandro, haciendo que mi corazón se acelerara desenfrenadamente—. ¡Él no puede saberlo!

Ella siguió mi mirada hacia la pantalla, donde el noticiero mostraba a Alejandro Herrera, el magnate mexicano, en un segmento sobre la creciente influencia de Herrera Global S.A. Él, con su presencia imponente y mirada penetrante, parecía desafiar a cualquiera a cuestionarlo mientras caminaba sobre una alfombra roja rumbo a un evento.

¿Qué estaba haciendo en Italia? ¿Será que, con todos sus matones, ya había descubierto mi secreto?

Estaba evitando pensar en él. Durante el día, mantenía la cordura necesaria para sobrevivir, pero mis noches eran invadidas por sueños intensos y vívidos con Alejandro. Sentía sus manos tocándome cada madrugada, y cuando no era con ternura, era para degollarme. No sabía qué sentía por Alejandro, pero había algo de lo que estaba absolutamente segura: no quería volver a ese mundo oscuro al que él pertenecía... aunque, en el fondo, deseaba nunca haber salido de él.

—Dios mío, Elena, ¿es ese Alejandro quien te hizo daño? —preguntó, dejando sus tareas para subir el volumen del televisor, un gesto que revelaba su preocupación y curiosidad.

“El multimillonario estaría en Italia para reencontrarse con la joven italiana de quien dijo en su última visita que no renunciaría a ella. ¿Quién más tiene curiosidad por saber el desenlace de esta historia y, sobre todo, quién es la afortunada italiana que conquistó el corazón del magnate?”

—Por favor, apague eso, señora Eleonora —pedí, sintiendo mi corazón oprimido por un peso casi insoportable.

—Elena, ¿qué ha pasado, hija mía? ¡Estás pálida! —Su voz era una mezcla de alarma y compasión.

Me llevé la mano al vientre, un gesto que decía mucho más de lo que cualquier palabra podría expresar. No quería que lo supiera, no quería tener que revelar ese secreto, pero el tiempo pasaría y mi estado se haría evidente; no sería justo ocultar algo tan significativo a alguien que siempre me trató con tanto cariño.

—Estoy esperando un hijo del mafioso, señora Eleonora —confesé, aun sabiendo que ya había percibido la verdad antes de que hablara, su mirada fija en mi vientre reflejaba tanto shock como comprensión.

—¿Es cierto? ¿Estás absolutamente segura de eso? —preguntó, acercándose con una expresión de preocupación.

Solo asentí, confirmando lo inevitable.

—Me duele el corazón, señora Eleonora. Me siento injusticiada, no sé qué hice para merecer esta carga, y la vergüenza que siento de mí misma es insoportable.

—Ay, no te preocupes, querida, no te culpes. —Me envolvió en un abrazo reconfortante—. Sé que da miedo, pero un hijo siempre será una bendición, sin importar las circunstancias.

—Pero no cuando el padre es el mismo diablo... —murmuré, con la amargura evidente en mi voz.

—¡No digas eso ni en broma! —Me dio una leve palmada en el hombro—. Ahora, puede parecer que todo está oscuro en tu vida, que nada tiene sentido, pero cuando nazca ese niño y entiendas lo

que es ser madre, lo que representa un hijo, descubrirás el verdadero propósito de la vida.

Empecé a llorar copiosamente, las lágrimas corriendo como ríos que lavaban mi alma. Llevaba dentro un torbellino de emociones, deseando que el tiempo pasara rápido, anhelando el futuro donde ya estuviera bien y superada.

El televisor ya estaba apagado, pero las imágenes de Alejandro seguían pasando por mi cabeza... ¿y si había venido a Italia especialmente para acabar conmigo por estar embarazada?

No. Como dijo la periodista, vino a ver a su joven italiana.

ALEJANDRO HERRERA

Tres días antes...

Él aún no lo sabía, pero estaba rodeado. En la parte trasera de un bar en una carretera desierta, que de día podría confundirse con una ruina olvidada, pero que al caer la noche se transformaba en algo perverso, lo que parecía ser solo un bar de carretera, con sus paredes de piedra desgastadas por el tiempo y ventanas empañadas, escondía en su interior, tras una puerta sin importancia, un club clandestino de un lujo sórdido. Este establecimiento no tenía letreros ni ostentación; era una entidad que vivía en las sombras, un secreto susurrado solo entre aquellos que compartían un código de depravación. Leonardo, con una mirada grave, me proporcionó toda la información sobre ese lugar y los horrores que allí se cometían: explotación sexual —una casa de los horrores disfrazada de lujo, un punto de encuentro exclusivo para la élite moralmente corrupta. No podía esperar otra cosa de una serpiente como Marino. No había discriminación para las víctimas: ancianos, niños, adolescentes, mujeres y hombres, todos eran forzados a saciar los deseos de

mentes enfermas. Leonardo me mostró un video donde un joven, de aproximadamente 21 años, fue asesinado con un disparo en la cabeza por no poder mantener una erección con una mujer de 67 años. Ese video, entre los más leves, era solo una muestra del infierno que ese lugar representaba. Hoy, con una determinación ardiente en el corazón, vengaré no solo a mis padres, sino a todas esas personas inocentes que fueron injustamente arrancadas de sus vidas y sobrevivían prisioneras bajo el dominio de Antonio Marino.

—Estoy solo, enfrentándome al dueño de Italia. Si tú fallas, estoy perdido. Soy solo yo, nadie más se atrevería a traicionarlo. Aquí, la lealtad se compra o se impone —había dicho Leonardo el día anterior.

—No voy a fallar y tu padre lo sabe; de lo contrario, no habría huido de mí todos estos años.

Cada detalle fue meticulosamente planeado y preparado. A las 14:00 en punto, las cámaras de vigilancia fueron desactivadas silenciosamente y mis hombres, entrenados para una precisión letal, estaban posicionados alrededor del complejo, listos para desatar el caos. Esta era la guerra a la que había dedicado años de mi vida y, si el destino quisiera que muriera allí, bastaría con que llevara a Antonio conmigo a la eternidad; mi propósito estaría cumplido.

CAPÍTULO 38 – EFECTO ESPERADO

ALEJANDRO HERRERA

Bajé del coche con una calma meticulosa, ajusté las gafas de sol y encendí un cigarro. Inhalé el humo profundamente, como una pausa en la tormenta que estaba por venir. Avanzamos con compostura, mis hombres y yo, cada uno en su lugar, esperando el momento adecuado. Mi entrada sería casual, casi despreocupada, con el arma fría en la cintura. Antonio Marino, el fantasma inalcanzable, siempre un paso adelante, rodeado por una legión de guardias, parecía inalcanzable. Pero hoy, estaba al alcance, como Leonardo aseguró. A las 14:00 horas, Antonio estaría en la habitación 13, envuelto en otro de sus actos.

Las puertas se abrieron en silencio ante mí y caminé por el pasillo. Uno de los guardias apareció frente a mí y, con precisión, apunté mi arma. El disparo fue silencioso, pero mortal, y el cuerpo cayó sin emitir sonido alguno. El mensaje era claro: hoy, la suerte estaba de mi lado.

—Evacúen a los inocentes y pónganlos a salvo hasta que decidamos qué haremos con ellos. Luego, eliminen a todos los hombres de Marino, pero dejen la habitación 13 para mí —ordené a mis hombres tras derribar a un oponente que apareció al doblar el pasillo.

Asintieron en silencio y desaparecieron como sombras. La adrenalina corría por mis venas, pero el pasado también se filtraba, recuerdos de una infancia robada por la crueldad de Marino se entrelazaban con el presente. El niño asustado y perdido, llorando por la pérdida de sus padres, era ahora el hombre que marchaba con intención y

furia hacia la habitación 13. En ese momento, sabía que, al arrancar el corazón de Antonio, encontraría la paz que me había sido negada durante décadas.

La puerta de la habitación 13 estaba a pocos pasos. Mi mano firme sostenía el arma, lista para el enfrentamiento. Sentí el peso del momento, un frío calculado, mientras, en mi corazón, escuchaba los gritos de aquel niño que dejé atrás. Era hora de cerrar ese ciclo.

Pateé la puerta con fuerza, irrumpiendo en la habitación. La escena que encontré fue chocante, incluso para mí, acostumbrado al derramamiento de sangre. Antonio se volvió hacia mí, su mirada mezclaba sorpresa y miedo, mientras un niño, frágil y aterrorizado, se escondía en un rincón oscuro.

Mi ética, por más distorsionada que fuera, no toleraba tal monstruosidad. Incluso en el submundo en el que vivíamos, había una línea que jamás cruzaría. El niño no debía estar allí, no bajo esas condiciones, no en ese infierno.

—¡Sal, niño! —ordené, mi voz áspera y resuelta, la mirada fija en Marino. La rabia ardía en mis ojos y mi arma apuntaba a él, lista para terminar con la existencia del hombre que había convertido mi vida en una pesadilla. El niño dudó, mirándome a mí y a Marino, como si no supiera a quién temer más.

—¡Ahora! —repetí sin apartar los ojos de Marino, cuyo rostro se contorsionaba en una mezcla de pánico y furia.

Mientras el niño se alejaba, mirando fijamente a Antonio, sentí cómo la furia consumía cada célula de mi ser. Ese hombre, que personificaba todo el horror que había soportado, finalmente enfrentaría el destino que merecía.

—Por fin, Antonio —murmuré, con una leve sonrisa extendiéndose en mi rostro.

Estaba viejo, muy diferente del hombre que brutalmente arrebató la vida de mis padres; el único rasgo remanente de aquel monstruo eran sus ojos, horripilantes y llenos de maldad. Ahora, no era más

que un anciano rico, rodeado por una legión de lacayos que obedecían su menor orden.

—Bambino... —Todavía tenía los ojos desorbitados de sorpresa, pero ahora una sonrisa torcida se formó en sus labios—. ¿No esperaste todo este tiempo para enfrentarte a mí de forma tan cobarde, verdad? ¿De verdad vas a matar a un hombre desarmado? —preguntó, sin moverse, como si intentara mantener una fachada de valentía.

Estaba pálido, el miedo evidente en su expresión; yo era su destino, inevitable e implacable, y él lo sabía perfectamente.

Guardé silencio durante algunos segundos, disfrutando el momento, dejando que su miedo se arraigara aún más. Entonces, disparé a su pierna, haciéndolo caer de rodillas, el dolor evidente en su rostro.

Me acerqué, saqué una jeringa de mi bolsillo, una sustancia que había preparado especialmente para él, y la inyecté directamente en su cuello.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó Antonio, su cabeza inclinándose hacia atrás, apoyándose en la pared, mientras intentaba entender lo que estaba ocurriendo con su cuerpo.

Todavía estaba desnudo, con su pene flácido colgando.

—Eso solo te va a dejar incapacitado, no podrás moverte mientras yo haga lo que quiera contigo —expliqué sin prisa, guardando la jeringa de vuelta en el bolsillo con un movimiento casual—. Te voy a confesar algo: fue frustrante cazarte, un gusano que se escondía en cada esquina, pero Augusto tenía razón. Aún ni te he matado y ya me siento mejor —sonreí, observándolo caer al suelo, completamente paralizado, pero consciente de cada palabra que salía de mi boca, incapaz de evitar el destino que había planeado para él con tanto cuidado.

—Eres decepcionante, no eres nada —mascullé, levantando su cabeza para que me mirara. Con un movimiento rápido, torcí su brazo hasta oír el crujido agudo del hueso cediendo, sus gemidos de dolor resonando en las paredes frías—. Parecías tan fuerte cuando

mataste a mi madre, a mi padre, cuando me pateaste en mi propia casa... —dije, mientras arrastraba la punta del cuchillo con precisión quirúrgica, dejando un rastro de sangre fresca a lo largo de su mejilla—. ¿Pero sabes qué? No eres nada.

Fue entonces cuando, con una expresión de desprecio, apagué el cigarro que aún sostenía directamente en el rostro de Antonio. Gritó, un sonido que parecía salir del infierno, pero mantuve la presión, asegurándome de que el dolor fuera tan intenso como posible.

Había planeado tantas cosas para ese momento, pero, de repente, todo lo que deseé fue un final rápido para todo aquello. Me levanté con amargura y disparé en el pecho, en un punto exacto donde sabía que causaría la mayor agonía, lo dejaría sangrando lentamente hasta morir si no era socorrido, y no lo sería. Gritó, un sonido gutural y desesperado.

—Todo aquí va a explotar, pero primero va a arder. Vas a morir quemado, desangrado, recordando todo lo que hiciste, cómo asesinaste a mis padres inocentes, recordándome a mí y cómo cumplí mi promesa. Y entonces, toda esta mierda va a explotar y tu cuerpo será reducido a miles de pedazos.

Comenzó a balbucear algo, y mi curiosidad me llevó a inyectarle el antídoto, esa droga rara y poderosa que yo controlaba.

—Tranquilo, respira, tranquilo... —dije con tono burlón.

—¿C-c-cómo?

Quería saber cómo llegué hasta allí, confiando plenamente en su impenetrable sistema de seguridad.

—Leonardo —respondí, mi sonrisa se ensanchó—. Tu hijo bastardo te traicionó. Se siente vengado, igual que yo. Te manda saludos.

Me di la vuelta, dejándolo arrastrarse por el suelo. Salí, pasando por cuerpos inertes, hasta el exterior. No había señales de los coches que me acompañaron, salvo el que me esperaba. Sabían qué hacer. Todo estaba preparado, empapado en gasolina y, en minutos, si el fuego no lo consumía todo, la explosión haría el resto. Nada, absolutamente nada, quedaría de Marino. Encendí el encendedor,

marcando así el inicio del fin. Caminé hasta el coche estacionado a una distancia segura y me quedé observando la única construcción en aquel rincón olvidado del mundo. El fuego empezó a cobrar vida, voraz, y mis ojos se llenaron con la escena. Esbocé una sonrisa amarga, esperando que ese espectáculo me trajera algún alivio interior. La explosión llegó, devastadora, pero por dentro seguí inmutable. Al menos Marino estaba muerto y tenía la satisfacción de una misión cumplida. Sin embargo, el resentimiento, el dolor y la añoranza de mi padre regresaron con una intensidad renovada.

—Vamos —le dije al conductor, consciente de que había terminado demasiado rápido, algo que deseé toda la vida y, por eso, el efecto no fue el que esperaba en la maldita mierda de mi corazón.

CAPÍTULO 39 – VIVIENDO DE LOS RECUERDOS

ALEJANDRO HERRERA

Habían pasado tres días desde la muerte de Marino. Observaba por la ventana del hotel cinco estrellas en Roma las majestuosas ruinas del Coliseo. Recordando que estaba en la tierra de Elena, inhalé profundamente el cigarro entre mis dedos, preguntándome qué estaría haciendo ella en ese preciso momento y qué haría si, de repente, me viera frente a ella.

Alguien llamó a la puerta y, girando mi cuerpo, fui a abrir.

—Ha llegado. —Anunció Pablo, sus ojos recorriendo el ambiente.
—Deja que suba, lo estoy esperando —respondí con un ademán casual.

Pasé las manos por el cabello y caminé hasta el sillón cómodo en la esquina de la habitación. Minutos después, Leonardo entró. Su postura era la de un hombre nervioso, un cambio marcado desde la última vez que lo vi, lleno de confianza al entrar en mi oficina.

—Está hecho, está muerto, y todos los que estaban allí murieron con él. Pero, ¿dónde están las víctimas de ese lugar? —preguntó, deteniéndose frente a mí, mientras yo permanecía sentado, el cigarro aún entre los dedos.
—Siéntate, Leonardo, hoy estamos entre amigos. —Sonreí, señalando el sillón frente al mío.
—¿Y entonces? ¿Piensas quedarte aquí en este SPA mientras el mundo arde? —Cuestionó, con un tono de evidente irritación.
—El fuego es la belleza de la purificación, querido —respondí con una sonrisa—. Las víctimas serán instruidas y preparadas para

regresar a sus familias. Me encargo de eso —dije, encogiéndome de hombros, como si se tratara de un asunto trivial.
—Ahora yo soy el líder de la Cosa Nostra, es mi responsabilidad arreglar el desastre. —Declaró.
—Eres un líder ejemplar, valiente, incluso diría que ingenuo. Porque sabes que ahora que ya conseguí lo que tanto deseaba, podría acabar contigo aquí mismo y esclavizar a tu hermana.

Él soltó una carcajada, una risa que resonó por la sala durante unos segundos mientras yo lo observaba, inhalando mi cigarro.

—Estás equivocado, Alejandro. Cada paso que doy está calculado y no entro en ningún sitio sin la certeza de que saldré. Te conocen como El Diablo, pero es un apodo exagerado para ti. El Diablo era Marino, ese sí vendió su alma a Satanás. Tú salvaste personas hoy, y bajo mi mando, ya no hay enemigos en Italia. Propongo una alianza.

Lo miré, reflexionando sobre sus palabras. ¿Me estaba diciendo que yo era bueno? ¿Qué clase de juego era ese?

—Dices eso porque sabes que estás en el mismo barco que yo. No te equivoques, Leonardo, no hay salvación ni para mí ni para ti.
—No busco salvación, busco libertad, y valoro tener mi conciencia intacta, por eso concluyo que siempre tengo razón en mis acciones.
—Sonrió, acomodándose aún más en el sillón, como si estuviera en casa.
—Tu padre murió, ¿no sientes remordimiento? —La pregunta salió como un desafío.

Volvió a reírse, una risa profunda que parecía salir desde lo más hondo del alma.

—Eres emotivo —dijo, cerrando la boca y asintiendo con la cabeza—. Es una cualidad interesante.
—Mira quién habla… el idiota que cruzó el océano e invadió mi oficina por la hermana que no tiene idea de que es su hermana. —Repliqué con una sonrisa irónica, saboreando la complejidad de nuestra situación.
—Por la familia soy capaz de todo, y aunque ella aún no lo sepa, es mi única familia. —Dijo, con un tono más profundo en su voz.

—Tienes razón. —Asentí, recordando las lecciones de mi padre, transmitidas en las tardes de mi infancia, cuando me enseñó que la familia es lo más importante—. En tres días tu hermana será entregada.

Él asintió lentamente, con un movimiento deliberado.

—¿Y sobre nuestra alianza?
—¿Alianza?
—Ya sabes, en los negocios necesitamos alianzas, acuerdos. Tengo un plan de liderazgo desde hace tiempo, cuidadosamente elaborado.
—¿Cómo pretende un bastardo traidor ocupar el lugar de Marino? —Indagué, con el escepticismo evidente en mi voz.
—Tengo el respeto de todos, nadie sabe lo que hice y no me considero un traidor, ¡joder! —exclamó, la irritación clara en su rostro—. Soy el nuevo capo de la Cosa Nostra, y todos me van a apoyar. Como te dije, cada paso que doy es calculado.
—Aún es temprano para establecer una alianza. Por ahora, te entregaré a tu hermana, completando nuestra transacción.
—Ya lo pensé todo: yo y algunos hombres iremos a invadir el almacén donde ella estará, culminando en un rescate perfecto. Incluso tengo un hombre que voy a sacrificar en el proceso, un detalle que hará toda la diferencia.
—¿Sacrificar a uno de tus hombres? —Pregunté, sintiendo crecer la irritación dentro de mí, cuestionando sus tácticas.
—Como nuevo capo de la Cosa Nostra, no puedo perdonar a quien un día se atrevió a humillarme, así que sí, pero eso es asunto mío. Chiara necesita volver conmigo de manera segura, sin que nadie note que fue una transacción entre nosotros.
—Bien… esos detalles son asunto tuyo.

Después de tratar otros temas, se despidió. Permanecí sentado en el sillón, reflexionando sobre nuestra conversación. Leonardo era un hombre de principios, fuerte, estratégico; sería el líder que la Cosa Nostra necesitaba para restablecer su gloria perdida. Una alianza con él sería inteligente, pero eso era algo para discutir en otra ocasión.

Mis pensamientos, sin embargo, vagaron hasta Monteriggioni. Era allí donde mi mente deseaba estar. Reflexioné sobre cómo todo este caos me estaba sirviendo de una única manera: como distracción.

Empecé a reírme, solo en la vasta habitación, con el cigarro aún entre los dedos. Era inadmisible que, tras finalmente concluir mi venganza, en vez de celebrarlo, estuviera perturbado por palabras no dichas. No, peor: por sentimientos que no deberían existir por una muchacha que no tenía nada que ofrecerme. Bueno, nada más que un calor acogedor y una sensación de paz.

Suspiré, lanzando una bocanada de humo hacia el techo, como si intentara expulsar mis sentimientos junto con ella.

Había un evento social al que debía asistir esa noche. Un hombre como yo era disputado en cualquier evento, pero ya había confirmado mi presencia en la cena de la primera dama de Roma, acompañado de mi equipo local de Herrera Global S.A.

Todavía tenía tiempo. Solo tenía que tomar el jet privado y, en menos de una hora, estaría en la puerta de la casa de Elena y podría besarla, lamer ese cuerpo, oír sus gemidos y venerarla por completo. Pero no lo haría, mi dignidad no me permitía ver el rechazo en sus ojos. Sería un fantasma para Elena, mi santa Elena, mi ángel. Ella estaría para siempre en mi mente, ya lo había aceptado. Porque, en meses, no me interesé por ninguna otra mujer y tampoco lo deseaba. Me satisfacía solo, viviendo de los recuerdos de cada centímetro de su cuerpo, de esa mirada, de todo.

CAPÍTULO 40 – INVITACIÓN

ELENA GALLI

—¡Ahí, debe de ser él! —comentó doña Eleonora, espiando por la ventana mientras un coche elegante se estacionaba frente a su casa con sofisticación.

Que Dios me ayudara, pensé, esperando no hacer el ridículo. Su sobrino había llegado, y todo indicaba que intentaría emparejarme con él. Sin embargo, tal vez hubiera cambiado de idea. Al fin y al cabo, yo estaba embarazada de tres meses, aunque mi vientre aún no mostrara señales visibles. Las náuseas matutinas eran las mayores enemigas de mis mañanas, pero poco a poco estaba ganando la batalla contra los sentimientos negativos que me consumían. Cada día, la felicidad de saber que una vida crecía dentro de mí aumentaba.

—Estás preciosa, Elena —me dijo Serena, acompañando su comentario con un guiño alentador, mientras doña Eleonora se dirigía a la puerta para recibir al visitante.

Fruncí el ceño, reflexionando sobre sus palabras. ¿Estaba preciosa? ¿Y qué importaba eso, realmente?

—¡Giovanni, querido! —exclamó doña Eleonora, casi gritando de alegría al envolver a su sobrino en un cálido abrazo—. ¡Cuánto te he echado de menos, cuánto!
—Ya estoy aquí —respondió él, con una sonrisa que parecía absorber el azúcar del aire a su alrededor.

Giovanni era un hombre de piel clara, contrastando con el bronceado típico de los locales de Río de Janeiro, y un poco más bajo de lo que yo imaginaba, muy diferente a Alejandro... ¿Por qué lo estaba

comparando con Alejandro? Era evidente que Giovanni era un hombre de cualidades extraordinarias.

—Esta es Elena, ¿te acuerdas de ella? La nieta de la difunta Caterina —me presentó doña Eleonora con un orgullo exagerado, como si yo fuera una figura de gran importancia, y, sinceramente, no sabía dónde meter la cara.

Él me miró con una sonrisa amable, extendiéndome la mano:
—Es un placer conocerte, Elena —dijo, con una voz que parecía moldeada por la sinceridad.

Yo solo sonreí, sin palabras. Sabía exactamente lo que doña Eleonora tenía en mente, y estaba claro que esa idea no prosperaría.

—Oh, chicos... —Giovanni se dio la vuelta, y solo entonces todos notaron a una mujer rubia, alta y de una belleza impresionante acercándose, caminando con confianza en sus tacones altos—. Quiero que conozcan a mi prometida.
—¿Prometida? —preguntó doña Eleonora, frunciendo el ceño con confusión.
—Sí, quise darles una sorpresa. Estoy aquí en Italia para invitarlos a nuestra boda. Todos iremos a Brasil para celebrar la unión entre María Clara y yo —explicó él, tomando la mano de la mujer y besándola con devoción.

Sonreí con alivio. Estaba a salvo de más vergüenzas. Formaban una pareja espléndida, y nadie podía negarlo.

—Es un enorme placer conocer a la querida familia de mi amor — dijo la mujer, envolviendo a la señora Eleonora en un abrazo lleno de entusiasmo.
—Oh, querida, ¡el placer es todo nuestro! —respondió Eleonora con una sonrisa cálida—. ¿Y mi hermana? ¿Ya sabe todo?
—Sí, pasé ahora mismo por su casa. Ya está haciendo las maletas para el viaje a Brasil —contó Giovanni, con la voz rebosante de entusiasmo y alegría.

María Clara, con un encanto natural, nos saludó tanto a mí como a Serena. Su forma espontánea de acercarse hacía parecer que

éramos viejas amigas reunidas después de mucho tiempo.
—¡Italia es bellísima! Cada vez que vengo, siento una enorme reticencia a marcharme —comentó, mientras nos acomodábamos en asientos confortables.
—¿Entonces vienes a Italia con cierta regularidad? —pregunté, ahora sintiéndome más segura para interactuar, sabiendo que la situación no me pondría en aprietos.
—María Clara es embajadora de una reconocida marca de moda. Es modelo —explicó Giovanni, con un orgullo evidente en su voz al hablar de su amada—. Desfila y presenta los modelos más caros. Personas famosas de todo el mundo vienen personalmente a verla.

Serena y yo intercambiamos miradas de sorpresa, formando una perfecta "O" con nuestros labios. Nunca habíamos estado en presencia de alguien famoso antes. Bueno, corrigiendo: yo estuve frente a Alejandro Herrera, aunque no tenía idea de quién era. Él es bastante renombrado en el área y...
"Ah, no, Elena. Necesito mantenerme firme en mis principios."

—¿Y cómo se conocieron ustedes dos? —preguntó Serena, curiosa, rompiendo el silencio que se había instalado tras la revelación sobre la fama de María Clara.
—Fue en Río, durante una gala. Giovanni estaba allí como invitado especial de un evento de negocios y yo estaba desfilando —explicó María Clara, con los ojos brillando al recordar—. Nuestras miradas se cruzaron durante una pausa en la música y fue como si el mundo se hubiera detenido para nosotros dos.

Giovanni, sentado a su lado, tomó su mano con cariño.
—Fue amor a primera vista. Sabía que tenía que hablar con ella, aunque fuera solo para decir hola.
—¿Y qué dijiste? —pregunté, con la curiosidad avivada por el romanticismo de la historia.
—Le dije: 'Pareces un ángel que descendió del cielo para iluminar esta noche' —confesó Giovanni, con una risita avergonzada—. Fue cursi, lo sé, pero parecía lo correcto en ese momento.
María Clara rió, inclinándose para besarle la mejilla.

—Y funcionó, ¿verdad? Supe en ese instante que él era especial. Diferente a todos los demás.

Eleonora, que escuchaba atentamente, suspiró con satisfacción.
—Ah, el amor tiene esas cosas... Es mágico, inesperado.

La conversación continuó, girando en torno a los planes para la boda, el viaje a Brasil y las tradiciones familiares que se incorporarían en la ceremonia. Serena y yo escuchábamos, añadiendo comentarios aquí y allá, pero principalmente absorbiendo la alegría y la energía que Giovanni y María Clara traían consigo.
—Elena, debes venir a la boda. Tú y Serena, claro. ¡Será una celebración que no querrás perderte! —invitó María Clara, su voz llena de entusiasmo.
—Yo... me encantaría... —respondí, sintiendo un calor en el corazón. La idea de participar en algo tan especial, incluso no siendo parte directa de la familia, me conmovía—. Pero no quiero incomodar. Tienen mucho que organizar, y no me gustaría ser una intrusa.
—¡Ni lo pienses, Elena! —replicó Giovanni—. No serías una intrusa, ¡serías nuestra invitada de honor!
—Pero... —intenté argumentar, mi timidez apoderándose de mí.
—Y quién sabe, quizás tú también encuentres a alguien especial por allí —dijo Eleonora, con un brillo malicioso en los ojos, levantando una ceja con sugestión.
—¡Doña Eleonora! —exclamé, riendo y sonrojándome al mismo tiempo—. Vamos paso a paso, por favor. —Todos rieron—. Pero sí, muchas gracias por la invitación, será un placer estar presente en un momento tan especial para ustedes.

(…)

—¡Elena! —La voz de alguien llamando desde la puerta me despertó. Con un bostezo, me estiré, dándome cuenta de que últimamente estaba más soñolienta de lo habitual. Un leve malestar en el estómago me acompañó mientras caminaba hacia la puerta y, al echar un vistazo, vi que era Francisco, el hijo de doña Lucía.
—Francisco, me sacaste de la cama, no mires mi pelo —dije, intentando en vano arreglar mis cabellos despeinados al abrir la

puerta.
—Elena, conseguí un celular barato para ti —anunció emocionado, entregándome una bolsa.
—¿Barato cuánto? —pregunté, mi curiosidad despertándose.
—Baratísimo. Mi amigo compró uno nuevo y iba a darle este a su hermano, pero el niño aún es muy pequeño para tener celular, así que lo convencí de vendértelo a ti.
—Muchas gracias, Francisco. ¿Estás seguro de que cabe en mi presupuesto? Sabes que no gano mucho —le dije mientras examinaba el aparato, que parecía estar en excelente estado, lo cual solo aumentaba mis dudas sobre el precio.
—Sí, confía en mí y disfruta tu nueva adquisición. Ya tiene un chip nuevo. Después lo descontamos de un día de trabajo y todo estará bien —me guiñó un ojo con una sonrisa cómplice, y se dio la vuelta para marcharse.

Francisco era un joven intrigante. Aunque parecía tener una infinidad de temas para hablar, siempre se mostraba ocupado, partiendo tan rápido como llegaba.

Volví adentro, sosteniendo el aparato. Necesitaba comer algo, pero ¿qué? A esa hora, casi todo me causaba náuseas. Tomé una manzana, una de las tres que quedaban en el cesto, la lavé cuidadosamente y la comí, intentando ignorar el leve malestar estomacal. Luego, me fui a bañar, pues tenía una limpieza por delante, y las tareas del día no esperarían a nadie. Revisar el celular tendría que esperar.

Al salir para el trabajo, me sorprendí acariciando mi vientre. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando recordé nuevamente que, en menos de seis meses, tendría un niño en mis brazos, y yo estaría sola. Algo me decía que necesitaba avisar a Alejandro sobre esto o, si no lo hacía, sería mejor que él nunca se enterara... si es que quería sobrevivir.

Pensar en él todavía dolía. No sabía si algún día dejaría de doler. Pero haría todo lo posible por convertirme en una persona de la que

pudiera sentirme orgullosa. Una persona en la que mi hijo o hija pudiera mirarse.

CAPÍTULO 41 – SENSACIÓN EXTRAÑA

ALEJANDRO HERRERA

Algunos meses después...

Estábamos acomodados en una mesa de caoba pulida, en la cubierta superior de mi lujoso yate, la fresca brisa marina proporcionando un alivio bienvenido contra el calor insoportable que hacía. La reunión era de alto valor, y presentes allí estábamos: yo, vestido con un impecable traje Armani, Miguel, elegantemente casual con una camisa de seda, Pablo, con su chaqueta de cuero y Leonardo, cuyo porte austero se realzaba con un traje de lino blanco, y dos de los hombres de Leonardo, silenciosos y atentos, con sus trajes negros que reflejaban el brillo del sol. Mis tripulantes, miembros de La Serpiente de Plata, se movían discretamente a nuestro alrededor, sirviendo una selección de bocadillos finos como caviar, camarones a la parrilla y canapés de salmón, acompañados de copas de cristal con vino blanco helado, cuyo aroma se mezclaba con la salinidad del aire.

—Sophie tiene apenas 17 años, cuando cumpla 21 te será entregada como esposa —dije, observando el movimiento calmo de las olas, respetando el pedido de Miguel, que hacía pocas horas me había suplicado con un tono casi paternal, mientras tomaba una copa de vino.

Sabíamos exactamente lo que iba a discutirse. Miguel había hecho el papel de padre para Sophie, ofreciéndole protección y consejos como si fuera suya. Sophie servía bien a los propósitos que le eran impuestos y aceptó el matrimonio, pero pidió que fuera a los 21

años. Y, bueno, no vi razón para que no fuera así. Después de Elena, me sentía más liviano respecto a las mujeres, reflexionando sobre ello mientras probaba un camarón a la parrilla.

—Estoy de acuerdo, tampoco tengo prisa por casarme, pero firmaremos el acuerdo, para que ya tenga validez —dijo Leonardo, mientras ajustaba su reloj Rolex en la muñeca, con una expresión de alguien que calcula cada movimiento con precisión, antes de tomar un canapé de caviar.

Sabía que los rusos, con la caída de Marino, planeaban algo contra la Cosa Nostra, pero una unión entre la Cosa Nostra y el Cartel Mexicano podría hacerlos pensarlo dos veces. Mientras tanto, el sonido del hielo tintineando en las copas de vino añadía una nota de tranquilidad a la conversación.

Sé que Leonardo, como me dijo con ese brillo de determinación en los ojos, tuvo el apoyo del consejo y se convirtió en el nuevo Capo. Eso le dio aún más confianza, visible en su postura erguida, mientras saboreaba un sorbo de vino.

—Y en cuanto a mi boda, ocurrirá el mismo día que la tuya, o al menos con una semana de diferencia. Hasta entonces, enseña a tu hermana a no intentar huir —dijo Miguel, sus dedos tamborileando levemente sobre la mesa, ya que él era mi elegido para sellar el acuerdo de nuestra parte.

Pablo, con una sonrisa maliciosa, me pidió, de hermano a hermano, y no de subordinado al jefe: "Hermano, no me hagas casar ahora, tengo apenas 25 años, aún quiero follar mucho sin tener que dar explicaciones, y no quiero ser un cabrón comprometido, prefiero ser un cabrón soltero. Dame la misión de arrancarle la cabeza a un dragón, pero no me hagas casar tan pronto".

—De acuerdo, Chiara tendrá tiempo para madurar la idea de, bueno, casarse —rió Leonardo, pasándose la mano por el cabello, mientras la brisa marina llevaba su risa lejos.— Mi hermana es terca y vanidosa respecto a sus voluntades, creció en una prisión donde su deseo era ley —completó él, mirando hacia el horizonte donde el sol comenzaba a esconderse.— No quiero ofender el honor de tu

hermana, Miguel, pero supongo que es virgen —murmuró Leonardo, inclinándose hacia adelante en la silla, su tono era cuidadoso, mientras dejaba a un lado la copa de vino.

—Mi hermana fue criada para ser la esposa perfecta, ten por seguro que es pura —respondió Miguel, su rostro reflejando orgullo y protección, mientras ajustaba el botón de su camisa, un gesto de nerviosismo bien disimulado, y tomaba un aperitivo.— Chiara, sin embargo, creció rodeada de guardias, y...

—No hay necesidad de eso —interrumpió Leonardo, sosteniendo su copa.— Tras llevarla de vuelta, fue examinada para tener la certeza de que no sufrió ningún abuso aquí con ustedes. —Leonardo hizo una pausa, sus ojos barriendo el horizonte.— Sí, mi hermana es tan pura como la nieve recién caída en la cima de las montañas, intacta e inmaculada por la contaminación del mundo exterior.

Pablo colocó un documento sobre la mesa junto con una pluma de plata y, después de leerlo, todos firmamos.

De repente, un nudo en el pecho me obligó a respirar hondo, casi como si intentara inhalar el propio aire para alejar la incomodidad. Con un movimiento brusco, empujé la silla hacia atrás.

—Con permiso, señores, necesito ir al baño —dije, el corazón latiendo con fuerza como nunca antes había sentido.

Esa sensación que tenía, ni siquiera podía empezar a describirla. Era como si el mundo a mi alrededor estuviera girando, cambiando, como si una parte esencial de mí estuviera muriendo o, peor aún, como si estuviera a punto de perder algo tan valioso como mi propia alma. Con pasos apresurados, corrí hacia el borde del yate, el viento marino acariciando mi rostro como un leve consuelo. Contemplando el mar calmo, cuyas olas parecían respirar al ritmo de mi propio corazón inquieto, aflojé la corbata y encendí un cigarrillo.

Sabía que era Elena, esa sensación avasalladora solo podía ser por ella. Algo profundo en mí la deseaba, un anhelo que no había sido apagado por el tiempo, el poder o la distancia. Aún no la había olvidado, y sabía, en el fondo, que nunca la olvidaría.

—¿Dónde estás, carino? —pregunté al vacío del océano, las palabras cargadas de anhelo y arrepentimiento.

Sabía que, si chasqueaba los dedos, si usaba el poder que tenía, ella estaría de vuelta, al alcance de mis manos. Pero también sabía que la decisión de dejarla en paz, de permitirle vivir una vida lejos de mi sombra, era lo único que me quedaba para honrar lo que sentía.

ELENA GALLI

—¡Ahh, Dios mío, ahhh! —gemí de dolor, apretando con fuerza la correa del bolso de maternidad que estaba listo desde hacía semanas, mientras el coche avanzaba por las calles concurridas de Río de Janeiro.

—¡Ay, Dios mío, respira, por el amor de Dios! —gritó María Clara, visiblemente nerviosa, mientras me abanicaba con su abanico, intentando ofrecerme algo de consuelo.

—¡Ya casi llegamos, aguanta, Elena! —dijo Giovanni, con una voz que intentaba ser tranquilizadora, pero estaba tan ansioso como María Clara.

—¡Mi chiquitín va a nacer, quítense del medio! —exclamó María Clara, golpeando el vidrio del coche. Yo estaba pariendo, pero parecía que era ella quien iba a tener diez hijos.

María Clara se convirtió en más que una amiga. Ella y Giovanni me tomaron cariño como si yo fuera un nuevo miembro de la familia. Una pareja encantadora, cuya fortuna superaba con creces lo que la señora Eleonora podría imaginar, y lo más increíble, su riqueza no interfería en su personalidad ni en su humildad. A pesar de su riqueza y sofisticación, eran personas que conectaban conmigo, como lo había hecho la señora Eleonora a su manera.

El hito de nuestra amistad fue el día de su boda. María Clara tuvo una crisis de pánico minutos antes de entrar a la iglesia. La idea de ver a sus padres, que estaban divorciados y no se hablaban desde

hacía años, reunidos en el mismo lugar, la dejó en un estado de desesperación. La encontré sola, temblando como una hoja al viento, y con palabras reconfortantes, logré calmarla. Le dije que ese era su día, que todos estaban allí por ella, incluidos sus padres, y que todo estaría bien. Respiró hondo, me tomó la mano con una fuerza que expresaba gratitud, y logró seguir adelante con la ceremonia, que fue increíblemente emotiva.

Poco después, la señora Eleonora, tal vez sin querer, reveló mi situación. María Clara y Giovanni, al enterarse, no dudaron en ofrecer su apoyo. Yo, claro, acepté en el acto. Ahora trabajaba como empleada en su casa, donde era muy bien remunerada y estaba logrando ahorrar un buen dinero. Fue difícil, no lo voy a negar. A medida que mi barriga crecía, la realidad se instalaba en mí: el pánico, el miedo, la soledad. Porque, a pesar de todo el apoyo, me sentía sola. Pero no tenía de qué quejarme, sería casi un pecado, dado el cariño y la generosidad que me rodeaban.

El coche finalmente se detuvo frente al hospital privado, donde un equipo de enfermeros ya nos esperaba, alertados por nuestra frenética llamada telefónica durante el trayecto.

—¡Vamos, ya estamos aquí! —exclamó Giovanni, saltando del coche y corriendo para abrir la puerta del pasajero.

Con la ayuda de María Clara de un lado y Giovanni del otro, fui conducida al interior del hospital, las puertas automáticas se abrieron para recibirnos. El olor a desinfectante y la frialdad del aire acondicionado me golpearon como una ola de alivio y ansiedad al mismo tiempo. Era la hora, finalmente había llegado el día.

—¡Sala de partos, urgente! —gritó María Clara a la recepcionista, que ya estaba preparada, guiándonos con prisa.

Dentro de la sala de partos, todo ocurrió rápido. Me ayudaron a acostarme en la cama, las piernas ya posicionadas para el parto. El dolor era intenso, pero el deseo de ver a mi bebé era mayor.

—¡Empuja, querida, lo estás haciendo muy bien! —me animó la enfermera.

Un ruido sordo vino del pasillo. María Clara corrió a ver y regresó rápidamente con una sonrisa preocupada.

—Giovanni se desmayó —dijo, pero su tono era tranquilizador.— Lo están atendiendo.

—Ahhh —gemí, sin saber qué hacer de tanto dolor.

—¡Empuja, querida, ya casi está, lo estás haciendo muy bien! —insistió la enfermera, pero cada empujón parecía una lucha de titanes contra el dolor.

—¡No puedo, duele demasiado! —lloré, sintiéndome derrotada, el sudor escurriendo por mi rostro, mezclándose con lágrimas de desesperación.

—¡No, Elena, tú puedes! ¡Eres una guerrera! —insistió María Clara, apretando mi mano con fuerza.

—Sé que es insoportable, pero ya casi está, ¡empuja un poco más! —repitió la partera.

Con cada contracción, el dolor escalaba, pero dentro de mí, emergía una fuerza, una determinación que no sabía que tenía. Mi visión comenzó a nublarse con estrellas danzando ante mis ojos, pero sabía que tenía que encontrar la fuerza para traer a mi hijo al mundo.

El esfuerzo resultó en un llanto agudo, el sonido más hermoso que jamás había escuchado. Mi bebé, mi pequeña maravilla, estaba allí.

—Felicidades, querida. ¡Es un hermoso niño! —anunció la partera, levantándolo para que pudiera verlo, su carita roja y arrugada en un llanto que anunciaba su llegada al mundo.

Cuando mis ojos encontraron los suyos, la emoción fue la más intensa que jamás había experimentado.

—Augusto —susurré.— A pesar de haber sido concebido en la oscuridad, eres sagrado.

La elección del nombre, además de su hermoso significado, era una forma de no alejar tanto a mi hijo de su familia paterna. Nunca

conocería a Alejandro, pero llevar el nombre de su abuelo sería mi manera de hacer mi parte, al menos un poco.

Lágrimas de alegría y agotamiento se mezclaron en mi rostro cuando me entregaron a mi hijo, aún conectado a mí por el cordón umbilical.

María Clara, con los ojos llenos de lágrimas, asintió suavemente con la cabeza, emocionada por la elección del nombre y su profundo significado.

CAPÍTULO 42 – LO MEJOR PARA MI HIJO

ELENA GALLI

Un año y once meses después…

—Tranquilo, Augusto, mamá ya casi termina —agité el biberón antes de entregárselo a mi pequeño travieso, que literalmente saltaba de ansiedad por tomarlo, con sus ojitos oscuros brillando de impaciencia y amor.

Mi bebito ya tenía 2 años, bueno, los cumpliría en menos de un mes, un hito que yo esperaba con orgullo. Sin duda, él era el centro de mi vida, el sol alrededor del cual yo orbitaba, y cada risita suya era como una melodía que hacía bailar mi corazón.

—¡Qué niño tan lindo! ¡Precioso! —exclamó una clienta, observando la escena con una sonrisa contagiosa, claramente conmovida por la ternura del momento.

Estaba en el quiosco que María Clara me ayudó a abrir en Ipanema, una de las playas más deslumbrantes de Río. Ya no trabajaba como empleada doméstica y tenía dos trabajos: el quiosco, donde vendía bebidas y bocadillos, y también era asistente de María Clara, especialmente cuando tenía algún evento importante y necesitaba ayuda extra. En realidad, yo era la asistente de su asistente, pero eso no disminuía la importancia que sentía al formar parte de su equipo.

Algunos meses después del nacimiento de Augusto, con el dinero que había ahorrado, comenté la idea de abrir el quiosco y María

Clara ofreció ser socia. Ella es una mujer con muchos emprendimientos, Giovanni también, y son una pareja con visión de futuro.

Tuve suerte por toda la ayuda y apoyo que recibí, sin embargo, en el fondo, era una madre soltera, y mientras dependiera de mí, así sería hasta que mi hijo fuera adulto. Ser madre despertó tantos miedos... Cada fiebre que mi bebé tenía por las noches me llenaba de temor de que fuera algo grave. Y ni hablar de las noticias de violencia contra niños. No, necesitaba enfocarme solo en mi bebé, mi pequeño Augusto, el centro de mi universo.

—Se parece mucho a su papá —respondí a la clienta con una sonrisa orgullosa, sintiendo una mezcla de nostalgia y felicidad al ver el parecido.

Sí, no podía ser hipócrita. Mi hijo era hermoso, un pequeño dios griego, y era la viva imagen de Alejandro Herrera.

—Su esposo debe ser muy guapo, con todo respeto —comentó la clienta con una risita y la mano sobre la boca.

—Soy viuda —respondí torciendo los labios, sintiendo un leve apretón en el pecho—. Pero sí, él era un bombón —dije, consciente del doble sentido, sabiendo que Alejandro Herrera era el bombón entero, no solo un pedazo.

Sabía todo sobre Alejandro Herrera... bueno, todo lo que era posible saber por internet. Desde que compré el primer celular, de Francisco, comencé a investigar sobre el mafioso y, resulta que en internet solo había cosas buenas sobre él. El hombre era simplemente un importante multimillonario, hijo adoptivo de una familia influyente. Le asesinaron a sus padres cuando era niño, y tal vez eso explique un poco la vida violenta que llevaba, pero en fin, yo había seguido adelante. Sin embargo, por el bien de mi hijo y por nuestra seguridad, siempre estaba investigando sobre él, para saber si había alguna novedad que necesitara conocer. Nada más que logros y más logros. Ni escándalos tenía. Ninguna mujer. Aquella chica italiana fue mencionada como "olvidada, él renunció a ella". Pero sabiendo que ese tal Antonio Marino había muerto, entendí que Alejandro había

conseguido lo que tanto quería. Había matado a Antonio Marino. En fin, siempre pensaba en Alejandro, pero mi hijo era suficiente para vivir una vida feliz y tranquila.

—Oh, lo siento... debe ser muy difícil. Yo no me imagino sin mi esposo —respondió ella con semblante triste, mostrando su empatía.

—No te preocupes, ya fue hace mucho tiempo y, al menos, él me dejó a mi hijo —sonreí, tratando de aligerar el ambiente—. ¿Qué tal está el jugo? —pregunté, cambiando de tema.

Tras la breve interacción con la clienta, volví mi atención hacia Augusto, que ahora estaba sentado en una sillita al lado del mostrador del quiosco, jugando con algunos juguetes de plástico que había traído para él. Normalmente, Augusto iría al jardín de infancia a esa hora, pero hoy no se sentía muy bien. Amaneció con una fiebre leve, lo cual me dejó en alerta, pero, por suerte, parecía estar mejorando. Aun así, preferí tenerlo conmigo en el quiosco, donde podía observarlo de cerca.

—¡Mamá, pelotita! —exclamó Augusto, sosteniendo una bolita de goma, con sus ojitos brillando por el descubrimiento, aunque todavía parecía algo frágil.

Era hablador y, aunque su vocabulario no superaba las 100 palabras, parloteaba todo el día. Mi pequeño inteligente.

—¡Qué lindo, cariño! —respondí, mientras preparaba un smoothie de mango para un cliente que acababa de pedir—. Pero espera un poquito, te ayudo a jugar después, ¿sí? ¡No te lo pongas en la boca!

El quiosco estaba ubicado en una zona perfecta de Ipanema, con una vista directa al mar y una brisa suave que traía el olor a sal. Era un punto estratégico, siempre con clientela constante de turistas y residentes locales que amaban el ambiente relajado del lugar. Sabía que a Augusto le encantaba estar allí, aunque aún fuera muy pequeño para entender por qué, especialmente hoy, cuando necesitaba cuidados extras.

Durante las horas pico, cuando aumentaba el movimiento en el quiosco, tenía un rincón especial para Augusto, con cojines y

juguetes, donde podía sentirse seguro y feliz. Lo colocaba allí con algunos de sus juguetes favoritos, un cochecito de madera y un osito de peluche al que llamaba "BeeBee", asegurándome de que tuviera agua y un paño frío en la frente para ayudar con la fiebre residual.

—Mira, Augusto, ¿quieres ver un truco genial? —le dije, haciendo volar uno de los biberones de una mano a otra. Él rió, pero de una manera más contenida, claramente aún recuperándose.

Entre una preparación y otra, le cantaba canciones infantiles en portugués e italiano, mezclando melodías que me enseñó mi abuela con otras que había aprendido de María Clara y Giovanni. A Augusto le encantaban, se mecía al ritmo de la música mientras yo servía los pedidos, siempre con un ojo atento a sus necesidades.

—¡Dos jugos de açaí, por favor! —pidió una pareja joven que acababa de llegar, ambos con tatuajes coloridos en los brazos, típicos de los clientes del quiosco.

—Claro, ya los preparo —respondí, mientras Augusto intentaba imitar mi manera de hablar, diciendo "pa-pa" con una sonrisa orgullosa, aunque con un tono más frágil de lo habitual.

Mientras preparaba los jugos, mantenía un ojo sobre Augusto, asegurándome de que no se alejara mucho. A veces, intentaba levantarse, tambaleándose hasta el lado del mostrador, donde era peligroso que estuviera, porque podía agarrar algo, y yo rápidamente lo tomaba en brazos, devolviéndolo a su lugar seguro. Ese no era un buen lugar para él, pero de vez en cuando tenía que arreglármelas sola.

—Augusto, cariño, quédate aquí, mamá está trabajando, pero pronto jugaremos juntos, ¿sí? —le decía, acariciando su cabello suave, sintiendo un leve calor que me tranquilizaba al notar que la fiebre estaba bajando.

La tarde transcurrió con una mezcla de risitas suaves de Augusto, el sonido de las olas de fondo, y el zumbido constante de la vida en el quiosco. Servía bocadillos, le contaba historias a Augusto y, cuando

el movimiento disminuía, tomaba una pelotita y jugaba con él, lanzándola suavemente para que intentara atraparla, lo que siempre resultaba en gritos de alegría e intentos adorables de captura, aunque hoy más tranquilos.

Al final del día, cuando el sol comenzaba a ponerse, cerraba el quiosco, guardando todo mientras Augusto, ya cansado, dormitaba en su cochecito. Lo cubría con una mantita ligera, ajustaba su sombrerito, y comenzábamos nuestra caminata de regreso a casa, la rutina constante que nos mantenía en movimiento, pero siempre con espacio para el amor y las risas. Amaba mi vida, Augusto realmente me enseñó el sentido de la vida, como decía doña Eleonora.

Sin embargo, en el fondo, muy en el fondo, me sentía culpable por estar robándole esa sensación a Alejandro. Pero tenía miedo, miedo de su reacción, y miedo de ver a mi hijo siendo criado en ese ambiente. Estaba haciendo lo que era mejor para mi hijo.

CAPÍTULO 43 – SUSTO

ELENA GALLI

Al llegar a casa, ubicada en una zona agradable y casi noble de la ciudad, bañé a Augusto, le serví su comidita y lo acosté a dormir. Gracias a Dios, la fiebre había bajado por completo y ahora mi niño estaba a salvo de cualquier mal.

Calenté unos bocadillos que había traído del quiosco, sobrantes del día, para que no se echaran a perder, ya que me gustaba ofrecer productos frescos a los clientes. Comí acompañada de un jugo que exprimí de unas naranjas y me senté en el sofá con el álbum del primer cumpleaños de Augusto para mirar. Ah, qué día tan increíble fue ese…

El primer añito de mi niño fue el mejor año de mi vida, aunque los primeros días fueron aterradores. Descansé durante un mes, pero después volví a mis quehaceres, a pesar de las protestas de Maria Clara. No, yo estaba bien, estaba fuerte, y mi niño no me estorbaba en nada; cuando lloraba y quería amamantar, yo le ofrecía el pecho. Pero, lamentablemente, a los cuatro meses lo dejó y solo quiso el biberón.

Pasé las páginas del álbum y vi la foto del momento del pastel, donde yo sostenía mi tesoro con una sonrisa y él aplaudía, sonriente, mirando el pastel decorado de Mickey. No había muchos invitados, solo yo, Maria Clara y Giovanni, la madre de Maria Clara, Brenda, su asistente, y su esposo con su hijita. Pero todo estaba tan perfecto que no necesitábamos nada más. No veía la hora de hacer la fiestita de dos años y, esta vez, habría más invitados, ya que en este año que había pasado, conocí a más personas.

La señora Eleonora y los demás en Italia estaban ansiosos por una visita, pero aún no era el momento; necesitaba prepararme mejor financieramente. Tenía muchos planes, y uno de ellos era comprar mi propia casita.

Doce días después…

—¿Revisaste el maquillaje? —preguntó Brenda, la asistente de Maria Clara, mientras se movía de un lado a otro, revisando cada detalle.

—Sí —respondí, manteniendo la calma, con el cuadernito en una de las manos, donde anotaba todo meticulosamente.

—¿Los vestidos? —continuó, con la voz un poco más alta, como si estuviera dirigiendo una orquesta de preparativos.

—Sí, todos están listos e impecables —aseguré, pasando los ojos por las piezas de alta costura dispuestas en perchas de terciopelo, cada una más deslumbrante que la otra.

—¿Y el agua, la recargaste? —preguntó casi sin respirar, como si la respuesta pudiera cambiar el rumbo del evento.

—Sí, Brenda, está todo en orden —afirmé, señalando las botellas de agua mineral que brillaban bajo la luz del camerino, alineadas en una mesa lateral.

—Esta noche tiene que ser perfecta —dijo ansiosa, pasándose las manos por el cabello, alisándolo de forma nerviosa.

—Me están poniendo nerviosa, parece que ustedes son las que van a desfilar —se quejó Maria Clara, mientras un equipo de maquilladoras y peluqueros la rodeaba, ajustando los últimos detalles de su look. Ella se miraba en el espejo, donde se reflejaba su imagen—. Estoy acostumbrada a esto, pero ustedes hacen parecer que el presidente de los Estados Unidos estará aquí.

Esa noche sería el gran día de presentación de la marca exclusiva que Maria Clara estaba lanzando, un sueño que cultivaba desde hacía años. La sala estaba llena de actividad, con modelos ensayando pasos y técnicos ajustando equipos de sonido e iluminación. Habría posibles patrocinadores de todo el mundo

presentes, los más influyentes y ricos, y por eso Brenda estaba en estado de alerta máxima, sin querer fallar en nada.

—Todo va a salir bien, amiga, relájate, sabes que siempre arrasas —dije, guiñándole un ojo en un gesto de aliento, mientras Maria Clara hacía esa carita de perrito abandonado que todos conocíamos bien.

Estaba teniendo unos dolores de cabeza debido al estrés de este evento, pero yo estaba segura de que todo saldría bien; el éxito estaba en el aire.

—¿Y Giovanni? ¿Ya llegó? —preguntó.

—Sí, está recibiendo a algunas personas y pronto vendrá a hacerte compañía para calmarte —contesté, mirando hacia la puerta, esperando que el soporte moral de Giovanni llegara en cualquier momento.

—Elena, tu bebé está llorando mucho —dijo Bianca, la niñera de Augusto y Alice, entrando en la sala. Su voz, aunque amortiguada por el ambiente ruidoso, expresaba la urgencia de una madre.

Bianca cuidaba de nuestros niños mientras trabajábamos en medio de esa locura, asegurándose de que el futuro y el presente de la moda no fueran interrumpidos por los llantos de los pequeños.

—Voy a calmarlo, rapidito —le dije a Brenda haciendo un puchero. Ella hizo un gesto con la mano para que me apurara.

Caminé por los pasillos y entré a la salita donde estaban los niños. Mi bebé lloraba queriendo salir e ir a donde estaba sucediendo la fiesta.

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué pasa, niño? —pregunté extendiendo la mano—. ¿Por qué estás tan inquieto hoy?

—Pesta —dijo llorando, señalando la puerta.

Quería fiesta.

Reí, meciéndolo.

—Ya viene tu fiesta de cumpleaños. Alice va a ir, ¿verdad, Alice?

—Sí… —dijo Alice canturreando, jugando con la falda de su vestido.

La niña de Brenda tenía tres añitos y era una princesa.

Después de unos minutos con los niños, Augusto se calmó y pude regresar a donde tenía que estar.

El desfile comenzó. La música ambiental, cuidadosamente seleccionada por Brenda, creaba la atmósfera perfecta. Las luces cambiaban de color, pintando a cada modelo con una belleza distinta mientras desfilaban. Los vestidos, que yo había ayudado a organizar, fluían graciosamente con cada paso, capturando las miradas y la admiración del público.

Maria Clara, con su colección de alta costura, estaba radiante en su desfile y, con cada modelo que también presentaba su creación, el público aplaudía, confirmando que su trabajo había sido bien recibido. Giovanni aplaudía desde el público junto con los demás.

—¿Ves? Todo está saliendo como lo planeamos —le susurré a Brenda, que me abrazó con entusiasmo.

—¡Parece que sí! —Aplaudió de felicidad.

Cuando el desfile llegó a su fin y la multitud ya se había dispersado, estaba ayudando a Maria Clara a quitarse el maquillaje —porque, además de todo, yo cumplía mil y una funciones— cuando Giovanni entró al camerino acompañado de tres hombres. Era evidente que serían los patrocinadores.

—Entonces, como prometí, aquí está Maria Clara, mi talentosa esposa y la mente brillante detrás de la colección —anunció Giovanni con un orgullo palpable, mientras yo ayudaba a Maria Clara a levantarse. Ella, acostumbrada a esas interrupciones, mantuvo la compostura profesional, incluso con una toalla en la cabeza—. Querida, me gustaría presentarte a los señores: Wilson, Thompson y Herrera.

Yo, que hasta entonces estaba ajena a la conversación, levanté la cabeza bruscamente al escuchar el apellido Herrera. En un relámpago de pensamiento, me dije a mí misma “debe ser solo una coincidencia”, pero en cuanto mis ojos se ajustaron y captaron la

imagen del más alto e impresionante de los hombres presentes, me llevé un susto y me giré inmediatamente de espaldas, como si intentara borrar lo que mis ojos acababan de ver, esperando no ser vista, deseando ser invisible.

Sin embargo, si mi corazón persistía en latir con tanta intensidad, pronto todos notarían mi nerviosismo.

¿Qué demonios hacía Alejandro allí?

De repente, su perfume me envolvió, intoxicándome hasta el punto de que respirar se volvió una tarea imposible. Ellos continuaban la conversación, pero yo estaba completamente sorda a las palabras, paralizada, manipulando de forma automática algún objeto sobre el tocador, como si eso pudiera anclarme a la realidad.

—¿Elena? —Maria Clara tocó suavemente mi brazo, pero permanecí estática, como una estatua.

—Estoy diciéndoles a los señores que tengo un equipo excepcional —dijo con un tono que esperaba que yo me diera la vuelta y me presentara, pero simplemente no podía hacerlo.

CAPÍTULO 44 – NOSTALGIA

ALEJANDRO HERRERA

Cuando puse un pie en aquel camerino, fui invadido de inmediato por su aroma —un perfume que evocaba recuerdos de días mejores — y todo mi cuerpo se tensó, como si cada músculo recordara, de repente, el impacto que ella tuvo en mí. Otra vez estaba ocurriendo: el sudor frío que descendía por mi frente, el corazón latiendo tan rápido que parecía querer escapar de mi pecho y la nostalgia arrolladora de la mujer que marcó mi vida de forma indeleble. Sin embargo, mantuve la compostura, actuando con la naturalidad de un diplomático al ser presentado a la modelo Maria Clara. Iba a patrocinar su lanzamiento como una forma de expandir mi nombre y mis proyectos.

—Felicidades por la excelente presentación —dije al saludarla, con un tono de voz cordial—. Estoy ansioso por el lanzamiento.

—Gracias, señor Herrera, pero no soy solo yo, tengo un equipo maravilloso que me ayuda en todo —dijo, girándose ligeramente para mirar hacia atrás, donde una mujer estaba de espaldas, ocupada con algo.

Esa silueta... Mierda, ahora estaba teniendo alucinaciones. Sería demasiado para mi corazón soportarlo.

—¿Elena? —Maria Clara tocó el brazo de la mujer con suavidad, pero ella no reaccionaba, como si fuera una estatua—. Les estaba contando a los señores lo increíble que es mi equipo.

—¿Elena? —pregunté, con la voz quebrada, llena de sorpresa y, tal vez, un poco de miedo.

Mierda, todos los ojos se volvieron hacia mí, curiosos por mi comentario.

La mujer, finalmente, se dio la vuelta. Se dio la vuelta y, en ese momento, fue como si el mundo entero dejara de girar. Como si la tierra decidiera, solo por ese instante, dejar de orbitar el sol y dedicar su rotación a ella.

Ahí estaba ella, ese era su olor; no estaba delirando.

Yo era el maldito líder del cartel mexicano, el temido Alejandro Herrera, el multimillonario que podía comprarlo todo, desde silencio hasta lealtad, pero, en ese instante, estaba frente a la única persona en el mundo que conseguía dejarme completamente sin acción. La única que podía hacerme vacilar, que convertía mis decisiones en un campo minado de dudas, obligándome a pensar mil veces antes de actuar.

—¿Ya se conocen? —preguntó Maria Clara, al notar nuestro intenso y largo intercambio de miradas.

Elena, casi instintivamente, se apresuró a negar con la cabeza, intentando negar cualquier conexión pasada. Y yo, bueno, yo estaba dispuesto a seguir su deseo, aunque eso significara sentir mi pecho siendo perforado por mil disparos a quemarropa.

—No, ¿cómo podría conocerla? —respondí, manteniendo un tono de voz sereno, aunque dentro de mí hubiera un torbellino de emociones —. Es un placer, Elena, estar frente a una parte tan valiosa del excelente equipo de Maria Clara. —Extendí la mano, ansioso, debo admitir, por sentir su calor, por ver si el tacto podía traer alguna migaja a mi corazón desbocado.

Ella tocó mi mano y la retiró con prisa, pero todo mi cuerpo se estremeció con ese contacto, especialmente mi polla.

Elena estaba tan hermosa, más radiante que nunca, los pechos más grandes, las caderas más anchas, el cabello brillaba como si tuviera vida propia y, si no fuera por la mirada asustada que me enfrentaba, diría que era otra mujer. La conversación continuó, pero yo solo

asentía con la cabeza, porque mi atención, por más que mirara a los demás, estaba completamente en Elena.

—Con permiso, necesito irme —dijo Elena, con la voz temblorosa, saliendo con una prisa que parecía desesperación.

—Bueno, perdón, necesito atender el teléfono —dije, con el corazón en la garganta, sacando el aparato del bolsillo, obviamente mintiendo para justificar mi salida.

Salí con prisa y vi, al lado izquierdo, a Elena doblar hacia el pasillo; la seguí como si estuviera participando en una maratón, con el corazón acelerado y la respiración agitada. Pero no era por el ejercicio, sino por la situación.

No iba a perderla de vista. La alcancé y la sujeté del pulso con firmeza, tirándola hacia atrás, detrás de un perchero que nos ocultaba de las miradas curiosas.

—¿Por qué huir, cariño? —mi voz salió ronca, presionando mi cuerpo contra el suyo—. ¿No sentiste nostalgia? —pregunté, besando su cuello, sin poder contener la añoranza que me consumía como un fuego lento.

Ella enredó los dedos en mi cabello, tirando con fuerza, y arqueó su cuerpo hacia mí, ofreciéndome sus labios deliciosos, en los que me sumergí con ferocidad, apretando mi cuerpo contra el suyo, sintiendo cada curva y cada temblor de ella.

—Bella, bella, qué nostalgia… ¡de ti, de tu olor! —dije entre besos, con la voz temblorosa, levantando su pierna y acomodándome entre sus muslos, pasando la mano por su braga, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo.

Era más que un manoseo. Me estaba abriendo, confesando cosas que antes ni siquiera me atrevía a pensar. La palabra "nostalgia" significaba mucho más de lo que decía; significaba un sentimiento que nunca dejó de existir, una llama que jamás se apagó del todo.

Elena interrumpió el beso de repente, sus labios aún calientes contra los míos.

—Alejandro, por favor, déjame en paz —dijo con un tono de desesperación, su voz temblorosa, pero firme, mientras nuestros rostros permanecían pegados, el calor de su respiración mezclándose con la mía.

—¿Por qué? Después de este beso, ¿por qué me castigarías así? —pregunté, con la voz cargada de confusión y deseo, sujetando su nuca con delicadeza, obligándola a mirarme.

—Tú solo eres el villano de mi historia y yo no soy más que una zorra que pasó por tu cama —dijo, sus ojos reflejando un dolor profundo.

—No, no hables así, cariño, tú eres mucho más que eso. Tú eres...

—¡Déjame en paz, por favor! —me interrumpió, su voz ahora más alta, implorando una libertad que yo no quería conceder. Intentó alejarse, pero yo, en un movimiento instintivo, la sujeté del brazo, sin querer que aquel momento terminara.

—Tú no eres una zorra, Elena. Eres importante, tú eres...

—Déjame ir… —tiró del brazo con fuerza, liberándose de mi agarre, y salió corriendo. Apoyé la cabeza en la pared fría, cerré los ojos y respiré con dificultad, sintiendo el peso de su ausencia como una carga insoportable.

Yo no la había buscado, eso no fue parte de ningún plan mío, sino un capricho del destino. Fue el mismo destino el que orquestó nuestro reencuentro, el que me llevó hasta ella una vez más. Todos los recuerdos que se acumularon en mi mente, los sentimientos que nunca me abandonaron realmente, mi falta de interés por cualquier otra mujer que no fuera ella, todo eso tenía un significado, un propósito oculto. No fui yo quien la buscó, pero ahora que el destino nos reunió de nuevo, no iba a aceptar su “no” sin antes intentar, con todas mis fuerzas, conquistar su “sí”.

CAPÍTULO 45 – VILLANO

ELENA GALLI

Miré hacia atrás una vez más con el corazón en la garganta, para tener la certeza absoluta de que no estaba siendo seguida, de que Alejandro no estaba justo detrás de mí, preparado para arrebatarme a mi hijo y acusarme de habérselo robado. ¡Dios mío! Realmente estaba jodida ahora, en una situación que parecía no tener salida. Además de todo, mi cuerpo y mi corazón lo anhelaban con una intensidad que rozaba la desesperación, como si fuera un ángel caído, y no el demonio que yo sabía que era.
Alejandro Herrera tenía un efecto visceral sobre mí, como si fuera el maestro de los hilos invisibles que movían cada fibra de mi ser, haciéndome caer en la tentación una y otra vez, y ceder a sus hechizos que eran, al mismo tiempo, deliciosos y peligrosos. No podía entender por qué había reaccionado de una manera tan inesperada, por qué me había besado con tanta pasión y dicho que me extrañaba. Fueron palabras dulces que, en lugar de reconfortarme, me dolieron profundamente, porque yo quería, con cada parte de mí, que fueran verdaderas.
Sin embargo, no podía olvidar lo que realmente importaba, lo que debía ser mi prioridad por encima de todo: mantener a mi hijo a salvo.
Entré en casa con el corazón acelerado y apreté a mi bebé contra mí, sintiendo alivio y miedo al mismo tiempo. Las lágrimas comenzaron a escapar ahora que estábamos a salvo. No sabía si debía correr a hacer las maletas y huir o arrodillarme y comenzar a rezar por un milagro. Mi hijo me miró con sus ojitos asustados, reflejando mi propio pavor, y comenzó a llorar también, asustado por

mi reacción. Solo entonces me di cuenta de que necesitaba mantener la cordura, no solo por mí, sino por él.
Me limpié el rostro con la manga de la blusa y forcé una sonrisa, intentando disimular todo el pánico.

—Tranquilo, mi amor, fue solo una heridita, pero ya sanó —dije, jugando con su mejilla para calmarlo, y él, en respuesta, se tranquilizó y empezó a reír, una risa pura e inocente que me trajo un breve momento de paz.

—¿Sanó? —preguntó con su vocecita inocente, acariciándome el rostro como si intentara curar mis heridas.

—Sanó. ¿Me das un besito? —Me dio un besito en la mejilla, un besito húmedo que parecía contener todo el amor del mundo.
Mi celular sonó, interrumpiendo el momento: era María Clara, obviamente queriendo saber sobre mi extraño comportamiento durante el evento.

—¿Amiga? —Atendí, intentando mantener la voz firme, como si nada hubiera pasado.

—¿Qué fue eso? ¿Acaso viste un fantasma? —preguntó, preocupada.

—¿Estás segura? ¿No hay nadie escuchando?

—No hay. Giovanni está en el baño, ¿qué pasa?

—Ese es el padre de mi hijo, me encontró y ahora estoy perdida.

—Pero me pareció tan agradable, amiga, no se parece al demonio que describiste.

—¿Nunca oíste decir que el demonio es seductor y hermoso? —pregunté con tono irónico, pero también de advertencia.

—Mira, ¿quieres que vaya allá? No, ¿quieres pasar unos días en mi casa? —Ofreció, siempre atenta.

—No, voy a relajarme, pareció sorprendido al verme, tal vez no tenga tanto interés en mí y simplemente se vaya.
—Sí, cualquier cosa, háblame, por favor.
—Gracias y felicidades, fue un éxito.
—Gracias, amiga, estoy muy feliz, gracias a Dios. Fuiste de gran

ayuda.
—Claro que no, todo fue mérito tuyo. Felicidades, te quiero. Gracias por todo lo que hiciste hoy.
—¿Quieres hacerme llorar, fea? ¿Hablas en serio?
Reímos por teléfono y, Augusto, al notar mi alegría, me miró con curiosidad y rió también, imitando mi risa.
A la hora de dormir, me encontré dando vueltas en la cama repetidamente, inquieta. Aunque luchaba contra ello, inevitablemente mis pensamientos se dirigieron a esos días inolvidables con Alejandro...
Recuerdo el lago detrás de su casa, donde el día estaba hermoso, el sol brillando intensamente, bañando nuestras pieles desnudas con su calor mientras estábamos bajo el agua. Nos besábamos con una intensidad que parecía detener el tiempo, intercambiábamos caricias que hablaban por nuestras almas. Alejandro, con sus besos masculinos y posesivos, pero también sorprendentemente tiernos, me penetraba mientras yo tenía las piernas firmemente enredadas alrededor de su cintura. Gemía de placer, sintiendo cada movimiento suyo, el agua meciéndose suavemente a nuestro alrededor. Fue tan maravilloso... Alejandro, con su belleza de ensueño y una mirada tan penetrante que aceleraba mi corazón, ya tenía el poder de conmoverme de una manera que no podía explicar, pero esos tres días juntos me dejaron una colección de recuerdos tan vívidos que se convirtieron en un instrumento de tortura constante... Y ahora, después de aquel reencuentro sorprendente y del beso que llevaba una ardencia casi insoportable, me sentía como si hubiera sido arrojada de nuevo al abismo profundo del que creí haber escapado.

Estaba tan segura, tan absolutamente convencida de que mi pesadilla había terminado, que todo estaba en el pasado... Pero lo más cruel era que, con él de vuelta en mi vida, comenzaba a cuestionarme si tal vez aún había algo que decir, si no había interpretado todo mal, si en realidad no era el villano que pinté, sino alguien que se involucró conmigo tanto como yo me entregué a él.

ALEJANDRO HERRERA

Fue Diego quien me acompañó hasta Río de Janeiro, además, claro, de mis guardaespaldas, que nunca me dejaban solo. Ese no era un viaje con segundas intenciones; todo estaba fluyendo perfectamente en La Serpiente de Plata, y ese, definitivamente, era mi año. Estaba en Río solo para hacer el papel del hombre de negocios que debía ser, con el objetivo de expandir mis emprendimientos.
Eso era bueno, porque ahora podía redirigir mi energía hacia Elena, y descubrir más sobre ella, entender qué demonios estaba haciendo en un país tan lejano de Italia y, curiosamente, más cerca de mí de lo que jamás podría haber imaginado.
—¿Rosas? —preguntó Diego, frunciendo el ceño con expresión de sorpresa.
Nunca me había preocupado por especificar un tipo de flor cuando deseaba homenajear a alguien, pero esta vez parecía diferente.
—Sí, quiero un enorme ramo de rosas rojas, pero no quiero que les quiten las espinas. Simbolizan que la belleza muchas veces viene acompañada de dolor y desafíos, así como la propia vida, llena de momentos bellos y espinosos.
—Está bien, señor, lo arreglaré —Diego asintió, comprendiendo la profundidad de mi pedido, y salió de la habitación del hotel, donde tenía una vista amplia y deslumbrante de la playa de Ipanema.
Allí sabía que Elena trabajaba, en un quiosco siempre concurrido, conocido tanto entre los locales como por los turistas.
Puse ambas manos sobre la baranda del balcón del penthouse donde estaba hospedado. Aún usaba una bata de baño y mi cabello estaba ligeramente mojado. Mi cuerpo se estremecía cada minuto con el recuerdo del encuentro de la noche anterior con Elena. Aún no creía en la coincidencia de ese momento. No fue coincidencia, joder. El mundo era demasiado grande como para que algo así fuera solo suerte o casualidad.
La noche anterior, en medio de la prisa, solo logré, discretamente,

averiguar a través de una compañera de trabajo dónde estaría ella hoy —claro que fue gracias a Diego, yo mismo no me arriesgaría a preguntar, ya que ella quería fingir que no me conocía. Tenía que ser cuidadoso, mantener la distancia, pero también necesitaba saber todo sobre cada uno de sus pasos.
No quería cruzar la línea con ella otra vez, ya lo había hecho al principio, hace años, y ahora me consideraba el "villano" de su historia. Y me arrepentía amargamente de haber cometido ese error. Tal vez, si desde el inicio hubiera sido Chiara la que fue capturada, no estaría ahora como rehén de un sentimiento tan asfixiante que me dejaba sin aliento.

CAPÍTULO 46 – IMPREVISTO

ELENA GALLI

—Aquí tienes tu pedido —dije con un tono casual, entregando el vaso de jugo de naranja recién exprimido al cliente que esperaba pacientemente—. ¿Quién sigue? —pregunté, mi atención ya desplazándose hacia el siguiente pedido mientras mis ojos recorrían la fila de clientes ansiosos por un servicio rápido en aquel día soleado.
Ya era hora de contratar a una ayudante.

—Quiero una bebida llamada "Beso de Ángel", y sé que solo la sirven aquí —escuché la voz de Alejandro, una voz que reconocería en cualquier lugar, y casi se me cayó el trapo de cocina de la mano del susto.
Levanté la vista, y ahí estaba él, sosteniendo un ramo de rosas rojas intensamente coloridas, y mi corazón empezó a latir más rápido, sin saber cómo reaccionar. Mi instinto gritaba que huyera, porque no parecía que Alejandro fuera a rendirse tan fácilmente con respecto a lo que sea que quisiera. La determinación en sus ojos era inconfundible y yo la conocía muy bien.

—Bueno, esa no la preparamos aquí —respondí con una sonrisa algo forzada mientras me acercaba al mostrador, consciente de las miradas de los otros clientes sobre nosotros—. Alejandro, ¿qué haces aquí? ¿Para qué esas rosas? —pregunté, intentando no reaccionar mientras él extendía las flores hacia mí.
Estaba guapísimo con un atuendo casual con un toque de lujo: pantalones de lino blanco perfectamente cortados, una camisa de lino celeste, ligeramente abierta en el cuello, dejando entrever una

discreta cadena de plata sobre su pecho bronceado. Sin embargo, sabía que no podía dejarme llevar por esa fachada tentadora.

Miré por encima del hombro y vi que los clientes observaban la escena con curiosidad. No era la primera vez que un hombre intentaba coquetear conmigo en el trabajo, pero esta era la primera vez que me sentía completamente desarmada, sin saber cómo reaccionar.

—Rechazaste la rosa que dejé para ti aquel día, tal vez no entendiste mi mensaje... yo... —empezó, con la voz baja, pero no podía permitir que siguiera.
—Disculpa, ¿podemos hablar después? —pregunté, interrumpiéndolo, con un tono profesional aunque por dentro estaba hecha un caos.
No podía creerlo. ¿Cuál era el juego? ¿Quería hacerme creer en algo que no podía comprender, o era una forma de castigarme por haber ocultado a su hijo? Mi mente giraba con preguntas sin respuestas, pero ahora necesitaba seguir trabajando, fingir que tenía todo bajo control, hasta que pudiera descubrir qué era lo que Alejandro realmente quería.

—Claro, ¿a qué hora terminas aquí? Puedo mandar a mis hombres para...
—No, gracias —me apresuré a decir, intentando cortar la oferta antes de que pudiera terminarla—. Cierro a las 19 h.
A pesar de la inseguridad que me invadía al rechazar a un hombre como él, sabiendo que Alejandro era un asesino frío y calculador, necesitaba encontrar el coraje. Alejarlo lo más rápido posible era crucial, especialmente si veía a Augusto. Si eso pasaba, ya no habría escapatoria para nosotros. Mi hijo estaba en la escuelita y tendría que pedirle a Bianca que lo recogiera, como medida de precaución para evitar ser seguida por Alejandro.

—Entonces, volveré a las 18:59, cariño —dijo con una sonrisa, guiñando el ojo de esa forma que sabía que me dejaba completamente indefensa.
Negué con la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta al tragar la

culpa que me consumía. Esta vez, ya no tenía una inocente virginidad que ofrecer a cambio de mi vida, y la idea de perder a mi hijo era más de lo que podía soportar.
Se colocó las gafas de sol y se alejó con una gracia que atraía miradas de curiosidad y admiración, aún con el ramo de rosas en la mano.

—¿Cómo puedes rechazar a un bombón como ese, amiga? —preguntó una clienta, que apenas debía haber cumplido los 16, con un tono de sorpresa y envidia en la voz.
—Él... es un amigo —respondí con una sonrisa forzada, consciente de que no podía revelar la verdadera naturaleza del hombre que acababa de salir del quiosco.
En cuanto Alejandro desapareció de mi campo de visión, sonreí en señal de disculpa a los clientes y rápidamente tomé mi celular, marcando el número de Bianca con un leve temblor en las manos.

—¿Hola? ¿Elena, estás bien? —contestó casi de inmediato.
—Bianca, hoy surgió un imprevisto. ¿Podrías hacerme el favor de recoger a Augusto en la escuela? Paso por tu casa después para buscarlo —dije, cruzando los dedos mentalmente para que no hubiera complicaciones.
—¡Claro! Hoy mis padres no estarán en casa, así que Augusto podrá hacer toda la travesura que quiera.
—Ah, pero no dejes que se pase, ¿eh? —reí, intentando aliviar la tensión—. Gracias de verdad, hablamos más tarde. ¡Besos!
—¡Un besote!
—¿Será que hoy sí nos van a atender? —empezó a quejarse un cliente, con impaciencia evidente en su tono.
—Perdón por la demora, voy a compensar con un regalo especial para todos —dije, intentando recomponer mi semblante con una sonrisa algo forzada.
—¿No vio que la chica está pasando por problemas? —reprendió Maria Neide, una señora que siempre compraba conmigo, al hombre molesto con una voz firme—. ¡Tenga un poco más de empatía por las madres solteras, machista!
—Por favor, gente, el calor está dejando a todos un poco estresados.

Voy a ofrecer un jugo delicioso por cuenta de la casa —ofrecí, ampliando mi sonrisa, con la esperanza de que eso fuera suficiente para calmar los ánimos y traer un poco de tranquilidad.

ALEJANDRO HERRERA

Mostré una sonrisa diplomática al grupo de políticos que me rodeaba, una expresión cuidadosamente ensayada para ocultar el aburrimiento que sentía. Realmente no podía recordar cómo había terminado allí, en ese restaurante elegante, almorzando con el alcalde de Río de Janeiro y sus aliados. Diego simplemente apareció con una agenda llena de compromisos, como si fuera una sorpresa que debería agradecer. Tal vez era hora de cuestionar la competencia de Diego, o incluso despedirlo por esta imposición de actividades no solicitadas.

—En ese caso, debo felicitarlo por la reelección, señor Duarte —dije con la voz llena de una cordialidad fingida—. Si fue reelegido, es una clara señal de que el pueblo aprueba su gestión.
—Con mucho orgullo puedo decir, señor Herrera, que vengo de una familia humilde. Hijo de un albañil que sudaba de sol a sol para poner comida en la mesa y de una costurera que hacía vestidos para las hijas de los ricos, pero nunca tuvo uno para ella. Crecí en una casa donde el techo goteaba en invierno y la comida era escasa, pero el amor, la resiliencia y la esperanza nunca faltaron. Esa base simple fue la que me dio la fuerza para luchar por una ciudad más justa y equitativa. —Discurseó, sus ojos brillando con un fervor que, incluso yo, con mi escepticismo nato, no podía descartar como potencialmente sincero. Sin embargo, sabía bien que, en la política, las historias tristes y los clichés eran tan comunes como las promesas incumplidas.

—Sí, sí, los hombres grandes se forjan en la adversidad —reflexioné en voz alta, mirando directamente a los ojos del alcalde—. Porque es en las dificultades donde se encuentran las verdaderas

oportunidades para crecer y marcar una diferencia real. —Mirando el reloj, noté que eran apenas las 12:14 h—. Parece que el día pasa más lento aquí en Río —comenté, al notar que el sol se rehusaba a avanzar.
No veía la hora de que el reloj marcara las 18 h.

—Debe tener muchos compromisos —dijo el vicealcalde, intentando insertarse en la conversación de una manera que parecía más un intento de mostrarse útil que otra cosa.
—Sí, ya saben cómo es —respondí con una sonrisa, sabiendo muy bien que no tenían ni idea del tipo de compromisos que yo generalmente tenía.
No obstante, el compromiso marcado para ese día me colocaba en una expectativa que superaba todas las demás.
Elena me temía, y era precisamente esa sensación de miedo la que la hacía rechazarme. Sin embargo, yo sabía lo que veía en sus ojos: una pasión ardiente, un deseo oculto que intentaba suprimir con todas sus fuerzas. Estaba decidido a demostrarle que su miedo era infundado, que nunca le haría daño. Al contrario, mi deseo era protegerla, estar siempre a su lado como un guardián, un protector, un amante. Quería ser todo para ella y tuve mucho tiempo para estar seguro de eso.

(…)

—Cancela todos los otros compromisos, Diego, o el cancelado vas a ser tú —dije entre dientes, con una urgencia que no dejaba margen para discusión, al entrar al auto, dejando atrás el restaurante donde fui torturado entre esos políticos imbéciles.
—Sí, señor, ahora mismo —respondió Diego, con la voz temblorosa, visiblemente intimidado por mi rabia.
—Debes estar loco —continué, mi frustración estallando mientras sacaba mi celular, que vibraba incesantemente en el bolsillo, amenazando con salirse.

—Alejandro... —dijo Miguel al otro lado de la línea, su voz cargada de una preocupación que no lograba disimular.
—Habla —respondí, no sin antes lanzar una mirada de advertencia a

Diego, que parecía querer fundirse con el asiento del coche.
—Pasó algo... —Miguel dudó, eligiendo sus palabras con cuidado.
—¿Qué mierda pasó?
—Pablo y yo regresamos temprano de la cosecha y, bueno... lo que vimos en tu casa te va a dejar completamente trastornado.
—¿Qué pasó en mi casa? ¿Mi madre está bien? —Mi voz se alzó en alarma, preocupado por la seguridad de mi madre.
—Bueno... ella está bien, pero...
—¡Habla de una vez, carajo! —insistí, mi paciencia agotándose rápidamente.
—Lo que pasa es que Pablo y yo sorprendimos a Juan... se estaba acostando con tu madre en su cuarto, y ella no estaba siendo forzada.
—¿Qué mierda estás diciendo?! —Mi mente no podía procesar la información.
—Te juro que no miré mucho tiempo, aparté la vista en cuanto me di cuenta, pero Pablo se abalanzó sobre Juan y... Juan está bajo custodia ahora. Te estamos esperando para decidir qué hacer.
—¡Maldita sea! ¡Joder, Juan! —Grité, mi mano golpeando el asiento del auto con tanta fuerza que me dolió—. Julieta, ¿qué tiene en la cabeza?
—¿Cuándo regresas? —preguntó Miguel, quizás esperando que resolviera la situación de inmediato.
—No lo sé, aguanta allá, todavía voy a tardar unos días. Pero mantén a Juan bajo custodia por ahora —suspiré, intentando recuperar algo de control sobre la situación, sabiendo que necesitaba pensar con claridad antes de tomar cualquier decisión precipitada.
Juan... Qué mierda. ¿Juan y mi madre?
Voy a matarlo. Pero primero, le daré su polla a mis perros para que se la coman. Y la comerán mientras aún esté en su cuerpo.

CAPÍTULO 47 – SU CUERPO QUIERE

ALEJANDRO HERRERA

Eran exactamente las 18:59 cuando caminé con determinación hacia el quiosco donde trabajaba Elena. El cielo ya empezaba a oscurecer mientras avanzaba, llevando un nuevo ramo de rosas rojas vibrantes. Mi corazón estaba lleno de palabras no dichas que sabía que necesitaban ser escuchadas; ahora, no habría más excusas ni interrupciones que impidieran lo que tenía que decir.

—¿Quieres salir más temprano para huir de mí? —pregunté en su oído, encontrándola en el preciso momento en que intentaba cerrar la puerta del quiosco, quizás para escapar de otro día agotador de trabajo.

Ella se giró lentamente, sus ojos encontraron los míos, y sentí el aire dejar mis pulmones al contemplar su belleza. Su perfume, una mezcla sutil de jazmín y algo exclusivamente suyo, llenó mis sentidos. Aun con señales visibles de cansancio en su rostro, con el cabello algo despeinado y ese uniforme rojo de trabajo que no hacía justicia a su gracia, me parecía perfecta. Sus ojos se fijaron en las rosas que llevaba, una expresión de confusión tomó su rostro.

—¿Qué significa esto? Dijiste que me dejarías ir, entonces ¿por qué estás detrás de mí ahora? —preguntó, mordiéndose los labios, un hábito nervioso que aún recordaba bien.

—Voy a explicártelo todo, todo lo que debería haber dicho hace más de dos años, aquella mañana en que nos separamos —respondí, apartando suavemente un mechón de cabello de su rostro—. Por favor, acepta estas rosas —dije, extendiéndole el ramo, que, tras una

visible vacilación, aceptó y sostuvo con cuidado—. Combinan con el tono de tu piel, ¿no lo crees? —Sonreí, haciendo un gesto invitándola a que pasara delante de mí—. Mi chofer está a nuestra disposición para llevarnos a donde quieras.

—¿Te importa si hablamos aquí mismo? Vamos hasta un banco allí en la plaza, a la vista de todos, así dices lo que tengas que decir y luego te vas —sugirió ella, cautelosa, tal vez buscando un espacio público donde se sintiera más segura.

—Ya decidiste que me vas a mandar lejos, no importa lo que diga, ¿verdad? —pregunté, sujetando su muñeca, sintiendo el pulso acelerado bajo mis dedos—. ¿Por qué haces esto? —Me acerqué, rodeando su cintura y atrayéndola más cerca, sintiendo su cuerpo encajar con el mío—. ¿Actuaste realmente cada segundo que pasamos juntos? ¿Cada reacción a mi toque fue fingida? —pregunté, presionando nuestros cuerpos, mirando profundamente en sus ojos. Las rosas cayeron de sus manos, olvidadas en el suelo—. Porque lo dudo mucho, Elena. Dudo que todo haya sido solo actuación.

—Me compraste, Alejandro. Era mi cuerpo en tu cama a cambio de mi vida, de mi libertad. No fui más que una puta que usaste y pagaste, incluso dejaste limosna cuando me fui. Solo espero que seas un hombre de palabra y cumplas lo que dijiste, que me dejarías en paz —dijo ella, con un tono desafiante.

Negué con la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta.

—Jamás te lastimaría. Solo te mantuve cautiva porque creía que eras Chiara Marino, y necesitaba alcanzar a ese desgraciado, pero matar personas inocentes nunca fue parte de mis acciones. Todo lo que te hice, en realidad, no fue a ti.

—Mira, no quiero quedarme aquí hablando con un asesino. Inocentes o no, tú sigues matando gente y yo repudio eso —replicó con determinación.

La besé con una mezcla de posesividad, rabia y frustración, pero, sobre todo, con un amor que ya no podía negar. La dulzura de sus labios se entregaba a los míos, desmintiendo sus duras palabras.

—Aquella rosa que dejé para ti ese día simbolizaba lo que aún no estaba listo para admitir: tú eras la única belleza en medio de mi jardín de espinas —hablé con nuestras frentes juntas—. Te devolví tu crucifijo como un gesto de que eras especial, de que jamás te dejaría sin algo tan preciado. Y el dinero fue solo una gentileza, una forma de ayudar a la mujer más fascinante e increíble que he conocido. Elena, sé que soy un hombre marcado por la oscuridad de la violencia, pero tú eres mi redención y deseo ardientemente ser salvado por ti —una de mis manos fue a su nuca—. Ven conmigo a México, quédate conmigo para siempre.

—No puedo, Alejandro —las lágrimas comenzaron a correr libremente por sus mejillas y yo, incapaz de soportar su dolor, pasé mi pulgar suavemente para secarlas.

No comprendía su reticencia y me odiaba por verla negarse a sus propios sentimientos, todo por mi naturaleza, por lo que representaba en el mundo oscuro al que pertenecía.

—Solo dime si crees en mí. No te busqué, pero te deseé todos los días desde el momento en que te fuiste. Estar a tu lado, sentir nuevamente tu presencia, oír tu risa y tocar tu cuerpo —hablé, pero las lágrimas seguían cayendo, y cada una pesaba como plomo en mi corazón—. ¿Por qué lloras? ¿Por qué ese miedo? Nunca te haría daño, mi ángel. Estas manos, que conoces tan bien, existen solo para darte placer y envolverte en protección —la abracé con fuerza, pero aun así, no dejaba de llorar, su cuerpo temblando mientras negaba con la cabeza. Incapaz de soportarlo, me alejé, sintiendo un abismo abrirse entre nosotros, un vacío que parecía tragarme.

—Solo dime por qué... ¿De qué tienes tanto miedo? —Ella permaneció en silencio ante mi pregunta, incapaz de mirarme—. Cuando te beso, ¿por qué respondes con tanto fervor? —pregunté acercando nuevamente nuestros cuerpos.

Aún estábamos frente al quiosco, la gente pasaba, algunos lanzaban miradas curiosas, pero yo estaba completamente ajeno a todo eso. Mi atención, mi corazón, todo estaba fijado en ella.

—A pesar de todo, tú fuiste mi único hombre y, por eso, estoy confundida. Pero estoy segura de que… no se puede. Vete, por favor —dijo ella, sus palabras cargadas de una determinación que intentaba disfrazar su incertidumbre.

Me iría, si pudiera ver la verdad en sus palabras. Pero algo me ataba a ella, una fuerza invisible que no podía definir, tal vez era solo la esperanza que aún no estaba dispuesto a abandonar.

Entonces, en una oleada de deseo irresistible, le robé otro beso. Fue más fuerte que yo. La besé con una intensidad que parecía querer extraer la verdad de sus labios. La atraje hacia la pared, mi cuerpo presionando el suyo, y besé su cuello, sintiendo el calor de su piel. Mis manos exploraron sus curvas, deslizándose por su espalda, su cintura y, cuando ella se apoyó en mi hombro, apretándolo con fuerza, besé su oreja, sintiendo el placer casi doloroso de esa cercanía. Ella era mi paraíso, y moriría feliz si pudiera pasar la eternidad en ese éxtasis.

—Di que no me quieres, dilo mil veces, pero tu cuerpo quiere, y mucho —dije, alejándome, mis ojos aún fijos en los suyos. Di algunos pasos hacia atrás, observándola mientras secaba la comisura de sus labios, su respiración agitada traicionando su intento de mantener la compostura. Me giré, caminando hacia el coche que me aguardaba, cada paso resonando con la lucha interna entre el deseo de quedarme y la necesidad de respetar su voluntad.

Al menos, por ahora. Hasta descubrir cuál era el verdadero problema.

"A pesar de todo, tú fuiste mi único hombre"… esas palabras dichas por ella resonaban en mi mente como una canción de cuna. Me tranquilizaban. Y no dudaba de que realmente había sido el único, porque ella había tenido el mismo efecto en mí.

CAPÍTULO 48 – DECISIÓN

ELENA GALLI

—Gracias, Bianca, a fin de mes te daré una bonificación bien merecida —dije, alzando a Augusto en brazos, quien se mostró radiante al verme, con sus ojitos brillando de felicidad como siempre lo hacían.

Mi todo.

Por alguna razón que no conseguía explicar, hoy se parecía aún más a Alejandro. Su expresión, la forma en que sonreía, incluso el brillo en sus ojos oscuros eran el reflejo exacto del hombre que tanto trataba de olvidar. Si Alejandro lo viera, no necesitaría una prueba de ADN para confirmar su paternidad.

—No tienes que agradecer, sabes que amo cuidar de este pequeñito hermoso —respondió Bianca, con ese tono cariñoso que hizo que Augusto riera y se acurrucara aún más en mí.

—Mamita, heleto —dijo, haciéndose el listo, tratando de conquistar lo que quería con su encanto infantil, sin duda heredado de su padre.

—Está pidiendo helado desde hace horas. Vio un dibujito en la tele que mostraba uno —contó Bianca, haciendo un puchero e imitando a Augusto, lo que me arrancó una carcajada.

—Mañana comemos heleto, mi amor —le prometí, plantando un beso cariñoso en su mejilla suave, garantizándole ese pequeño placer.

—Yo también quiero, ¿eh? —bromeó Bianca.

Augusto le dijo adiós y le mandó un beso mientras nos alejábamos.

Todavía estaba temblando de los nervios, con la certeza de que el miedo a ser encontrada por Alejandro me acompañaría por tres vidas más. Entré al taxi, el corazón en la garganta, temiendo la posibilidad de encontrarlo en casa. Pero, al mismo tiempo, estaba confundida; parecía tan sincero, tan… enamorado. ¿Sería posible que, después de todo, sintiera algo verdadero por mí?

Mi corazón comenzó a latir más rápido, casi dolorosamente. Lo sabía, con una certeza que me asustaba, sentía algo por él, y mucho más de lo que debería. Cerré los ojos con fuerza, intentando reprimir las lágrimas que insistían en caer.

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado, tan dolorosamente difícil para mí?

¿Cuál sería el mejor camino a seguir? ¿Seguir escondiendo a Augusto de él, corriendo el riesgo constante de ser descubierta, pero con la esperanza de proteger a mi hijo de todo lo que Alejandro representa? ¿O debía abrir mi corazón y contarle la verdad, implorando por su perdón, apostando a su misericordia, si es que realmente sentía lo que decía?

No lo sabía. La presión, la culpa y esta terrible indecisión me consumían, dejándome en un estado de sufrimiento constante.

ALEJANDRO HERRERA

Caminé por el pasillo del hotel seguido por mis guardaespaldas, mis pasos resonando con una determinación feroz. Mi mente estaba sobrecargada, no solo con pensamientos constantes sobre Elena, sino también con los problemas que me aguardaban en México, relacionados con Juan y mi madre.

—Descubre todo lo que puedas sobre Elena Galli —dije por teléfono en cuanto entré en la habitación, mi voz firme pero cargada de una necesidad que no podía ocultar—. Quiero el informe completo. Cada detalle, cada secreto.

—Enseguida, señor, lo haré —respondió Diego, que estaba instalado en el piso de abajo.

Desabotoné mi camisa lentamente, sintiendo la tela deslizarse por mi piel. Antes de arrojarla despreocupadamente sobre la cama, la llevé a la nariz, inhalando profundamente, intentando captar el olor de Elena que aún impregnaba la tela. Sentí mi corazón acelerarse y mi polla reaccionar de una manera que no podía controlar.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo, Elena? —pregunté en voz alta, los ojos cerrados, ya completamente desnudo. Tomé una botella de licor mientras caminaba descalzo hasta la bañera.

Preparé la bañera con agua caliente, observando el vapor elevarse. Entré, sintiendo el calor envolver mi cuerpo, y llevé la botella a los labios. Bebí, contemplando la vista de Río de Janeiro, las luces de la ciudad, el Cristo Redentor iluminado, majestuoso contra el cielo oscuro. El clima era perfecto para compartir ese momento con ella, imaginando su calor y su cuerpo en esa bañera, pero por ahora, lo único que podía hacer era beber y esperar, esperar que el tiempo y el destino trajeran respuestas o, tal vez, a la propia Elena de vuelta a mis brazos.

(…)

Tan pronto como apareció el primer rayo de sol, Diego ya estaba parado frente a mi puerta, sosteniendo una carpeta de cuero marrón con un aire de seriedad. Su expresión solo podía significar una cosa: tenía algo importante que mostrarme. Diego siempre fue muy eficiente, pero esta vez, su mirada parecía cargar con cierta duda. Entendí de inmediato que el contenido de esa carpeta no era algo trivial.

—¿Trajiste todo? —pregunté, cruzando los brazos y observando su rostro en busca de alguna reacción que pudiera anticiparme el contenido.

Asintió, sosteniendo la carpeta con ambas manos.

—A pesar del volumen de la carpeta, señor, solo hay una hoja dentro. No hay mucho que saber sobre su chica, ella…

—Bien dicho, Diego… mi chica —interrumpí, permitiéndome una discreta sonrisa. Me gustaba cómo sonaban esas palabras. "Mi chica." Aunque aún no la conociera tan profundamente, había algo en Elena que me hacía querer más de ella, descifrarla. Una sensación de posesión, un deseo de saber todo lo que guardaba, lo que le impedía rendirse a mí.

Diego, aparentemente ajeno a mi reflexión, carraspeó levemente, sacándome de mis pensamientos.

—Bien, señor, creo que es mejor que lea lo que hay en el papel.

Extendió la carpeta hacia mí. La tomé. ¿Por qué una sola hoja? Una sola hoja y, aun así, con tanta importancia.

Con un aire de desconfianza mezclada con curiosidad, deslicé la hoja de la carpeta, fijando mis ojos en el papel mientras mi mente ya comenzaba a proyectar escenarios.

¿Quién era, en realidad, Elena? ¿Qué secreto era ese que le impedía estar conmigo, el "único hombre" en su vida?

Mi respiración se aceleró, y una sensación extraña se apoderó de mí, como si estuviera a punto de descubrir algo mucho más profundo y revelador de lo que imaginaba.

ELENA GALLI

—Si no hubiera descubierto nada, Elena, no volvería a molestarte —dijo Alejandro, su voz cargada de un hielo cortante que hizo que mi alma pareciera huir de mi cuerpo. Justo en ese momento, estaba cruzando la puerta del jardín infantil de Augusto, el lugar donde mi corazón debería estar lleno de alegría, no de miedo. Mi corazón se detuvo por un instante y me sentí pálida, mis pasos enraizándose en el suelo como si fuera parte de él.

Me giré despacio, enfrentándolo.

Durante la madrugada, tras muchas horas de insomnio y reflexión, tomé la decisión de contarle todo, revelarle sobre Augusto, el hijo que le oculté. Pero parecía que el universo tenía sus propias formas de complicar mi vida, porque, al parecer, ya lo había descubierto solo, y ahora la situación se mostraba aún más terrible para mí.

—Yo… yo pue-puedo explicarte… —murmuré, mi voz casi tartamudeando, sabiendo que ninguna explicación parecería convincente en ese momento.

Alejandro se acercó, sus ojos cargados de una mezcla de dolor y furia que nunca había visto antes.

—Me dijiste que yo era el único hombre en tu vida, Elena, pero hasta un hijo con otro tienes. ¿Por qué me besaste de esa forma? ¿Era para vengarte de cómo sucedió todo entre nosotros? —Cada palabra suya me golpeaba como un puñal y retrocedí algunos pasos, aturdida por la intensidad de los sentimientos que expresaba.

¿Hablaba en serio? ¿Realmente creía eso?

—Alejandro, yo…

—Felicidades por ser la única persona en el mundo capaz de herirme. La única persona que realmente logró hacerme sufrir. Lo lograste. Te dejaré en paz, Elena, y deseo que seas feliz. Pero espero que reflexiones, porque fuiste demasiado cruel. Ni siquiera alguien como yo merece tanto dolor —dijo, con un sufrimiento que parecía quebrar su voz.

Se dio la vuelta, listo para marcharse, y un pánico sin precedentes se apoderó de mí. Allí estaba la oportunidad de dejarlo ir, de una vez más seguir adelante sin él en mi vida. Pero había algo que necesitaba hacer, algo que tenía que decir. Ya no podía soportar el peso de ese secreto.

—Es tuyo, Alejandro —dije, cerrando los ojos, sintiendo las lágrimas calientes correr por mi rostro como ríos de confesión.

Se detuvo, como si sus piernas hubieran perdido toda fuerza y, luego, se giró lentamente, el rostro marcado por una sorpresa que pronto se mezcló con confusión.

—¿Qué dijiste?

—Mi hijo… nuestro hijo. Perdóname por no haberte buscado y contado antes. Solo quería proteger a Augusto de todo el caos que te rodea —dije, enfrentándolo mientras daba algunos pasos hacia mí, la mirada aún dura, pero ahora con un brillo diferente, tal vez de realización o de un nuevo tipo de dolor.

—¿Qué mierda estás diciendo? —su voz salió quebrada, como si luchara entre creer y negar.

Respiré hondo, sabiendo que esa era mi única oportunidad de ser completamente honesta, de revelarlo todo, sin secretos.

—Esta vez, no tengo un cuerpo inmaculado para ofrecerte a cambio de tu perdón o de mi vida. Pero, en nombre de lo que dices sentir por mí, perdóname… por favor —supliqué, con las lágrimas ahora descontroladas, más por miedo que por cualquier otra cosa.

CAPÍTULO 49 – PENSIÓN

ALEJANDRO HERRERA

Cuando leí aquel papel, revelando la impactante noticia de que Elena tenía un hijo matriculado en la misma escuela donde fui a confrontarla y desenterrar la verdad, en un arrebato de furia, rompí el papel en mil pedazos, golpeé la pared con fuerza y casi lancé el televisor por la ventana del edificio. Sin embargo, respiré hondo y me contuve, al fin y al cabo, nada más en aquella hoja tenía importancia para mí. Mi dulce, pura y sagrada Elena me había engañado una vez más. La primera vez, lo admito, quizá la obligué a ocultar la verdad, pero ahora, tras terminar nuestra breve relación con honor, liberándola y demostrando que era un hombre de palabra, que no haría daño a una persona inocente, ella ocultó que tenía otro hombre. Ella verdaderamente me odiaba; yo era el villano de su vida, pero ella era mi martirio.
Yo debía dejarla ir, sin poder hacer nada, y simplemente aceptar que no confiaba en mí, en la persona que soy, ni siquiera para tener el valor de enfrentarme y decirme la verdad.

—Ayúdame a entender —dije, con los ojos entrecerrados—. ¿Quieres que crea que soy el padre de tu hijo?

—Bueno, si no quieres serlo, está bien, solo da la vuelta y vete. Yo estoy haciendo mi parte y...

—¡Dime, Elena, di la verdad al menos una vez en tu vida! —exigí, sujetándola con firmeza por ambos brazos.

—¿Está todo bien aquí? —preguntó el guardia civil, que patrullaba el patio de la escuela, mientras yo me alejaba rápidamente de Elena.

—Vamos, vamos a buscar a nuestro hijo —dije, dándome cuenta de que estábamos haciendo una escena, y normalmente no haría eso.

—Está bien, no se preocupe —dijo Elena al guardia y luego se volvió hacia mí—. Vamos, pero por favor, cálmate, es solo un niño.

—Estoy calmado —respondí mientras intercambiábamos una mirada intensa.

A estas alturas, mi cerebro ya había avanzado diez años en el futuro, y ya había llegado a una conclusión sin necesidad de reflexionar mucho: sí, yo era el padre de su hijo, y ella creyó mejor ocultármelo, considerándome, por alguna razón, un peligro para él.

Pasé las manos por el cabello y seguí a Elena, que caminaba apresurada hacia el interior de la escuela. Estaba completamente anestesiado, atrapado en un sopor de emociones conflictivas. De repente, interrumpí mis pasos, dejándola avanzar sin notar que me había detenido. Me giré y me dirigí hacia la calle, saqué un cigarrillo del paquete arrugado en mi bolsillo y lo encendí con manos temblorosas. Ese no era el lugar para eso, así que, con un suspiro, apagué el cigarrillo y lo tiré a la basura cercana, en la acera.

Mi corazón latía con una intensidad alarmante, demasiado acelerado, lo que me llevó a aflojar el cuello de la camisa con los dedos, intentando respirar mejor.

¿Tenía un hijo? ¿Con Elena? Sí, la respuesta era clara ahora. Su miedo tenía todo el sentido; sabía que la fuerza y el amor de una madre son inconmensurables, y solo por eso Elena resistía a nuestra química, a nuestra atracción innegable, porque no quería comprometer la seguridad de nuestro hijo, de mi hijo.

Me quedé allí, inmóvil en la acera, con la vista fija en la puerta de la escuela. Unos minutos después, Elena apareció en mi campo de visión, cargando a un niño que parecía tener unos dos años. Desde lejos, no podía distinguir bien sus rasgos, y parte de mí dudaba en querer ver. Elena avanzaba, sus pasos decididos venían hacia mí, pero yo, tomado por una mezcla de miedo y respeto, me di la vuelta y subí al coche apresurado.

—¡Vamos, conduce ya! —le pedí al conductor con urgencia.

No sabía si estaba listo para poner a mi hijo en peligro. Entendía que las madres son sagradas, que siempre saben lo que es mejor y, con eso en mente, decidí respetar, al menos por ahora, la voluntad de Elena. Sí, ella era mi ángel, y esa verdad se mostraba ahora más clara que nunca.

ELENA GALLI

Cinco días después…

—¿Ni siquiera ha llamado? —preguntó Giovanni, junto a Maria Clara, ambos cómodamente sentados en el sofá de mi sala de estar.

Eran aproximadamente las 20:00. Mi bebé, Augusto, jugaba en el suelo, gateando con determinación detrás del gatito de Maria Clara, que le encantaba llevar a todos lados; por suerte, el felino era manso y juguetón, adoraba a los niños.

—Simplemente se subió al coche y se fue —repetí, sintiendo un nudo en la garganta al recordar la escena.

Ya habían pasado cinco días enteros desde que Alejandro descubrió que teníamos un hijo juntos y, aun así, nadie había aparecido en mi puerta con intenciones violentas, ninguna bala había sido disparada hacia mí. Lo peor era que tenía una sensación persistente de que eso no iba a suceder. No, eso no era lo peor, era algo bueno, pero eso solo significaba una cosa: me había equivocado mucho con Alejandro. Él verdaderamente no era el monstruo que insistí en creer que era. Tenía sí muchos demonios, pero no los suficientes como para considerarlo un hombre malvado. Tenía sus motivos, y me dijo que sentía algo por mí, él… él no iba a matarme por ocultarle a nuestro hijo, y ahora, me envolvía una culpa avasalladora. Sobre todo porque me había explicado el profundo significado de la rosa

que me dejó aquel día, cuando me fui. Realmente encontró y me entregó el rosario perdido; yo era alguien importante para él, él solo no sabía cómo expresarlo, al igual que yo no di señales de que era más que un villano. Él era el héroe de su propia narrativa, quizá, un héroe trágico, pero aún así, no el villano que creí que fuera.

—Amiga, creo que es un hombre justo, ¿sabes? Sé que esos criminales tienen sus leyes, sus éticas, y no tienes que tener miedo, no va a matar a la madre de su hijo. Solo los psicópatas harían eso —dijo Maria Clara, fijando sus ojos en los míos con una intensidad reconfortante.

—Lo sé —respondí, con la voz temblorosa de emoción—. Creo que, en realidad, estoy decepcionada porque todavía no ha cruzado esa puerta, ansioso por conocer a nuestro niño.

Estaba siendo egoísta y lo sabía. Estaba siendo ignorada y estaba bien, quizá me lo merecía, pero saber que Augusto también estaba siendo ignorado, eso desgarraba mi corazón de una forma que las palabras no podían describir.

Mi celular emitió una notificación y lo tomé rápidamente. Me intrigó mucho ver que se trataba de una alerta del banco.

—¿Qué es esto? —pregunté, casi para mí misma, al observar el número 5 seguido de una cantidad impresionante de ceros recién transferidos a mi cuenta.

—¿Qué pasa? ¿Es él? —preguntó Maria Clara, con tono curioso.

—Es él mismo —dije, apurada por abrir la aplicación del banco—. Me ha enviado quinientos mil reales, ¿tienes idea? —mi voz oscilaba entre el shock y la incredulidad.

—Bueno, debe ser la pensión atrasada —respondió Giovanni tranquilamente, encogiéndose de hombros como si fuera algo absolutamente normal.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas casi al instante, y no tardé en comenzar a llorar. Ahí estaba una suma considerable de dinero, pero la actitud de Alejandro me parecía la decisión más imprudente que podía haber tomado.

—Amiga, estás llorando de alegría, ¿no? Porque no puede ser por otra razón —bromeó Maria Clara, intentando animarme.

—No sé por qué estoy llorando… —respondí, mientras intentaba secarme las lágrimas con las manos.

—Mira, vino todo emocionado, diciendo que sentía algo por ti. La última vez, dejó dinero sobre la cómoda, como me contaste, y ahora, quizá esta sea su forma de mostrar que también quiere a Augusto. Está preocupado y quiere asegurarse de que al niño no le falte nada.

—Amiga, perdona, pero últimamente estoy muy sensible. La reaparición de Alejandro en mi vida me dejó con los nervios de punta. Estoy muy confundida, y él no parece saber aclararme nada.

—Estás muy asustada, eso es lo que pasa. Está clarísimo que lloras porque lo amas, amiga. Eso explica por qué nunca pudiste seguir adelante, por qué rechazaste tantas oportunidades de conocer a otras personas —dijo encogiéndose de hombros, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—¿Cómo puedo amar a alguien que conocí en circunstancias tan complicadas?

—No lo sé, pero lo amas, y él parece amarte también —reafirmó, con una certeza inquebrantable.

—Sabes que Maria Clara y yo somos expertas en cuestiones del amor, ¿verdad? —preguntó Giovanni, sonriendo mientras rodeaba los hombros de su esposa con el brazo.

Esbocé una pequeña sonrisa y negué con la cabeza.

—No se toman nada en serio —dije, rodando los ojos en broma.

—Llámalo, amiga, y pregúntale por qué aún no ha venido por el hijo…

—Quizá sea porque le di a entender que no lo quería cerca de Augusto, y lo que siente por mí puede ser tan fuerte que…

—Eso es muy romántico, llámalo —alentó Giovanni, con entusiasmo contagioso.

—Lo voy a llamar, pero no tengo el número… —dije, sintiendo una punzada de desesperanza.

Alejandro era demasiado poderoso, y era difícil acceder a él.

—Tenemos su número profesional y personal —dijo Maria Clara con una sonrisa astuta y tranquilizadora—. ¿Olvidaste que tenemos negocios?

CAPÍTULO 50 – FLOJO

ALEJANDRO HERRERA

Dos días antes...

Todavía pasé tres días observando de lejos la vida de Elena. Ahora, ya no era cuestión de desearla, sino de asegurarme de que mi hijo, mi único lazo de sangre, estuviera bien. Espiaba, investigaba, me aseguraba. Elena llevaba una vida normal, tranquila, a pesar del trabajo y la rutina agitada, cuidaba bien del niño. Tras reflexionar bastante, llegué a la conclusión de que tenía razón. Sabía lo que era crecer en una familia feliz, calmada, lejos del caos y la violencia del crimen. El pequeño Alejandro de cinco años, que aún habitaba en lo más profundo de mi memoria, era feliz al lado de sus padres, donde no había derramamiento de sangre ni violencia, y donde solo jugaba con carritos e inventaba historias junto a sus papás. Si no fuera por un villano que apareció y trajo la oscuridad a esa vida, Alejandro habría tenido un destino completamente distinto, y quizá yo no quiera ser el villano en la historia de vida de Augusto.

Augusto Galli, mi hijo. Mi sangre ardía en fiebre por conocerlo, tenerlo en mis brazos y transmitirle las mismas enseñanzas que mi padre me dio. Mis dos padres, ambos, me enseñaron cosas valiosas, y me gustaría transmitirlas a mi hijo, pero estaría mejor protegido con su madre, donde ambos podrían vivir felices sin mi presencia.

—¿Dónde está? —pregunté a Miguel cuando entramos al pasillo, apretando la mandíbula.

—Allí, en la segunda puerta —respondió él.

Bajé del avión y vine directo a ver a Juan. Él entendía mejor que yo cómo funcionaban las cosas en este mundo sombrío, y para mí era extremadamente difícil estar en esa situación. Antes de ser el líder del cartel, yo seguía siendo un ser humano, y siempre estaré eternamente agradecido con Juan por haberme salvado la vida aquel maldito día en que me arrebataron a mis padres.

Tras un suspiro, entré en la sala, la puerta se cerró suavemente detrás de mí, y vi a Juan sentado allí, con la mirada distante. Se levantó en cuanto me vio, los ojos reflejando culpa y desafío.

—¿Qué mierda, Juan, en qué carajo estabas pensando? —pregunté, irritado, casi gritando.

—Julieta y yo nos amamos, Alejandro —respondió Juan, con voz firme, pero con un leve temblor de emoción.

—¡Es la viuda de tu hermano! ¡Y mi madre, la madre de tu líder!

—Siempre respeté a tu madre y a mi hermano, nunca la vi con otros ojos, pero en los últimos meses… —hizo una pausa, como eligiendo las palabras con cuidado—. Nadie manda en el corazón, y no entiendo por qué una mujer sin compromiso y un hombre soltero no pueden tener una relación.

—¿Entonces crees que está bien... cogerte a mi madre, en mi propia casa? —cuestioné.

—No, perdóname, pero espero que reconsideres y nos des tu permiso… —dijo él, con voz y expresión suavizadas—. Realmente amo a Julieta y, bueno, sé que después de la joven Elena entiendes lo que es esta mierda del amor.

Fruncí el ceño, sintiendo un nudo en el estómago al oír su nombre.

—¿Qué historia es esa? Nunca te hablé de amor.

—Soy un hombre vivido, y aunque sea un bárbaro, mi corazón funciona. Lo sé, Alejandro, sé que nunca volviste a ser el mismo desde Elena Galli —respondió Juan con una sabiduría inesperada.

—Mierda, Juan, ¡eres un cabrón maldito! —solté, pero no pude evitar una pequeña sonrisa. Me senté a su lado, el peso de sus

palabras cayendo sobre mí—. Tengo un hijo con ella, lo descubrí hace apenas tres días —confesé, apoyando la cabeza en las manos, sintiendo cómo el cansancio me dominaba.

—¿Un heredero? ¿Un hijo varón? —preguntó él, con los ojos abiertos de sorpresa.

—Sí, el niño tiene dos años, va a cumplirlos en unos días.

—¡Joder, Alejandro! ¿Dónde está el crío ahora?

—Lo dejaré con ella, me lo ocultó y creo que hizo lo correcto.

—Deja de ser flojo, ¿qué clase de macho eres tú? —preguntó Juan, con tono desafiante.

—¿Debería ser un macho y arrancarte la polla por cogerte a mi madre? —respondí, mezclando la ironía y el humor negro con la frustración.

—Tu hijo necesita crecer cerca de ti, hacerse un hombre fuerte, un hombre de verdad, estar presente en los negocios de la familia, tú lo sabes.

—No es lo que su madre desea —respondí, con la voz quebrada por el sentimiento—. No soy flojo y, al tomar esta decisión, lo estoy demostrando. Después de todo lo que he pasado en mi vida, ¿realmente crees que renunciar a algo me resulta fácil?

—Sé muy bien las locuras que un hombre hace por amor —murmuró, mirando al vacío con una mirada lejana.

—Se van a casar —dije de repente, sin pensar demasiado en el impacto de mis palabras.

—¿Qué? —respondió, claramente sorprendido.

—Tú y Julieta se casarán lo más pronto posible —repetí, esta vez con una firmeza que me sorprendió a mí mismo.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó, frunciendo el ceño con una mezcla de confusión y esperanza.

—Sí, te debo la vida y, bueno, mi madre ha estado sola desde que enviudó, ya hace tiempo —expliqué, sintiendo una punzada de

nostalgia—. Ordeno que se casen.

Entonces me besó en la cabeza, un gesto cariñoso que raramente le veía hacer, y dio un salto de alegría que me hizo reír. No reconocía a Juan, siempre gruñón y listo para destripar al mundo entero. Pero lo entendía. Elena me abrió los horizontes; amarla, sentirla, estar con ella, me hace actuar de forma más sentimental, y no creo que eso sea algo malo. De hecho, es una transformación que todos deberían experimentar al menos una vez en la vida.

(…)

—¿No le arrancaste las bolas? —preguntó Pablo, entrando abruptamente en mi despacho, en casa, con el rostro contraído.

Lo conocía desde pequeño, siempre tuvo la tendencia a salirse del carril y, de no ser por una educación firme y constante, fácilmente habría perdido el control.

—Mira cómo hablas. Tomé una decisión y está tomada —apreté los dientes con fuerza, sintiendo cada músculo de mi cuerpo tensarse mientras me levantaba de la mesa, avanzando hacia él con pasos decididos.

—Estás blando, hermano. ¿Para qué carajo sirves si no es para poner orden en esta mierda? —escupió las palabras con desprecio, pero antes de que pudiera continuar, mi puño ya volaba hacia su rostro, el impacto lo hizo tambalear hacia atrás mientras yo lo sujetaba con fuerza por el cuello de la camisa.

—¿Estás cuestionándome? ¿Quieres que te recuerde de lo que soy capaz con quien me desafía? —grité, la adrenalina retumbando en mis oídos mientras lo arrojaba contra la pared con tal fuerza que el cuadro al lado tembló—. ¿Crees que estoy blando? ¿Debería arrancarte un ojo por desafiarme así? —dije, con la voz mezclada entre furia y amenaza, las manos temblándome de rabia contenida.

—PER-DÓN, no sé en qué estaba pensando, es solo que… —vaciló, la rabia momentáneamente reemplazada por un atisbo de dolor en los ojos— …vi a nuestra madre cogiendo con Juan, ¡no es una visión bonita, joder!

—¡Me importa una mierda lo que viste, ellos se van a casar y punto, joder! —lo solté con un empujón brusco, el sentimiento de traición mezclándose con mi furia—. Si llevamos el asunto de Juan y tu desafío conmigo al consejo, ¿cuál crees que sería peor? —pregunté, aún jadeando, el sudor escurriéndome por la frente—. ¿Tú, por faltar al respeto a la jerarquía, o yo, por simplemente decidir una cuestión como mejor consideré?

CAPÍTULO 51 – PAQUETE COMPLETO

ALEJANDRO HERRERA

Estaba exhausto, completamente sin fuerzas. Mi atención estaba completamente centrada en la foto que el guardia de seguridad me había enviado —el guardia que había designado para seguir discretamente los pasos de Augusto y Elena. No podía simplemente dejar la suerte al azar. Augusto era mi hijo, y el universo lo sabía.

Con ternura, pasé los dedos por los rostros de ambos en la imagen, madre e hijo, y fue en ese momento cuando la semejanza se volvió innegable. Los rasgos de mi hijo estaban allí, claros como el día. ¡Claro que era mi hijo! Una lágrima se escapó de mi ojo y, con prisa, la limpié. El niño pequeño, con su piel un poco más clara que la mía, resultado de la mezcla con la piel blanca de la madre, pero con contornos que eran un espejo de los míos. Sus ojos, su nariz, su mentón, sus cejas —todo en él era un reflejo de mí.

Sabía que ningún método anticonceptivo es realmente 100% seguro y, durante los tres días que habíamos estado juntos, realmente me entregué, derramando mi semilla en Elena hasta alcanzar su útero. Como concluí recientemente, después de mucha reflexión, todo lo que ocurrió entre Elena y yo fue, sin duda, obra del destino. Augusto, de hecho, era el resultado inevitable, la voluntad del destino.

—Te gustaría conocerlo, mamá —dije en voz baja, la emoción apoderándose de mi voz. —Y tú, papá, estarías orgulloso de mí por traer al mundo a un hombre, por agrandar nuestra familia, por continuar con aquello que considerabas tan valioso.

Guardé la foto y disimulé mis sentimientos cuando Diego entró. Ya pasaban de las 19:30, el día había sido extremadamente lleno y agotador, pero mi cansancio era más mental que físico.

—¿Se completó la transferencia? ¿Ya está hecho? —pregunté ansioso, en cuanto cruzó la puerta de la oficina.

—Sí, en cualquier momento el dinero estará en su cuenta.

—Perfecto, realmente perfecto —dije, una sonrisa de satisfacción extendiéndose por mi rostro.

Mi hijo necesitaba tener todo lo que deseara y, de vez en cuando, yo me aseguraría de que tuviera todo eso —y Elena no podría decir que le haría daño. Al fin y al cabo, garantizar lo mejor para él era mi prioridad y, por eso, había aceptado mantenerme alejado. Aunque, si pensaba demasiado en el tema, volvería a Brasil inmediatamente y exigiría todo lo que tenía derecho: mi hijo y su madre.

—El gobernador quisiera agendar una reunión con usted —mencionó Diego, ajustándose los lentes con un gesto casual.

—La próxima semana, o tal vez la siguiente, estoy muy ocupado. —Dije, haciendo un gesto con la mano para reforzar que eso sería imposible.

—De acuerdo, señor, le pasaré esa información —respondrespond\u00i9, asintiendo antes de salir de la sala.

Tomé la llave del coche y la carpeta, preparándome para irme. El día había sido agotador, y todo lo que deseaba era la comodidad de mi cama. Quería dormir y, al menos en los sueños, tocar el cuerpo de Elena, sentir su presencia que tanto extrañaba.

Caminé desde la oficina hasta el coche con pasos pesados. Al subir al coche, el silencio fue interrumpido por el tono del celular. Miré la pantalla y fruncí el ceño: un número desconocido, internacional. Dudé, pero contesté. Podría ser algún asunto pendiente.

—¿Hola? —respondí, haciendo una señal por el retrovisor para que Sergei comenzara a conducir.

—Alejandro, soy Elena.

Mi corazón se detuvo por un segundo. No necesitaba decir quién era. Solo con escuchar su voz, todo mi cuerpo reaccionó. Casi podía oler su perfume a través de la línea.

—¿Recibiste el dinero? Si vas a rechazarlo, me niego a aceptar tu rechazo. Es derecho del niño —dije firme, intentando mantener la compostura. Aunque me sintiera en sus manos, necesitaba preservar mi dignidad, ser yo mismo.

Hubo un silencio del otro lado, seguido de un suspiro cargado de emociones.

—¿No quieres verlo?

Sentí que mi corazón se aceleraba descompasadamente. ¿Me estaba ofreciendo la oportunidad de conocer a mi hijo? ¡Después de tanto tiempo tratando de ocultármelo!

—Estoy respetando la voluntad de su madre —respondí, intentando controlar la voz que amenazaba con quebrarse. Miré por la ventana, viendo las luces de la ciudad pasar borrosas. —¿Qué clase de pregunta es esa, Elena? ¿De repente decidiste que no soy tan malo como para no merecer conocer a mi propio hijo?

Una pizca de rencor se escapó, una herida que ni siquiera sabía que cargaba. Era difícil ocultar cuánto me afectaba eso.

—Estaba equivocada. Si eres capaz de alejarte por su bien, Alejandro, eso significa que estaba muy equivocada contigo.

Presioné el teléfono contra mi oído, sintiendo un estremecimiento recorrer mis labios. Sus palabras tocaban partes de mí que había mantenido cerradas durante años.

—Si me estuvieras diciendo eso en persona, no sé qué haría —admití, permitiendo que una pequeña sonrisa apareciera. Una mezcla de alivio y ansiedad me invadía. —Estaré allí al amanecer.

—¿Hablas en serio?

—¿Aún no te diste cuenta de que estoy en tus manos?

Ella rió suavemente, un sonido que calentó mi pecho.

—Bueno, eso es nuevo para mí. Pero, pasado mañana es su cumpleaños, así que... creo que será bueno.

Miré hacia el frente, viendo las calles transformarse en un borrón mientras el coche avanzaba. La idea de conocer a mi hijo llenaba mi mente de posibilidades y me hacía sentir como un niño emocionado.

—¿Estás segura de que puedo acercarme? Porque él se convertirá en el hijo de Alejandro Herrera, y el mundo entero conocerá a mi heredero.

Hubo una pausa, y pude imaginar a Elena mordiéndose el labio, como hacía cuando estaba nerviosa.

—Es tu hijo, Alejandro. Ya lo he privado demasiado, y me arrepiento de eso.

Cerré los ojos por un momento, permitiéndome sentir la esperanza que creía dentro de mí.

—Entonces estaré allí. Vamos a hacer esto bien.

—Gracias —dijo, con bastante inseguridad en su voz. —Hasta mañana.

Colgué el teléfono y me quedé mirando el aparato por unos segundos, asimilando lo que acababa de suceder. Sergei miró por el retrovisor, notando mi expresión inusual.

—¿Todo bien, señor?

Lo miré y, por primera vez en mucho tiempo, sentí una verdadera felicidad.

—Está mejor que bien, Sergei. Tendré que ajustar la agenda. Tengo un viaje que hacer.

Él sonrió, volviendo la atención a la carretera. Recosté la cabeza en el asiento, permitiéndome recordar el rostro de mi hijo, imaginar cómo sería sostenerlo por primera vez.

El mundo parecía diferente ahora, como si una nueva puerta se hubiera abierto. Y una duda pasó por mi mente: ¿sería que tendría el paquete completo? ¿Sería que Elena entraría en mi vida como la

última pieza del rompecabezas del destino, uniendo nuestros caminos en el futuro que tanto deseaba?

(…)

—¿Y la cena especial que estábamos planeando para mañana por la noche? —preguntó mi madre, con los ojos tristes y un tono de preocupación en la voz.

Me giré lentamente para mirarla, sintiéndome un poco culpable. Me acerqué a ella y, en un gesto de cariño que nunca había hecho antes, le di un beso suave en la frente, lo que provocó una sonrisa tierna en ella.

—Mami, cuando regrese, comprenderás el feliz motivo detrás de este viaje inesperado —expliqué, mientras comenzaba a organizar mi ropa en la maleta, seleccionando cada pieza con cuidado.

Ya había dado instrucciones precisas a mis hombres para que prepararan el vuelo lo más rápido posible; al fin y al cabo, cuanto antes partiera, antes estaría en tierras cariocas, en Río de Janeiro, para conocer a mi hijo.

—Estaré esperando con ansias —ella sonrió y salió de la habitación.

Estaba más viva, desde que, bueno... desde Juan, y me sentía aliviado por tomar la decisión correcta. “Gracias, hijo, por el corazón que tienes”, dijo ella cuando supo de mi decisión.

CAPÍTULO 52 – CADA DETALLE

ELENA GALLI

—Vaya, eso fue... —murmuró Giovanni, pasándose la mano por el cabello en un gesto nervioso.
—Intenso. —completó Maria Clara, abriendo los ojos con asombro y dejando escapar una sonrisa emocionada.

Me recosté contra la pared, tratando de procesar todo lo que había dicho en la llamada. Mi corazón aún latía acelerado y la adrenalina corría por mis venas. Era difícil creer el giro que había dado mi vida.

—Chicos, no me lo creo, en serio. —respondí, mi voz saliendo casi como un susurro. Los miré, buscando en ellos alguna confirmación de que no estaba soñando.

Maria Clara se acercó y sostuvo mis manos con entusiasmo.

—Amiga, ¡está loco por ti! ¿Tienes idea de eso? —dijo, con los ojos brillando de emoción.

Sentí que mi rostro se encendía y aparté la mirada, viendo a Augusto jugar sobre la alfombra con sus carritos y el gatito. Me acerqué a él y lo tomé en brazos.

—Esto es por Augusto. —respondí, como si tenerlo en brazos justificara todas mis decisiones. Lo abracé con cariño, inhalando su dulce aroma que siempre lograba calmarme.

Y realmente lo era. Todo lo que hacía era pensando en su bienestar. Pero no podía negar que, además, algo dentro de mí volvía a florecer. Una sensación de felicidad que no sentía desde hacía mucho tiempo.

—Claro... todo por Augusto. —dijo Maria Clara con una sonrisa maliciosa, guiñándome un ojo.

Giovanni cruzó los brazos y nos observó con una expresión divertida.

—Te mereces ser feliz, ¿lo sabes, verdad? —añadió.

Suspiré profundamente y me senté en el sofá, aún abrazando a Augusto, que ahora jugaba con mi cabello.

—Tengo miedo —confesé, dejando entrever la inseguridad que me consumía—. Todo es tan nuevo, tan rápido. ¿Y si sale mal?

Maria Clara se sentó a mi lado y puso su mano sobre la mía.

—Lo sé, pero todo va a salir bien. Ese hombre demostró que es capaz de mover el mundo por lo que quiere, así que, hija mía, relájate —dijo con convicción—. No estás sola en esto.

La miré, luego a Giovanni, que asintió en señal de apoyo. Un calor reconfortante llenó mi pecho.

—Gracias, chicos. Estoy segura de que hice lo correcto, el miedo es solo... cosa de madre, supongo. —sonreí con timidez.

—Por supuesto que sí —afirmó Giovanni.

Maria Clara se levantó de repente, rompiendo el ambiente serio.

—¿Vamos? Tengo hambre. Si tardamos más, el restaurante va a cerrar —anunció, colocando las manos en la cintura.

Reí por el cambio repentino de tema y me levanté también.

—¡Vamos! —asentí, sintiéndome un poco más ligera. Besé la mejilla de Augusto—. ¿Quieres pasear, mi amor?
—¡Bamu! —respondió, haciendo una señal con la mano, y todos reímos.

Cuando el silencio finalmente se instaló a mi alrededor, dejándome sola con mis pensamientos, sentí una oleada de inquietud recorrer mi cuerpo. Era como si mariposas danzaran frenéticamente en mi estómago y mi corazón latiera en un ritmo descompasado. Me descubrí saltando mentalmente entre la emoción y el temor a lo desconocido.

La mezcla de nerviosismo y vergüenza se apoderaba de mí. Ahora que ya no había una razón real para resistirme al contacto de

Alejandro, ¿qué haría cuando —o si— me besara de nuevo? ¿Y si quería repetir todo lo que habíamos vivido hace más de dos años? Los recuerdos de aquellos momentos emergieron con fuerza: las miradas profundas, las sonrisas cómplices, el calor de sus manos entrelazadas con las mías. Cada recuerdo parecía reavivar sentimientos que creía dormidos.

Sentí mis pechos estremecerse al revivir en mi mente el instante en que me atrajo hacia él, frente al quiosco, sintiendo su erección tan cerca de mi cuerpo ya empapado de deseo.

Negué varias veces con la cabeza, tratando de expulsar esos pensamientos intrusivos. "Sé sensata, Elena. No te hagas ilusiones", me aconsejaba, repetidamente, como un mantra para mantener la cordura. Pero, por más que lo intentara, era inútil. No podía detener la avalancha de emociones. Sí, era una madre amorosa y atenta a las necesidades de mi hijo, pero también era una mujer con deseos ardientes y sentimientos intensos, frágil y vulnerable, que había adorado cada caricia, cada roce de Alejandro en mi cuerpo, cada momento de intimidad que él me había regalado.

Aún recordaba cada detalle.

(…)

Me miré al espejo por tercera vez consecutiva. Ya eran casi las 13:00 y había hecho todas las confirmaciones necesarias para la fiesta de cumpleaños de Augusto. Había dormido mal, consumida por la ansiedad, repasando cada detalle hasta que el día llegara realmente. Llevaba un vestido suelto, blanco como la paz que deseaba sentir, y mi cabello estaba suelto, con solo un mechón rebelde sujetado por una pinza de mariposa. Pensé que lo mejor sería enviar a Augusto a la escuela, ya que era importante que Alejandro y yo habláramos primero, algo que nunca había sucedido antes.

¿Alguien notaría el esfuerzo que hice por parecer casual? Decidí poner música para intentar calmarme. No había ido a trabajar hoy y, aunque fuera por Alejandro, igual no tenía intenciones de ir. Pronto empezarían a llegar los pedidos con los detalles de la decoración para la fiesta de Augusto y necesitaba estar en casa. Bianca estaba

en el quiosco, ya que no podía dejarlo cerrado. Con el sonido de la música, empecé a relajarme un poco, pero pronto se detuvo, como si se hubiese descompuesto el sistema.

El intercomunicador sonó, interrumpiéndome mientras intentaba resolverlo, y mi estómago dio un vuelco de nerviosismo.

—¿Hola? —contesté, mordiéndome los labios, un hábito nervioso.
—Soy yo, tu portero no quiere dejarme subir. —Alejandro habló y llevé la mano a la boca, sorprendida y aliviada de que finalmente hubiera llegado—. ¿Puedes decirle que puede dejarme subir? Está en altavoz.
—Claro que puedes subir, Alejandro, te estoy esperando. ¡Déjalo pasar, Claudio! —pedí, con un tono de autoridad que rara vez usaba.
—Bien, ya escuchó. Estoy subiendo. —respondió Alejandro y ya podía imaginar el ascensor subiendo.

Me froté el rostro con las manos, sintiendo que los nervios aumentaban, y comencé a caminar de un lado a otro en mi sala de estar. A estas alturas, obviamente Alejandro ya sabía incluso cuántos kilos pesaba, y sabía dónde vivía. Podía saber todo lo que quisiera sobre mí, y ciertamente notaría que me había arreglado. ¡Qué vergüenza! La idea de que me viera así, tan preparada, hacía que mi corazón se acelerara.

Compré pan, pastel, hice una tarta... me sentía como la presentadora de un programa de cocina, lista para recibirlo. ¿Habré exagerado con la preparación? ¿Debería abrir la puerta de una vez o esperar a que toque, para no parecer tan ansiosa? Ahh, ¿por qué estoy tan nerviosa? Parecía que todas las mariposas del mundo decidieron organizar una fiesta en mi estómago.

Demasiado tarde, tres golpes en la puerta me hicieron saltar, y me mordí los labios antes de caminar hacia ella. Suspiré, preparándome para lo que venía, y abrí... para ver frente a mí al hombre más guapo que jamás había visto... y esta vez, no había nada malo que me hiciera querer odiarlo.

—Entra —dije, después de quedarme con la boca abierta unos segundos, como si estuviera a punto de tragar un huevo de

avestruz. Mi mirada recorrió su cuerpo, deteniéndose en los detalles que tanto había intentado olvidar.

Entró con una sonrisa discreta, pero había seriedad en su mirada y sus pasos eran firmes, como si marchara hacia una batalla. Se notaba que estaba tan tenso como yo, la tensión irradiaba de su cuerpo como el calor de un horno.

—Augusto está en la escuelita —dije, colocándome el cabello detrás de la oreja y cerrando la puerta con cuidado, mis ojos aún fijos en su espalda, incapaces de apartarse.

Él exploraba los detalles de mi casa, cada rincón parecía captar su atención meticulosa, hasta que se detuvo en una foto donde estoy al lado de un árbol de Navidad, con Augusto en brazos.

—Es admirable cómo lo has hecho todo, Elena, y sola. —dijo, mirando la foto, con un tono que mezclaba respeto y quizás un toque de deseo reprimido.

Tragué en seco, sintiendo un nudo en la garganta. Parecía estar sugiriendo que no lo necesitaba, y eso, para mí, sonaba como una acusación velada, pero sus ojos sugerían algo más... algo como admiración y un deseo de cercanía.

—Tuve una red de apoyo, amigos queridos que me ayudaron con el trabajo, sobre todo al principio, pero... —mi voz salió temblorosa, cargada de una emoción que no quería admitir.

—Tu casa es acogedora, bien ubicada, nuestro hijo está sano, feliz, tú eres una mujer increíble. —Se giró hacia mí ahora, metiendo la mano en el bolsillo, como si buscara palabras que pudieran reparar el pasado, pero su mirada, ah... su mirada decía que quería más que palabras.

—¿Cómo fue el viaje? —pregunté, tratando de cambiar el foco de la conversación, pasando por su lado para dirigirme al sofá, mi respiración pesada, como si hubiera corrido—. Siéntate, por favor.

—Fue largo, solo me detuve en el hotel para darme una ducha y ya estoy aquí. —respondió, sentándose con una gracia que parecía

fuera de lugar en la tensión del ambiente, su mirada nunca dejaba la mía.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión sobre si merecías ser el padre de Augusto? —preguntó directamente, sin rodeos, su mirada intensa como un faro en la noche.

—Ya lo dije, me equivoqué contigo —tragué en seco, removiéndome en el sofá, sintiendo el peso de la verdad que necesitaba admitir—. Eres mucho más que el hombre que... me mantuvo cautiva y se burlaba de mí...
—Dejé de ser ese hombre para ti en el mismo momento en que supe que no eras la hija de Marino y... Elena, no soy un santo, ni siquiera me acerco a eso y tampoco me importa, pero es extremadamente importante para mí que sepas que no soy un villano.

CAPÍTULO 53 – PORQUE ERES TÚ

ELENA GALLI

—Creo que lo entendí —balbuceé, uniendo mis manos temblorosas sobre mi pierna, sintiendo el calor subir por mi rostro.

—Estás preciosa —murmuró con una sinceridad que me dejó sin aliento y me hizo ruborizar aún más, su mirada recorriéndome lentamente.

—Gracias —mi voz salió como un susurro.

Como por arte de magia, la música volvió a sonar, pero solo ahora noté realmente qué estaba tocando: "One And Only" de Adele. Una canción extremadamente romántica y... bueno, me hacía querer estar en sus brazos.

—¿Quieres bailar? —preguntó, levantándose con un movimiento elegante y extendiéndome la mano, su mirada penetrante prometía más que una simple invitación a bailar.

Miré su mano extendida y, sin decir una palabra, coloqué la mía sobre la suya. Me levanté y sentí sus dedos firmes sujetar mi cintura con seguridad, atrayéndome hacia él. Me jaló con delicadeza, acercando nuestros cuerpos, y nuestras miradas se encontraron, cargadas de deseo y promesas no dichas.

—Recuerda, déjame guiarte... —susurró, notando mi vacilación, tal vez recordando que no era la mejor bailarina, a pesar de desear serlo.

¿Entonces recordaba cuánto habíamos bailado ese día en el restaurante? Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y simplemente asentí con la cabeza.

Nuestros rostros se acercaron, y comenzamos a movernos al ritmo de la música. Pero el calor de nuestras pieles hablaba más fuerte que cualquier paso de baile. Nuestros rostros se aproximaron aún más, y el calor de nuestras pieles se mezclaba, volviéndose imposible separar nuestros suspiros. Pronto, el baile se unió a un beso lento, profundo, que nos robaba todo el aire. Cada caricia era más intensa, cada respiración más pesada, cargada de un deseo ardiente.

—¿Me estás diciendo que puedo tener el paquete completo? —preguntó Alejandro, con un brillo de esperanza que hizo latir mi corazón con fuerza.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, intrigada, pensando si insinuaba explorar algo nuevo entre nosotros, algo que tal vez no hubiéramos hecho en esos tres días.

—Tú, Elena. Tú. Mi hijo... y su madre. ¿Puedo tener a los dos? —Su pregunta, clara e intensa, me tomó desprevenida y trajo una oleada de calor a mi rostro.

Él estaba siendo romántico mientras yo pensaba en otra cosa. Tal vez yo fuera más pervertida que él, después de todo.

—Ya conoces cada susurro de mi cuerpo, Alejandro —murmuré, atrayéndolo hacia un beso que parecía sellar todo lo que quería decir —. Ya no hay razones para esconder lo que siento. Eres el hombre de mi vida, a pesar de todos los tropiezos. Desde la primera mirada, te infiltraste en mí, y después de esos tres días, ya estaba perdida por ti. Solo no lo admití porque tenía miedo de ser la única que amaba. Me sentía tonta por atreverme a amarte, por abrir mi corazón de forma tan completa.

Él suspiró, sujetando mi rostro con ternura.

—No sé si soy digno de tu amor, mi ángel, pero lo deseo más que cualquier cosa. Necesito que me ames, porque sin ti, soy un hombre perdido, condenado a vagar sin rumbo, sin razón. Sin el calor de tu amor, mi vida es un desierto frío y desolado, donde cada paso es

más arduo que el anterior, donde cada día es una búsqueda interminable por la luz que solo tú me traes.

—Tengo miedo, representas caos, peligro, tengo mucho miedo, pero te deseo, como siempre lo deseé en el fondo, a pesar de negarlo y saber que estaba mal, te deseaba, quería ser tuya. Y ahora, saber que estamos aquí hablando de esto, donde finalmente puedo admitir que sí, no olvidé ni un momento que pasamos juntos, y que sufrí con la ausencia. Sufrí porque creí que tú y yo nunca íbamos a suceder... sufrí cuando tuve que esconderte un secreto porque creía que solo me veías como una puta con la que te acostaste y pagaste y, por eso, me castigarías, pero yo quería ser mucho más para ti —hablé con los ojos cerrados, mi cabeza apoyada en su pecho, sintiendo cada latido de su corazón. No podía creer las palabras que salían de mi boca; eran palabras que nunca había permitido que resonaran en voz alta, y la libertad que eso trajo era embriagadora —. Dime que todo esto es real, que está ocurriendo, que realmente sientes algo muy fuerte por mí, así como yo siento por ti...

—Si no puedes creer en mis palabras, tal vez creas en mis acciones —dijo, bajando la manga de mi vestido y dejando al descubierto mi hombro, luego mirándome profundamente a los ojos—. Te lo voy a demostrar, hoy, que cuando se ama, se folla con más fuerza.

Bajó la otra tira de mi vestido.

Inmediatamente, me cubrí con los brazos antes de que mi vestido cayera completamente.

—Yo... no tengo el mismo cuerpo de antes, el embarazo dejó marcas y... —mi voz tembló, insegura, mientras exponía mis vulnerabilidades.

Colocó su dedo índice en mis labios, haciendo un sonido suave con la boca para silenciarme, sus ojos llenos de una ternura que apenas podía soportar.

—Estás buena porque eres tú, Elena, en cualquier versión o tamaño, eres tú quien hace que cada detalle de tu cuerpo sea atractivo... créeme, intenté de muchas formas interesarme en otra mujer, pero

solo hay una como tú —su voz era firme, cargada de una verdad que sentía hasta los huesos.

Mi vestido cayó al suelo, dejándome solo con bragas y sujetador. Me puse de puntillas, besándolo con una urgencia que venía de años de deseo y añoranza. Con manos temblorosas, lo ayudé a quitarse la camisa, revelando la piel que tanto había deseado volver a tocar. Su olor, la textura, la barba recién hecha que rozaba mi piel, el cabello que ahora despeinaba entre mis dedos, su cuerpo entero moldeaba cada detalle de ese momento que parecía sacado de un sueño, casi irreal.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó con un gruñido que me erizó la piel. Entonces, me besó de nuevo, lleno de fuego, devorándome.

—Allí —señalé. Me levantó con un movimiento fácil, y yo enrosqué mis piernas a su alrededor. En el camino, ya empezó a demostrarme lo que quería, sus besos en mis pechos enviaban choques de placer directo a mi intimidad.

Me depositó en la cama como si fuera algo precioso, pero sus ojos decían que quería devorarme. Desabrochó su pantalón con una lentitud torturante.

—Eres hermosa —dijo, su desnudez me hacía desearlo aún más—. Te amo.

Sonreí y, con un gesto del dedo, lo llamé más cerca.

Todavía tenía algo de vergüenza, pero ahora era diferente; era el deseo de ser explorada, de ser suya. Quería volver a esos días donde se dedicaba a darme placer, sin fin.

Se acercó y nos besamos como si fuera la última vez, cada caricia más profunda, más intensa. Estaba debajo de él, sintiendo su peso, el calor, sus labios bajando hacia mis pechos, quitándome el sujetador, arrancando gemidos de mí antes incluso de empezar realmente.

—Ahh, Alejandro... —gemí, cuando su mano se deslizó bajo mi braga, apartándola a un lado, encontrando ese punto que ya latía

por él.

—¿Es aquí donde quieres que te folle? —preguntó, lleno de deseo.

—Sí, fóllame aquí... —respondí, entreabriendo las piernas.

Devoró mi boca con una intensidad que me dejó sin aire, su beso profundo y voraz, mientras metía un dedo en mi coño mojado, arrancando un gemido que tragó con sus labios. Hacía una eternidad desde que habíamos estado juntos, desde que me tocaban en ese punto que me volvía loca, y ahora, cada parte de mí estaba viva, deseando ser poseída de nuevo por él. Me besaba como si quisiera consumirme, su lengua entrando profundamente, mientras su dedo me penetraba, creando un ritmo que me llevaba al límite. Cuando el placer estalló dentro de mí, cuando mi cuerpo empezó a temblar y me corrí con fuerza, bajó, sus labios encontraron mi clítoris sensible, lamiendo y chupando cada gota de mi orgasmo, su lengua trabajando con una precisión que me hizo agarrar su cabello, atrayéndolo más a mí, ahogada en un placer que solo él sabía darme.

Aún hambrienta de deseo, lo induje a recostarse debajo de mí, mientras me observaba con una sonrisa traviesa y llena de expectativa, sus ojos brillando con deseo.

—¿Qué quieres, mi ángel? ¿Qué quieres hacerme? —preguntó, su voz una invitación al pecado, cargada de promesas eróticas.

—Necesito más, Alejandro —dije, avanzando sobre él con una determinación que reflejaba la urgencia de mi deseo. Coloqué mis pechos entre su polla, que ya goteaba de anticipación, y comencé a masajearlo con ellos, un acto que sabía que lo enloquecería y que también me excitaba profundamente. Gimió, su cuerpo reaccionando de manera visceral a mi toque, y tendría lo que quería, pero yo aún ansiaba mucho más. Entonces, avancé, abrí mis piernas, posicionando mi coño, que latía de deseo, directamente sobre su boca.

—Hazlo —supliqué, mi voz un susurro de necesidad, conteniéndome para no frotarme contra él como cada fibra de mi ser deseaba.

Estaba absolutamente enloquecida de deseo, descubriendo en ese momento que había acumulado todo ese tiempo desde que me enseñó el significado del placer, desde cuando me quitó la virginidad y me mostró mil maneras de alcanzar el clímax.

—Deliciosa... —murmuró, su voz ahogada por mi cuerpo mientras me lamía con intensidad, y yo, en un acto de autoindulgencia, masajeaba mis pechos, aumentando la sensación de placer—. Ya sé qué hacer para apagar ese fuego tuyo.

Con una última chupada que me hizo arquear de placer, me retiró de encima de él. Moviéndose con una rapidez que me sorprendió, se deslizó por la cama, me agarró por la cintura y me atrajo hacia él, sus manos fuertes abriendo mis piernas. Sin más preliminares, deslizó su polla, gruesa y ardiente, dentro de mí, una penetración que me hizo soltar un gemido alto, sintiéndolo llenarme por completo, su miembro expandiéndose y explorando mi coño hambriento.

El placer me tomó como un huracán mientras empezaba a moverse dentro de mí. Cada embestida fuerte, bien profunda y llena de intención, me hacía sentir completamente suya. Alejandro tomó un ritmo que me hizo olvidar todo, cada sensación más fuerte, cada toque me quemaba.

—Ahhh, Alejandro... —gemí su nombre, mi voz llena de placer y una necesidad loca.

Él respondió con un gruñido desde lo más profundo de su alma, sus ojos cerrados en medio del placer, pero pronto me miró de nuevo, con una sonrisa que decía que tenía el control.

—Eres mía, Elena —dijo, con esa voz ronca de deseo—. Solo mía, ¡joder!

Gemí en respuesta, los sonidos de placer escapando de mí mientras sentía el clímax crecer, a punto de explotar. Cambió de posición, colocando mis piernas sobre sus hombros, profundizando aún más cada embestida, alcanzando puntos que me hacían ver estrellas, cada golpe me hacía temblar y gemir más fuerte.

—Más, Alejandro... —supliqué, mi voz mezclada con los gemidos, queriendo más de él, más de esa fuerza, más de esa intensidad.

Comenzó a mover las caderas con una fuerza que parecía querer partirme, cada embestida ahora me prometía liberación, y sentí el orgasmo aún más fuerte acercándose, una tormenta a punto de explotar.

—Así, mi ángel, así... —gruñó, cada palabra marcada por una embestida intensa, nuestros cuerpos chocando uno contra el otro, el sonido reverberando por la habitación. Sus gruñidos se mezclaban con mis gemidos, en una música de deseo.

Aceleró, las embestidas se volvieron más urgentes, más intensas, y ya no podía contenerme.

—Córrete para mí, Elena —ordenó, su voz un susurro lleno de promesa, casi un gruñido, llevándome al límite.

Y me corrí, mi cuerpo temblando como nunca, el placer dominándome, un grito de éxtasis saliendo de mí, mis gemidos resonando. Él vino poco después, echando la cabeza hacia atrás, su orgasmo lo estremeció, llenándome con el calor de su deseo, sus gruñidos mezclándose con mis gemidos, nuestros cuerpos unidos en un momento de pura satisfacción y, con una última embestida, soltó el aliento.

Cuando terminamos, jadeando, me atrajo hacia sí, envolviéndome en sus brazos mientras aún estábamos conectados. Nuestras respiraciones mezcladas, el sudor brillando en nuestras pieles.

—Te amo, Elena —susurró en mi oído, sus palabras me hicieron sentir amada, deseada y completamente suya.

—Yo también te amo, Alejandro —respondí con un beso suave, mi mano acariciando su rostro, sintiendo ese momento intenso, sabiendo que era solo el comienzo de muchos otros.

—Gracias por recibirme en tu casa, en tu vida. Prometo que nunca te arrepentirás.

—Lo sé, mi amor.

CAPÍTULO 54 – MI NIÑO

ALEJANDRO HERRERA

Mi corazón latía con fuerza mientras sostenía la mano de Elena frente a la escuelita de Augusto. La sensación de expectativa y el amor que sentía por ella y por nuestro hijo me llenaban de una forma que nunca antes había experimentado.

Estaba preparado para conocer a mi hijo, para mirarlo a los ojos y ver un pedazo de mí reflejado en él. Me sentía tan liviano como nunca antes, como si todas las sombras de mi pasado hubieran sido disipadas por la luz de un nuevo amanecer. Juan tenía razón, el amor... me sentía una nueva persona. El amor transforma, es como una alquimia emocional, capaz de convertir lo más endurecido en algo que late con esperanza y ternura.

—Tranquilízate… —susurró Elena en mi cuello, su aliento cálido contra mi piel, trayéndome una calma que ni siquiera sabía que necesitaba—. Es un niño listo, sabrá que puede confiar en ti. —Me reconfortó, sus palabras cargadas de una certeza que me hizo creer que todo saldría bien.

Elena, mi ángel dulce y atrevido, resultó ser mucho más de lo que imaginaba. Me vi en sus manos mucho más de lo que pensaba estar, como si fuera un faro guiándome hacia una vida que nunca me había atrevido a imaginar para mí mismo. Y ahora que había probado de su miel entregada por voluntad propia, me sentía aún más cautivo de ella. Mi alma estaba prisionera, pero, paradójicamente, me sentía feliz por ello, feliz de estar atrapado en esa dulce prisión de amor.

—Tendré paciencia, aunque pasen meses, él me reconocerá como su padre y se sentirá orgulloso de mí, porque eso es lo que quiero

darles a los dos, orgullo, así como ya lo siento por tenerlos. —Dije, sintiendo y expresando lo que estaba decidido a construir.

—Es hora —dijo suavemente, y me di cuenta de que varios padres ya entraban a buscar a sus hijos, una escena que me llenó de emoción y un poco de miedo.

Sentí un nudo en el estómago, apreté su mano con más fuerza a medida que avanzábamos hacia el interior de la escuela, cada paso me acercaba a un momento que nunca pensé que tendría.

—Voy a esperar aquí —dije, vacilante, momentos antes de llegar al aula de él, la incertidumbre invadiéndome.

—¿Estás seguro?

—No, voy contigo. —Cambié de idea, la decisión tomada con la misma rapidez con que el amor me había alcanzado—. No digas que soy su tío, dile que soy su papá, aún es pequeño, y es bueno que me vea así desde el principio. —Expliqué, pasando la mano por la boca, nervioso pero decidido.

Estaba muy nervioso. ¿Cómo un niño de 2 años lograba ponerme en ese estado? Había pasado el resto de la tarde viendo fotos, observando los preparativos para su fiestita, descubriendo más sobre la vida de Elena y Augusto, y me encantaba a cada minuto. Lamentaba haberme perdido de tanto, pero agradecía tener la oportunidad de ingresar todavía al comienzo. Era pequeño y tenía toda una vida por delante para ser mi hijo, y Elena, mi esposa.

Caminé junto a ella y entramos en la fila. A cada niño que salía con sus padres, más cerca estábamos de nuestro turno. La expectativa se acumulaba en mí como electricidad. De repente, cuando aún había dos madres delante de nosotros, Augusto nos vio y corrió hacia la puerta, colgándose de la reja que impedía a los niños salir. Su entusiasmo era contagioso.

—¡Mami! ¡Mira! —Estaba mostrando un juguete reciclado que había hecho, todos los niños sostenían uno, una visión que me derritió por dentro.

El pequeño no hablaba bien todavía, y sus pasitos seguían siendo diminutos; era un bebé, pero la ternura que emanaba de él me llenó de un amor que nunca imaginé sentir.

Pronto llegó el turno de Elena para recogerlo, y la profesora, antes de entregarle al niño, me miró con sorpresa.

—¿Es el papá de Augusto? —preguntó, mirándome de pies a cabeza.

—Sí, lo soy. —Respondí, con el pecho lleno de orgullo, una sonrisa extendiéndose por mi rostro.

—¡Hoy vino papá a buscarte! —dijo, entregando al bebé, que ahora me miraba con una mezcla de curiosidad y reconocimiento en sus grandes ojos.

—¡Qué lindo! ¿Tú lo hiciste? —preguntó Elena, refiriéndose al juguete reciclado.

Él asintió. Me di cuenta de que debía decir algo. Estaba loco por interactuar con él, pero era increíble cómo un niño de 2 años lograba ponerme inseguro.

—Está muy bonito tu juguete, campeón —dije elogiando, él escondió el juguete de mí, entregándoselo a Elena. No sería esta vez.

Tragué en seco, puse la mano en la espalda de Elena mientras salíamos y nos alejábamos de las personas, el momento desarrollándose como una película. Augusto me seguía mirando, con certeza notando que yo no era cualquiera. Tal vez incluso viéndome como alguien importante para él, pues nuestro parecido no era poca cosa. Sonreí, recibiendo una mirada de aprobación de Elena, diciéndome con los ojos que siguiera adelante.

—Hola, Augusto, mira lo que tengo —le mostré el cuchillo de bolsillo que llevaba conmigo.

Él abrió los ojos de par en par, brillando, obviamente queriendo tomar el objeto con las manos, con esa inocencia y deseo de explorar.

—¡¿Estás loco?! ¡Eso no es un juguete! —Elena casi gritó, y de inmediato noté mi error, mi ansiedad por impresionarlo fue sustituida

por un sentimiento de culpa.

—Pero... ¿dinero? Yo tengo dinero —dije rápidamente, sacando algunos billetes de mi billetera, intentando corregir mi error, y el niño sonrió aún más, encantado con los billetes de colores—. Sirve para comprar muchos dulces.

Extendí los brazos, mirando con una sonrisa sus ojos, invitándolo a mi regazo. Él miró el dinero y luego a mí, y de nuevo al dinero, y entonces aceptó venir a mis brazos, y fue cuando lo abracé, sintiendo el calor de su cuerpecito contra el mío, los latidos de su corazón resonando en el mío, mi niño, mi bebé, a quien iba a cuidar, proteger, criar para que fuera mucho mejor y mucho más feliz de lo que yo había sido hasta entonces. En el momento en que sus bracitos se cerraron alrededor de mí, sentí que finalmente había encontrado mi lugar en el mundo, un lugar que me estaba esperando, en sus ojitos brillantes de esperanza y confianza.

Él era mi heredero, mi fruto, sangre de mi sangre. Aquel que llevaría mi legado, y yo no tenía idea de que sería tan… tan todo.

En el mundo en el que vivía, de sombras y secretos, de poder y control, nunca pensé que el amor pudiera surgir de forma tan pura e incondicional. Augusto era la personificación de la inocencia, un contraste absoluto con la vida que llevaba. No era solo un heredero en el sentido de heredar posesiones o un apellido cargado de historia; él era el heredero de un nuevo comienzo, de una nueva vida que ni siquiera sabía que deseaba.

La reflexión que me vino en ese momento, al sentirlo en mi regazo, fue que el legado que quería dejar no era de riqueza ni de poder, sino de amor, de cuidado, de enseñar al mundo que incluso aquellos que nacieron en medio de las tinieblas pueden encontrar la luz. Él sería mi legado de redención, la prueba viva de que yo podía ser más que el hombre que había sido, que podía forjar un futuro brillante y lleno de esperanza.

Augusto me hizo darme cuenta, en cuestión de segundos, como si me quitaran una venda de los ojos, que el verdadero poder no está en dominar, sino en proteger, en nutrir, en dar sin esperar nada a

cambio. Me enseñó, sin siquiera intentarlo, que ser padre es la mayor tarea que la vida puede ofrecerme, una responsabilidad que me hacía querer ser mejor, no por mis propios méritos, sino para ser el padre que él merece.

Vi a Elena observándonos con los ojos llenos de emoción, y hasta algunos curiosos que pasaban no podían evitar mirarnos por un momento.

—Vamos. —Sugerí, sosteniéndolo firme por el brazo y extendiendo mi otra mano gentilmente hacia ella, en un gesto de unión.

No me reconocía en ese momento, pero, joder, la felicidad que sentía no cabía en mi pecho.

CAPÍTULO 55 – CONEXIÓN DE ALMAS

ELENA GALLI

No fue Sophie quien me contó que yo era Elena y no Chiara, como creí inicialmente. Estaba equivocada en muchas cosas. Después de la cena y una larga sesión de juegos con Augusto y Alejandro la noche anterior, tuvimos una conversación bastante cómoda donde discutimos nuestras dudas. Le expliqué detalladamente cómo ocurrió todo, cada momento, desde el tiempo en que nos separamos hasta ese preciso instante y, por mi parte, le pregunté qué hizo durante ese período, y cómo estaba Sophie, sabiendo que inevitablemente tendría que enfrentarla. Al notar mi tensión, él preguntó amablemente cuál era el problema y fue entonces cuando expuse toda mi frustración. Casi morí de culpa y vergüenza de mí misma por haber dudado de ella y, aunque nunca se hubiera enterado, sentía la necesidad de disculparme.

—Si Guadalupe estuviera aquí, ya estaría todo organizado —murmuró Alejandro mientras me ayudaba a inflar un globo azul.

Estábamos en el pequeño salón de fiestas que había alquilado para celebrar los 2 años de mi príncipe.

—Alejandro y sus innumerables empleados que hacen todo por él —comenté, poniendo los ojos en blanco de forma juguetona.

—Quiero ver la cara de todos cuando nos vean llegar —dijo él, con un brillo de expectativa en los ojos.

—¿De verdad tengo que irme? ¿No puedes dejar todo allá y venir a vivir aquí conmigo en el departamento? —pregunté, haciendo un puchero que no era del todo en broma.

Alejandro me miró, preocupado, tomando mi comentario en serio.

—No te preocupes, estoy bromeando, sé que el poderoso Alejandro Herrera no puede simplemente abandonar sus compromisos, y yo, bueno, allá hay playa y puedo expandir mi emprendimiento —expliqué, con una sonrisa esperanzada.

—¿Cómo va a trabajar la esposa de Alejandro Herrera en un quiosco en la playa de Cancún? Elena, podrás tener todos los quioscos que quieras, pero recuerda que serás la gerente, no la persona que sirve —afirmó, con un tono de autoridad suave.

—Pues que sepas que amo servir —respondí, pero terminé reventando accidentalmente el globo que estaba inflando—. ¡Ay, qué susto!

Él me dio un beso rápido en los labios.

—Puedes servirme cuanto quieras, ya conoces mis necesidades —dijo, con una sonrisa traviesa.

—Hablamos de eso después —sonreí, rodando los ojos nuevamente.

—Ah, hay alguien que no quiere quedarse conmigo hoy —dijo Bianca, entrando al salón con Augusto peleando en brazos.

—Entrégame a mi hijo, él va a ayudar a papá a organizar todo, ¿verdad, Augusto? —Bianca colocó a Augusto en el suelo, y él corrió hacia Alejandro con entusiasmo—. Mira, guarda eso para papá en esa caja.

Y mientras Alejandro iba inflando los globos, Augusto, dando saltos emocionados, iba colocando cada uno de ellos en la caja con cuidado.

Observé atónita la escena, los dos se estaban involucrando muy rápido y tal vez era una conexión espiritual, una conexión de almas. Era un padre y un hijo allí, y eran increíblemente hermosos juntos.

(…)

Al día siguiente…

—¡Muuuu-chas fe-li-ci-da-deees, muuu-chos aaños de vi-da! —terminamos de cantar el tradicional "cumpleaños feliz" con

entonación alegre, siguiendo el ritmo de la música mientras aplaudíamos al unísono, creando un sonido festivo que resonaba por el salón. Augusto, con una sonrisa de oreja a oreja, se inclinó sobre el pastel y, de un solo soplo, apagó la vela, lo que fue seguido por más aplausos y risas.

Todo se había vuelto más perfecto de lo que podría haber planeado. La decoración, inspirada en la caricatura Pocoyó, que a Augusto le encantaba ver, estaba impecable. El salón estaba adornado con globos, cuidadosamente dispuestos para crear un escenario que parecía sacado directamente de la pantalla. Las cortinas, decoradas con imágenes de los personajes, se movían suavemente con la brisa del aire acondicionado. El pastel, una obra de arte, tenía la forma del propio Pocoyó, con glaseado azul y blanco aplicado detalladamente para capturar la esencia del personaje. Las velas coloridas y temáticas clavadas en la parte superior añadían un toque de alegría. Cada mesa estaba decorada con miniaturas de los personajes del dibujo, e incluso pequeños souvenirs hechos a mano, como llaveros y marcapáginas, esperaban a los invitados para que se llevaran un pedacito de la fiesta a casa.

Entre los invitados, estaban María Clara y Giovanni, siempre elegantes, con su gatito; Bianca, sonriente como siempre; Brenda, que vino acompañada de su calurosa familia; una pareja simpática de mi edificio, y algunos clientes que se habían convertido en amigos con el tiempo en el quiosco. ¿Cómo pude imaginar que las cosas podrían salir mal con Alejandro? Hacía apenas dos días que comenzamos a compartir nuestra vida, pero ya encajaba tan perfectamente en mi rutina, en mis alegrías y en mis planes, que parecía como si hubiéramos vivido juntos toda la vida.

—Vaya... qué par de tortolitos, ¿no? Estoy boquiabierta —dijo María Clara, cuando la fiesta terminó y todos los invitados —excepto ella y Giovanni— ya se habían marchado a sus casas.

—Habla más bajo —dije, sonriendo mientras me tapaba la boca con la mano—. La fiesta estuvo deliciosa, ¿verdad? —Cambié de tema

rápidamente, ya que Alejandro y Giovanni estaban mirando en nuestra dirección.

Augusto se estaba divirtiendo en la piscina de pelotas, jugando alegremente con el gatito de María Clara.

—Amiga, estoy tan feliz por nosotras dos... —comenzó María Clara, con un brillo de emoción en los ojos.

—¿Nosotras dos? —pregunté, arqueando la ceja, curiosa—. Ah, sí, el éxito de tu lanzamiento, realmente, este año fue...

—No, amiga... —me interrumpió, colocando la mano sobre su vientre y, en ese mismo instante, lo comprendí.

—¿En serio? —exclamé, incapaz de contener mi entusiasmo y felicidad.

Ella asintió varias veces, confirmando la noticia de que estaba embarazada.

—No planeé nada, estaba tomando anticonceptivos, pero sucedió. ¡Ya tengo 14 semanas! —explicó, con una mezcla de sorpresa y felicidad.

—¿Y dónde está tu barriga? —pregunté, sonriendo mientras la abrazaba con entusiasmo—. Estoy muy feliz por ti, amiga, se merecen toda la felicidad del mundo, y ten por seguro que un hijo siempre es una bendición.

—Lo sé, después de toda tu historia, amiga, jamás voy a tener miedo de un hijo —respondió ella, sonriendo mientras se limpiaba los ojos, que comenzaban a llenarse de lágrimas de felicidad.

La abracé nuevamente, sintiendo una alegría que no me cabía en el pecho.

—Qué pena que me voy a México y no podré estar cerca para acompañarte, pero cada vez que pueda, haré todo lo posible por venir —dije, con un toque de tristeza en la voz.

—Y yo iré para allá, no te preocupes, nos veremos siempre, sabes que me encanta viajar —respondió, con una sonrisa que reflejaba su alegría por la aventura.

—Lo sé, todo saldrá bien —afirmamos, abrazándonos una vez más, con la certeza de que la amistad superaría cualquier distancia.

CAPÍTULO 56 – FLORECER

ELENA GALLI

Cinco días después…

Cinco días después, estábamos atravesando los imponentes portones de la fortaleza de Alejandro, la majestuosa casa Herrera. Más de dos largos años atrás, cuando me fui de este lugar, todo parecía tan incierto en mi vida; mi corazón estaba cargado y sentía que nunca más sería capaz de sonreír… No sabía que ya llevaba a Augusto en mi vientre, pero de algo estaba completamente segura: nunca más sería la misma. Y ahora, al regresar, la sensación era completamente diferente a la que me había dominado años atrás.

No me sentía triste por dejar atrás la vida que había construido en Río de Janeiro, a pesar de tener que despedirme de amigos queridos y de un trabajo por el que me esforcé tanto para estabilizarme; al contrario, estaba llena de expectativas y ansiedad por lo que estaba por venir: yo, Augusto y Alejandro, ahora como una verdadera familia.

—Serás muy feliz aquí, cariño, los dos lo serán —dijo Alejandro, sujetando mi mano con firmeza al notar que observaba la vasta propiedad por la ventana del coche—. Me esforzaré por ello.

—Lo sé —respondí con una sonrisa, inclinándome para besarle el rostro.

Augusto dormía plácidamente en su sillita, después de haberse agitado bastante durante el vuelo, y ahora parecía haberse desconectado completamente del mundo. Los empleados de la casa, junto con Julieta y Juan, nos esperaban en la entrada de la mansión.

Alejandro me había contado en una de nuestras largas noches de charla post-sexo que Juan y Julieta estaban a punto de casarse.

El coche finalmente se detuvo frente a la casa. Alejandro fue el primero en bajar y, amablemente, abrió la puerta para mí, sacando luego a Augusto de su asiento de seguridad.

Me quedé de pie junto al coche, con las manos juntas, sintiéndome un poco fuera de lugar y tímida ante todo aquello.

—Querida, bienvenida de nuevo —dijo Julieta, envolviéndome en un abrazo cálido y reconfortante.

—Gracias —respondí, con una sonrisa tímida aún dibujada en el rostro.

—Mamá, este es Augusto, mi hijo —dijo Alejandro, presentando a nuestro pequeño bebé a su madre.

El pequeño Augusto, sin embargo, seguía dormido, con su carita adorable y sus mejillas rosadas a la vista.

Julieta abrió los ojos con asombro, llevándose dramáticamente la mano al corazón, y luego me miró buscando confirmación. Asentí con la cabeza, confirmando la paternidad de Alejandro.

—Bueno, es una larga historia… —dije, alisando el cabello con un gesto nervioso.

—Augusto Galli Herrera —murmuró Alejandro con orgullo, y en seguida Julieta estaba encima del nieto como una gallina con sus pollitos.

—¡Mi Virgen de Guadalupe! —exclamó Julieta—. ¡Qué cosa más linda, Dios mío! ¡Es igualito a ti, Alejandro! ¿Cómo es posible? —preguntó con la emoción de una matriarca que ve crecer su legado.

Pronto Juan se acercó, espiando curioso para echarle un mejor vistazo a mi pequeño.

Escuché un murmullo colectivo de "ohs" y "ahs", lo que me llenó de orgullo y me calentó el corazón.

—¡Qué niño tan lindo del tío! —exclamó Juan, con una sonrisa que irradiaba alegría, y la escena me pareció un poco graciosa; él,

siempre tan duro y macho, ahora estaba derretido por un bebé.

Guadalupe y los demás empleados de la casa observaban la escena desde lejos, con sonrisas y murmullos de aprobación.

—Elena es mi mujer, Augusto es mi hijo —declaró Alejandro, colocando una mano protectora sobre mi hombro.

—Bueno, quiero saber cada detalle de cómo ocurrió todo esto —insistió Julieta, con un brillo de curiosidad en los ojos.

—Después lo contaremos todo. Por ahora, entremos, que el viaje fue largo —respondió Alejandro, liderando el camino hacia el interior de la casa con nuestro hijo en brazos, seguido de cerca por su madre y Juan.

Noté a Guadalupe parada, con una mirada de soslayo hacia mí. Me acerqué a ella, ofreciéndole una sonrisa amable.

—Guadalupe, gracias por ser tan amable conmigo cuando yo no era nadie aquí; me alegra saber que tengo una amiga —dije, abrazándola con gratitud.

—Usted es muy especial, señora. Veo que ha hecho una gran diferencia en la vida de Alejandro, y en la de todos aquí, porque a través de usted, Alejandro facilita la vida de todos —respondió Guadalupe, apretando mis manos con cariño.

Sonreí, sintiéndome bobalicona de orgullo y felicidad por tal comentario. No sabía si era yo, o el sentimiento. Gracias al amor que decidió bendecirnos a mí y a Alejandro, las cosas podrían florecer de una forma más alegre para todos.

ALEJANDRO HERRERA

Estábamos Miguel, Juan, Pablo y yo en mi despacho, reunidos para hablar sobre la expansión de las rutas de transporte a través de la frontera. Había llegado apenas el día anterior y ya necesitaba sumergirme de nuevo en los negocios con urgencia, pues, al parecer,

alguien había saboteado nuestro principal túnel secreto, una arteria vital para nuestras operaciones.

—¿El niño debería estar aquí? —preguntó Pablo, con una ceja arqueada, observando a mi hijo sentado y jugando con algunos objetos en la estantería: objetos todos seguros, nada cortante ni peligroso.

Todos los ojos se volvieron hacia Augusto, que estaba en el suelo, inmerso en su propio mundo de juegos, completamente ajeno a la gravedad de la conversación.

—Claro que sí, el niño debe estar enterado de los negocios desde pequeño, para ver cómo se hace —dijo Juan, cruzando los brazos con aire de autoridad.

—No lo sé, estoy de acuerdo con Pablo, el niño no debería estar aquí —dijo Miguel, su voz cargada de preocupación—. Es demasiado pequeño.

—Están locos los tres… —murmuré antes de dirigirme hasta donde mi hijo jugaba. Lo tomé en brazos con cuidado—. Él está aquí porque quiero pasar tiempo con él, y no entiende nada de lo que hablamos; no le importa la logística del transporte, todo lo que le importa es jugar y los dulces —le ofrecí un caramelo. Augusto lo tomó y quiso bajarse para seguir jugando.

—Abi, tiu —dijo Augusto, estirando el brazo hacia Miguel, que se tensó visiblemente y se enderezó en la silla.

—¿Yo? —preguntó Miguel, sorprendido.

—Abre el caramelo para el niño —gruñí, con un tono que no admitía discusión.

—Ey, ¡yo soy su único tío aquí! Estos dos son solo socios —resopló Pablo, visiblemente celoso.

—¿Podemos volver al tema? —pregunté, rascándome la barbilla de forma pensativa, sintiendo la barba por hacer.

Estaba realmente ansioso por terminar pronto aquella discusión; el deseo de finalizarla no era solo por la urgencia del negocio, sino

también por las ganas de desconectarme de todo por unas horas, de huir de los problemas y disfrutar un momento de tranquilidad e intimidad con Elena. Había planeado una cena, solo nosotros dos, donde pudiéramos hablar de algo más que estrategias, rutas y operaciones. Sí, solo había vuelto hacía un día y ya extrañaba cuando éramos solo nosotros, durante una semana entera, en su apartamento.

ELENA GALLI

Había invitado a Sophie a tomar el té, sintiendo una necesidad intensa de verla. Al fin y al cabo, ella era mi amiga, y me sentía profundamente culpable por haber considerado que pudiera traicionarme, un pensamiento que me consumió por mucho tiempo. La esperaba, sentada cómodamente en una de las mesas al aire libre del jardín, donde el ambiente estaba vibrante y colorido con flores en plena floración, el sol brillaba intensamente, un día hermoso en Cancún, donde yo era la feliz compañera de un hombre importante, sintiéndome valorada, sin miedo, sin tristeza, solo envuelta en felicidad.

—¡Elena! —escuché la voz dulce y melodiosa de Sophie detrás de mí y me giré rápidamente, levantándome de la silla con una sonrisa de bienvenida.

—¡Sophie! —Nos abrazamos con fuerza, el abrazo de quienes no se ven desde hace mucho tiempo.

Ella seguía tan hermosa como siempre, sus rizos dorados enmarcaban su rostro delicado, la piel clara y las mejillas sonrosadas le daban un aire etéreo; aún bella, pero ahora con una madurez que los últimos dos años le habían traído.

—Sophie, siéntate, necesito confesarte algo —dije, sintiendo el peso de las palabras que estaban a punto de salir. Le expliqué todo lo que había sucedido, sobre las dudas y sospechas que me carcomieron, y

le pedí disculpas sinceras por pensar que ella había revelado mi secreto.

—Elena, este mundo en el que vivimos es complicado, a veces necesitamos mentir, necesitamos traicionar a alguien. Lamentablemente, yo… no sé si podría juzgarte, si me presionaran, tal vez sí diría algo, por eso no quería que me lo contaras —dijo con un semblante triste, reflejando la complejidad moral en la que ambas estábamos inmersas—. No soy fuerte como esos hombres que morirían con una cuchillada antes de revelar un secreto.

—Perdóname, tienes razón —respondí, sintiendo el peso de mis propias acciones, recordando cómo, para proteger mi vida y la de mi hijo, prácticamente me había prostituido al ofrecerle mi cuerpo a Alejandro—. Todos se corrompen por el motivo correcto, pero a veces lo que llamamos corrupción es solo nuestra manera de sobrevivir y proteger a quienes amamos.

—Pero estoy muy feliz. Miguel me contó sobre tu hijo y estaba ansiosa por conocerlo, por verte, me alegra que estés aquí —me tomó la mano con una ternura que me tocó profundamente, y vi que luchaba contra las lágrimas.

—Sophie, lo siento, no quería ponerte triste —dije, sintiendo el corazón encogerse.

—No, estoy triste por otra cosa, Elena —se encogió de hombros, tratando de disimular el dolor—. En dos años, debo casarme con un hombre cuyo rostro no he visto y ni me interesa ver, ya que él no tiene interés en conocerme antes del matrimonio.

—¿Cómo?

—Él solo exige que yo sea "virgen" —hizo comillas con los dedos y reviró los ojos, la frustración evidente en cada palabra—. Hombres, todos iguales.

—¿Cómo así, Sophie? Explícame mejor —pedí, sin entender mucho.

—Chiara Marino se casará con Miguel y yo con su hermano. Es un acuerdo entre La Serpiente de Plata y la Cosa Nostra. Ridículo, me

están usando como moneda de cambio y mi cuerpo inmaculado es el principal atractivo —bufó, agotada y disgustada.

—Amiga, eso es… —empecé, pero me faltaron las palabras, incapaz de encontrar algo que pudiera aliviar su situación.

—No lo sé, pero no soy la tonta que todos creen, no lo soy —afirmó con autoridad y pude ver en sus ojos que estaba planeando algo.

—En lo que pueda ayudarte…

—No voy a meterte en una situación así, sé cómo es, tu hombre es el jefe de todo, no voy a ponerte en esa posición, pero una cosa te digo: ese tal Leonardo que se prepare para una sorpresita —rió, pero fue una risa amarga.

—Amiga, después de todo lo que pasé, puedo decirte algo: nunca pierdas la esperanza, no todo es lo que parece.

—No todo el mundo tiene un final feliz, Elena, pero quiero que sepas que estoy verdaderamente feliz por el tuyo, y quiero conocer al pequeño Augusto cuanto antes —sonrió, la emoción desbordando en sus ojos.

—Come estas delicias, toma el jugo, después te llevaré a verlo. Guadalupe y Julieta ya no me dejan ser madre como antes, todo el tiempo inventan algo nuevo con el niño. Es un niño maravilloso, cariñoso, divertido. Pero ahora está con Alejandro, que tampoco se separa de él —empecé a contar, y ella escuchaba interesada.

CAPÍTULO 57 – FANTASMA

ALEJANDRO HERRERA

El día estaba lejos de terminar, con muchas horas aún por delante. Todavía tenía que ir a la empresa para una reunión rápida con los nuevos inversionistas, que estaban ansiosos por discutir los detalles de nuestro más reciente proyecto de expansión. Al fin y al cabo, había estado mucho tiempo ausente, ocupado con asuntos personales y familiares. Sujeté la pequeña mano de Augusto y salí de la oficina, donde los demás hombres ya me habían dejado solo.

—Quelo mamá... —murmuró, con sus pasitos titubeantes de hormiga, que yo seguía con paciencia, observando cada uno de sus movimientos.

—Vamos, campeón, te llevaré con mamá, está en el jardín — respondí, sabiendo que, efectivamente, ella estaba allí, disfrutando del sol y de la compañía de Sophie.

Quería saber en todo momento dónde estaba Elena, no por control ni desconfianza, sino por necesidad.

Caminamos juntos, Augusto y yo, por el sendero de piedras hasta el jardín, donde Elena y Sophie estaban sentadas, sonriendo y comiendo en una mesa bajo la sombra de un gran árbol frondoso. Al ver a Elena, Augusto salió corriendo, su entusiasmo lo hizo olvidar que sostenía mi mano.

—¡Mamá! —exclamó alegremente, pero a mitad de camino tropezó con una raíz expuesta, cayó y se raspó la rodilla, que empezó a sangrar.

Se quedó sentado en el suelo, con una mueca de dolor que me partió el corazón. Corrí hacia él para socorrerlo, sintiendo cómo se

despertaba mi instinto protector.

—¡Hijo! —exclamé preocupado, agachándome hasta quedar a su altura, examinando con cuidado la herida.

—Me duele, papá —dijo, con el rostro contorsionado, aunque tratando de mostrarse fuerte, como hacen todos los niños cuando quieren impresionar a sus padres.

—Te lastimaste, ¿no vas a llorar? —pregunté, curioso por su reacción —. Ven con papá. —Lo tomé con cuidado, acunándolo contra mi pecho, sintiendo su cuerpecito tibio.

Solo entonces Elena se dio cuenta de nuestra presencia, pues todavía estábamos a una distancia considerable de donde charlaba con Sophie. Se levantó de inmediato y vino hacia nosotros, acompañada por su amiga, con expresiones de preocupación en los rostros.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—No fue nada, se cayó y se lastimó la rodilla. Yo estaba mirando, no fue grave —traté de tranquilizarla, minimizando la situación para no alarmarla innecesariamente.

—¿No se golpeó la cabeza? —insistió Elena, siempre atenta a los detalles que podrían ser más serios.

Augusto, tal vez al percibir la preocupación en la voz de su madre, se llevó la mano a la cabeza y comenzó a llorar, más por la atención que por el dolor, lo noté.

Observé la escena, sonriendo por dentro. Es interesante cómo la preocupación de una madre puede convertir un pequeño dolor en un gran drama, pero también cómo ese amor incondicional tiene el poder de sanar cualquier herida. Elena le dio un besito en la herida del niño y enseguida él ya estaba secándose las lágrimas. Mis dos tesoros.

—Qué cosita hermosa, ya verás que sanará pronto, ¿sí? —murmuró Sophie con un tono delicado y maternal mientras apretaba las mejillas regordetas de Augusto, arrancándole una sonrisa.

—Amor mío, me ausentaré unas horas; por la noche arréglate y ponte preciosa, nuestra cena nos espera —dije, inclinándome para darle un beso suave en la frente a Elena, sintiendo el calor de su piel y el aroma de su perfume, todo bajo la mirada curiosa de Augusto y la expresión seria de Sophie.

Al alejarme, miré hacia atrás y vi a Augusto corriendo alrededor de ambas. Sonreí y seguí mi camino.

(…)

—Señor, tenemos un problema serio. Alguien intentó ingresar a la empresa por el sistema de ventilación del último piso, un lugar que pensé que era inaccesible —susurró Diego en mi oído, con una urgencia evidente en su tono, mientras yo aún estaba profundamente inmerso en la reunión, discutiendo cuestiones estratégicas.

"¡Pero qué carajos!", pensé para mí.

—¿Los guardias lo detuvieron? Quiero que lo lleven a una de las salas de interrogatorio, de esas sin ventanas, y dile a Miguel que se encargue de él mientras yo estoy ocupado —le susurré de vuelta, esforzándome por mantener la compostura y no dejar que se notara lo molesto que estaba con aquella interrupción.

Después de todo, si el intruso ya había sido controlado, podía continuar la reunión con algo de paz mental. Pero no voy a negar que estaba desesperado por abandonar ese tedio y ver personalmente quién era el desgraciado que había intentado semejante locura. Especialmente después de la invasión de Leonardo, había duplicado, triplicado las medidas de seguridad, volviendo prácticamente imposible romper la protección que había puesto alrededor de mi imperio.

Continué con la reunión de manera habitual, intentando mantener una fachada de normalidad mientras mi mente giraba a mil por hora. Cuando finalmente todo terminó y recibí los saludos educados de los presentes, llamé a Miguel, seguido por Diego de regreso a la privacidad de mi oficina.

—¡Joder, Alejandro! No vas a creer quién está aquí frente a mí, atado y mirándome con odio porque dentro de dos años me voy a follar mucho a la hija terca que tiene —la voz de Miguel al otro lado de la línea me irritó; sus misterios me estaban sacando de quicio.

—¿De qué carajos hablas? ¿Qué mierda es esa? ¿Quién está ahí? —pregunté, cerrando la puerta de la oficina con más fuerza de la que pretendía, e hice una señal silenciosa a Diego para que guardara mis cosas. Tomé un vaso de agua, sintiendo una urgencia inexplicable de humedecer la garganta, que parecía haberse cerrado.

Algo, un instinto visceral, me decía que toda esa mierda no era buena. No era solo una intuición, era casi una certeza, basada en las innumerables veces que ya había sentido el olor a problemas en el aire.

—Creo que es mejor que vengas a verlo personalmente, estamos en el sótano —respondió, con una voz cargada de una seriedad que me heló.

—Voy ahora —respondí. Colgué y bebí toda el agua de un solo trago, como si pudiera lavar la preocupación que ahora me dominaba.

No lo sé, cualquier preocupación me hacía pensar en Elena y en mi hijo. No podía pasarme nada, pensaba en ellos a cada momento. No podía morir, no podía dejarlos. ¿Y ellos? No, no podía pasarles nada, y sabía que en la vida que llevaba, todo estaba interconectado.

Tomé mi maletín y salí de la oficina con pasos rápidos, mi mente girando en torno a las enigmáticas palabras de Miguel.

"Dentro de dos años me voy a follar mucho a la hija terca que tiene."

Dentro de dos años, Miguel se casaría con Chiara, la hija de Antonio Marino. Solo por ella, Miguel tendría que esperar dos años para follar, pero el padre de la chica estaba muerto; yo mismo lo había eliminado, y no había escapatoria de la trampa que había preparado. Entonces, ¿cómo? ¿Quién podría estar ahí? ¿Miguel estaba bromeando? No, Miguel no era hombre de bromas, tal vez Pablo, pero Miguel no.

—Señor Herrera, ¿puede responder sobre…?

—Al club —instruí a Sergei apenas entré en el coche, ignorando los clics de las cámaras y las preguntas de los reporteros que me esperaban a la salida de la empresa, ansiosos por especular sobre Elena y Alejandro. La noticia de nuestra relación ya circulaba, pero en ese momento no era hora de lidiar con eso.

No, no podía ser él. ¿Un fantasma? No. Los fantasmas no existen… Quizás Leonardo, en una de sus estrategias, había cometido la estupidez de intentar algo. Mierda, esas dudas eran torturantes.

CAPÍTULO 58 – COBARDE

ALEJANDRO HERRERA

Mis pasos resonaban en el pasillo del sótano del club. Allí, entre paredes frías y mal iluminadas, se llevaban a cabo gran parte de las operaciones del cartel. La madre trabajaba para mí, la misma que había entregado a Elena a mí y a los lobos. Como castigo, operaba en silencio, ayudando a procesar componentes de sustancias químicas y empaques para armas, un castigo irónico para una mujer que se había dedicado a la fe y ahora pagaba por los pecados cometidos contra Elena.

Al final del pasillo, Pablo salió de una de las puertas, acomodándose la chaqueta de cuero mientras se unía a mí.

—¿Quién está ahí? —pregunté con voz grave, manteniendo la mirada fija al frente.

—No lo sé —respondió Pablo, pasándose la mano por el cabello—. Los guardias lo entregaron a Miguel y, desde entonces, Miguel dijo que lo que está ahí te pertenece solo a ti.

Un pinchazo de alerta recorrió mi cuerpo. Al llegar a la puerta de la sala de interrogatorio, la abrí con prisa, decidido a acabar pronto con el misterio.

Se me erizó la piel al ver al hombre atado y amordazado en la silla. Allí estaba él, el fantasma perfecto de Antonio Marino, girando el rostro en mi dirección al oír mis pasos. Me quedé unos segundos parado, sin dejar traslucir mi sorpresa. No quería darle el gusto de ninguna reacción. Pero yo sabía que no era un fantasma.

—¡Salgan! —ordené sin apartar los ojos de Marino. Pablo y Miguel obedecieron, cerrando la puerta tras de sí. La aseguré con llave y

guardé la llave en el bolsillo, manteniendo la frialdad.

La última vez que creí haberlo matado, estaba ciego por el dolor, sin medir las consecuencias de mis actos. Ahora, sin embargo, sentía el sabor de la armonía y la familia, la paz que él me había arrancado al quitarme a mis padres. Y eso era lo que usaría en su contra.

Me giré hacia él con una sonrisa victoriosa, observando sus ojos desorbitados. No había marcas de violencia en su cuerpo; mis guardias siguieron mis instrucciones de evitar cualquier agresión innecesaria contra cualquiera. Marino estaba intacto, y verlo así, sin un solo rasguño, hacía el juego aún más interesante.

—No sabes el placer que siento al verte aquí —dije, arrastrando una silla y sentándome frente a él—. Te maté demasiado rápido aquel día, ¿verdad? Debes haberte sentido decepcionado, ¿y ahora vienes en busca de algo más intenso, es eso?

Entrecerré los ojos, notando un detalle que me hizo fruncir el ceño e inclinarme hacia adelante. Estaba frente a Marino, pero algo no encajaba. No era él a quien yo había matado.

Arranqué la mordaza de su boca.

—Eres un débil, ragazzo. —Soltó una carcajada, sus ojos burlones clavados en mí—. Débil y tonto.

La risa resonaba en la habitación, ardiendo dentro de mí como brasas.

—¿Estás muerto y aún así soy yo el débil? —repliqué, conteniendo la irritación.

Él se aclaró la garganta, con una sonrisa arrogante.

—Mataste a mi doble. Es decir, crees que lo mataste. Sigue vivo, a pesar de las marcas de quemaduras y de haber sangrado como un cerdo. Se escondió en mi túnel secreto, el que mantenía en aquella habitación por precaución. Un hombre como yo necesita estar preparado.

La rabia crecía, pero mantuve la calma. Jalé las cuerdas y lo liberé, observándolo mientras se masajeaba con una sonrisa venenosa.

—Te voy a dar una oportunidad —dije, mirándolo con frialdad—. Tendrás una oportunidad para demostrar que aguantas algo, lo cual estoy seguro de que no puedes. —Me levanté, dejándolo libre—. Cobarde es lo mínimo que puedo decir de ti. Cobarde por huir, cobarde por matar a mis padres, cobarde por hacerme tu enemigo sin siquiera mostrarte.

Él dio algunos pasos hacia atrás, manteniéndome bajo su mirada atenta.

—¿Entonces quieres una pelea de machos? —Su expresión se iluminó con una sonrisa despectiva.

—No será ni divertido acabar con un cobarde como tú, pero me voy a divertir viéndote intentar —solté una carcajada, avanzando con furia.

Lancé el primer golpe, alcanzándolo en el rostro, y él tambaleó.

—¿Por qué mataste a mis padres? —grité, asestando un segundo puñetazo.

Él rió, limpiándose la sangre de la nariz.

—Simplemente porque Augusto te amaba. —Sonrió al ver mi reacción, esquivando otro golpe.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, intentando entender.

Se zafó de otro golpe y se acercó a mí, susurrando con una risa, y yo necesitaba oír lo que tenía que decir:

—Augusto era el hermano mayor de Adolfo, fuera del matrimonio de tu abuelo, pero Adolfo nunca lo supo. Augusto tuvo que dar a su hermanito en adopción para protegerlo. Temía que, si Adolfo era descubierto, todo el cartel lo vería como un punto débil. ¿Y dónde más le dolía a Augusto? En perder a quien más amaba.

Sus palabras me golpearon como una tonelada de ladrillos. Estaba aturdido, y en ese momento, Marino aprovechó para lanzarme un puñetazo que me tiró al suelo. Sentí el sabor metálico de la sangre en la boca, mi visión nublada por el dolor. Él se acercó, listo para terminar lo que había comenzado, pero mi instinto fue más rápido.

Con un movimiento, saqué mi navaja del bolsillo y le clavé un golpe certero en el abdomen. Se detuvo, jadeando, y cayó de lado, gimiendo de dolor mientras se sujetaba la herida.

Me levanté despacio, limpiando la sangre de mi rostro, observándolo retorcerse en el suelo. La venganza que ardía en mí desde la muerte de mis padres ahora encontraba su camino.

Tras algunos minutos observando a Antonio Marino sangrar y aprovechando el tiempo para recuperar el aliento de la pelea, caminé hacia él, los ojos aún clavados en su rostro distorsionado por el dolor. Sin decir palabra, lo levanté de un tirón, con un movimiento brusco, y lo arrojé de nuevo a la silla. Tomé las cuerdas y lo até con fuerza, asegurándome de que no tuviera ninguna posibilidad de soltarse.

Al acercarme, me miró con esa mirada desafiante que tanto despreciaba. Con una sonrisa sarcástica, susurró con voz entrecortada:

—Es una pena no haber podido entrar por la tubería... Me habría encantado arrancarte los ojos y, después, los de tu noviecita. ¿Y tu hijito? Ah, a él no lo habría dejado vivo, como hice contigo.

Las palabras resonaron dentro de mí como un cuchillo. Sentí mi rabia hervir como lava. La idea de lo que habría pasado si él hubiera logrado matarme... mi mente no soportaba imaginar a Elena y a mi hijo en manos de ese desgraciado.

—¡Me dejaste vivo porque todo lo que haces, lo haces mal! —grité, asestándole un puñetazo con toda mi fuerza, sintiendo el hueso de mi puño presionar contra su rostro. Él gimió, pero yo lo miré sin ceder—. Te equivocaste conmigo, y ahora vas a pagar por cada segundo que viví sin mis padres.

Respiré hondo, controlando el odio que aún latía dentro de mí. Él creía que podía destruir todo lo que yo tenía, pero estaba equivocado.
Que Osvaldo y Augusto fueran hermanos, ese secreto quedaría enterrado conmigo para siempre. De alguna forma, me sentía

engañado; la violencia estaba en mi sangre, en la sangre de mi padre biológico, y nada fue capaz de salvarnos de ese destino. Pero está bien, Marino finalmente pagaría como se debe.

Con una última mirada, abrí la puerta y encontré a Miguel y Pablo parados afuera, observando con expresiones serias.

—Llamen a un médico. No debe morir... todavía —ordené, aún jadeando, mis manos aún firmes y con su sangre en mis dedos.

Sin dar más explicaciones, caminé hacia la salida, limpiando la sangre de mis manos con el pañuelo que llevaba en el bolsillo. Me esperaba una cena romántica, y no iba a dejar que ese gusano me hiciera decepcionar a mi chica.

CAPÍTULO 59 - MI CURA

ELENA GALLI

Augusto ya dormía, bajo la supervisión de Julieta, que estaba encantada con su nieto. Llevaba un vestido largo, azul marino, y se estaba colocando el pendiente en la oreja cuando oí la puerta abrirse. Alejandro entró, llenando el ambiente con su perfume amaderado y una presencia que hizo que mi corazón se acelerara. Por la expresión seria, supe que estaba lidiando con algún asunto sombrío, algo de lo cual prefería no saber nada.

—Llegas tarde, Alejandro. —Lo provoqué, sonriendo mientras ajustaba el pendiente.

Me miró con un brillo en los ojos y se acercó con una sonrisa ladeada, tocando mi cuello con sus labios.

—Todavía no. No seas mala. —Sus labios rozaron mi piel, enviando un escalofrío por todo mi cuerpo—. Dame cinco minutos, prometo que será una noche magnífica.

Le devolví la sonrisa.

—Si no estuviera lista, me daría una ducha contigo. —Confesé, con una sonrisa tímida pero con un toque de osadía que le hizo arquear las cejas.

—Vamos, la noche nos espera —dijo, tomando mi mano y mirándome con un deseo intenso.

—¿Estás loco? ¡Me costó mucho arreglarme! —Murmuré, intentando soltar mi mano, pero él me sujetó con firmeza, tirando de mi muñeca. Nuestros cuerpos se chocaron, y sentí su calor irradiarse hacia mí.

Me miró intensamente, los labios cerca de los míos.

—Sabes que cuanto más difícil te pones, más me provocas, ¿cierto? —Su voz salió ronca y, entonces, llevó mi mano hasta su miembro rígido, haciéndome gemir al sentir su firmeza bajo la tela.

Me mordí el labio, intentando controlar el deseo que él despertaba tan fácilmente en mí. Alejandro sonrió, triunfante, sus ojos ardientes de pasión ya sabiendo que yo cedería.

Ya estaba empapada por dentro y, para que la noche fuera aún más inolvidable, estaba decidida a quedar completamente satisfecha. Al diablo con los minutos meticulosos que pasé arreglándome, escogiendo cada detalle de mi look; me metería en la ducha con él, sin dudarlo.

—Oh, Alejandro, sabes cómo dominarme, ¿verdad? —Susurré.

—Ven así, quiero ver el agua resbalando por tu ropa. —Respondió, su voz ronca y sensual cargando esa mirada de depredador a la que nunca podía resistirme, y en ese momento, no quería hacerlo.

Fuimos al baño y, sin ceremonias, entramos juntos bajo la ducha, que era lo suficientemente amplia para ambos. El agua comenzó a empapar su camisa negra, que se pegaba cada vez más a sus músculos definidos, acentuando cada curva y línea de su cuerpo. No pude resistir el impulso y pasé los dedos por su abdomen marcado, sintiendo la tensión y la fuerza bajo la piel mojada, mientras él me observaba; el vestido largo que llevaba, ahora completamente empapado, el cabello pegado al rostro con una sensualidad casi primitiva, pero él parecía un ángel perverso, prometiéndome el paraíso. Sin embargo, lo que realmente captaba mi atención, lo que hacía que mi corazón latiera más rápido, era el volumen creciente en sus pantalones, una clara evidencia del deseo que igualaba al mío.

—Agáchate, Elena. —Ordenó con una autoridad que hizo temblar mi cuerpo, sabiendo exactamente lo que él quería, lo que ambos queríamos.

Me agaché, mis dedos recorriendo su miembro aún cubierto por el pantalón, sintiéndolo palpitar bajo la tela mojada. Con una precisión lenta y provocadora, bajé el cierre, quité el cinturón que sujetaba su

pantalón y, finalmente, liberé su polla. Con el agua salpicando en mi rostro, empecé a chupársela, la necesidad de quitarme la ropa mojada volviéndose casi insoportable.

—¡Uurrg! —Gruñó, echando la cabeza hacia atrás, su polla palpitando en mi boca mientras la rodeaba con la lengua, sintiendo su rigidez y calor—. Deliciosa... esto es justo lo que necesito.

Continué, mi boca envolviéndolo con avidez, la lengua girando alrededor de la punta antes de bajar de nuevo, cada chupada profunda acompañada por gemidos que resonaban por el baño, su mano entrelazándose en mi cabello, guiándome con una mezcla de dulzura y firmeza.

—Sí, Elena, así... no pares... —decía entre gemidos, la voz ronca, mientras yo aumentaba el ritmo, el agua cayendo sobre nosotros.

Pronto la ropa se convirtió en un obstáculo innecesario y, con una urgencia casi febril, él bajó mi vestido. Cayó al suelo, revelando mi piel desnuda, los pezones endurecidos por el frío del agua y por el calor del deseo. Él, por su parte, se arrancó la camisa con tanta fuerza que los botones salieron volando por el aire, y bajó pantalones y ropa interior en un movimiento ágil, liberándose por completo, y nos unimos en un beso húmedo y ardiente bajo el agua de la ducha.

Después del beso intenso que me dejó sin aliento, chupó mis pezones con una devoción que parecía venerar cada curva de mi cuerpo. Su lengua giraba alrededor, provocándome.

—Me encanta chuparte los pechos, Elena. Es como saborear el néctar más fino. —Dijo, su voz ronca, los ojos brillando con una hambre que solo aumentaba mi placer.

—Todo es para ti, Alejandro. —Respondí con una expresión de deseo casi dolorosa, observándolo ahora devorar el otro pecho con avidez, sus dientes rozando suavemente.

Me empujó con delicadeza contra la pared, de espaldas, el toque firme pero tierno.

—Saca ese culito para mí —ordenó.

Obedecí, arqueando el cuerpo hacia él, ofreciéndome por completo.

—¿Así? —Pregunté con voz melosa, moviéndome lentamente, provocándolo.

—Eso es, mi potrilla, así. Ahora, más, quiero que abras bien las piernas.

Abrí mis piernas, sintiendo el frío de la pared, y ajusté mi posición para darle el mejor ángulo.

—¿Así está bien? —Provoqué, moviendo las caderas de forma sugerente.

—Perfecto, Elena. —Respondió, su voz más ronca, mientras el agua escurría por nuestros cuerpos y él me penetraba. Sentí su volumen llenándome, y no pude contener un gemido de satisfacción que fue acompañado por el sonido del agua cayendo.

—Eso... —dije, sin resistencia, entregándome al momento, sintiéndolo moverse lentamente dentro de mí, cada estocada aumentando el placer.

Me dio una nalgada y comenzó a moverse con más fuerza, cada estocada haciendo que el agua salpicara.

—Te gusta esto, ¿no es así? —Preguntó, acelerando el ritmo.

—Ah, sí, más, Alejandro... —Gemí, arqueándome aún más, queriendo sentir cada impulso suyo.

Entonces me levantó, colocándome de pie, aún apoyada contra la pared y siguió penetrándome, sus labios explorando mi cuello, mordisqueando y chupando.

—¡Ohhh! —Gemí, sintiendo el placer intensificarse con cada movimiento suyo.

—Todo aquí es para ti. —Susurró en mi oído.

—¡Más rápido, por favor! —Pedí entre gemidos.

Él aceleró, sus movimientos ahora más frenéticos, y yo respondía a cada estocada con un gemido más fuerte, hasta que detuvo sus movimientos y me giró para quedar de frente a él, respirando

agitado, el agua de la ducha aún envolviéndonos. Se apoyó en la pared, acariciando su propia erección, mirándome con una mirada que parecía devorarme.

—Tócate. —Dijo, con una mirada profunda que me penetraba tan intensamente como su cuerpo.

—¿Qué? —Pregunté, sorprendida, pero excitada por la propuesta.

—Quiero verte tocándote. Abre las piernas y frótate el clítoris, gime, excítate, quiero verte loquita. —Explicó, con ternura.

Obedecí, cerrando los ojos y, con el agua cayendo sobre mí, llevé la mano a mi coño. Una mano masajeaba mi pecho, mientras la otra comenzaba los movimientos en un punto ya tan sensible, al borde de la locura.

Abrí los ojos y vi a Alejandro observándome con una seriedad concentrada, moviendo su mano arriba y abajo sobre su miembro. Aquello estaba tan bien... me gustaba tocarme sabiendo que él me veía, el agua escurriendo por todos lados, intensificando la sensación.

—¡Ahh, qué malo eres! —Dije, a punto de llegar al orgasmo, mi voz mezclándose con el sonido del agua.

—Llega, quiero ver. —Su voz me llevó al límite.

Después de unos movimientos más de mis dedos, llegué al clímax, gimiendo alto, sintiendo que todo mi cuerpo se estremecía, mirándolo con la respiración agitada.

—¡Estás riquísima, ohhh! —Gimió, y su semen salpicó hacia arriba. Apoyado en la pared, me miró unos segundos, absorbiendo el momento, antes de unirse a mí bajo el agua—. Eres irresistiblemente atractiva, sobre todo cuando estás excitada.

Me atrajo hacia un abrazo, los cuerpos entrelazados bajo la ducha. Nuestros corazones latían con fuerza, mientras nos permitíamos descansar un momento en ese abrazo.

Me enjabonó entera, sus manos deslizándose con cuidado y cariño sobre cada centímetro de mi piel. Le devolví el gesto, pasándole el

jabón, sintiendo la firmeza de sus músculos bajo mis manos, como si estuviera esculpiendo la perfección.

—Que muchos baños así se repitan. —Dije con una sonrisa divertida, el agua escurriendo entre nosotros, lavando la espuma y las tensiones del día.

—Presiento que tienes tanto apetito como yo, mi angelito travieso. —Dijo, dándome un último beso antes de salir de la ducha.

(…)

Alejandro acomodó el cuello de la camisa con un aire de falsa seriedad y sonrió, extendiéndome la mano.

—¿Tienes hambre? Todavía tenemos una cena romántica por delante —anunció con tono pomposo, como si fuera el anfitrión de un evento de gala.

Le devolví la sonrisa.

—Tengo hambre, y estoy segura de que en tu compañía será una noche maravillosa, mi amor.

Su sonrisa disminuyó, sustituida por una mirada intensa, casi vulnerable. Dio un paso hacia mí, poniéndose serio de repente.

—Elena, tú eres mi cura, ¿sabías? —Murmuró, su voz suave y cargada de algo que hizo que mi corazón se acelerara. Me preparé para responder, pero levantó una mano, suave, pidiendo silencio—. No digas nada. Solo te pido que me ames y tengas paciencia conmigo. No me dejes, nunca. —Pidió, inclinándose para besar con cariño la parte superior de mi cabeza. Sus labios cálidos descansaron allí por un momento, dándome consuelo.

Di un paso atrás, observándolo con el corazón apretado y los ojos brillantes.

—Si no me decepcionas, te honraré, siempre.

Alejandro sostuvo mi mano, entrelazando nuestros dedos.

—Tú y Augusto son mi prioridad —dijo, con los ojos fijos en los míos, con una gratitud explícita—. Gracias por estar a mi lado, por darme la oportunidad de ser alguien digno de ti.

Sonreí, sintiendo una oleada de emoción inundarme. Apreté su mano con fuerza, fingiendo ligereza.

—Guarda más ternura para la cena romántica, por favor, o me voy a desmayar de amor aquí mismo. —Bromeé, pero mi voz temblaba, revelando las lágrimas que amenazaban con escapar.

Él rió bajito y me atrajo hacia un abrazo.

CAPÍTULO 60 - VENGANZA

ALEJANDRO HERRERA

Quince días después...

No sospeché de Leonardo cuando descubrí la trampa de Marino. Había sido tan engañado como yo, manipulado por su propio padre, que estaba dispuesto a perderlo todo —incluso su posición en la Cosa Nostra— solo para derribarme. Marino era astuto y hábil en el arte de la fuga, una sombra persistente que siempre escapaba, ya fuera de mí o de mi padre, Augusto. Pero ahora estaba acorralado, sin salida.

Leonardo sujetaba la cabeza de Marino por el cabello, los ojos llenos de odio.

—Si yo fuera tan sucio como tú, te haría lo mismo que le hiciste a mi madre —dijo con una voz cargada de desprecio—. La violaste innumerables veces, y yo miraba, sin poder hacer nada. ¿Cómo pensaste que te sería leal después de todo eso?

Había invitado a Leonardo a unirse a mí en esta venganza. Nuestra alianza, antes ambigua, ahora era sólida. Y sabía que no perdería la oportunidad de vengarse, por eso lo invité y tomó el primer vuelo disponible.

Marino escupió, su rostro contorsionado en una máscara de odio.

—¡Bastardo! Ibas a ser el siguiente en morir, después de Alejandro —gruñó, los ojos ardiendo de rencor—. Solo no te maté antes porque no pude tener más hijos, solo tú y Chiara. La madre de ella no servía para nada más que para parir a la única persona en el mundo que me ama.

Leonardo soltó una risa irónica.

—¿Oíste eso, Alejandro? ¡El desgraciado quería ser amado!

Reí junto a él, incapaz de contener el desprecio.

—¿Amado? —me burlé, levantando una ceja—. ¿De verdad crees que alguien puede amarte?

Marino esbozó una sonrisa amarga, pero su voz se debilitó.

—Sí… mi princesa me ama. Yo la mantenía protegida, ella era mi...

Antes de que pudiera terminar, Leonardo lo silenció con un golpe que hizo volar un diente. Marino gimió, sorprendido y humillado.

—Ella no te ama, Antonio. Te tiene asco. Descubrió todo sobre quién eres realmente, y nunca te perdonará —habló Leonardo con frialdad —. Y ahora, ella me ama. Tu propio hijo bastardo, su hermano, el único hombre en quien puede confiar.

Observaba la escena con un interés perverso. Matar a Marino directamente parecía demasiado simple; verlo aplastado, destrozado por dentro, era un placer mucho más profundo.

—Bueno, lamento interrumpir esta reunión familiar —dije, consultando mi reloj—. Mi boda es en unas horas, y necesito deshacerme de algunos compromisos antes de partir para la luna de miel —hablé, refiriéndome a la muerte que debía llegar. Me volví hacia Marino con una sonrisa fría en el rostro—. Ah, y antes de que lo olvide: en un par de años, tu hija se casará con Miguel. Pero, a

diferencia de ti, me aseguraré de que esté bien cuidada. Marino, a veces es necesaria una mano firme, pero nunca cruel. Mientras tú veías el dolor como poder, yo veo la protección como la verdadera fuerza.

Marino se retorció, intentando reaccionar, pero estaba demasiado débil.

—Maldito seas… ¡voy a volver de la muerte y acabar contigo! —siseó, casi sin fuerzas.

No resistí el impulso de reír ante esa amenaza vacía, y me acerqué lentamente a él, sosteniendo un cuchillo. La hoja era afilada, brillando bajo la luz tenue. La acerqué a su rostro, dejándola rozar suavemente su ojo. Marino estaba inmovilizado, atado según mis instrucciones, incapaz de escapar. Ya había sido torturado de múltiples maneras, pero yo había guardado lo mejor para el final.

—Hazlo —dijo Leonardo, con una mirada de aprobación.

—Hazlo —repitió Miguel, que observaba junto a Pablo y Juan. Este último ya estaba casado con mi madre, en una fiesta privada que celebramos dos días antes, los tres observando en silencio, envueltos en aquella venganza colectiva.

Marino me miró directamente a los ojos y, por un momento, pude ver su alma oscura, negra, suplicando que acabara de una vez con todo.

ESCENA EXTRA

ANTONIO MARINO

Desde pequeño me sentí rechazado. Era el menor de los cuatro hijos de Lorenzo Marino y, a sus ojos, solo un peso muerto, distante de la

posición de heredero que tanto anhelaba. Quería formar parte, demostrar mi valor, pero siempre fui dejado de lado. En las reuniones donde se trataban negocios, mi padre me alejaba con una mirada de desprecio, mientras mis hermanos eran incluidos sin vacilar. Escuchaba los susurros, las amenazas, las risas sombrías que resonaban en la sala cerrada. Yo quería formar parte de ese mundo oscuro, sentir la sangre en las manos y el peso de las decisiones crueles que mi padre y mis hermanos tomaban. Pero ellos me trataban como a un intruso, un niño que jamás entendería la "seriedad" de los negocios familiares.

En cambio, siempre me relegaban al cuidado de mi madre. Para mi padre, no era digno de participar en las operaciones, así que me veía obligado a pasar el tiempo con ella, como si fuera un niño frágil que necesitaba protección. Pero lo que no entendían era que eso solo aumentaba mi resentimiento. Mi madre me trataba como a un niño indefenso, apartado de la realidad de la familia que sabía que me pertenecía. Cada instante con ella hacía crecer el odio en mi corazón; yo quería estar al lado de ellos, inmerso en la oscuridad, pero me empujaban al silencio de una prisión materna.

La única persona que me hacía sentir importante era Augusto, el hijo mayor de uno de los amigos cercanos de mi padre. Aunque Augusto era mayor, me trataba como a un igual, y su amistad me daba el sabor de una vida que no tenía con mi propia familia. A veces, cuando nuestros padres estaban ocupados con negocios y yo era dejado atrás, Augusto venía a buscarme. Me llevaba de cacería, enseñándome paciencia, precisión y el placer de observar a la presa, habilidades que sabía que un día usaría de forma más letal. Con él, me sentía visto, importante, un verdadero Marino, aunque fuera solo por unas horas.

Fue Augusto quien me enseñó a empuñar un arma y a controlar mi respiración antes de disparar. Con él, me sentía alguien y, en esos momentos, el deseo de ser reconocido por mi propia familia solo crecía. Anhelaba el respeto y el poder que veía en mi padre y en mis hermanos mayores, pero sabía que para lograrlo, tendría que actuar por mi cuenta.

Recuerdo la vez que mi padre ordenó la ejecución de un traidor. Todos mis hermanos participaron. Era una lección de "lealtad" y "fuerza," valores que mi padre lanzaba al aire como verdades absolutas. Observé desde lejos, escondido en las sombras, sintiendo la excitación latir junto al miedo. Pero, al verme, mi padre hizo un gesto de desaprobación y ordenó que me sacaran de la sala. Fui llevado a la fuerza de regreso con mi madre, mientras el sonido de los gritos del hombre resonaba de fondo, un espectáculo al cual, según él, no era digno de asistir.

Otra vez, mi padre y mis hermanos planearon una emboscada. Yo, fascinado, supliqué ir con ellos, pero mi padre solo rió, una risa amarga y fría. "Esto no es para niños," dijo, como si esas palabras no me quemaran como hierro al rojo vivo. Quería estar allí, ver la desesperación de nuestras víctimas, escuchar el sonido de la muerte. En vez de eso, fui encerrado con mi madre, forzado a escuchar sus consejos maternales y desinteresados. Sentado allí, con los puños cerrados y el corazón ardiendo, juré que un día ocuparía mi lugar entre ellos.

Con el tiempo, comprendí que no bastaba con querer ser aceptado; debía tomar lo que era mío. Uno por uno, fui eliminando a mis hermanos. El mayor, siempre convencido de estar seguro en su posición, fue el primero. Esperé hasta que estuviera solo, después de una noche de borrachera y confianza vacía, y lo sorprendí. Su sangre escurriendo por el suelo fue la primera prueba concreta de que podía ser un Marino de verdad.

El segundo hermano, arrogante y cruel, me subestimaba, como todos los demás. Se reía de mi "debilidad," pero no rió cuando encontró la hoja en su pecho, en un golpe silencioso que había practicado durante meses. El tercero fue más difícil, siempre atento y desconfiado, pero hasta él fue subyugado. Cuando su último suspiro resonó en la habitación, por fin era el único heredero de Lorenzo Marino.

Y ahora, sin nadie que me detuviera, sería el verdadero sucesor, el heredero legítimo y único del legado de mi padre.

Después de eliminar a mis hermanos, creí que finalmente tendría el respeto y la posición que siempre había deseado. Pero, al revelar mis actos a Augusto, esperando una mirada de aprobación, encontré solo una frialdad cortante que me decepcionó profundamente. Augusto, a quien consideraba el único que me comprendía, reaccionó con un profundo desdén.

—¿De verdad crees que hiciste lo necesario? —preguntó Augusto, la voz cargada de repulsión—. Matar a tus propios hermanos para alcanzar el poder no es una muestra de fuerza, sino de debilidad. Lo que hiciste es una afrenta a la esencia misma de la familia.

Intenté argumentar, justificar mis actos como parte de una búsqueda de reconocimiento. Pero Augusto no quiso escuchar.

—La familia es lo más importante del mundo —continuó, mirándome como si yo fuera un extraño—. Tus hermanos y tu padre solo querían protegerte, querían que crecieras a salvo, por ser el más joven. Eso es lo que yo hago con mi propio hermano menor, Adolfo. Y haría cualquier cosa para protegerlo. Lo que hiciste es inaceptable.

Sus palabras dolieron más que cualquier castigo físico. Augusto, aquel que siempre me inspiró y me trató como a un igual, ahora me veía como a un traidor. Siguió hablando, dejando claro que mis acciones habían destruido cualquier vínculo entre nosotros.

—Te daré solo una oportunidad para huir —dijo—. Si nuestros caminos se cruzan otra vez, yo mismo haré justicia por tus hermanos. No eres digno del nombre Marino.

Su mirada fue la sentencia final, un golpe de rechazo que me devastó. Augusto, la única persona que alguna vez me trató con respeto, ahora estaba decidido a eliminarme si me acercaba de nuevo. Sintiéndome traicionado y consumido por la amargura, mi resentimiento se transformó en deseo de venganza. Una vez más, me trataban como a alguien inferior, alguien indigno.

Augusto me consideraba un traidor por eliminar a mis propios hermanos, y lo decía con tanta convicción porque él mismo era protector de su hermano menor, Adolfo. Entendí entonces cómo

podía herirlo de la forma más profunda posible. Había amenazado mi vida, destruido la única conexión que aún valoraba, y yo sabía que existía una forma perfecta de devolverle ese dolor.

Entonces tomé mi decisión. Adolfo, el hermano que Augusto tanto protegía, se convirtió en el blanco de mi venganza. Esperé el momento adecuado, pasaron muchos años, y aprovechando una de sus ausencias, con la precisión que Augusto me enseñó, le quité la vida a Adolfo y a su esposa, y también le habría quitado la vida a su sobrino si mis actos no hubieran sido interrumpidos.

Nadie era digno de mí, excepto mi niña, Chiara. Desde el día en que nació, supe que era mi redención, lo único puro e intacto en mi vida de sombras. La protegí de todo y de todos, levantando muros a su alrededor, alejando a cualquiera que pudiera arrebatarle su inocencia. Quería que viera en mí algo más que un hombre temido —quería ser su héroe. Pero ahora, ella no me veía como a un protector, como a un padre, sino como al monstruo en que me convertí, alguien de quien quería alejarse. Y, en ese momento, algo dentro de mí se rompió.

Quizá era hora de encontrar la muerte, de sumergirme en el abismo que siempre me estuvo esperando. En el infierno, vería la mirada de mi padre, severa, pero tal vez, por fin, orgullosa de mí por haber seguido su camino hasta el final.

Me imaginé allí, sentado junto a mis hermanos, los Marinos reunidos de nuevo. Nos reiríamos de nuestra propia desgracia, brindando por la destrucción que causamos, cada uno con sus propios pecados pesando como cadenas de hierro. Quizá, en esa oscuridad, encontraría paz, una paz hecha de recuerdos muertos y sueños destrozados.

Era un destino trágico, pero era todo lo que le quedaba a un hombre que ya lo había perdido todo sin nunca haber tenido nada.

El dolor era insoportable, cada centímetro de mi cuerpo ya castigado por golpes y cortes, pero nada se comparaba con lo que vino después. Sentí el cuchillo afilado perforar mi ojo izquierdo, desgarrando el tejido sensible con una lentitud torturante. La hoja

avanzaba, fría y precisa, guiada por las manos de Alejandro, el El Diablo, el demonio que yo había creado. Su rostro impasible, como si mi sufrimiento fuera solo una nota disonante en su sinfonía de venganza.

—Estoy... estoy orgulloso de ti... —susurré entre gemidos, el dolor destrozando cualquier vestigio de orgullo que aún quedara en mí. Las palabras salieron débiles, ahogadas por la agonía, pero quise decirlas. Quise que él supiera que, incluso en medio del tormento, reconocía la fuerza de quien me destruía.

—¡Muere, desgraciado! —escuché la voz de Alejandro al fondo.

La hoja descendía más profundamente, arrancándome un grito que pareció resonar hasta el fondo del infierno. Un grito de puro desespero y, quizá, de resignación. La luz desaparecía poco a poco, tragada por la oscuridad que se cerraba a mi alrededor. Era como si todo el peso de mi vida y mis pecados estuviera allí, concentrado en el punto final de aquella hoja, borrándome lentamente.

Todo se apagó para mí y, en ese silencio final, sentí que quizá, por fin, me estaba uniendo al destino de los Marinos.

CAPÍTULO FINAL

ELENA GALLI

—¡Vamu cajar! —dijo Augusto, su pequeño traje blanco brillando bajo el sol, mientras sostenía mi mano con la autoridad de un pequeño rey. Sujetaba mi mano con firmeza y entusiasmo infantil, guiándome por la alfombra extendida sobre la arena suave del lujoso resort en Cancún. En la otra mano, yo sostenía un ramo de rosas de todos los colores, incluyendo algunas negras, porque, según Alejandro, el amor verdadero era como un jardín de tonos variados: tenía la luz de las flores vivas, pero también la oscuridad profunda y misteriosa. Y para él, eso era yo: un mosaico completo de luz y sombra, de pasión y redención.

En una de mis conversaciones con Julieta, supe más sobre la infancia de Alejandro, cómo fue criado, y descubrí cosas que habría preferido no saber, pues ningún ser humano merecía pasar por aquello. Sin embargo, conocer más sobre su pasado me hizo amarlo aún más y me sentía más preparada para ayudarlo a seguir el camino del amor. "Cuida bien de mi niño", me había dicho ella, con un amor maternal precioso.

Llevaba un vestido de novia palabra de honor, de tela delicada y vaporosa, con bordados ligeros que centelleaban bajo el sol de la tarde. La tela blanca fluía suavemente sobre la arena, y una ligera brisa acariciaba mi cabello suelto, trayendo consigo el perfume del mar y de las flores. Antes de comenzar la marcha, me tomé el tiempo de mirar cada uno de los rostros queridos que estaban allí conmigo. Mis vecinos y amigos de Monteriggioni, Eleonora y Serena, saludaban emocionadas, los ojos brillantes. Julieta, junto a su esposo, Juan, tenía lágrimas en los ojos, y Sophie, mi madrina de

bodas y amiga más cercana en términos de residencia, sonreía cerca del altar. A su lado, Maria Clara y Giovanni sostenían a su gatito con la amplia y genuina sonrisa de los padrinos. La barriga de Maria Clara aún no se notaba, pero su mirada reflejaba un amor profundo. Al otro lado del altar, Pablo y Miguel me observaban. Miguel parecía al borde de un ataque cardíaco, quizá porque sabía que pronto sería el siguiente en casarse, mientras que Pablo claramente se divertía con la situación. Y Guadalupe, siempre la organizadora, estaba por allí, resolviendo algo con la perfección de quien siempre cuidó cada detalle.

Sentía incluso la presencia de mi nonna, imaginándola en algún lugar, bendiciendo mi felicidad y aplaudiendo este momento con esa sonrisa maternal que siempre me acogió.

Y, al final de la alfombra, mirándome con intensidad, estaba él: Alejandro Herrera, el amor de mi vida. El hombre que, ese día, se convertiría en mi esposo, el padre de nuestro hijo. El esmoquin resaltaba su piel bronceada, y su mirada penetrante, oscura y profunda, hacía temblar mi alma, recordándome cómo podía tanto desarmarme como protegerme.

—Vamos, hijo. ¡Vamos a casarnos! —respondí a Augusto con una sonrisa tierna, mientras dábamos los primeros pasos sobre la alfombra, acompañados por la música suave de violines y piano. Cuando, por fin, llegué frente a Alejandro, él me sonrió, una sonrisa que solo nosotros entendíamos, y se agachó hacia Augusto, dándole un beso en la mejilla y tomándolo en brazos, antes de tomar mi mano y conducirme hasta el altar.

El sacerdote comenzó a hablar, con voz tranquila y afectuosa:

—Hoy estamos aquí para celebrar el amor que transformó estos dos corazones. Un amor que, nacido de las circunstancias más difíciles, encontró su redención en la pureza de una entrega verdadera. Porque el amor, queridos míos, es capaz de transformar el más oscuro de los corazones, como la llama que calienta e ilumina el interior más frío y lejano. El amor es la mano extendida en el abismo, la promesa de luz donde solo había oscuridad. Y hoy, ante

nosotros, tenemos la unión de dos almas que se completan, que aprendieron a confiar, a perdonar y a renacer el uno para el otro.

Sentía las palabras del sacerdote tocar mi corazón, cada sílaba hablaba con nosotros. Alejandro sostenía mi mano con firmeza, y yo sabía que ese amor era mi verdadera vocación.

El sacerdote hizo una pausa, y todos guardaron silencio, absorbiendo esas palabras. Pero el pequeño Augusto, ya aburrido, se bajó de los brazos de Alejandro, atrayendo todas las miradas, especialmente las de Maria Clara, Bianca y Julieta, que se levantaron para ir tras él, riendo bajito mientras él se alejaba con curiosidad.

El sacerdote sonrió al notar la escena y, luego, retomó, enfocado en nosotros.

—Alejandro Herrera, ¿aceptas a Elena como tu legítima esposa, prometiendo amarla, honrarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte los separe?

Alejandro me miró, los ojos oscuros brillando de emoción.

—Sí, acepto —respondió con firmeza.

Entonces el sacerdote se volvió hacia mí.

—Elena, ¿aceptas a Alejandro como tu legítimo esposo, prometiendo amarlo, honrarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte los separe?

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y la emoción del momento me hizo temblar.

—Sí, acepto.

El sacerdote sonrió, las manos alzadas en bendición.

—Entonces, los declaro marido y mujer. Alejandro, puedes besar a la novia.

Alejandro no dudó. Se inclinó, me atrajo delicadamente hacia sus brazos y nuestros labios se encontraron en un beso maravilloso y arrollador. El sonido de los aplausos resonó y, finalmente, éramos uno solo, unidos para siempre.

Easy on Me comenzó a sonar, como si el destino hubiera decidido que, en ese momento, lo único que importaba éramos nosotros dos. El sonido suave de la música se entrelazaba con el latido de nuestros corazones mientras aún nos abrazábamos, con los cuerpos tan próximos. Como en tantas otras veces, comenzamos a bailar, casi automáticamente, envueltos por el momento mágico de nuestras vidas y por el ritmo de la música.

Bailamos, y el mundo a nuestro alrededor desapareció. La arena bajo nuestros pies parecía no existir, el viento acariciando nuestra piel era lo único real, y nosotros éramos los únicos que vivíamos esa canción.

Hasta que Augusto apareció, uniéndose al momento perfecto. Tiró de nuestra ropa, queriendo ser parte del baile también. Y entonces, con una sonrisa, lo tomé en brazos, haciéndolo girar entre nosotros, como si fuera parte de nuestro baile, como si, al final, todos estuviéramos juntos, entregándonos al ritmo de la vida. El mundo real parecía tan lejano, y allí, en esa música, solo existíamos nosotros.

ALEJANDRO HERRERA

Un año después...

—Sí, ella ya pagó por sus crímenes, según Elena —murmuré a Miguel, señalando que la madre superiora debía ser liberada. Elena había descubierto recientemente la situación de la mujer e insistió en su libertad. La petición de mi esposa era clara, y no tenía intención de contrariarla.

Miguel, consciente de que contrariar mi orden sería inútil —especialmente tratándose de algo que Elena deseaba—, simplemente asintió, alejándose para cumplir con lo solicitado. Con

mi madre viajando por el mundo en unas vacaciones eternas con Juan, la casa estaba tranquila. Era extraño, pero ver a mi madre feliz traía una paz inesperada para mí, y esa felicidad acababa reflejándose en la calma que reinaba en la casa, que ahora era casi exclusivamente nuestra. Con Pablo viviendo en su propia casa, el espacio se volvía cada vez más íntimo, reservado para mi familia.

En cuanto Miguel se alejó, respiré hondo, ajusté la postura y entré en la sala de reuniones, donde discusiones importantes nos aguardaban.

—Señores, disculpen la demora —dije, sentándome a la mesa.

Estábamos allí para planear la expansión del negocio de Elena, el Sole & Sale, su encantador quiosco que había comenzado en las playas de Ipanema. Ahora, con su éxito indiscutible, la idea era expandirlo a playas alrededor del mundo. Mi esposa tenía un talento impresionante para la gestión, y su visión empresarial me llenaba de orgullo. Sí, cuando era más joven, soñaba con ser actriz y bailarina, con una dulzura inocente que me encantaba, pero ahora reservaba sus "talentos artísticos" para mí. Estaba cada vez más seductora y apasionada, y yo, adicto a ella y a cada parte de su cuerpo. Tal vez por eso estuviera nuevamente embarazada.

—Bien, creo que podemos empezar, entonces —dijo mi hermosa esposa, con ese tono decidido y encantador, levantándose con gracia para iniciar la presentación. Su vientre redondo guardaba a nuestra pequeña Caterina, que nacería en dos meses para traernos aún más alegría. La miré con admiración, sintiendo el orgullo mezclarse con el deseo.

Al final de la reunión, saludé a los presentes, tomando la mano de Elena mientras todos se retiraban. Cuando estuvimos solos, la miré a los ojos, el toque de mi mano en la suya provocando un escalofrío que recorrió su cuerpo y no me pasó desapercibido.

—Es hora de recoger a nuestro chico en la escuela —susurré en su oído, saboreando la forma en que se estremecía con mi cercanía. Estaba hermosa, más deseable que nunca. El embarazo acentuaba

algo en ella, la hacía aún más fascinante, más irresistible, como una llama que me atraía sin tregua.

—Todavía tenemos algunos minutos… —susurró con una sonrisa traviesa, tirando de mi cuello hacia una sala de archivos cercana.

FIN...

¡LEE TAMBIÉN!

UN HIJO PARA EL CEO ARROGANTE

(haz clic aquí)

SLOW BURN - ENEMIES TO LOVERS - BEBÉ NO PLANEADO - CEO ARROGANTE - PROTAGONISTA VIRGEN Y VALIENTE - NIÑO ADORABLE - REDENCIÓN

Amália no tuvo más opción que ceder ante las exigencias de sus acreedores y llevar en su vientre al hijo de Paolo Caccini, quien ha estado en coma durante tres años. Los padres de Paolo estaban preocupados por la posibilidad de no tener un heredero que asegurara la continuidad de la familia Caccini.

Paolo, un hombre poderoso y determinado, no creía en el amor y prefería pagar por las mujeres con las que se relacionaba para sentirse satisfecho. Tras cinco años sumido en un profundo sueño debido a un accidente de moto, Paolo despierta para descubrir que todo ha cambiado, incluyendo el hecho de que ahora es padre del hijo de una mujer a la que jamás ha visto antes.

"Yo pagué por él, así que es solo mío."

AGRADECIMIENTOS

Recibe mi más sincero agradecimiento, querida lectora, por haberle dado una oportunidad a mi ebook *El Hijo del Mafioso Cruel – Despreciada y Embarazada*. Espero de corazón que hayas disfrutado de la historia y te hayas emocionado tanto como yo al escribirla. Debes saber que fue especialmente para ti que la escribí, con mucho cariño y dedicación.

Si te ha gustado, deja tu valoración de **5 ESTRELLAS** junto con un comentario para ayudarme, apoyando mi carrera como autora en Amazon. No tienes idea de lo importante que eso es y cómo influye en nuestro camino.

No lo olvides, querida lectora: tienes un rinconcito en mi corazón, y sin duda te espero en el próximo lanzamiento.

También quiero dejar un agradecimiento especial a mi querida lectora beta, **Lu**, quien leyó con tanto cariño y dio las primeras sugerencias a medida que iba escribiendo. Debes saber que fue increíble escribir este libro teniéndote como lectora beta, Lu.